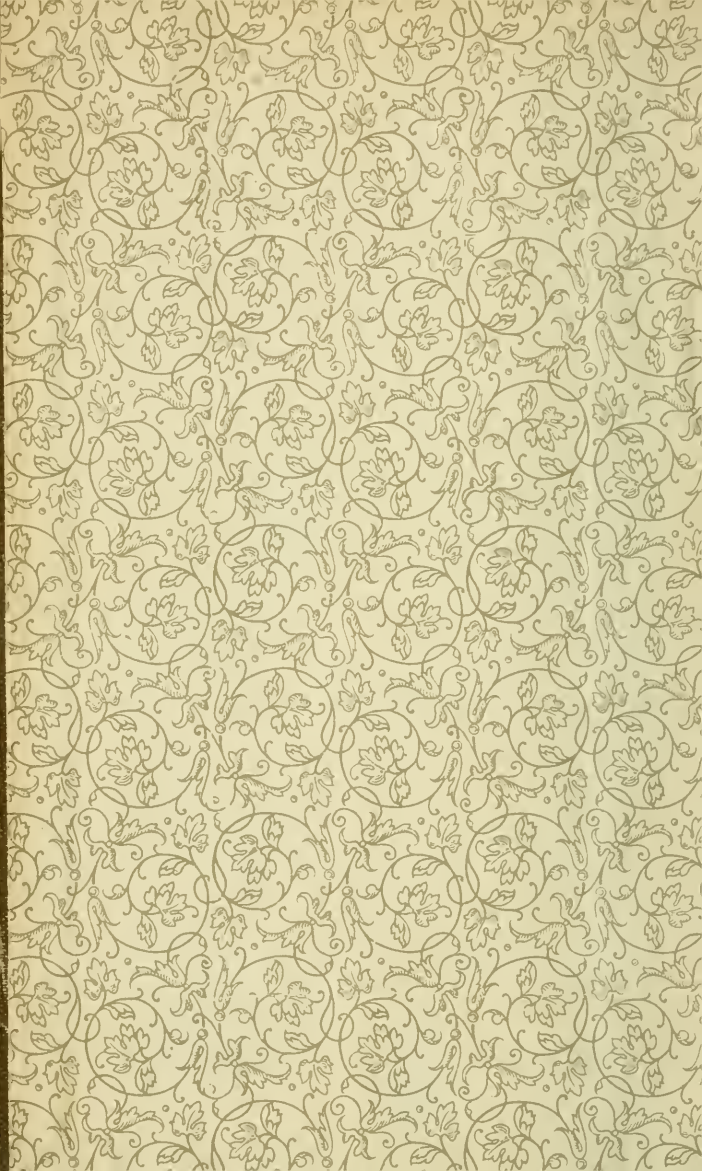
UNIVERSITY
OF
TORONTO
LIBRARY



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

CRÍTICOS

CXXI

EX-LIBRIS.

SALES ESPAÑOLAS,

ó

AGUDEZAS DEL INGENIO NACIONAL

(SEGUNDA SERIE)

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del.....		1 al 50.
10 »	en papel China, del.....	I al X.

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS

SALES ESPAÑOLAS,

ó

AGUDEZAS DEL INGENIO NACIONAL,

RECOGIDAS POR

A. PAZ Y MÉLIA

(Et nugæ seria ducunt.)

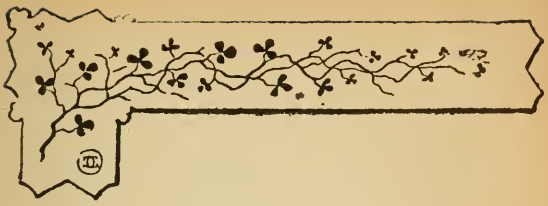
(SEGUNDA SERIE)

85575
20/9/07

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, núm. 20

1902

CRÍTICOS



ADVERTENCIA

FORMAN esta segunda *Serie* diez y seis composiciones escritas en los siglos XVI á XVIII. Todas, á excepción del *Diálogo* de Villalobos y la *Pepinada* de Sánchez Barbero, son inéditas. El primero se halla en los ejemplares antiguos de las obras del célebre médico; pero no en la edición moderna de la Sociedad de bibliófilos, y la segunda en el periódico de Cádiz *El Conciso*. Como serán contadas las personas que posean aquellas ediciones del siglo XVI ó este periódico, ya bastante raro, creo que pueden figurar muy bien ambos tratados al lado de los demás inéditos. En todo caso, el mérito literario del *Diálogo*, escrito en 1524, y bien apreciado en la carta que le precede, disculpará la repetición para aquellos lectores que le conozcan.

El suceso con tanto donaire referido por Villalobos, ú otro caso semejante, debió alcanzar bastante notoriedad, puesto que el pincel quiso, como la pluma, perpetuar su memoria. Así lo prueba un inventario manuscrito de los cuadros propios de D. Luis

Méndez de Haro y Guzmán que pasaron á la Casa de Alba (1), en el que se lee:

«Un cuadro de un Duque de Alba enfermo, echando mano á la espada, y un médico con la jeringa en la mano y en la otra el bonete encarnado de doctor. Es de mano de Diego Velázquez. De dos varas y cuarta de alto y vara y cuarta de ancho.»

Y en otro lugar: «Un lienzo. Es un retrato de un Duque de Alba enfermo, y un practicante con una jeringa en la mano. Es original de Rizi.»

Cierto que el hecho en que fué protagonista el Conde de Benavente pudo repetirse con un Duque de Alba, y que la descripción que del cuadro se hace no coincide exactamente en todos sus detalles con la narración de Villalobos, ajustándose más á la de D. Alonso de Fonseca al fin de su carta á Villalobos (pág. 4); pero las variantes en este género de asuntos se explican fácilmente, y la licencia es, en casos iguales, mayor en los pintores que en los poetas, por exigencias de la composición, y en ciertas ocasiones como ésta, hasta de la decencia, pues más se salva convirtiendo á la dueña en médico ó en practicante que poniéndola ante su Señor en la lastimosa desnudez con que en la relación se le pinta.

¿Será cierta la atribución hecha por el que redactó el inventario, y habrá existido tal obra de mano del gran Velázquez? Ó, como parece más probable, ¿se catalogaría el mismo cuadro dos veces, atribuyéndole cada una á autor diferente, cuando en realidad correspondiera á Rizi?

---

(1) Archivo de dicha Casa. Todavía en 1755, en otro inventario de bienes de D.ª María Teresa Alvarez de Toledo, XII Duquesa de Alba, se describe el cuadro, llamándole original de Velázquez, y tasándole en 800 reales por estar maltratado.

Hay la circunstancia de que en la carta del doctor de Escoriaza que va al fin de la obra de Villalobos (1) se afirma que el Grande que sirve de interlocutor en el *Diálogo* fué D. Fadrique de Toledo, abuelo del Gran Duque de Alba. El Sr. Fabié, sin embargo, se inclina á creer, por las indicaciones del mismo Villalobos, que más bien que al Duque de Alba corresponden las alusiones á D. Fadrique Enríquez, almirante de Castilla y Duque de Medina de Ríoseco.

De todo esto se deduce que las atribuciones de los personajes, por la misma naturaleza de la escena representada, se han fundado sólo en la interpretación individual de lo que Villalobos no quiso precisar.

Sin más indicación que la de *Cuentos de Garibay*, se conserva en un manuscrito perteneciente á la Academia de la Historia (2) el original de los que en este libro siguen al *Diálogo*. No puede afirmarse que este Garibay sea el mismo autor de la *Historia genealógica*. La letra del manuscrito es del siglo XVI.

Á la misma corporación pertenece el manuscrito que contiene la *Carta de las 72 necedades* (3), ingenioso trozo de acertada tendencia, y que, con las ligeras variaciones introducidas por los tiempos, podría escribirse hoy y podrá escribirse mañana, porque la necedad varía de formas, pero no se extingue, y así tenemos ahora el: *ya sabe usted su casa, y el Dios guarde á usted muchos años*, y el pago alter-

(1) Véase fol. 172 de la introducción del Sr. Fabié.
(2) Estante 12, gr. 10, núm. 6.
(3) Estante 22, gr. 4, núm. 75, fol. 177.

nante en los tranvías con saldo igual á la postre para ambas partes, etc., etc., etc. (1).

No consta su autor, y es lástima, porque debía ser hombre pensador y desenfadado, cuando en época tan ceremoniosa se atrevía á burlarse tan donosamente de los cumplimientos á la moda. El estilo humorístico de la carta recuerda bastante el de Salazar en las que después se insertan. De las indicaciones que en ella se hacen sólo se averigua que era hombre que *había corrido mucho mundo* y que había seguido el campo del Emperador, pues con él se hallaba en 1529.

Al célebre poeta sevillano D. Juan de Arguijo se debe la colección de *Cuentos* que lleva su nombre.

Ejemplar acabado del carácter andaluz, después de una vida de fausto y de riquezas tal que le permitió en 1599 gastarse medio millón de reales en

---

(1) Acerca de la cortesía del besar la mano, hé aquí unas curiosas reflexiones que el Conde de Lemos escribía á su hermano desde Nápoles en 22 de Agosto de 1613:

«La cortesía de besar la mano, en abstraccion de ceremonia me agrada, si bien es término introducido de poco acá. La razon porque me agrada, es porque enriquece la lengua dándonos un grado de cortesía que le faltava, y no le hallo ni dureza ni malsonancia, ergo vos os cansáis con él porque tiene un poquillo de afectacion. Pero paciencia, que de aquí á un año no la tendrá, y si bien se os acuerda, el mismo fastidio causaron en sus principios estos dos modos de decir: —«mal acondicionada está esta ropa» «el señor fulano me ha dado intencion, etc.» — y ya son figuras ó frases que sirven muy bien y no son fastidiosas, porque la costumbre ó el uso las ha quitado el horrorcillo de la novedad.

»Desta regla os querría ver más aficionado, porque no me condenéis que yo introduzca en mi lengua el vocablo *imprecar* y *agitada*, los quales andando el tiempo harán muy bien su oficio, y aun ora lo hacen en dar en rostro porque ya tenemos imprecacion y agitar y agitacion. Vos a dias que faltais de España, teneis correspondencia con secretarios y ministros, que es gente inicua, y esos monseñores ó cortesanos romanos tambien los tengo por peligrosos. Direis, Señor, si tenemos rogai ¿por qué se ha de introducir imprecar? Bien pudiera responder que tiene específica significacion esta voz; pero sólo respondo que no sirve poco á su lengua quien la enriquece de sinónimos.»

agasajar y aposentar por veinticuatro horas en su suntuoso heredamiento de Tablantes á la Marquesa de Denia, tuvo que vender su palacio para pagar deudas, renunciar á su veinticuatría y reducirse á vida modestísima que algunos hacen llegar á la pobreza (1), conservando, sin embargo, bastante buen humor para pasar la tertulia en casa de D. Antonio Ortiz Melgarejo contando cuentos á los contertulios el pintor Francisco Pacheco, el poeta D. Juan de Jáuregui y el escultor Montañés. Melgarejo los iba escribiendo en su enrevesada letra y su original, escrito en el año 1619, es el que ha servido para esta impresión (2).

Añade el Sr. Asensio en el *Estudio* citado que, deseando Arguijo que se rotulase «*Cuentos muy mal contados que refirió D. Juan de Arguijo*», Melgarejo quiso poner: «*Cuentos muy mal escritos que notó don Juan de Arguijo*».

En uno de ellos se cita la fecha de 1624, y como, según el citado biógrafo, Arguijo debió morir á mediados del año anterior, es claro que alguno de sus contertulios recogería los posteriores á aquella fecha.

El Farfán que figura en muchos de aquéllos era Fr. Juan Farfán, sevillano, agustino de la casa grande de Sevilla, famoso por sus agudezas y genialidades, y el Pacheco, el licenciado Francisco Pacheco, ingenio jerezano, canónigo de Sevilla, y tío del conocido pintor.

No he copiado todos los cuentos. Arrostrando la

---

(1) Véase el curioso *Estudio biográfico de Arguijo* por D. José María Asensio.

(2) Fué enviado al Sr. Hartzenbusch desde Sevilla, y tiene en la Biblioteca Nacional la sign. Cc-217.

opinión que no admite mutilaciones en las obras de los autores, me he permitido suprimir algunos sin gracia, ó que á mí me pareció que no la tenían, y en esto último puede estar la falta.

Escogió el Sr. Gayangos entre las cartas de Eugenio de Salazar las escritas con mayor gracejo, y con ellas dió principio la colección de obras de la Sociedad de bibliófilos españoles. Tan acertada fué la elección, que el libro, ya bastante raro, alcanza hoy alto precio. La Sociedad pensó reimprimir el tomo añadiéndole las cartas inéditas, y encargando la publicación al Sr. Menéndez y Pelayo; pero oponiéndose á ello acuerdos anteriores de la Junta, fuéme permitido utilizarlas para este libro. Abunda en ellas el retruécano y juego de palabras, y tienen algunas crudezas de imágenes y de expresión que hoy parecen de mal gusto; pero, en general, no desmerecen del ingenio que trazó la descripción de los lugares de Galicia.

Nació Eugenio de Salazar en Madrid hacia 1530, y fué hijo de Pedro de Salazar y de D.ª María de Alarcón. Su padre, además de un libro de novelas ó cuentos con que sirvió á Felipe II en su juventud, escribió la *Crónica de Carlos V* (Sevilla, 1552), contra la que lanzó D. Diego Hurtado de Mendoza la *Carta del bachiller de Arcadia* y la supuesta contestación de D. Pedro, que se publicaron en la primera serie de estas *Sales*.

Casó el hijo en 1557 con D.ª Catalina Carrillo, á quien antes y después de su matrimonio dedicó gran número de composiciones poéticas, con los nombres de Eugonio y Carilia. Fué juez pesquisidor en Asturias; en 1567 era gobernador de Cana-

rias; pasó en 1573 á la isla de Santo Domingo; en 1580 á Guatemala de Fiscal de la Audiencia, y en 1598 desempeñó el cargo de Oidor en la de Méjico. Finalmente, en 1601 volvió á la corte, donde fué Consejero de Indias, y murió poco después.

Además de las *Cartas* y de la de los *Catarriberas* (1560), que se publicó mal primeramente en el *Semanario erudito*, y luego más correcta por Gallardo en su *Criticón* y por Mussaffia, escribió Salazar: *La navegación del alma por el discurso de todas las edades del mundo*, poema alegórico en 80 hojas, curioso por los términos técnicos de marina que emplea; *Estudios jurídicos*, de aplicación al gobierno de las Indias, y la *Silva de poesía*, manuscrito de 533 hojas en folio, perteneciente á la Academia de la Historia, y del que, además de estas noticias que tomo de Gallardo, podrá entresacar el curioso mayor número de datos para la vida del poeta. En las instrucciones que para su impresión puso al frente de la obra, encarga á sus hijos que «ni la carta de los Catarriberas, ni la de las Asturias, ni otra alguna no se impriman, porque, aunque tienen agudeza y erudición, son cartas de donaires y no se puede sacar otro fruto dellas más que el gusto de las razones».

Que es precisamente el objeto de este librejo.

El original utilizado para la impresión, y que, como he dicho, perteneció al Sr. Gayangos, es copia de los borradores que se conservaban en el archivo del Duque de San Lorenzo.

Entre los muchos enemigos y envidiosos de Lope, á quienes pudiera atribuirse la *Carta del licenciado Claros*, Pedro de La Torre Rámila, cuyo pseudo-

anagrama fué Trepus Ruitanus Lamira, ó Juan Pablo Mártir Rizo son los autores más probables. El primero escribió la *Spongia* contra Lope, obra sólo conocida por la refutación de Francisco de Aguilar en su *Expostulatio Spongiæ* y por la defensa de Alfonso Sánchez en su *Appendix*. Del segundo afirma Pellicer que, aunque dió su nombre á la traducción y comentarios de la *Poética* de Aristóteles, no fueron obra suya, sino de Rámila que, según el citado Aguilar, se ocultó con el nombre de Mártir Rizo para escribir contra Lope.

Al portentoso ingenio de éste le sobra fuerza para disolver las nubecillas y lunares que los críticos al microscopio, como Rámila ó Mártir Rizo, descubrieron y hoy *lamentamos* en sus obras.

Se puede, por tanto, sin perjudicar en lo más mínimo á la fama de Lope, reproducir como manifestaciones de agudeza y festivo ingenio la carta presente, en que con indudable gracejo se ofrece un exótico ramillete de voces arcaicas ó pedantescas, pacientemente recogidas en los mediocres poemas del gran dramaturgo, mejor castigados con el desvío del buen gusto literario de nuestra época que por la festiva malevolencia de Rizos ó Rámilas.

No son conocidos los autores de la *Máscara* en las Trinitarias, ni de la magistralmente escrita, aunque exagerada, *Descripción del Escorial*, obra la primera de alguna compañera de claustro de Marcela del Carpio, y la segunda de cualquier malhumorado pretendiente desairado en sus pretensiones ó de algún cortesano atacado de nostalgia de la corte madrileña.

Aunque el amigo de Góngora se burló con gracia

en su carta de los laberínticos conceptos de las *Soledades*, su autor no quiso seguirle en ese terreno en la respuesta, donde, más que el chiste, aparece el enojo contra la censura, del que procede el tono serio de la réplica. Queda, á pesar de todo, bastante ingenio en ambas cartas, y ofrecen bastante curiosidad los argumentos á que apelaba Góngora en defensa de sus indefendibles ringorrangos intelectuales para justificar la publicación de aquéllas.

Para dar idea de la clase de *sal* con que se sazonaban los torneos literarios llamados *vejámenes*, tan del gusto de los siglos XVII y XVIII, escogí tres, escritos, respectivamente, por D. Francisco de Rojas, D. Antonio Coello y D. Juan de Orozco. Todos se resienten de cierta monotonía en los patrones adoptados, consistentes, por lo común, en supuestos sueños, durante los cuales se colocaba á los fustigados en las situaciones más ridículas, en exagerar sus defectos físicos y morales, y en salvar, al fin, las intenciones con el perdón que se pedía á las víctimas de mentirijillas.

En algunos se cargaba tanto la mano en las bromas, que difícilmente se distinguían de las veras. Nunca llegaban, sin embargo, á la crudeza de las *Preguntas* y *Respuestas* de los *Cancioneros* del siglo XV, en que los poetas se ensañaban con el contrario, empleando las más groseras injurias para quedar al fin tan amigos.

Entre burlas y supuestas atribuciones, los *vejámenes* suministran curiosas noticias personales de los principales literatos de la época; y esto, y los esfuerzos empleados para lucir ingenio, constituyen el interés de algunas de aquellas composiciones.

Termina el tomo con tres composiciones del género llamado macarrónico, en el que no desdeñaron ocupar sus ingenios hombres de reconocido mérito literario. La primera se escribió después de las Comunidades, probablemente por algún flamenco de la Casa del Emperador, á juzgar por el altanero desdén con que pinta á los desgarrapizados capitanes y soldados españoles.

No he visto mencionada en las historias de Cádiz la entrada del Almirante que describe la poesía de Merlín. El original, impreso en dos hojas en 8.°, es del siglo XVIII, y así, parece que ha de referirse al almirante D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera (1) que, además de aquél título, fué General de la mar en las costas de Andalucía hasta la segunda mitad del reinado de Carlos II, pasándose luego al bando austriaco.

Inútil es el elogio de la *Pepinada* de Sánchez Barbero. Su profundo conocimiento de la literatura latina, su musa *guasona* y su desenfado y falta de aprensión para trazar con gran viveza de ingenio cuadros del más subido naturalismo, hacen de esta composición un modelo acabado del género.

Agradezcamos al latín el ligerísimo velo con que de cuando en cuando cubre, muy imperfectamente, eso sí, para los profanos, escenas por demás escabrosas; pero en que el ingenio hace perdonar el asunto.

A. P. Y M.

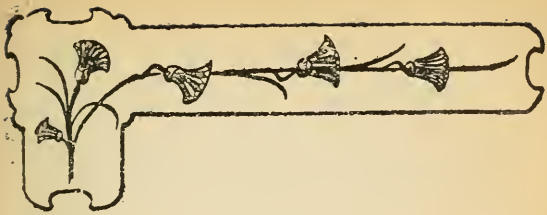
---

(1) Así lo cree el Sr. Fernández Duro, que hace tiempo se ocupa en recoger datos para la biografía de aquel personaje.

I

DIÁLOGO DE VILLALOBOS

(Siglo XVI.)



CARTA

del reverendísimo señor el señor Don Alonso de Fonseca, arçobispo de Santiago, al doctor de Villalobos (1).

Pocos días ha que el señor Don Gómez me mostró un diálogo vuestro, en que muy claramente vi que nuestra lengua castellana excede á todas las otras en la gracia y dulzura de la buena conversación de los hombres; porque en pocas palabras comprehendistes tantas diferencias de donaires, tan sabrosos motes, tantas delicias, tantas flores, tan agradables demandas y respuestas, tan sabias locuras, tan locas veras, que son para dar alegría al más triste hombre del mundo.

Y aun díxome el señor Don Gómez que demás de aquello que allí posistes, después que al

(1) Del libro intitulado *Los Problemas de Villalobos.*—Zamora, Juan Picardo, 1543; folios XLVIIIJ v.º á LXJ v.º

Duque le creció la calentura y vos acabastes de comer y aun de beber, hubo entre los dos otra batalla más sangrienta que la primera, y que se corrió gran peligro de venir á las manos. Y como ellos no osaban reir sueltamente por no enojar á las partes, hubo tantos rebentones de risa, que uno á uno se salieron todos de la cámara, y os dejaron á vos entre los cuernos del toro.

Hacéme saber, señor doctor, cómo os aprovechastes tan poco de vuestra filosofía, y enviadme una copia del diálogo, con adición de lo que allí faltastes, porque aquel desgraciado no me quiso dejar el suyo, diciéndome que os había jurado de no lo dar á nadie.

Y si desta casa mandáis alguna cosa, ya sabéis que todo es vuestro cuanto hay en ella.

De Salamanca, etc.

RESPUESTA DEL DOCTOR

Allá envío el diálogo como lo tiene el señor Don Gómez. Si Vuestra Señoría lo quiere para burlar de mí, dígalo claro, que buen compañero soy para acudir y rechazar.

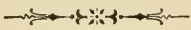
La otra escaramuza, como Vuestra Señoría dice, fué más trabada que la primera, porque con la cuartana, el paciente no estaba muy

filósofo, y con el vino, el filósofo no estaba muy paciente.

Aquellos señoritos, como son buenos despartidores de ruidos, gustaron mucho más de las veras que de las burlas, y deseaban, con gran caridad que hay en ellos, que viniésemos á las greñas.

Y porque estas cosas que se hacen con calor y con gestos y meneos furiosos, son graciosas durante la farsa y no valen nada escriptas, no las encomendé á la memoria, y por eso no las envío á Vuestra Señoría.

De Valladolid, etc.



ESTE ES EL TRASUMPTO

de un diálogo que pasó entre un Grande deste reino de Castilla, estando con el frío de la cuartana, y el doctor de Villalobos, que estaba allí con él, en presencia de sus hijos y de la noble juventud de su Casa.

DUQUE.—DOCTOR.

Duque.—Quince días ha que me quejo de un grande amargor de boca, y no me lo habéis remediado, y con todo esto hallo por mi cuenta que sois el mayor físico que hay en toda Castilla.

Doctor.—Por el favor que tengo de Vuestra Señoría soy buen físico, que por lo demás, mejore Dios lo que falta.

Duque.—No me entendéis. No lo digo por tanto.

Doctor.—Pues ¿por qué lo dice Vuestra Señoría?

Duque.—Porque toda la física es burla, y como vos sois el mayor burlador de Castilla, desta manera sois el mayor físico.

Doctor.—Ello está, por cierto, bien silogi-

zado. Ya me maravillaba que de una boca tan amarga saliese cosa tan dulce. Bien se pudiera aplicar aquí el problema que hizo Sansón cuando halló el panar de miel en la boca del león que él había muerto.

Duque.—Bien decís, porque, después de Dios, vos me habéis muerto.

Doctor.—Tampoco me entiende á mí Vuestra Señoría. No lo digo por tanto.

Duque.—¿Cómo así?

Doctor.—Porque ni vos sois león, ni yo Sansón; mas dígolo porque tenéis la boca tan amarga, que cuando no estáis de buen temple, nunca salen de allá sino amarguras. Si no, pregúntenlo al mayordomo y á los otros oficiales de casa.

Duque.—Si yo cuando lo pude hacer hubiera hecho carne de los que son de vuestra suerte, vos me tuviérades á mí por león; mas como ando doméstico entre vosotros, tenéisme por cordero.

Doctor.—Sea así como Vuestra Señoría manda, pues que el reverendísimo señor Cardenal de Toledo manda poner silencio en la respuesta.

Duque.—No os entiendo. Mas volvamos á esta mi cólera, que la siento yo en la boca, y vos me la veys cada día en el cuero del rostro, que está teñido de azafrán, y nunca habéis sido para echármela fuera.

Doctor.—¿Qué aprovecha vaciar el cuero si luego le torna á envasar?

Duque.—¿Paréceos á vos que soy gran borracho?

Doctor.—No, por cierto, Señor, que quizá no hay hombre en Castilla que beba menos vino que Vuestra Señoría.

Duque.—Pues ¿por qué lo decís?

Doctor.—Porque sabe muy bien Vuestra Señoría que os teníamos ya casi sano de toda vuestras indisposiciones, y el día d'antruejo fué tanto vuestro regocijo, que mandastes que todo cuanto hubiese en vuestra botillería, y cuanto hubiese en el mundo, todo entrase á vuestra mesa, si no físicos; y fué tan grande la comida y la bebida daquel día, que luego á la noche estovistes para morir de un principio de apoplejía; y si el doctor mi compañero y yo no pusiéramos tanta diligencia en provocar un vómito de cuatro ó cinco bacinas llenas de manjorrada y de venado y lampreas, y otras cosillas de por casa, no fuera posible vivir dos horas.

Y sobre todo esto, vuestras cargas echaislas á nuestras cuestas, y cuando algún provecho hacemos, no nos dais gracias por ello, porque decís que Dios lo hace.

Duque.—¿Y esto negáislo vos?

Doctor.—No, por cierto, que bien sé que Dios da la salud y la vida, y también da la en-

fermedad y la muerte, que así lo dice él mismo: *Ego occidam, et ego vivere faciam; percutiam et ego sanabo.* Mas como nos cargáis culpa de las enfermedades que Dios os da por vuestros errores, ¿por qué no nos dais gracias de la salud que Dios os da por nuestras manos? Cuando Vuestra Señoría ha vencido en alguna guerra, ¿por qué pedís mercedes al Rey, pues que Dios da la victoria?

Duque.—En eso yo confieso que tenéis razón; mas en todo vuestro seso, ¿creéis que la comida daquel día me hizo aquel paroxismo que tuve en la noche?

Doctor.—No lo creo, porque lo sé de cierto, como quien lo vió, y las cosas que hombre ve, impropriamente se dice que las cree, sino que las sabe.

Duque.—Muy engañado estáis; y por eso os digo yo que sabe más el cuerdo en su casa que el necio en ell ajena. Sabed que aquel acidente me vino del cuarto de la luna, y no de otra cosa.

Doctor.—No era cuarto de luna aquella noche, antes eran diez días de luna.

Duque.—Sería medio cuarto.

Doctor.—Según eso, no es menester cuartear la luna, sino hacer della veinte y nueve tajadas, para que quepa á cada día la suya; y tras esto, comer y beber hasta reventar, y si hiciere mal, decir que no lo hizo el banquete, sino la

tajada. Por cierto, en otras cosas muchas yo daré á Vuestra Señoría todo el crédito que es razón; mas en ésa no, porque veo que va muy lejos de la verdad.

Duque.—¿Qué tan lejos?

Doctor.—Cuanto hay desde la luna hasta la botillería.

Duque.—Esso más lejos es que de aquí á la feria de Peñaranda. Mas do os al diablo que os lleve, que así me habéis hecho reir. ¿Negáisme vos que los cuartos de la luna me hacen grandes impresiones?

Doctor.—Niego que hagan impresiones semejantes de aquélla, porque si así fuese, ¿en qué manera se pudiera sostener una edad tan larga, sobre la cual han posado (*sic*) más de seis mil cuartos y medios cuartos?

Duque.—Creedme, doctor, que todos vosotros coxqueáis en esto del creer.

Doctor.—De los otros yo no sé nada; de mí puedo certificar á Vuestra Señoría que soy incrédulo de semejantes abusiones, porque son vanidades de gentilidad, y nuestro Señor no las mandó creer, antes dijo: *A signis celi nolite timere quæ gentes timent.* Y porque soy incrédulo de estas liviandades, creo más firmemente las cosas que tienen raíces y fundamentos por donde deban de ser creídas. Y si Vuestra Señoría creyese la fe tan firmemente como debe, ella misma le daría á entender que es imposi-

ble dexalla de creer otro ninguno que esté bien informado della, si tiene uso de razón.

Duque.—Yo creo en Dios trino y uno.

Doctor.—Y yo también.

Duque.—Eso no creo yo.

Doctor.—¿Cuál?

Duque.—Que creéis vos en las tres personas tan bien como yo.

Doctor.—¿Por qué?

Duque.—Porque me lo ha dicho la una dellas.

Doctor.—¿Cuál dellas?

Duque.—El Espíritu Santo.

Doctor.—¿Cuándo?

Duque.—Cuando vino en las lenguas de fuego sobre la ciudad de Córdoba.

Doctor.—La respuesta deso suspendió también el reverendísimo Señor susodicho; mas yo la diré á Vuestra Señoría de mí á él.

Duque.—Dezídmela al oído.

Doctor.—Pláceme.—[*Chío, chío, chío, chío.*]

Duque.—Ya os entiendo. ¿Todavía porfiáis en esa necedad?

Doctor.—No, señor.

Duque.—Pues ¿por qué la decís?

Doctor.—Porque vino sobre habla.

Duque.—Dadme algún remedio para este amargor de boca. ¡Maldito seáis de Dios, que tan gran chocarrero sois!

Doctor.—Haga Vuestra Señoría lo que yo le

aconsejare, y luego se quitará el amargor de la boca. Y en esotro punto que dice de chocarrero, pésame porque no le puedo responder lo que al doctor Torrellas delante del Rey nuestro señor.

Duque.—¿Qué fué?

Doctor.—No sé si lo sabe Vuestra Señoría cuán inocente es y cuán invidioso anda del doctor de la Reina.

Duque.—Ya lo sé.

Doctor.—Y de mí también tiene invidia porque huelga el Rey de hablar comigo. Y un día, riendo Su Alteza mucho de un cuento que yo le contaba de las damas, no lo pudo sufrir Torrellas, y dijo al Rey:—Yo, señor, soy doctor y maestro, y como me doy á las cosas de la speculación, no me curo destas gracias, que son cosas de chocarreros. El Rey, afrontándose mucho por amor de mí, echóme los ojos. Yo volvíme á Torrellas y díjele:—Amaéstreme vuestra merced á ser necio, pues que sois maestro, y no seré gracioso, por no enojar á vuestra merced.

Fué tanta la risa de todos y tanto su corrimiento, que se salió huyendo de la cámara.

Esto, como digo, no lo puedo decir á Vuestra Señoría, de lo que me pesa, porque me pagáis las chufas en la misma moneda; mas puédole decir que aunque yo tenía ya buen natural, la mayor parte de las burlas he aprendido

en vuestra casa de los hijos della y aun del padre dellos, que en verdad aquí hay una buena escuela desta profesión.

Duque.—Aprendístelas vos en casa de Satanás, y no en la mía.

Doctor.—Si yo, en virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, aprendí las burlas, vuestros hijos, ¿en cuya virtud las aprendieron? Que, en verdad, cuando yo acá vine, no merecía enlazar la correa de su zapato.

Duque.—Ellos son tales como vos, y vos tal como ellos. Mas dejemos esto, y dad orden cómo se me quite este amargor de boca, que es tan grande, que el vino de los asensios que me hacíades tomar hallaba dulce.

Doctor.—Yo hablaré luego con el boticario y daré todo el remedio que sea menester.

Duque.—Mirad que no ha de ser cosa de jarabe, ni purga, ni sangría, ni otra suciedad de las que soléis dar.

Doctor.—Otro campo se nos apareja.

Duque.—¿Cómo así?

Doctor.—¿Qué cosa es mandarme Vuestra Señoría que yo le cure, y suspenderme los medios con que le tengo de curar?

Duque.—Pues cómo, ¿no habéis de saber otra cosa sino jaropar y purgar y sangrar?

Doctor.—Un sastre no sabe otra cosa sino cortar y coser. Mándele Vuestra Señoría que os haga un jubón muy justo sin cortar y coser. Y un

platero y todos los otros maestros mecánicos no saben otra cosa sino apartar y juntar. Mande Vuestra Señoría que os labren una casa de madera sin cortar y clavar, y burlarán de Vuestra Señoría. El físico no sabe sino apartar lo malo y juntar lo bueno. Si á éste y á todos los otros oficiales quitáis el apartar y juntar, podréis assentaros á par dellos.

Duque.—Pues yo os digo, si otra cosa no se sabe en la física, que vos sois el mejor librado.

Doctor.—¿Por qué?

Duque.—Porque sois un remendón y purgáis y sangráis como el doctor de la Reina. ¿Qué os falta á vos para ser un doctor de la Reina?

Doctor.—No me pongo yo ahora en comparaciones con otro ninguno; mas mucha diferencia va del purgar y sangrar hecho sabiamente, al que se hace fortuitamente. Muchas veces es menester sangrar al doliente en el primer día, porque la corrupción de la sangre no se extienda por todas las venas. A este tal, si le dilatan la sangría hasta el octavo día, ó le matan, ó no cumplen después con cuatro sangrías en lugar de una; y así se alargan las dolencias y nunca Dios les da salud. Otras veces es menester que no se sangre hasta el octavo ó deceno día, porque sentimos que hay gran pujanza de cólera, y quedaría desenfrenada si le

sacásemos la sangre, que es su freno, y aun la misma cólera ocuparía en las venas la vacante de la sangre; y así crescería la dolencia con todos sus malos accidentes. A este tal purgámosle luego sin muchos jarabes, y como estamos seguros de la furia colérica, acudimos á la sangre que quedó escalentada y aparejada para corromperse y convertirse en otros humores malos. Y en la purga es menester asimismo guardar temples y coyunturas, que el buen físico y la buena estimativa los entiende mejor que el ruin, así como el buen ballestero acierta más veces á la presa, aunque el ruin haga muchos más tiros.

Duque.—Y vos, ¿tenéisos por buen físico?

Doctor.—A la honra de Vuestra Señoría conviene que digamos que sí, porque estando enfermo y negociando de la vida, no digan que os curáis con un ruin físico y dejáis de llamar los buenos por no pagallos.

Duque.—Eso bien saben todos que no lo hago de mezquino, sino porque tengo tan poca confianza en la física, que el más ruin de ella tengo por menos malo que el mejor; porque el mejor viene con reputación de gran físico, y presume el hidecornudo de mandar absolutamente y con gran ceño, como si fuese algo lo que manda, y hase de obedecer ó caer en mal caso. Y siendo tal como vos, antes dirán que es cordura no hacer nada, y esto es gran des-

canso, así como lo otro es gran pesadumbre.

Doctor.—Alabado sea Dios, que ya acertastes una en el clavo de cuantas habéis dado en la herradura. Mas ¡qué risa les torna á estos vuestros hijos, y qué fiesta hacen de una nonada que habéis dicho! Bien parece que les vienen á deseo estas vuestras buenas razones.

Duque.—Hora volvamos á mi enfermedad, no sea todo chocarrerías. ¿Qué haría yo para este amargor, que no sea cosa de botica?

Doctor.—Estas chocarrerías, después de Dios, le dan la vida á Vuestra Señoría, porque os criastes en ellas y son los aires de la patria. Y cuanto al amargura, digo que tome Vuestra Señoría cada mañana y cada tarde una granada agradulce, y que comencéis las comidas en naranjas que no sean muy agras, con azúcar, y las cenas en chicoria y endivia con vinagre y azúcar, ó en lechugas y escariolas y lúpulos con la misma salsa, y que deje Vuestra Señoría el vino, pues que lo suele hacer de buena gana.

Duque.—¡Cómo se quiso vengar luego el hidalgo! Mas yo le perdono porque me ha dado remedios graciosos para el gusto y conformes á razón. Aun si le habemos de hacer aquí buen físico, no se tarda, porque mi doctor más medicina deprendió entre nosotros que en Salamanca, y aun aquí estudió astrología.

Doctor.—Yo os diré que tan buen mathemático es, que dijo el otro día que deseaba

vivir en Toledo por hartarse de sardinas frescas, y que dellas y de besugos tenía antojo como una preñada. Digo:—Pues para eso no vais á Toledo, que está lejuelos, sino á Ciudad real, que llevan allí los besugos de Toledo corriendo sangre. Y preguntóme cuándo era la sazón de los besugos. Digo:—Comienza en fin de Mayo y dura hasta Santiago, porque ellos vienen en busca de las cerezas, y en acabándose, luego se vuelven á su tierra. Dice:—Pues yo os prometo de hurtarme del Duque, mi señor, para darme una hartazga de besugos en Ciudad real y volverme luego.

Duque.—Eso todo vos gelo.

Doctor.—Pregúntelo Vuestra Señoría á estos señores que lo oiron.

Duque.—El diablo os apareja á vos todos estos desvaríos.

Hora, ¡sus!, ¿en qué vasija beberé?, que ya comienzo á escalentarme.

Doctor.—En la que Vuestra Señoría quisiere, pues que habéis de beber por vuestro gusto y no por el mío.

Duque.—Yo querría en aquella garrafa, porque me harta más y bebo menos; mas decís vosotros que echa mucha ventosidad en el cuerpo.

Doctor.—No digo yo tal cosa; antes es opinión del vulgo, y vanse los físicos tras él como las ovejas tras el carnero de la cencerra.

Duque.—Y vos, ¿qué decís?

Doctor.—Que la garrafa no mete aire en la boca, antes saca el que está en la boca.

Duque.—Esso me dad á entender, porque deseo mucho que sea verdad.

Doctor.—La razón está muy clara, y el testigo della es la misma vista, porque cuando sale el agua de la redoma es necesario que entre aire dentro della para henchir lo vacío, y como el salir del agua y el entrar del aire se hace por lugar angosto, va rompiendo el aire por el agua y hace aquel sonido que oímos. Y cuando agora Vuestra Señoría bebiere en la garrafa, verá claramente que las campanillas que hace el aire que entra por el agua, todas van dentro de la redoma, y ninguna sale afuera, y como la boca de la redoma está dentro en vuestra boca, es forzado que el aire que está en la boca, y aun el que está dentro del cuerpo, salga de allá para henchir el vacío de la redoma, y con esto se agota el huelgo más presto bebiendo con la garrafa, porque el aire que ha de entrar por el aliento bébeselo la garrafa.

Duque.—Dígoos que es más graciosa philosophía esa que la de los besugos que agora me decíades.

Doctor.—Pues algunos hay que arguyen contra esto diciendo que cuando se bebe con barril ó con garrafa, siempre después que beben

echan rehueldos, que es señal que han cogido en el estómago algún viento.

Duque.—Y vos, ¿qué decís á eso?

Doctor.—Digo que yo no soy obligado de responder á todos los obiectos que en este caso me pusieren, porque lo que tengo dicho está probado al sentido y con demostración así traída á la vista, que se muestra con el dedo tan clara, que quien la negare, niega el sentido; mayormente si beben con una redoma que tenga largo el pico y retorcido en la raíz, porque entonces, á vista de ojos verán, cuando sale el agua, entrar el aire cercado de una como vegiga, para henchir en la redoma el espacio que se vacía dell agua. Así que vea el que da el rehueldo la causa dónde le viene, ó si lo suele dar tras el beber en cualquier manera que beba, que la verdad que yo he mostrado no tiene contradicción.

Duque.—En eso yo soy de vuestra parte; y más os digo, que nunca yo echo aquel viento cuando bebo por mis barrilicos. Mas todavía es bien que digáis vuestro parecer á éstos que nunca quieren confesar las verdades.

Doctor.—Digo que todas las veces que se bebe chupando y muy despacio, se hace así, que después que acaban de beber, echan aire del estómago, que unas veces se siente y otras no. Y es la causa, porque lo que se bebe colado, abáxase poco á poco á lo ancho del estó-

mago, y es necesario que tanto aire salga de allá por la boca, cuanto fuere el agua que le ocupa su lugar. Esto no se hace así bebiendo de recio y con grandes tragos, porque la boca del estómago es angosta, y en unos más que en otros; y entrando el agua de golpe, no la dexa abaxar el aire que está dentro del estómago, ni ella deja salir el aire por la boca, y entonces es forzado que el estómago se ensanche y se pare hinchado para que quepan en él el aire que allá estaba y el agua que entra. La comparación desto es tan clara cuando hecháis agua en un barril, que si la hecháis de golpe, no entra, porque el aire que está dentro no la deja entrar, ni ella deja salir al aire, porque le tiene atapada la boca; mas si al echáis poco á poco, ella da lugar al aire para que salga, y el aire da licencia al agua para que entre. Y así en el estómago, como el agua se apodera dentro con su pesadumbre, carga sobre el aire y hácele salir más que de paso, y el estómago también, por deshincharse, échale fuera violentamente con su virtud expulsiva, y de aquí nacen los rehueldos; los cuales no se hacían cuando iba entrando el agua poco á poco, porque salía entonces poco aire, y no daba ruido ninguno.

Duque.—La razón es buena, y sin ella, está clara la verdad de lo que habéis dicho. En mi seso me estoy de haceros mercedes, como os

las he hecho, más por vuestra buena razón que por la física.

Doctor.—Tal salud os dé Dios como vos me habéis hecho las mercedes, y aun como me las haréis.

Duque. — ¿Qué estáis gruñendo entre dientes?

Doctor. — Digo, señor, que Dios dé mucha salud á Vuestra Señoría por las mercedes que me ha hecho y me hará.

Duque.—Eso bien lo pudiérades decir á voces.

Doctor. — Porque no recibiese lisonja de mendigantes lo dije para entre Dios y mí.

Duque.—Pues ¿de qué se ríen esos otros?

Doctor.—Señor, son mozos, y de cada cosa que hablamos les está retozando la risa en el cuerpo; aunque aquí está quien me importuna que tome bien en la memoria todo lo que hemos pasado, para que gelo dé por escripto.

Duque.—¿Cuándo beberé?

Doctor. — De aquí á tres horas, porque estará entonces la calentura en toda su fuerza.

Duque.—Mejor será beber luego, que está la sed en toda su fuerza.

Doctor.—Por lo que á mí me va en ello, siquiera hubiésedes ya bebido.

Duque. — Caridad perfecta es la vuestra, porque ni tenéis amor con Dios ni con el próximo.

Doctor.—Antes he pasado más adelante de la caridad.

Duque—¿Cómo, cómo?

Doctor.—Porque no me contento yo de querer á mi próximo como á mí mismo, sino tanto como él se quiere á sí mismo.

Duque.—Vos habláis muy bien, cual sea la vuestra vida. Pues ¿en qué pasaremos el tiempo en tanto que se llega la hora del beber?

Doctor.—En lo que Vuestra Señoría más holgare, con condición que no se duerma.

Duque.—Contadnos lo que os acaesció con el Conde de Benabente cuando le mandastes echar una ayuda.

Doctor.—Pasó desta manera. Primeramente él tenía unas tercianas muy recias, y estaba tan brabo con ellas, que no había hombre que se le parase delante. Tenía siempre á su cabecera una ballesta armada con un virote xostrado, y cuando algún paje le enojaba, mandábale volver de espaldas y poner sobre las caderas una almohada de seda; y aun la Condesa proveyó en que aquellas almohadas fuesen bien rellenas de lana, porque quedaban lisiados algunos pajes con la ballestería. Entonces él tiraba á la almohada, y el paje daba un grito y saltaba de aquí acullá como un gamo. Desto había tan gran placer el Conde, que deseaba que hubiese muchos delincuentes.

Un día de aquellos, estando con su muger

y con el Guardián de San Francisco, hallé algún aparejo para osalle hablar, y dígele: —Señor, seis días ha que no hacéis cámara, y tenéis doce comidas en el cuerpo, sin los malos humores, que no deben ser pocos; y las calenturas vienen cada vez mayores. No es posible que esto pase adelante sin gran daño y peligro vuestro.

Dice: —Pues ¿qué queríades hora vos?

Digo: —Querría, cuanto á lo primero, que tomase Vuestra Señoría una ayuda.

Dice:—Tomalda vos por mí; yo os hago donación della; y sea á mi costa, porque me aproveche más á mí.

Parecióme que él andaba ya muy cerca de mandármela echar, y por no poner mi seso con el suyo, lo más disimuladamente que pude, salíme de la cámara.

Entretanto, los frailes y la Condesa trabajaron tanto con él, que le convencieron, y mandándome llamar, díxome: —Por amor del señor Guardián, y por amor de vos, yo tomaré el ayuda; mas ha de ser con ciertas condiciones. Primeramente, el cañutillo ha de ser nuevo y de plata, y la vegiga nueva, porque yo me pico de hombre limpio y no me fío de la limpieza de los otros cañutillos. Lo segundo es que me la eche María Rodríguez, la dueña de Martín de Sosa; y ha de venir perfumada con las pasticas de la Condesa, y vestida con el

su sayuelo de terciopelo negro, con sus cintas amarillas. Lo tercero es que yo me tengo de poner sobre las rodillas y sobre las manos, á manera de perro; y á los pies de la cama donde yo estuviere han de estar dos hachas encendidas en dos blandones, porque la dicha dueña no diga: no lo vi, sí lo vi.

Digo:—Todo se hará como Vuestra Señoría lo manda, y de mañana, que es día de huelga, seremos aquí con todo aparejo.

Al otro día, señor, venimos con toda nuestra artillería, y la ayuda era de muy gran cantidad, habiendo respecto á que no la tomaría otras veces. Y como el Conde nos vió, dixo:

—Vengáis mucho enhoramala para vosotros y para mi padre el Guardián, y aun para mi madre. Llegaos acá, señora María Rodríguez, y todo mi bien.

Y luego se puso de la misma manera que él había dicho, que no vale nada pintarle de palabra, sino velle, porque su postura, con aquel aparato de las hachas, nos hizo salir más que de paso á la sala, rebentando de risa.

Y dijo el Conde:—Mirad, María, si está bien descubierto todo lo que es menester.

Dice:—Señor, y aun lo que no es menester.

Entonces ella comenzó á embocar el cañutillo, y como la plata con los licuores calientes arde luego más que ellos mismos, hizo dar un salto al Conde con todos los cuatro pies, y con

un grito iba diciendo: —¡O, pese á tal con la puta vieja, que me ha metido un asador ardiendo por el obispillo! ¡Reniego de la leche que mamé, puta vieja! ¿Pensábades que era yo perdiz?

Dice: —¡Ay, señor, triste de mí: perdóneme Vuestra Señoría, que la plata me engañó, porque el caldo, templado y bueno estaba!

Dijo el Conde: —Hora, pues, tornádmela á echar, porque no diga el doctor que es mía la culpa.

La muger tornó al oficio, y al primer apretón que dió rompió la vegiga y derramóse un piélago de suciedad por las piernas, con todo aquel término redondo, y púsose la cama como un charco de cieno, la más abominable cosa del mundo.

Ella, como vió el mal recaudo, abaxó su cabeza, y toda turbada y descabellada, botó por la puerta afuera.

Yo, cuando la vi, preguntéle si era hecho. Ella, sin parar en la carrera, iba mesando sus cabellos.

Digo:—No es tiempo de parar aquí: y voime á unos desvanos que estaban en lo alto del alcázar, donde pasé el tiempo que estuve escondido una semejanza del infierno, así con el hedor y escuridad que allí estaba, como con la gran congoja que tenía por saber cómo había pasado aquel desastre, porque algunas veces

me vino al pensamiento que el Conde era muerto de algún desmayo y quedara yo bonito, porque todos pensaran que le había echado allí algunas yerbas malas.

Los pajes y el camarero huyeron todos cada uno por su parte. La Condesa y sus mugeres, como les llegó el rebato, pasaron á su cuarto á oir misa; y esto todo se hizo en un Credo. El Conde quedó del todo desamparado, y preguntó á la muger si había acabado. Y entonces estaba ya dentro en la villa, escondida en una cueva, porque de tal manera fué huyendo por las calles, toda turbada y destocada, que pensaba la gente que iba loca.

El Conde, como vió que la muger no le respondía, echó la mano atrás para alimpiarse con la media sábana, y hundiéndose la mano en la piscina, sacóla tan sucia, que se espantó de ella, y por no llegar la mano á la cama, alzóla en alto, y quedó en tres pies no más.

Contemple agora Vuestra Señoría el falso visaje que le quedaría, alzada la camisa por detrás y todo sucio, y en tres pies, y una mano levantada en alto, como quien ha quebrado lanza, y dos hachas encendidas junto con él.

Comienza el pobre hombre á dar voces y llamar por nombre á todos los pajes, jurando á Dios de no hacer mal á ninguno; mas esto era en vano, porque estaba la casa hecha un yermo.

Y agora confiesa él que en aquella tribulación le vino gran pensamiento de sus pecados y de sus bravezas, y vió cómo todos le habían desamparado por su mala condición. En esta contrición estuvo llorando media hora, y proponiendo de ser piadoso y bueno de servir de allí adelante.

Al cabo el su Contador viejo entró por la puerta de la sala. Éste era un hombre con quien el Conde holgaba de hablar en todo extremo, porque tenía un lenguaje muy zafio y muy avillanado. Y como éste vió la casa toda despoblada, espantóse: allegó á la cámara y asomóse á la puerta, y viendo aquella visión con las hachas, dice que se le enerizaron los cabellos, y echó á huir con muy horrible miedo.

El Conde, que siempre tenía la cabeza vuelta á la puerta, como le vió asomar, llamóle á grandes voces, y él á duras penas quería volver; mas ya vencido de los clamores, entró donde el Conde estaba, y díxole llorando:—Contador, ¿no veis qué tal estoy?

Dice: — Por cierto, mal endeliñado está Vuestra Señoría.

Desto le tomó al Conde muy gran risa, y díjole:—Llegaos acá, y alimpiadme esta mano con el cabito de la sábana. Y como se llegó el Contador, el Conde hízose erradizo y frególe la boca con la mano. El viejo hubo muy grande

asco, y alimpió primero su boca con la sábana, y dicía:—Más quigera focicar en la muger del trapero.

En tanto que él estaba alimpiando la mano del Conde, preguntóle el Conde:—¿Qué pensábades cuando echastes á huir?

Dice:—Pensé que estaba con vos el diabro, que os venía á llevar, y eso que teníades descubierto pensé que era la boca del infierno, como el que llevaban en el carro el día de Cuerpos cristos; y las antorchas encandiláronme los ojos, y todo se me facíe llamas de fuego que salíen de la boca del infierno.

Dixo el Conde:—Y cuando os llamé, ¿por qué huíades?

Dice:—Porque pensé que ahullábades como el Conde Don Alonso, vuestro agüelo, que un vecino de aquí le vió una noche arder en esta torre de la cadena, y daba grandes ahullidos. Mas ¿por qué no cubre Vuestra Señoría sus vergüenzas, que las tiene todas de fuera?

Dijo el Conde: — Alimpiadme bien esa mano, viejo ruin, y después me alimpiaréis lo de abajo para que me pueda echar en un cabo de la cama.

Entonces el Contador tomó la sábana de encima y dejóle cubierto el medio cuerpo con la colcha, y como llegó á limpiarle, volvió las espaldas como que se quería ir.

Dijo el Conde:—¿A dó vais, viejo ruin?

Dice:—Voy á llamar dos ó tres triperas que vos sepan alimpiar, que yo non me estreno ni sé por dó comience.

Dijo el Conde:—Viejo ruin, haced lo que os mando bonitamente.

El viejo no hacía sino mirar y ahogarse de risa.

Dijo el Conde:—¿Qué parezco agora?

Dice:—¡Por Santa Catalina, que parescéis á la mi puerca parida!

Otras muchas razones me contó después el Conde que habían pasado los dos, que no se me acuerdan.

Duque.—Yo os certifico, doctor, que en todos los fríos de la cuartana yo no he temblado tanto como en éste, porque he pensado morirme de risa. Pues ¿en qué paró la historia?

Doctor.—Mandó el Conde al Contador que llamase socorro, asegurándonos á todos y jurando de ser buen paciente de allí adelante, y así lo cumplió. Venimos todos, y no se puede creer lo que se despendió en agua rosada y de azahar y aguas almizcladas, para bañarse en unas vacías, una quitada y otra puesta. De toda la cama hizo merced á María Rodríguez, por la carrera que pasó desde el Alcázar hasta la cueva de un regidor, donde estuvo escondida todo el día. Después vino la Condesa, y fué grande el regocijo de los cuentos que salían del uno y del otro. Y aquella noche vínole

al Conde un dolor de vientre. Todos decían que era de la frialdad que había cogido en tanto que estuvo descubierto. Después rompió en muchas cámaras coléricas, y nunca más le vino la terciana.

Duque.—Esos os han pedido por escrito lo que habíades pasado conmigo, y yo os ruego que me escribáis ese cuento, y enviarlo he al Rey, nuestro Señor, para que gelo lean en presencia del Conde, que será una graciosa comedia.

Doctor.—He miedo que por escrito ha de ser una cosa fría, que, aun relatado, no vale nada en comparación de visto. Mas yo lo haré, pues que Vuestra Señoría lo manda.

Duque.—Doctor, si vos quisiésedes vivir comigo, daros hía yo dos tanto que el Rey, y estaríades en mi casa mucho más descansado que en la Corte.

Doctor.—Yo, señor, no vivo con el Rey por lo que él me da, sino por lo que me puede dar sin poner nada de su bolsa; y viviendo yo con él, Vuestra Señoría puede ahorrar el salario que me había de dar, y servirse de mí, que ya sabemos que nunca os apartaréis del Rey si la muerte no os aparta.

Duque.—No estoy en eso, sino en retraerme á mi casa, que ya he sabido que en la Corte yo no puedo estar sin amores y parcialidades y invidias y tráfagos y mentiras y tibiezas de

las cosas de Dios, y cada cosa destas es parte bastante para llevar á su dueño con el diablo. Y pues que Dios me ha dado esta dolencia para que mire por mí, quiero encerrarme de mis muros adentro y velarme. Buen rey me tengo si sirvo á Dios, y no habré miedo que la muerte me aparte dél.

Doctor.—Por cierto, Vuestra Señoría habla como quien es, y pluguiese á Dios que yo lo pudiese así decir y hacer.

Duque.—Pues ¿qué físico os parece que puedo tomar para que nos fiemos aquí de él?

Doctor.—Yo pensaré en ello y avisaré á Vuestra Señoría de lo que yo podré entender.

Duque.—Uno que vos conoscéis muy bien holgara de asentar comigo. Todos dicen que es buen físico; pero es muy necio, que, fuera de física, no se puede hablar con él.

Doctor.—Dos cosas son incompatibles, porque si él es buen físico, no es necio, y si es necio, no es buen físico.

Duque.—Al revés lo piensan, porque si un físico es necio, presumen que todo es física maciza.

Doctor.—Todos los oficios, por torpes que ellos sean, han menester prudencia y discreción, hasta barrer una casa y hacer fuego. Pues ya un sastre y un platero, ¿cuánta ventaja hace á otro, si es de buen entendimiento y el otro necio? Pues ¿qué será de un físico,

que la mayor parte de su perfección no está en las letras, sino en el buen seso? Y si éste no tiene en las cosas que comenzó á deprender desde la teta y en su lengua materna, ¿cómo lo podrá tener en lo que comenzó á estudiar en otra lengua, siendo ya hombrecico? Y si Vuestra Señoría supiese las infinitas diversidades que hay de complexiones particulares de hombres, y de aires, y de mantenimientos, y de yerbas y raíces, y otras cosas que no las pudo escribir la medicina, sino remitillas á los buenos ingenios que sepan reprobar lo malo y escoger lo bueno, luego vería que un hombre necio no podrá jamás acertar en cosa buena, si no fuere acaso. Si me dicen á mí que un nescio puede tener buena memoria y saber muchos textos, yo lo concederé; mas que por eso sea buen físico, es burla. Muchas oraciones sabe Vuestra Señoría de coro, y podéislas decir con sola la memoria, sin que el entendimiento esté presente y sin saber lo que os decís, y si os hacen cortar el hilo, no podréis saber adónde os dejastes. De manera que aun que la memoria ayuda al buen seso, bien se puede hallar sin él. Y hallamos hombres que en cada cura os harán una larga repetición, y en cabo della no saben ordenar una agua de cebada ni otra de lentejas. Así que, Vuestra Señoría créame, y no tome hombre necio por físico, porque éste en las dolencias remontará,

y cuando las tengan bien altas, echará al discreto, y matará.

Duque.—Mi fe, doctor, en eso estoy; y si es tiempo de beber, aunque remontéis la calentura, y aunque me matéis, os obedeceré.

II

CUENTOS DE GARIBAY

(Siglo XVI.—Acad. de la hist., 12-10-6.)

CUENTOS DE GARIBAY

ANDABA un escudero después de las diez de la noche por la cibdad, y un alguacil topóle, y díjole el escudero:—Señor, ¿sois vos el que quitáis las armas? Respondió el alguacil:—Yo soy el que las puedo quitar. Dijo el escudero:—Pues hacedme merced de quitarme unas corazas que tengo empeñadas en casa de un pastelero.

—

Un carbonero vendió una sera de carbón, y cuando la hubo vaciado, hurtó una sartén y metióla en la sera. La huéspeda que le compró el carbón, preguntóle si era el carbón de encina. Dijo el carbonero:—Señora, al freir lo verá.

—

Llevaban á un hombre á herralle en la frente por casado tres veces. Dijo un caballero:—Y aun por la primera lo merescía.

—

Llevaban en Sevilla azotando á un rufián y á una cantonera, y yendo así, volvió la muger al rufián, y díjole:—Por vos, mal hombre, me azotan á mí. Dijo el rufián:—Pues ¡pese á tal, cantonera! ¿quédome yo en la posada?

—

Ahorcaban en Toledo á un hombre, y al tiempo de arrojallo de la escalera, pidió que le diesen á beber. Trujéronle un copón de vino, y en tomándole, sopló el espuma que tenía. Preguntóle el verdugo que por qué la soplaba. Díjole el que ahorcaban que porque era muy mala para los riñones.

—

En Alcázar de Consuegra y en Yébenes tienen de costumbre que el día del Corpus Cristi hacen un infierno, donde están los que son diablos, y saliendo por la plaza, meten en el infierno á muchos de sus amigos, y danles allí muy bien de almorzar.

Sucedió aquel día una cuestión muy trabada, donde hubo muchos heridos. Vino un pesquisidor sobre el negocio, y preguntando á uno

cómo había pasado aquella cuistión, respondió que no sabía nada dello, porque cuando aquello pasó estaba él en el infierno.

—

Topando un alguacil después de la queda á un hombre, díjole:—¿Qué armas lleváis? Respondió:—Un puñal. Llegó á él y descubriólo, y vió que llevaba un jarro con vino. Tomó el alguacil el jarro y bebióse todo el vino, y díjole:—Tomá el puñal, que yo os hago gracia de la vaina.

—

Un herrero de un lugar mató un hombre. Fué condenado á ahorcar. Juntóse casi todo el pueblo, y dijeron al alcalde que no le ahorcase, porque era muy necesario al pueblo, que no podían pasar sin herrero para que hiciese rejas y azadas y herraduras. El alcalde dijo que no podía sino hacer justicia de él. Respondió un labrador:—Señor, en este lugar hay dos tejedores, y para un lugar pequeño basta uno. Ahorcad un tejedor en lugar del herrero.

—

Subió un gallego á un nogal. Cayó de él abajo. Quebróse una pierna. Dijo otro que estaba allí:—Consolaos, hermano, que Dios os hizo merced, que no os matastes. Respondió

el gallego:—De esas mercedes os haga Dios muchas.

—

Leyéndole á un delincuente una sentencia por la cual le condenaban á que le hiciesen cuartos, dijo al juez:—Suplico á Vm. me mande hacer reales ó otra mejor moneda. Respondió el juez:—Mejor es cuartos, que es moneda menuda, porque la puedan llevar los cuervos.

—

Habiendo azotado á una hechicera que iba encorozada, al tiempo que el verdugo la abajó del asno, pidióle que le pagase, y dándole cuenta del papel y colores de la coroza, ella le pagó y le dijo:—Hermano, pues tanto cuesta, dádmela acá, que presto la tornaremos á haber menester, y estará pagada.

—

Un enfermo hizo llamar un médico, y mostrándole la orina, vió que era de sangre, y preguntóle:—¿Coméis bien?—Sí, señor.—¿Dormís bien?—Sí, señor. Díjole el médico:—Pues yo os daré con que se os quite todo eso.

—

Diéronle á un hombre una pedrada en un ojo que se lo echaron fuera. Preguntó al ciru-

jano que se lo estaba curando:—Señor, ¿perderé el ojo? Respondióle el cirujano:—No, que yo lo tengo en la mano.

—

Un médico envió por un albéitar que le curase una mula, y á la segunda visita dábale cuatro reales. Díjole el albéitar:—Señor, no tenemos costumbre de llevar dineros á los de nuestra facultad.

—

Pasando unas damas muy hermosas, llamadas Cortinas, por delante de Perafán, canónigo de Cuenca, dijo éste:—Con tales cortinas pasaría yo sin frío el invierno.

—

Reñía un labrador con su muger porque le habían dicho que su hija estaba preñada, y decíale:—Por vuestra culpa ha sido esto, que si vos tuviérades guardada la moza, no acontesciera aquesto. Respondió la muger:—Dad al diablo, marido, cérradura que todas las llaves hacen á ella.

—

Preguntáronle á un hombre en qué tanto se tornará uno loco. Respondió:—Según la priesa que le dieren los muchachos.

Un padre tenía un hijo necio, y quiriéndole desposar, encomendóle mucho que no hablase, porque no entendiesen que era necio. Y estando todos asentados á la mesa, los parientes de la novia dijeron que parescía el desposado necio, como no le vían hablar; y oyéndolo el desposado, dijo á su padre:—Señor, bien puedo ya hablar, que ya me han conoscido.

—

Perico de Ayala, truhán del Marqués de Villena, que después fué del Emperador, fué á visitar á Don Francés, moribundo, y díjole: —Hermano, ruégote que cuando estés en el cielo ruegues á Dios que haya merced de mi ánima. Respondióle Don Francés:—Atame un hilo á este dedo meñique porque no se me olvide. Y luego murió.

—

Preguntó un caballero á Perico de Ayala que qué virtud tenía la piedra turquesa. Respondió que si un hombre cae de una torre abajo se hace pedazos, y la piedra queda sana.

—

Un paje enojó á un mayordomo, el cual lo hizo desnudar y lo azotó. Después de azotado, díjole que se vistiese. Respondióle el paje:

—Señor, los vestidos no son míos, porque de derecho son del verdugo. Vm. se los lleve.

—

Un muchacho era muy hermoso y agudo, y mirándole un caballero, dijo:—¡Válame Dios, que todos los muchachos y hermosos, cuando son agudos de pequeños, son grandes necios de grandes! Dijo entonces el muchacho:—Más que agudo debía ser Vm. cuando muchacho.

—

Casándose un tesorero de la Emperatriz, llamado Francisco Persoa, que era portugués, que era él muy chiquito, con una muger que era muy grande y apersonada, la primera palabra que le dijo después que los desposaron, fué:—Señora, de aquí adelante, yo seré el Francisco, y Vm. será la *Persoa*.

—

Paseaban dos hombres juntos, que el uno era muy grande y el otro muy chiquito. Dijo uno que parescían Alimaña la alta y Alimaña la baja.

—

Un caballero pequeño, para hablar á una dama, púsose una noche de pies sobre una mula en la silla, y cayó. La dama le preguntó

cómo había caído. Respondióle:—Hurtóme la bestia el cuerpo. Respondióle ella:—Bien era ella bestia quien tal cuerpo hurtaba.

—

Haciendo examinar á un hombre pobre y chiquito, pidió que le leyesen la obligación, y leyéndosela, cómo obligaba su persona y bienes, respondió:—Asentá, señor, que ni tengo persona ni bienes.

—

Dijo uno por un caballero muy chiquito: —Si se perdiese el señor Don Fulano, no le busquen hasta que llueva, y hallallo han como alfiler.

—

Escribió un caballero una carta á un hombre muy chiquito, y escribióla á lo ancho del papel, como escriben las cartas de ejecución, y púsole al pie de ella:

Quise escribilla al través
porque al señor á quien fuere,
al tiempo que la leyere,
no le arrastre por los pies.

—

Una señora decía por un caballero, que era chiquito de cuerpo y de lindas facciones, que

para de oro era bueno, y de plata no valía nada.

—

Preguntó un señor á un caballero cómo se llamaba una señora que era muy larga de cuerpo. Dijo el caballero:—Señor, llámase Esperanza. Respondió el Gran Capitán:—Muy larga es para Esperanza.

—

Enterraban una muger muy gorda. Dijo un caballero que había menester la tierra mostaza para comella.

—

Llevaba un caballero de la mano una muger muy hermosa y muy gorda, y iba cansado de llevalla, y topando á un amigo suyo, díjole: —¿Qué haré, que voy muy cansado? Respondióle:—Echaos con la carga.

—

Un converso rico púsose un sayo con una guarnición de unas llamas de fuego bordadas en él. Vióle un caballero y díjole que estaba muy galán, aunque corría peligro, por ser la casa pagiza.

—

Un día del Señor San Benito convidó uno á dos ó tres amigos suyos, y al tiempo que alzaron los manteles, el uno de ellos dijo:—¡Plega á Dios que muchos San Benitos veamos en la casa de Vm.!

—

Consolando uno á un vecino porque aquel día quemaban á un hermano suyo, por herege, le decía:—Tened paciencia, que en fin todos habéis de ir ese camino.

—

Decía un señor que por solamente una cosa no habían de correr toros, y era porque mostraban á huir á los hombres.

—

Un yerno dijo á su suegro que castigase á su hija, porque si él la castigaba, sería muy peor, porque sabía que le hacía traición. Respondióle el suegro:—Reposaos, hijo, que ¡por vida de entrambos! que lo mismo hacía su madre hasta que llegó á los sesenta. Ella lo perderá, que ansí lo hizo su madre.

—

Un padre reñía á su hijo porque no se levantaba de mañana, y dábale por ejemplo que uno se había levantado de mañana y se había ha-

llado una bolsa con muchos dineros. Respondió el hijo:—Más había madrugado el que los perdió.

—

Saliendo el rey D. Sebastián de Portugal, en Lisboa, á la carrera, preguntó á dos alguaciles que allí estaban, que cómo no corrían ellos. Respondiéronle que ellos no corrían sino tras ladrones. Díjoles el Rey:—Pues corred uno tras otro.

—

Un hombre de muy mala condición, siempre estaba mirando al suelo. Dijo una señora:—No es posible sino que á éste le ha acontecido algún gran mal, ó á otro algún gran bien.

—

Cobijábase mucho una señora la boca porque no le viesen una perrilla que tenía en ella en el labio. Díjole un gentil hombre que él le daría con qué se le sanase, que era poniéndole un poco de saliva suya en ella. Respondió la señora:—Para las almorranas he yo oído decir que es eso singular medicina.

—

Una señora estaba de parto y con grandes dolores. Prometía con juramento de no ponerse

en su vida en ocasión de estar preñada, por no verse en semejante trance, y en acabando de parir, dijo á una doncella suya que tenía una candela de N.ª S.ª de Monserrate encendida: —Mata ese cabillo y guárdamelo para otras veces.

—

Decía un gentil hombre á una señora:—Beso pies y manos de Vm. Y ella le dijo:—¿Por qué os olvidáis, señor, otra estación que está en medio?

—

Una señora de más de 55 años deseaba hacerse preñada, y en sus juras decía:—Ansí me vea yo preñada. Dijéronle:—A la vejez, ¿para qué? Respondió:—Por gozar nueve meses de regalo, cuarenta días de cama y dos años de cantares.

—

Preguntó la reina Doña Isabel á un escudero:—¿Cuándo ha de parir vuestra muger? Respondió:—Cuando Vuestra Alteza mandare.

—

Decía un caballero que las necedades eran como los duelos, que nunca viene uno solo, y

ansí, en oyendo alguna necedad, decía:—Bien vengáis si venís sola.

—

Quejándose uno á otro de la carestía de la cebada de Toledo, diciendo que si no llovía que creía que habían de morir todas las bestias, respondió el otro:—¡Plega á Dios de guardar á Vm.!

—

Un hombre de buena disposición ofrescióse de acompañar á un canónigo que era muy chiquito, el cual no consentía que le acompañase. Preguntáronle que si lo hacía porque no viese la miseria de su casa. Respondió:—No lo hago sino porque no me culpen que voy á pie llevando la bestia á par de mí.

—

Entró un labrador en casa de un señor de este reyno preguntando:—¿A dónde está su merced? Respondióle un criado:—Su señoría ahí dentro está. Su merced no la veréis.

—

Quejándose unos criados á su amo de su mayordomo porque cada noche les daba á cenar rábanos y queso, el señor, muy enojado, mandó llamar al mayordomo y díjole si era verdad que

cada noche les mandaba dar rábanos y queso. El mayordomo respondió que sí. El señor, riñéndole mucho, dijo:—Pues mirad que os mando que una noche les deis rábanos y otra noche queso.

—

Un escudero muy lacerado, riñendo con otro, díjole que le haría dar de palos. El otro le respondió:—No creo que lo haréis, porque al fin es dar.

—

Un caballero muy escaso era enemistado, y temíase no le diesen yerbas. Tomó un criado para su servicio y dióle por aviso que solamente le había de servir de hacelle salva en todo lo que comiese, y que le daría cada mes tres reales. El cual, pareciéndole que era poco, despidióse diciendo:—Antes creo que morirá Vm. de hambre que de yerbas.

—

Un vizcaíno, habiendo parido su ama, fué corriendo á pedir albricias á su amo del parto de su muger, y cuando se lo dijo, le preguntó el amo:—¿Parió hija? Dijo el mozo:—Mejor, señor. Replicó el amo:—¿Parió hijo? Dijo el vizcaíno:—Mejor, señor. Dijo el amo:—Pues

¿qué parió? Respondió el vizcaíno:—Señor, una hija muerta.

—

Pariendo la Marquesa de Elche, Doña Juana de Portugal, dos hijas, la una viva, que fué Doña Isabel de Cárdenas, que después fué Duquesa de Feria, y la otra muerta, llevó la nueva de ello un correo al Condestable de Castilla, y pidiéndole albricias, mandóle dar cincuenta ducados, y díjole:—Mirá que estos cincuenta ducados no os los doy por la viva, sino por la muerta.

—

Jugando un mercader con un capitán, cada vez que el capitán perdía echaba un pese á tal. Al cabo el mercader le ganó todo el dinero, de lo cual enojado el capitán, se lo quitó todo. Entonces el mercader le dijo:—¿Para qué renegaba Vm. si al cabo me había de quitar el dinero?

—

Convidando á uno á cenar, pusiéronle rábanos al principio de la cena. El cual dijo:—En mi tierra, á la postre ponen esta fruta. Respondió el que le convidó:—Y aquí también.

—

Sirvieron á la mesa del Señor unos peces pequeños y al Señor grandes (1). Estaba á la mesa un fraile, y no hacía más que tomar de los peces chicos y ponellos al oído y echallos debajo de la mesa. El Señor miró en ello y díjole: —Padre, ¿huelen mal esos peces? Respondió: —No, señor, sino que pasando mi padre un río, se ahogó, y preguntábales si se habían hallado á la muerte de mi padre. Ellos me respondieron que eran pequeños, que no, que esos de V. S.ª, que eran mayores, podría ser que se hubiesen hallado. Entendido por el Señor, dióle de los peces grandes, diciéndole:—Tome, y pregúntesle la muerte de su padre.

—

Un señor bebía muy amenudo, y estando á su mesa otro caballero, parescióle que bebía bien, y díjole:—Bueno va eso, señor Don Hulano. El caballero, que lo entendió por qué lo decía, dijo:—Las mías, señor, son de cuando en cuando; mas las de V. S.ª son como aleluyas de entre Pascua y Pascua.

Díjolo Don Íñigo de Cisneros al cardenal Espinosa.

---

(1) *Sic.* Acaso estaría en el original: *y dábanle al Señor grandes.*

Un escudero convidó á otro á comer. El otro se escusaba por no dalle costa. El cual, porfiando, le prometió que no le trataría como á estraño, sino como á amigo, con lo que él tenía de ordinario. Después de habelle dado á comer muy cortamente, díjole el convidado:—En verdad, señor, que nunca pensara que éramos tan amigos.

—

Pidió un señor á sus criados de comer. Respondiéronle:—Señor, no son las diez. El señor dijo:—Pues denme de comer, que en mi estómago son las doce.

—

Armando á un señor deste reino, estaba de puro animoso temblando, y díjole un criado suyo que le armaba:—¿De qué tiembla V. S.ª? Respondióle:—Tiemblan las carnes de donde las ha de poner el corazón.

—

Un soldado caminando en calzas y en jubón, nevando, y su pica en el hombro, iba sudando, y dijéronle dos caballeros que le toparon: —¿Cómo vais sudando en tal tiempo, que con la nieve que cae vamos nosotros muertos de frío? Respondió:—Si vuestras mercedes truje-

ran todo lo que tienen á cuestas, como yo, de la misma manera sudarían como yo.

—

Un Conde de este reino entró á besar las manos al Emperador, y era muy guardoso, y dijo un truhán que le sabía la propiedad, á grandes voces:—Éste es-conde, éste es-conde. De que rieron todos mucho.

—

A uno que estudiaba filosofía, en una cuestión diéronle con un plato en la cabeza, y alabándole otro estudiante delante de otros, de que era gran filósofo, respondió uno:—¿Cómo queréis que no sea gran filósofo, si tiene á Platón en la cabeza?

—

Un obispo de anillo tenía un criado vizcaíno, y díjole que fuese á un carnicero que se llamaba David, que le solía fiar carne, que le diese una asadura fiada, y que, traída, se fuese á Palacio para que se viniese con él. Predicando el Obispo, traía autoridades de profetas en el sermón, diciendo:—Dice Isaías, profeta.....; dice Jeremías, profeta..... Y mirando entonces hacia donde su mozo estaba, dijo con descuido, prosiguiendo su sermón:—Pues ¿qué dice David? El vizcaíno, su criado, pensando que á él se lo

preguntase, respondió muy alto:—David dice que juras á Dios que no darás asadura ni bofes, si primero no pagas.

—

Un clérigo vizcaíno, criado de un Cardenal, traía debajo de los hábitos un machete, el cual un día el Cardenal se lo vió, y reprendióselo, y él le respondió:—Reverendísimo señor, no traigo yo armas para ofender á nadie, sino para algún perro. El Cardenal le dijo:—Para que estéis seguro de ellos, cuando venga á vos alguno, decid el Evangelio de San Juan. Dijo el clérigo:—Señor, todavía es bien traello, porque hay algunos perros que no saben latín.

—

Un cura debía á cierto banquero unos dineros, el cual se los pidió, y el cura tomólo por la mano y llevólo al cementerio de la iglesia, que estaba lleno de yerba, y díjole:—¿Qué renta quiere Vm. que tenga de heredad que ha dos años que no se labra?

—

Daban á frai Dionisio un obispado en las Indias, y él respondió:—El Obispado, de suyo es gran trabajo para quien ha de hacer lo que debe. Conosciendo yo mi flaqueza de no poder

administrarlo como debo, es causa de caminar al infierno, é ir por las Indias es gran rodeo.

—

Decía la reina D.ª Isabel la Católica, que cuatro cosas holgaba ella de ver: Hombre de armas en campo; obispo vestido de pontifical; dama en estrado, y ladrón en la horca.

—

La Reina mandó á un caballero que iba á su tierra, que le trujese una hacanea. El cual trujo, cuando volvió, un caballo y una yegua, y la Reina le preguntó si había traído la hacanea que le dijo. El le respondió que no, mas que había traído los maestros que harían la hacanea como Su Alteza les mandase.

—

Cuando se acabó la guerra de Granada, dió el Rey católico al Marqués de Villena, en las Alpujarras, dos lugares, que fueron Seron y Tixola, por lo que había servido en la guerra, y diciendo esta merced á muchos caballeros que el Rey había hecho, dijo Don Alonso: —Pues ¡voto á tal, que pues el Rey ha dado al Marqués á Seron, ¿qué no nos ha de caber á nosotros, que le hemos servido á esportillas?

—

Hernán Ruiz Cabeza de Vaca era veintiquatro de Sevilla y veintiquatro de Jerez, y pasando por una calle, preguntó un caballero á otro:—¿Quién es éste? Respondió el otro:—Una baraja de naipes entera.

—

Un caballero pobre traía una encomienda de Santiago sobre un capuz muy raído, y pasando por delante de un truhán, dijo:—Vale, aunque va sobre raído.

—

Á Don Alonso Manrique, que tenía la boca muy pequeña, le dijo Don Alonso de Sandoval que cuando muriese, había de salirle el alma en calzas y camisa.

—

Preguntó uno á otro que había sido convidado en un banquete, día de Sant Juan, qué tal había sido la comida. Respondió:—Todo nos lo dieron frío, sino fué el vino, que estaba caliente.

—

Escribió un caballero en un sobreescrito de una carta á un pobre hombre:—A mi señor Primo. Respondió en el sobreescrito de otra el pobre hombre:

Tal manera de favor
no me lo deis ni lo quiero;
para primo, soy grosero,
y pobre para señor.

—

Escribiendo un caballero á una señora muy vieja llamada Doña Ana de Meneses, le puso el sobreescrito:—A mi señora Doña Ana de mil meses.

—

Uno escribió á un caballero de Sevilla que era xxiiij de Sevilla, y en el sobrescrito puso el 24 por suma, y leyéndolo uno, dijo que decía:—Al muy magnífico señor Fulano, dos equis y un cuatro.

—

Escribiendo uno á su muger, en la cortesía de la carta le puso:—El menor marido de Vm.

—

Jugaba á los naipes un hombre muy sucio, y cuando perdía, ofrecíase al diablo. Díjole con quien jugaba:—Sí os llevará, sino que tiene asco.

—

Topando un hombre en la calle á un hombre corcobado, díjole:—¿De adónde eres,

hombre corcobado? Respondió: — De las espaldas.

—

Apodando un hombre á otro que era corcobado, le dijo que parecía el postrer besugo que venía en el banasto.

—

Decía uno:—¡Voto á tal, que el que me derribó estos dientes, que cayó á mis pies. Preguntándole quién era, respondió: — Un guijarro.

—

Decía un portugués: — De que me vejo armado, de mí mesmo he medo.

—

Llegando un gentil hombre á una venta, preguntó si había de comer. El mesonero le dijo que pan y vino y parte de un capón que otro huésped estaba asando, si quería. Y ansí, entró y dijo al que estaba el capón asando: —¿Podremos tener parte en ese capón? El que lo asaba pensó que lo conoscía, y dijo:—¿Quién es Vm.? Respondió:—Soy Pero González Gaitán de Guevara. El señor del capón dijo:—En verdad, señor, que no hay para tantos.

—

Decía uno que era bueno hablar de la guerra y no ir á ella; hablar de la mar y no embarcar; hablar de la caza y tomalla en la plaza.

—

Envió un caballero á un viejo y á una vieja, que eran enamorados, esta letra:

Las damas que están pasadas
y el galán ya viejo anciano,
tienen el mal del milano:
las alas solas quebradas
y el pico y el papo sano.

—

Servía un caballero viejo á una dama, y un mancebo que también la servía, díjole:—No son todos para servir al amor. Respondióle: —Decíslo, señor, porque sois mozo y yo viejo. Pues hágoos saber que en mi tierra, por más mozo tienen á un hombre de cincuenta años, que no á un asno de quince.

—

Riñendo dos, llamó el uno al otro tornadizo. Mandósele por la justicia, conforme á la ley, que se desdijese, y él consintió la sentencia y dijo: —Yo me desdigo que dije á Fulano tornadizo, porque mentí en ello, porque jamás se tornó, que tan moro se está como el primer día.

—

Burlándose un gentil hombre con unas señoras desenvueltamente, díjole una: — Esté quedo Vm., que le atarán por loco con una cuerda. Respondió él:—Seguró estoy que no la habrá ninguna entre vuesas mercedes.

—

Sirviendo á una mesa de un señor una grulla, no traía más de una pierna, porque la otra se la había comido el paje. El señor dijo: —¿Cómo no trae esta grulla más de una pierna? Respondió el paje:—Señor, las grullas no tienen más de una pierna. El amo dijo:—Pues yo te llevaré mañana á caza, y verás como tienen dos, y me lo pagarás. Otro día fueron á caza, y topáronse unas grullas que todas estaban sobre un pie. Entonces el paje dijo á su amo:—Mire Vm. como no tienen más de un pie. El amo arremetió el caballo, diciendo: —¡Ox, ox!, y sacaron la otra pierna y empezaron á volar. Díjole el amo:—¿Ves como tienen dos? Respondió el paje:—Oxeara Vm. á la del plato, y también sacara la otra que tenía escondida en el cuerpo.

—

Un canónigo de Toledo, muy chiquito de cuerpo, dijo á un fraile tuerto que pedía para las ánimas:—Padre, necesidad tenéis de otro

ojo. Respondió el fraile: — Y aun de otros dos, para poder ver cosa tan chica.

—

El protonotario Pedro Mártir, coronista de los Reyes Católicos, habiéndolos servido mucho, dieron á tres ó cuatro confesores de los Reyes obispados, y deseándolo él ser, dijo: —Entre tantos confesores, bien paresciera un mártir.

—

Un señor deste reino traía pleito sobre el Estado con cierto Duque, y enamoróse de una señora que se llamaba Doña Blanca, y casóse con ella. Fueron unos caballeros á hablar al padre sobre que no tuviese pena del casamiento. Respondióles el padre: —No puedo dejar de tenerla, pues mi hijo, trayendo pleito por un ducado, se contentó con una blanca.

—

Pasando un hombre por casa de una muger que era amiga de un merino, la cual estaba hilando lana muy delgada, como se detuviese mirándola, ella le dijo:— ¿Qué miráis? Respondió:—Señora, miro si esa lana es merina.

—

Traían pleito en una universidad sobre

quién iría delante en los dotoramientos, los dotores canonistas ó los de medicina. Preguntó el Juez:—Cuando llevan á ajusticiar á uno, ¿va delante el verdugo ó el que llevan á ajusticiar? Respondiéronle que el que justiciaban iba delante. Entonces dió por sentencia que los juristas, como ladrones, fuesen delante, y los siguiesen los médicos, como verdugos.

—

Estando Don Ramón de Cardona, Virrey de Nápoles, en un banquete con muchos señores, acaso en la mesa había un capitán portugués, y el Virrey, por pasatiempo, entendido que había portugués en la mesa, dijo que se había puesto un epitafio en Portugal sobre su sepultura un portugués muy donoso. Apretándole los señores que estaban á la mesa que lo dijese, dijo el Virrey:—Lo que puso fué: Aquí yaze Vasco Palla, que morró muyto contra sua voontade, y si no morrera, se fachara en la batalla de alende.

El capitán portugués, visto que á él era aquel tiro, con mucho ánimo se levantó y dijo:—Pues oigan V. S.as el epitafio que han de poner á Su Exc.a del señor Virrey cuando se muera: Aquí yase Don Remon de Cardona, que faxó en la batalla de Rávena, y ansí fará en cuantas se fachare.

Los señores, por libralle la vida, echáronlo

en chacota, y hiciéronselo tragar al Virrey en burlas.

—

Proveyó el Rey de España Don Felipe II deste nombre por Virrey de las Indias del Perú á Don García de Mendoza, hermano de Don Diego de Mendoza, Marqués de Cañete, y pasó al Perú con su muger, dejando acá un hijo que tenían, llamado Don Hurtado. Estuvo en las Indias por Virrey muchos años. Él era muy cuerdo, y muy allegado, y de sus acostamientos que ahorró, y mandas que algunos le hicieron, cuando volvió en España, y sin muger, que se le murió allá, trujo grandísima riqueza y grandísima cantidad de plata labrada en cántaros, tinajas, braseros y otras vajillas; y por alegrar un día á su hijo, que ya estaba con él, le dijo: — Todo esto, Hurtado, hijo, es para ti.

Gentes maliciosas que estaban presentes, glosáronlo como maliciosos, y uno de ellos dijo á los otros: — Buena confisión ha hecho el Marqués de Cañete (que ya lo era, por muerte del Don Diego, su hermano, sin hijos) sin que haya habido necesidad de tormento.

De lo cual rieron todos.

—

Un clérigo era capellán de las galeras de Cataluña, y era General de ellas un caballero

catalán llamado Don Lope de Moncada, con el cual estaba muy mal el clérigo; dióle al General cierta enfermedad, de la cual murió, y á sus honras, por ser su entierro en un lugar no grande, hicieron que predicase el capellán, por no haber otro. El cual, puesto en el púlpito, dijo que había cuatro cosas muy diferentes: La primera era que había cosa que vivo era muy bueno, y muerto no valía nada. La segunda era que había cosa que vivo no valía nada, y muerto era bueno. La tercera era que vivo y muerto era bueno. La cuarta, que había cosa que vivo ni muerto no valía nada.

La primera cosa era el caballo, que vivo era bueno, y muerto no valía nada. La segunda era el puerco, que vivo no valía nada, y muerto era bueno. La tercera cosa era el buey, que vivo y muerto era bueno. La cuarta cosa, que vivo ni muerto no valía nada, era el bolo, como este caballero que ha muerto, que ni vivo ni muerto valió nada á nadie.

—

Un beneficiado de un lugar del Obispado de Cuenca, muy rico, era hombre en edad y muy humano de mugeres: topó á uno que pedía para los presos de la cárcel de Cuenca, al cual había preso la justicia en Cuenca porque decían tenía amistad con una muger, y dizen se

lo levantaron, porque aunque estuvo preso, no le hallaron nada. Topóle el beneficiado, y díjole:—¿Cómo ha sido esto, hermano? Y el silicio y pobreza, ¿en esto ha parado? El buen hombre, con mucha modestia, le respondió: —Quiérole contar á Vm. un cuento: Sepa que la cabra y la zorra estaban enemistadas, y acordaron de hacer amistad, y fuéronla á hacer ribera de un río. La cabra estaba del otro cabo del río, y la zorra deste cabo. Cada una rogó á la otra que pasase. La zorra decía que la cabra lo pasaría mejor, que aunque venía crescido, que tenía fuerza y rompería el agua. La cabra decía á la zorra que ella lo pasaría mejor, que era liviana y la sustentaría el agua. Al cabo pudo tanto la cabra, que pasó el río la zorra, y llegando al medio del río, como venía crescido, por no ahogarse y que la cola no se le hinchese de agua y le hiciese peso, alzó la cola en alto.

Cuando la cabra la vió en aquel trabajo, como la quería mal, holgóse de ello, y no hacía sino dar carrericas y saltos. Al fin la zorra pasó al otro cabo, y llegándole la cabra á dar el parabién de su pasaje, díjole la zorra:—Comadre, ¿qué carrericas y saltos eran aquellos que dábades cuando yo estaba en medio del río? Dijo la cabra:—Comadre, como os vi alzada la cola, no pude dejar de holgarme. Entonces dijo la zorra:—Pues comadre, tinién-

dola vos alzada todo el año, mejor lo hago yo, que no me alegro.

Ansí me paresce, señor beneficiado, á mí. Y entendido el negocio por los que estaban allí, rieron mucho el cuento, y tuvieron al hombre por muy avisado.

III

CARTA

DE LAS

SETENTA Y DOS NECEDADES

(Siglo XVI.—Acad. de la Hist., 12-10-6.*)*

CARTA

DE LAS SETENTA Y DOS NECEDADES

Señor:

RESCEBÍ vuestra carta; leí las dudas y reí con las preguntas, no porque no venían sotilmente tocadas; mas porque de allá partieron graciosamente reídas; juzgué ansí mesmo que si sobra razón para dudar, falta paciencia para disimular, porque no es menester espada y capa para contra el *Beso las manos*, pues tiene parientes en corte, mejor que el asno de Perico de Sant-Hervás, y procuradores pagados, letrados asalariados, escribanos pechados, testigos y aun jueces sobornados que viven todos con *Beso las manos*. Y lo peor es que donde quiera que vais, y donde quiera que llegáis, y donde quiera que entráis, y con cualquiera que habléis, juzgaréis del *Beso las manos* ser más pegajoso que mosca en miel; más ordinario en boca de todos que pi-

caza en soto, ó tordo en tejado, ó cigüeña en campanario. Por tanto, si le encontráredes, haréis lo que los escribanos acostumbran en parte borrada ó raída ó errada, diciendo *Valga y no empezca*, y desta manera mofaréis de los simples que lo dicen y aun de los cuerdos que lo hacen, porque aunque sea yerro, y no por amores, es digno de perdonar, que según philosomía ó filosovuestra, habremos de hablar como los más, y debemos sentir como los menos; y guardad que de aquí adelante no pongáis lengua en *Beso las manos*, que será caer en desgracia del pueblo, y aun en ira de algún nescio, de cuyo origen y previlegios, de libros antiguos y auténticos, y aranceles de los mesones, *de verbo ad verbum* he sacado todo lo que se sigue:

Setenta y dos nescedades ordinarias escriben los coronistas antiguos que se hallaban en estos reinos de Castilla, sin las que de nuevo se han descubierto. Algunas consisten, según su opinión, en obras; otras en palabras. *Exempli gratia:* Viniendo Martín Cortés y el obispo D. Alonso de Sanabria de Çanfanexos de pescar, llenos de sol, encendidos de calor, muertos de sed y vacíos de anguilas, y con ellos un mozo roncero por jarrete, que de rato en rato cantaba: *Pescador de caña, más come que gana;* el uno con el otro usando de comedimiento, teniendo el camino en medio, iban

por el monte diciendo: *Vaya V. S.:—Mas vaya vuesamerced.* El error de entrambos pagaron los chamelotes del uno, pues en cada mata donde llegaba, al tiempo que pasaba, se oía un *chiz;* de manera que la loba quedó hecha más representación de pulpo que vestidura de obispo, pues fué menester paje para cojer las nesgas, y zurzidera para zurzir las piezas.

¿No os habrá acaescido llevar un huésped á vuestra casa y darle que coma, y vino que beba, y silla en que se siente; y él ser tan nescio majadero, bien criado, que os convida á vos de lo que él rescibe de vos, y por fuerza quiere que toméis de lo que él rescibe de vos, y por fuerza quiere que toméis de lo que vos á él le disteis de gana, diciendo: —*Comé, señor; beba Vm.; asentaos, señor?*

¡O romanos! Pues declarastes que el falto de juicio estuviese en clausura ó prisión, ¿porqué no establecisteis que el nescio estuviese debajo de tutela y administración, pues es cierto que mayor grado es al sabio, y le da más pesadumbre un nescio que ofensa ni agravio puede rescebir de un loco?

Vuelvo á la plática primera. Pocos días ha que queriendo entrar con dos gentiles hombres por la puerta del Perdón de Sevilla juntos, pararon, y comienzan á decir: *Entrad vos.—Mas entrad vos;* y estuvieron rogándose tanto espacio, que pudieran ir y volver adonde

iban; y con tanta instancia se importunaban, como si la puerta fuera angosta, por la cual pueden caber, no tres que íbamos, mas treinta que fuéramos.

Quiero más acercar el cuento. Dentro en vuestro barrio, junto á vuestra casa, me acaesció que, saliendo de visitar á un amigo al umbral de la puerta, llegó un caballero y quitóse su gorra y yo la mía, y comenzamos á decir: *Entrá, señor. Salí, señor.* Como si juntos no pudiéramos entrar, ó juntos salir; de manera que doramos crianza con nescedad, ó nescedad con crianza. Y basta lo dicho para entender lo que digo.

Hay otra manera de nescedad que consiste no tanto en obras como en palabras. Llama uno á una puerta, y dice:—*¿Quién está acá?*—Responde el de dentro:—*¿Quién es?*—Dice el de fuera:—*Sí es.*—Responde el de dentro:—*¿Quién es? ¿Quién sois?*—*Yo soy.* Al cabo deste diálogo, ni el uno ha conoscido al que llama, ni el que llama á quien le ha respondido, y las palabras que se gastaron son de aquellas que el viento las lleva.

No creo os será nuevo el marido decir á la muger, aunque esté en compañía de muchas mugeres, para llamarla, decille: — *¿Oíslo?* Y lo mismo ella á él, como si fuese él solo ó ella el que solo lo oye, y no más de á una que lo dice el *¿Oislo?*

Destas nescedades que consisten en palabras, hay algunas que por su antigüedad son jubiladas, y no con menos razón que catedráticos en Salamanca, las cuales jubiló uso y costumbre. ¿Quién, una vez á lo menos en la semana, aunque viva sobre el aviso, si quiere contar novelas ó cuentos, ó decir donaires, ó relatar historias, no se atreve á alegar por sí: *como dijo el otro*, ó *como dijo la vieja?* Tened por cierto que he andado muchas partes de Europa y algunas de África, y aunque he buscado y preguntado á hartos alquimistas quién sea éste *como dice el otro*, ó quién sea la *vieja*, jamás he hallado rastro dello. Y pues con vuestras cartas de navegar y con vuestras brújulas y astrolabios, y con saber tomar alturas no los habéis encontrado, que, *como dice el otro*, están encerrados en el convento de las setenta y dos nescedades. Verdad sea que llegando la reina doña Isabel á un lugar que se llama Baides, salió al camino un labrador de tierra de Cogolludo, con deseo de saber qué cosa era Reina, y habíala oído nombrar y no la había visto andar. Era este hombre largo de cuerpo y feo de rostro, y desproporcionado de miembros; el cabello por peinar, con la boca abierta de un palmo. Iba detrás de ella con grande placer y risa, diciendo: —*Y ¿cómo? ¿muger es la Reina?* Don Alonso Carrillo, como fuese detrás y oyese lo que el

villano decía, y viese cuál iba, dijo á la Reina: —Este villano es la figura de *como dijo el otro.*

Pensad que no hay doctor auténtico que escriba haber aparescido visiblemente *como dijo el otro*, si aquí no.

La *vieja* chismera que habla poco, debe de ser, según la piadosa opinión de albeitería, aunque alquimistas y sanapotras de Curiel sustentan la parte contraria, que es la mora encantada que duerme todo el año y recuerda la mañana de San Juan, y hay rústicos honrados que afirman que la vieron ogaño antes que saliese el sol á una fuente, discantando con un laúd:

Retraída está la Infanta,
bien ansí como solía.

Deste jaez son: *¿Acá estáis? ¿Ya venisteis? ¿Vivo sois? ¿Comiendo estáis? ¿Qué, no sois ido?* Y otro gran número que callo.

Hállanse otras nescedades que se llaman de solar conocido, las cuales se usan en una parte y no en otra; en una especie de gentes y no en todas. Entre frailes y monjas no saben abrir la boca, ni menear la lengua sin tropezar en *caridad;* y tanto ha reinado este lenguaje en sus lenguas, cuanto ha faltado de las obras.

Riñendo en Zafra dos de ellos sobre el entrar en casa de una dueña, el uno de ellos dijo

al otro: *Si más aquí os hallo, por la caridad que os mate!*

Un licenciado que vos conocéis, habrá quince días que convidó en el campo á beber á unos frailes, y respondió el uno: *Por la caridad, que habemos bebido!*

Don Bernardino de Velasco, Condestable de Castilla, le acaesció con unos hidalgos de la montaña que le vinieron á visitar. Mandoles dar de comer. Ellos respondieron que habían ya comido. Cuando salieron de la puerta iban muertos de risa, diciendo: *Gran burla habemos hecho á nuestro pariente el Condestable, que estando muertos de hambre, le habemos hecho entender que estábamos hartos y repapilados.*

Francisco Zuazo dijo á D. Luis Ponce, cuya muger era recién muerta, diciendo: *Deme V. Señoría las manos por la muerte de mi Señora Doña Francisca.* Esta historia toca el Duque de Arcos en sus *Noches áticas.* Y porque hay muchos hombres á los cuales se les acaban días y no se les acaban palabras, y les fenesce la vida y no lo que cuentan, dejaré de escribir lo que quería, y responderé á lo que en su carta me pide.

Trastornando libros y revolviendo escripturas, he hallado por mi cuenta que aunque los reyes de Numidia á nadie besaban, diciendo que se disminuía en ellos autoridad, y que por

mostrarse humanos no se han de bajar á menos, en otras partes se usa el besar, y es ordinario el beso; no hablo del deshonesto, de quien Salomón escribió en los Proverbios, porque no es á mí decirlo, como cristiano, ni á vos oirlo, como casado.

En Francia, el huésped besa á la señora de casa, á la xambrera cuando llega á la posada. En Ingalaterra, Flandes, Alemania, es ordinario, y en Italia lo mismo. Encuéntranse dos hermanos, ó dos grandes amigos, y danse paz.

Costumbre fué usada y guardada besar á las romanas los parientes que entraban en su casa á visitallas, y los maridos que de fuera venían, y como les fuese vedado el uso del vino, y por el olor dél se manifestase el exceso, ó se abstuviesen de beberlo, ó bebido, pagasen la pena conforme á la ley Romulea, usóse después entre ellos tanto el beber, que se les ha olvidado el besar.

Acerca de los antiguos, era la forma de saludarse abrazándose y besándose en el rostro, y por esta señal exterior mostraban el amistad interior y secreto del pecho. Isac, patriarca, cargado de días y privado de la vista, ya cercano á la muerte, para descubrir el amor paternal que tenía á su hijo, le dijo que lo besase. Cierto que los hebreos rescebían con beso á sus huéspedes. Labán, padre de Rachel, tío de Jacob, hermano de Rebeca, le besó y abra-

zó cuando lo vido. Los persas besan á quien tienen veneración, en señal de limpia amistad. En Palestina el huésped que venía, y el que en su casa le acogía, entrando por su puerta, se besaban, haciendo con tal ceremonia salva de paz y de seguridad de la casa. En el Evangelio leemos de Cristo, excusando á la Magdalena haber reprendido á Simón, leproso, diciendo: Mala entrada, me rescebiste con beso, y ésta desde que aquí vino no ha cesado de besarme, no en el rostro, según es costumbre, mas los pies, fuera de vuestra costumbre.....

Seos decir que hay beso que tiene semejanza de paz y acaba en guerra, y parece que tiene comienzo en bien, y al fin para en mal. Desta manera besó Joab á Mausa, Judas á Cristo. Bien sé que en todo lo alegado, aunque habla de beso, faltan las manos, que es nuestra cuestión.

El besar la mano, antiguo es y viejo. En el 3.º de los Reyes se escribe que los idólatras adoraban á Baal como á Dios y le besaban la mano como á Señor.

. . . . . .

Apuleyo, hablando del profeta ó adevino de Egipto, entre otras ceremonias que le hacían, una era besarle muchas veces la mano. Veis cuántos años há que vive el *beso las manos*, y cuán llena de canas tiene la cabeza. También sé decir que aunque viejo, no tan

previllejado entonces como agora. Si queréis creer á Plutarco, escriptor griego y grave, en la vida de Catón, él os dirá que esta honra de besar las manos era reservada para solos los Emperadores; agora no sólo cabe entre buenos y nobles, mas entre villanos y ruines. Platícase entre gente de crianza y no de crianza, y no sólo entre blancos, mas entre negros venidos de Gelofe y Mandinga.

En Villacastín, tierra de Segovia, y en otras aldeas muchas, los domingos y disantos cuando han comido, quitan las caperuzas y rezan el *Pater noster* y el *Ave-María*, y luego el labrador que llaman Señor el viejo, hace sobre sí y sobre la mesa una cruz mayor que el arco del cielo, y todos en orden le besan la mano, comenzando hijos y mozos y la otra canalla.

En España suele besar el vasallo ó criado la mano al Señor, ó besarse á personas eclesiásticas, en reverencia de lo que en sus manos contratan, ó de lo que con sus dedos tocan, ó de la dignidad que tienen.

Esta diferencia hallaréis de aquellos tiempos á éstos, que entonces se usaba y hacía, y no se decía, y agora dícese mucho y úsase poco. Ansí que diciendo lo que no hacen y echando por la boca lo que no entienden por obra, y con todo hase inquietado el *beso las manos* que anda en bocas y corre en cartas por todo el mundo.

No ha muchos días que un amigo mío me escribió de Roma que me besaba las manos cien mil cuentos de veces, y su mentira fué tan fácil de entender cuan ligera de escrebir, porque mi brazo no es tan largo que llegue á Roma, ni su boca tan estirada que llegue hasta *Sant Lúcar*. Y aun si dijera *besaré*, pudiera ser; si dijera *besé*, quizá habrá acaescido, aunque para el paso en que estoy, que de tal no me acuerdo, y más que por contrapeso añadió *cien mil cuentos* de veces.

Oiga su merced y crea:
¡ay de quien nunca tal vido!

Compré esta semana ocho varas y media de lienzo, á cuarenta y cuatro mrs. la vara, y para saber lo que había de rescebir el mercader, y yo pagar, hice la cuenta muchas veces de cabeza sobre lo que había de dar, y de enojado, tomé tinta y papel, restando, sumando y multiplicando. Cuando pensé que todo quedaba averiguado, juró Guillermo, inglés, que en los treinta y cuatro maravedís de engaño que cuenta errada que no valía; pues ¿qué hiciera si el *Beso las manos* se hubiera de contar cien mill veces? Ó mis dedos quedaran con babas, ó su boca con callos. Él cansado y yo enojado. El Doctor Morales solía decir que la fruta tiene sazón en su tiempo, y el besar las manos jamás lo pierde. Dice una glosa singular que la causa

porque es fresco de verano y abrigado de invierno, y ansí le podréis llamar *Petrus in cunctis*, de manera que el *beso las manos* se puede comer á todas horas, y jamás da en rostro, porque si lo da en las manos, el beso se lo quita de privilegios y exenciones contra algunos que hasta hoy se les han guardado, y es precepto afirmativo entre gramáticos que por el caso que se pregunta por el mismo se responda. Paresce el *Beso las manos:* á vuestro padre hablé en Medina del Campo; *beso las manos:* buenas noches os dé Dios; *beso las manos*. Si estornudáis, *beso las manos*, y aun si parís, *beso las manos*. En días contados estoy, ¡ay de aquel que levanta testimonio!

Cuando D.ª Ana de Aragón, que es marquesa de Berlanga, parió, los vecinos de Sant Lúcar, con gran prisa, besaban las manos al Duque, Don Juan de Aragón, que había nueve meses que había empreñado á la Duquesa, y no á ella, que aquella noche había parido con dolores.

El alcalde Luzón tenía en Granada para sentenciar á muerte á Juan de la Calancha, cuyo Procurador decía que le habían de descuartizar. Al cabo Luzón pronunció la sentencia en que le mandaba que le ahorcasen. El Procurador, muy alegre, dijo á Juan de la Calancha:—Besad ahí luego las manos al señor Alcalde por la merced que os ha hecho.

Él respondió:—Besádselas vos, que á mí bástame morir.

En Salamanca, junto á Sant Francisco, habiendo palabras dos estudiantes, el uno se antubió y dió al otro un grande bofetón. El que le rescebió dijo: — ¿Ansí, señor, dísteme bofetón? Beso las manos de Vm. ¿Vistes á qué tiempo llegó por la posta ó á la posteta el *beso las manos?*

Gonzalo de Cárdenas, cuando se desposó con Doña María, la primera palabra que le dijo fué: *Beso las manos á Vm.* por el *sí.*

Si el decirlo es necedad, el hacerlo, ¿cómo será cordura?

Más cortesano anduvo un señor viejo de este reino, que desposándose por poder con una hija de un grande de este reino, le dijo:—Deme V. S.ª las manos, y la boca guardará por el Marqués, mi sobrino. Job: Si mi mano besé con mi boca é hice maldad tan grande. Y aunque lo dijo á otro sentido, al nuestro respondió: Si es maldad besar yo mi mano, ¿cuánto mayor será besar la agena? Pues decir lo que no se ha de hacer será enforrar mentira con nescedad, ó nescedad con mentira.

El tiempo, que encubre cosas viejas y descubre otras nuevas, algunas palabras ó pláticas ha usado y otras desusado y puesto en olvido.

El año de 1529, estando el campo del Emperador D. Carlos sobre Manopoli, *nos* llegó

en justo é in creyente la historia de Pedro Borreguero. Prométoos que no había soldado español ni hombre de guerra italiano que con otra cosa se desayunase, ni de noche se acostase sino con la de Pedro Borreguero.

Este mismo año, un çurujano de la compañía del Conde de la Novelera, traía una putana llamada Francisquina, común de dos, común de tres y común de ciento, y porque se la cantusó un caporal de otra compañía, en diez días envió por la estafeta ó posta á Castilla: *¡Oh la bella Francisquina!* Y anduvo en bodas y desposorios, misas nuevas y banquetes, lavaderos de mozas, aradas, segadas, y aun los que se levantaban por las madrugadas en ríos, huertas, puentes ó fuentes, si preguntábades en los hornos qué nuevas había, decían: *La bella Francisquina*, aunque mejor cabía en la S.ª si á su lugar el pie de copla sucia y ravosa, desmazalada: *la puerca de Francisquina.* Y aunque fué como la pinto, ¿quién hay que de ella se acuerde sino D. Francisco Calabaza, que para templar el frío del invierno y rescebir á la Princesa D.ª María en Badajoz, invocó con su guitarra diciendo: *La bella Francisquina?*

¿Veis que ventaja hay de lo que digo al *Beso las manos* de que tratábamos hasta agora? Si no le aojan, de bien en mejor va.

A Valencia y á Cataluña ha henchido:

besoli la má. A Portugal ha empreñado. Miento si no vi á un capitán de carabela porque un Juan de Sevilla le dió buena carne, ó del lugar que le pidió, le dijo: *Bexo as manos de vosa merced.* El cual las tenía tales, que me puso duda si le fuera más honesto, ó menos sin asco besar aquéllas, ó las secretas *pasiones mias*, que cantaba el caballero. De las cuales dijo García de Astorga:—Para el cuerpo de Dios, que las secretas pasiones suyas no pueden ser sino almorranas.

He dicho si no le aojan, porque algunos hablan al templecillo, y la gente española es más amiga de inventar y oir cosas nuevas que de guardar y conservar las antiguas y viejas.

Dicen algunos: *Humillome.* Responde el otro: *Que se las beso.* Quede á alvedrío de buen varón la declaración é interpretación de aquel *las.* Por debajo de *las* podrá el piadoso lector entender nalgas, ancas, barbas, plantas, orejas, uñas, pestañas y las demás cosas de este género.

Otros, encontrándose, dicen: *Me recomiendo.* El otro responde: *Las manos.* Ni sabéis lo que dice, ni lo que quiere, ni á qué consonante corresponde *las manos;* sino fuese como la primera copla que hizo Juan de Ayala á su amiga D.ª María Dávalos, mostrándose á trobar, que decía:

Vos mi bien, y vos mi reina,
vos lechuga y falsa rienda.

Ogaño venía un caballero de Castilla, y encontrándome en una calle, dijo hablando conmigo: «¿Queréis un *Beso las manos* que me mandaron que os diese?» Prométoos que me hizo detener un poco y considerar si el *Beso las manos* es sustancia ó accidente. Si accidente, ¿en qué sujeto venía? Si sustancia, ¿en qué vasija cabía? Alzando los ojos, vile calzado de unas botas boticarias que rabiaban por abajarse, y como no traía barjuleta, alforja ó mochila, entendí luego que en los pliegues de aquellas botas traía conservado el *Beso las manos*.

Ha venido el negocio á estrecharse tanto, que algunos, con invidia, quiriendo poner perpetuo silencio al *Beso las manos*, como al *Pensé que* y atueque y sortija de Guadalajara, sin decir palabra, besan su propia mano.

Estando la Emperatriz, nuestra señora, en Toledo en las casas que labró D. Diego de Mendoza, Conde de Melito, D.ª Isabel, dama suya, se paró á una ventana, y como los galanes que la servían paseasen delante, cuando llegaban cerca, cada uno besaba su propia mano. La dama, no olvidando la obligación que tenía, pagándoselo en la misma moneda, besaba ella la suya. Notad por mi amor, que cada vez que esta señora hacía esto, un criado de su padre, que había llegado de Valladolid, cuando D.ª Isabel besaba la suya, él también besaba su propia mano.

Donde paresce que ahí el besar la mano alcanzó mucho previlegio, aunque no digno de corona ni triunfo romano.

Hay criados que dan autoridad á sus señores. Viniendo Antonio de Moya, vecino de Cádiz, á ver al Duque de Medina Sidonia, le encontró en la sala, que iba fuera, y allí le llegó á besar las manos. Traía consigo un mozo, casi escudero, el cual, todas las veces que Antonio de Moya hacía reverencia al Duque, el mozo hacía dos. Cuando el Duque se reía, ó mostraba contento alguno de su venida, ó le decía alguna palabra de amor ó le mostraba favor, ó cuando él hablaba al Duque, luego el criado acudía con reverencia. Dígoos de verdad que si Antonio de Moya se daba prisa á hablar, que el criado en hacer reverencias no se daba mucho espacio ó vagar, paresciéndole que la paga de su trabajo era liviana, llevando título de bien criado.

Y porque la historia no se alargue, y yo pueda concluir lo que escribo, quiero que sepáis que el *Beso las manos* tiene haz y envés, como otras muchas cosas. Los señores platican que al que dan la mano, ó es privado ó común. Si común, danle el envés; si privado, danle la haz ó la palma, de manera que en dar los artejos ó la palma es pronóstico de más ó menos amor.

En este año en que estamos ha corrido des-

de la feria de Medina del Campo acá, *Beso los pies de Vm.* Otros dicen que fué en la feria de Villalón. En dejando de besar los pies, hay cuestión en Granada, y está apelado con las mil y quinientas doblas adónde irán á besar. Y podría ser que les acontesciese lo que aconteció á D.ª Aldonza Manrique, privada y querida de la reina D.ª Isabel, con Guevara, que como esta señora tuviese costumbre cuando en el *Pater noster* en la misa dicen: *et in terra*, humillábase y besaba en el suelo. La capilla era pequeña, los caballeros muchos, no podía cumplir con su obligación. Dijo entonces ella: «Señor Guevara, haceos adelante que no me dejáis besar en la tierra.» Respondió él: «Besáme en el salvohonor, que todo es tierra.»

Pues en estos nuestros siglos anda tan ordinario el *Beso las manos*, dejadle corra su planeta, pues sufrimos otra nescedad casi como ésta: *O hi de puta! O qué fresca! Corre como el diablo. Es valiente como el diablo. Es cobarde como el diablo. Es pobre como el diablo*, etcétera.

Tened por cierto que fué gran atrevimiento abrir la boca en hablar del *Beso las manos*, siquiera porque no caigan sobre mí las maldiciones de Salaya.

El primer origen dello se dice que tuvo principio de cuando el rey de los asirios, Nino, mandó que á una estatua que había hecho de

su padre Bello, cualquiera que se acogiese á ella fuese libre de cualquiera delito que hubiese cometido, y deste beneficio que rescibían venían á besar la mano al ídolo. Y lo peor fué que le adoraron, y empezó la idolatría, y lo mismo el besar las manos. Y los españoles, como cobdiciosos de mandar, quieren ser adorados con *Beso las manos*. Y Beroso, escritor caldeo y Juan Bocacio, afirman que uva albilla y mantequilla, y moza garrida, y fuente y puente, y capas frisadas y gorra de grana y *besoos las manos*, tuvo origen todo en Guadalajara, y por ello *en lo* (1), y por su antigüedad, voto en Cortes, porque pudiera acostarse en ellas á quien había de hablar primero en ellas.

Otros dan más antigüedad al *Beso las manos*, y dicen que no se sabe su nascimiento menos que del río Nilo. Y por no alargarme más, hasta que trastorne las historias mejicanas ó de la China, para ver si tiene otro más antiguo principio, ceso por esta noche en el reposo y plaza del *besoos las manos*, como siempre vuestro.

---

(1) *Sic.*

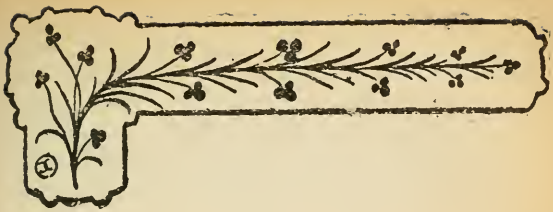
IV

CUENTOS

RECOGIDOS POR

D. JUAN DE ARGUIJO

(Bibl. Nac.—Mss.-Cc.-217.)



CUENTOS

QUE NOTÓ D. JUAN DE ARGUIJO

El licenciado Morillas, cura de la parroquia de San Vicente, de Sevilla, fué á pedir limosna por su colación, sábado de Pascua, para dar otro día pan y carne á los pobres. Llegó á la casa de un viejo muy rico y muy avaro, el cual le dió un cuarto de limosna, de los falsos, que llaman del fraile ó de Santo Domingo. No advirtió entonces él qué era lo que recibía; pero después, no pudiendo pasar el cuarto entre otros, ni hallando salida de él, se acordó de quién se le había dado. Guardóle para restituírsele, y Domingo de Pascua, yendo el viejo á que le comulgase, el mismo cura, disimuladamente, le metió el cuarto en la boca en lugar de la Forma. El hombre, sintiendo la dureza y el frío

del metal, quedó turbado, pareciéndole milagro, y no osaba sacarle de la boca, ni tampoco contar el suceso, por el escándalo del pueblo.

Tomó por expediente decirle muy bajito al cura: —Padre, no puedo pasarlo.—El cual le respondió: —Tampoco lo pude yo pasar.

—

En el convento de San Agustín, de Sevilla, criaban un carnero enano que discurría por toda la casa, dejando poco limpios los claustros, el Capítulo y los lugares más frecuentados. Acordaron los Padres, por no tenerle encerrado, que le atasen una taleguilla debajo de la cola que recogiera lo que caía en el suelo. Para esto, ofreció Fr. Juan de Velasco un saquillo, en que le habían traído de Nueva España un poco de chocolate. Pusiéronsele al carnero de suerte que vino á caer hacia la parte de fuera el sobrescrito que la talega trajo de Indias, y que no se le había borrado, y decía: *Para Fr. Juan de Velasco.*

—

Un caballero de Ecija encontró con otro de Carmona en la iglesia. Eran amigos, y después de haberle dado la bienvenida, convidóle para que, después de haber oído misa, se fuesen á comer juntos, y envió á avisar á su muger que previniese algo más de lo ordinario.

Llegados ambos, no hallaron otra cosa que la olla, por lo cual, el de Écija, muy enfadado con su muger, arrojó la olla en un pozo. El huésped, que había enviado á avisar en su posada que descuidasen de la comida, pareciéndole, con este suceso, que se quedaría ayuno hasta la noche, cansóse también y arrebató los manteles y aderezo de la mesa, y arrojólos dentro del mismo pozo. Preguntóle, muy colérico, el dueño de la casa qué era lo que hacía, y respondió: —Como vi llevar al pozo la olla, creí que nos bajábamos á comer allá, y ayudaba á llevar el recado.

—

Fué Embajador en Roma el Duque de Sessa en tiempo del papa Adriano. Visitaba una cortesana que trataban muchos Cardenales y Señores, la cual, hallándose preñada, quiso dar á entender al Duque que la obra era suya. En pariendo, le avisó del parto, y de cómo Su Excelencia tenía un hijo, que se sirviese de cumplir con sus obligaciones y de enviarla á decir qué nombre le pondrían. Envióle el Duque quinientos escudos por no parecer escaso, y en cuanto al nombre, respondió que le llamase S. P. Q. R. *(Senatus populusque romanus).*

—

Uno que no había visto eclipse de sol en su vida, oyendo que lo había el día siguiente, dijo: —Me levantáré á verle una hora antes de amanecer.

—

Don Iñigo de Mendoza, capellán del rey D. Felipe II, estando en el antecámara, salió D. Diego de Córdoba, y le dijo: —Señor don Íñigo, entre Vm. á besar la mano á S. M., que le ha hecho merced de un beneficio de cuatrocientos ducados. Respondióle:—Diga vuesamerced á S. M. que se lo meta en el rabo.—Dijo D. Diego: —Pues no es sino de doscientos.—Respondió D. Iñigo: Así le cabrá mejor.

—

Paseándose á caballo con un inquisidor un hombre que temía que en aquel tribunal se sabía que estaba dudoso en materias de la religión, y que andaban por prenderle, pasando por una iglesia donde tenía su entierro, dijo el inquisidor: —Aquí han de enterrar á vuesamerced.—Respondió: —Sí, señor, si Vm. no manda otra cosa.

—

Mandó el Conde de Fuensalida á su mayordomo en Toledo que aderezase de comer para doce de mesa. Era el mayordomo demasiada-

mente formal. Llegada la hora del comer, concurrieron doce caballeros, y fatigándose de ver que sobraba uno al número de los servicios que había puesto, comenzó á contar por el que más á cuento le vino, y, llegando á los doce, dijo al que sobraba: —Vuesamerced sobra. Dándole á entender que se fuese. El caballero respondió muy mesuradamenle: —Comience Vm. á contar por mí, y verá como no soy yo el que sobro.

—

A D. Pero González de Mendoza, fraile franciscano, electo arzobispo de Granada, le dijo el Duque de Lerma: —Muy contentos estáis todos con la elección que S. M. ha hecho en V. S., si bien para perlado le juzgan muy mozo.—Respondió el Arzobispo: —Falta es esa de que me iré enmendando cada día.

—

Dudaba uno por qué se había hecho la concesión de los millones al rey D. Felipe II en número de diez y siete millones y medio, que parecía cuenta con pico, pudiendo ser diez y siete ó diez y ocho.—Respondió otro: —Que eran los dientes para trabar el cuarto nuevo.

—

Un estudiante de Gramática escribía á su padre: —Señor, yo tengo salud, aunque me ha abierto mi maestro á azotes; deseo saber lo mismo de Vm.

—

Recetando el médico la comida á un enfermo, decía: —Maten una gallina y haga cámara, y coma de ella.

—

Estaba en la casa de los locos de Valladolid uno llamado Ribera, natural de Segovia, y pasando por allí un hidalgo del mismo lugar, con su muger y algunos deudos suyos, quiso ver aquella casa, adonde halló á Ribera, que ya conocía. Comenzó á hablar con él, y después de algunas preguntas, díjole el loco que había conocido á su padre; por señas que la Inquisición le hizo una mala burla, después de la cual vivió en cierta parte vendiendo sardinas. Afligióse notablemente el hidalgo, muy colorado y arrepentido de haber entrado allí, temiendo tuviesen por verdaderas las señas los oyentes, y conociendo su fatiga el loco, añadió: —No os aflijáis de esto, que vuestra madre fué tan bien acondicionada, que por ventura no sois su hijo.

—

Refería Pedro de Quijada que había salido á recibir á D. Rodrigo de la Torre, que volvía de Madrid, y le había dado aquella tarde en el campo una gran merienda, con jamón, gallinas y empanadas de ternera. Replicó uno de los presentes que se acordaba bien que el día de este recibimiento había sido viernes. Congojóse Quijada, y añadió: —Pues si era viernes, todo lo que he dicho de carne será de pescado.

—

Había defendido Josefe Morán, clérigo muy conocido en Sevilla, la causa de un clérigo de Evangelio que por falsario de la firma del Rey ahorcó al alcalde Pareja, y no habiendo bastado las censuras y armas eclesiásticas para escusarle la muerte, le acompañó Morán hasta el lugar del suplicio, donde poco antes de echarle, levantando la voz y los ojos al cielo, el delincuente dijo:—*Exurge, Domine, et judica causam tuam.*—Díjole entonces Morán consolándole con mucha ternura:—Déjese Vm. ahorcar, que aquí quedo yo.

—

La Condesa de Lemos, camarera mayor, es una señora muy varón y que tiene acciones de tal. Envió á saber de la Duquesa de Medina Sidonia, D.ª Ana de Silva, que se hallaba en

Madrid, cómo lo había pasado una tarde que hubo gran tempestad, porque ella confesaba de sí grande miedo. Respondió la de Medina que la besaba las manos, y que echase de ver, pues S. E. había estado tal, cómo estarían las mugeres.

—

Rogó un mal pintor á un amigo suyo que blanquease una galería de su casa que se la quería pintar, y respondióle:—Mejor será que la pinte Vm. primero y blanquearéla después.

—

Entraron á visitar á Mateo de Alecio, famoso pintor, en su oficina el Conde de Bailén, D. Pedro Ponce, D. Fernando de Guzmán y Fernando de Herrera, que llamaron *el Divino*. Los dos le saludaron muy cortesmente. El otro, que era presumido, le dijo:—Buenas noches, Señor Mateo: Extrañó el pintor el modo de cortesía á las dos de la tarde, y dijo á uno de sus mancebos:—Haz traer sillas á estos dos caballeros y un colchón para el Señor Don Fulano, que piensa que es ya de noche.

—

Culpó la Reina Católica á Hernando del Pulgar, su coronista, que refiriendo en su historia cierta acción del Rey Católico, su

marido, no la puso en nombre de ambos como se le había ordenado. Parió poco después la Reina á la Princesa D.ª Juana, y escribió Hernando del Pulgar:—En tal día, á tal hora, parieron los Reyes una hija.

—

Supo la Reina D.ª Isabel que el doctor Vargas entrando á hablar á una monja, había caído de una escala que puso para entrar al Monasterio y héchose pedazos, y dijo la Reina:—Dichoso él si fuera ya de vuelta, suponiendo que saldría arrepentido.

—

Fué uno á suplicar al Emperador de Alemania D. Fernando cierta merced. Quísole hablar en latín. Comenzó diciendo:—*Ego*..... y paró tan turbado que no pudo pasar adelante. El Emperador prosiguió añadiendo..... *pecator*.

—

Al Duque Alejandro de Florencia le dió un gentil hombre de Bérgamo el papel en que tenía escritos sus pecados, creyendo que le daba un memorial de cierta pretensión. Leyólo el Duque y decretó encima:—*Vade in pace et nolli amplius pecare*.

—

Reprendía al Rey Católico D. Fernando un fraile, su confesor, porque leía algunos ratos ociosos en Amadís de Gaula. Disculpóse el Rey con que el libro era muy entretenido, é importunó al fraile que le llevase á su celda, siquiera para leer un capítulo. Ofrecióse otro día enviarle á llamar á priesa para un negocio de importancia. Fueron tres recaudos, y el que llevó el último volvió diciendo que le había hallado leyendo en Amadís sin poderle despegar del libro, que no había para qué esperarle.

—

Visitó la Condesa de Palma, en Écija, á Garci Sánchez de Badajoz, que no se dejaba ver de nadie, melancólico y loco, y hallándole muy desaliñado y crecida la barba, pidió la Condesa unas tijeras, y dando intención de querer cortársela, desvió Garci Sanchez el rostro, y diciéndole la Condesa:—Pues, cómo, Sr. Garci Sánchez, ¿no me fía la su barba?—Respondió:—Señora, la barba sí, el oficio no.

—

En las Cortes de Toledo el año de 1539, presente el Emperador D. Carlos, se propuso la sisa de los hidalgos de Castilla. Procurábala mucho en servicio del Emperador fray García de Loaisa, Cardenal de Sigüenza, con espe-

ranza de obtener el Arzobispado de Sevilla que poco antes había vacado. Defendía el estado de los hidalgos con gran valor el Conde de Siruela, y daba muchas razones de que no se debía conceder la tal sisa.

Preguntóle muy colérico el Cardenal:—Señor Conde, ¿sabe Vm. qué es sisa?—Respondió: —Sí, señor, la iglesia de Sevilla que está vaca.

—

Al mismo Loaisa, siendo deán de Sigüenza, le dijeron que el Emperador le daría muy presto el obispado de Lugo, y respondió:—Mas lo quisiera de *luego*.

—

Decía el Conde de Chinchón que los ajos son muy bien criados, porque acompañan á todo lo que sale del estómago hasta la puerta.

—

Reñía un hombre muy avaro con otro, y díjole que le daría un muy mal día. Respondióle:—No puede ser sino convidándome.

—

Decía el Gran Capitán que los generales cuando no hay guerra eran como chimeneas en verano.

—

Mandó un hombre de mala opinión hacer un retablo de la Pasión para su capilla, y poner en él su nombre.

Dijo Gari Sánchez de Badajoz:—¿No bastaba hacello, sino firmallo?

—

El Cardenal Tavera labró un hospital muy suntuoso en Toledo, en la misma sazón que el Rey había pedido al reino un donativo.

Dijo D. Francés que entre el Rey y el Cardenal se juntaba todo el hospital, porque el Cardenal labraba la casa y el Rey hacía los pobres.

—

Un portugués fué á posar á un mesón en Valladolid, y dijo al huésped que apartase su caballo del suyo, que era tan bravo que se lo comería á bocados.

Respondió el huésped :—Juro á Dios que me coma yo á vos y á vuestro caballo.—Replicóle el portugués:—Voto á Dios de no ficar en cas de ome tan goloso.

—

Dice el Conde de Salinas, Presidente de Portugal, que en las escrituras de dote sólo hay una palabra cierta, que es..... *y danle con ella*.....

—

Entró el Dr. Constantino en un refectorio de frailes jerónimos, donde vió los jarros en que beben demasiadamente grandes. Díjole el refitolero que era estatuto de la Orden beber con ambas manos. Respondió Constantino:—Esa Constitución los jarros la ponen.

—

Enseñó Fr. Alonso Chacón su librería y camarín en Roma á Pedro Chacón, persona muy discreta. Era el fraile sencillo y fácil de contentarse de cualquiera cosa que hallaba, con que había recogido muchas de poca importancia, y cuando esperó oir grandes encarecimientos de su curiosidad, le dijo el huésped: —Padre maestro, vendamos todo esto y compremos algo bueno.

—

Predicaba el Dr. Constantino el Evangelio de los cinco panes. Era su oyente el Canario, fraile dominico que le seguía, con alguna sospecha del fin que tuvo. Reparando el predicador en él y en su compañero, cuando llegó á decir que habían sobrado doce cestos de pan, ponderando quién los había llevado allí vacíos, se volvió á los frailes y dijo mirándolos:—¿Quién trajo aquí estos cestos?

—

Dijéronle al Dr. Constantino que los Padres de la Compañía, que entonces era recién fundada, predicaban muy bien, porque movían mucho. Replicó:—Si mueven tanto, nunca parirán.

—

Suplicó Íñigo López de Mendoza una merced al Rey Católico, y respondióle que lo vería. A que replicó D. Íñigo:—Si V. A. lo ha de ver, nunca lo veré yo.

—

Al Príncipe Cardenal, gobernando á Lisboa, pidió un caballero cierto oficio. Duplicaba el Cardenal las *erres* en la pronunciación, como tudesco, y respondió:—Yo lo mirraré. Dijo el caballero:—Si V. A. lo ha de mirrar, ello durará muchos años.

—

En Santiago de los Españoles, de Roma, predicó un fraile francisco á una fiesta de Nuestra Señora. Era el Evangelio *Liber generationis*....., y fué la traza del sermón hacer una saya bordada de imaginería para Nuestra Señora, la cual entraba á obrar Aminadab, Jerobabel, y todos los contenidos en aquella lista. Dió la hora cuando no estaba hecho más que un cuarto de la saya.

Preguntáronle á la Condesa de Olivares, embajadora, qué le había parecido del sermón, y respondió que ella era muy enemiga de alegorías; pero que habiéndose obligado el padre predicador á seguir aquélla, le contentó que hubiese representado un sastre tan al natural.

—

Iba rigiendo la procesión del *Corpus Cristi* el jurado Baena, en Córdoba, y muy impaciente de que no hiciese lugar el pueblo, comenzó á empujar á unos y á otros, repitiendo y diciendo á cada uno:—Cuerpo de Dios con el cuerpo de Dios!

Con él estaba presente D. Luis de Góngora, y dijo:—¡Por Dios, que los comulga!

—

Era mayordomo del Sr. D. Juan de Austria, Ruy Díaz de Caravajal y Mendoza. Pusieron un día en la mesa un capón muy duro: Dijo Su Alteza á Ruy Díaz:—Cierto que parece que está vivo!—Y respondióle muy sencillamente:—Por Dios, señor, que le vide yo matar.

—

Un Prior de San Agustín, de Sevilla, negaba muchas licencias, por lo cual el maestro Farfán le llamaba Obispo de Noli. Pidiéronle que

permitiese traer una comedia al convento, y nególo también. Y dijó Farfán:—Nuestro Padre Prior hasta aquí era Obispo de Noli; ya es Obispo de Nicomedia.

—

Visitaba á D. Luis de Góngora en Córdoba un caballero muy guardoso, y quejándose que tenía muy gastada su salud, respondió don Luis:—Será porque no la tiene Vm. en la bolsa.

—

Fué un villano de Rute á Lucena á consultar un letrado para presentar cierto escrito en su pleito, y de camino quiso consultar á un médico para un achaque que padecía. Volvió á su lugar con la petición que ordenó el letrado y el remedio que le dió el médico, cuyo principio era mandarlo sangrar. Trocó los frenos y presentó la receta en el pleito, con la cual el alcalde mandó luego llamar un barbero que lo sangrase. El villano daba muchas voces diciendo:—Si es justicia, sángrenme; pero yo no pido sino justicia.

—

Examinaba el maestro Farfán á un estudiante para fraile, y pareciéndole muy necio, le preguntó de dónde era. Respondió que de la

Campana. Y replicó Farfán:—De dentro de la Campana, rato há que lo había echado de ver.

—

Sacaron una imagen de devoción en Baeza por un aprieto de muchas aguas, que siempre la sacaban por falta del agua. En saliendo la procesión á la calle, empezó á llover mucho más, y dijo muy apriesa un cofrade:—¡Cuerpo de Dios!, digan para qué la sacan, que pensará que le pedimos lo mismo que en los años secos.

—

Fabián de Ribera fué representante de mucha gracia y poco apropósito para encomendarle en las comedias cosas de veras. Hizo en la fiesta del Corpus de Sevilla la figura de Dios padre, por ser la que hablaba menos, y no bastó para que dejase de olvidársele. Estaba en una tramoya, y desde lo bajo del carro, Solana, que hacía la persona del Hijo, consultaba con el Padre la obra de la reparación del hombre. No se acordó Fabián de lo que había de responder, y pareciéndole que no era materia para hablar de repente, dijo:—Hijo, yo no me meto en dibujos; haced vos allá lo que os pareciere. Volvió Solana á repetir las mismas coplas y dábanle el pie del vestuario, más él,

que ya estaba congojado, replicó, cerrando la cortina: —Yo juro á Dios de no dar mi parecer en este negocio.

—

Gil de Goes, un portugués cojo y antiguo cortesano, estaba en una iglesia pisando con el pie á una dama, la cual le dijo: —Señor Gil de Goes, ¿no tiene más de un pie, y ocúpalo en eso?

—

El Papa León X era gran favorecedor de las buenas letras. Mostróle un poeta ciertos versos suyos. Reparó el Papa que en uno de ellos faltaba una sílaba, y díjolo al poeta, el cual respondió: —Pase V.ª S.d al verso siguiente donde sobra otra, y vendrán á estar cabales.

—

Estaba preso Beltrán de Galarza en la Cárcel de Corte en Madrid, y una siesta de verano, antes de venir los alcaldes á hacer la visita, él y otros presos, por entretenerse, quisieron hacer la imitación de los jueces. Representó Galarza al Presidente de la Sala, y en los autos dijo y hizo mil disparates. Supieron aquellos señores lo que había pasado; llamáronle aquellos señores en la visita pública y diéronle

una grave reprensión. El se escusaba con muchas reverencias y palabras humildes, diciendo:—Prometo á V. S.ª que tomé la vara con muy buena intención; mas en viéndome con ella, eché, como todos los jueces, por esos trigos.

—

Encontró el mismo al Embajador de Alemania, que era un caballero muy gordo y traía al cuello una cadena antigua y pesada. Maravillóse el Duque de Osuna, Don Juan, con quien iba, y dijo que le parecía demasiadamente grande aquella cadena. Y respondió Galarza:—Toda la ha menester el frasco.

—

Regateaba D. Sancho Bravo llamar V. S. al Conde de Salinas, y hablábale siempre por impersonales. Un día estornudó el Conde en su presencia, y vióse obligado á decirle:—Dios ayude á V.ª S.ª —Y díjole el Conde:—Señor D. Sancho, para estos aprietos se hizo el *Dominus tecum.*

—

Negaba un confesor la absolución á un penitente porque no dejaba la ocasión de una mujer con quien trataba, y viéndose apretado,

le dijo:—Padre, pues V. Paternidad gusta de esto y me lo manda, dejemos esta mujer y tomemos otra.

—

Un religioso muy lego ayudaba á morir á un enfermo que había estado muchos días en la cama, y, entre otras necedades, le dijo: —Si en solas tres horas que Jesucristo estuvo en la Cruz mereció tanto, ¿qué habrá merecido Vm. tantos meses en esta cama?

—

Entraba en palacio el Almirante de Castilla cerca de la noche en un cuártago andador y sin criados. Bajaba al mismo tiempo del aposento del Rey el doctor Villalobos, á quien, no conociendo, dijo: —Amigo, tenéme esta haca mientras llegan mis mozos.—Preguntóle Villalobos: —¿Podrála tener uno solo?—Dijo el Almirante que sí, y entonces replicó el doctor: —Pues apéese y téngala.

—

Presentó un vasallo al Rey de Francia una celada muy rica. Preguntó el Rey al Marqués de Aguilar: —¿Qué premio se diera en España por esto?—Y respondió: —Prender al que la daba hasta que diese lo demás del arnés.

—

Leía una dueña la instrucción de Fr. Pedro de Alcántara para confesarse bien. Mandó de memoria cuanto contenía y se acusó de todo á la letra. Asombrábase el confesor de que hubiese cometido tantos y tan graves pecados, y preguntándole cómo era posible, respondió: —¿Sélo yo por ventura, Padre mío? Ahí lo hallará todo en Fr. Pedro de Alcántara.

—

Don Diego Tello, un caballero de Sevilla, perdió la vista de un ojo refinando una poca de pólvora; y oyendo referir muchos milagros que la imagen de Nuestra Señora de Consolación había hecho aquel año, hizo la romería, y al entrar en la capilla, se untó con el aceite de la lámpara, muy devotamente, ambos ojos, con lo cual sintió grande dolor en ellos y no veía con ninguno. Daba voces diciendo: ¡Madre de Dios, siquiera el que traje!

—

Prendieron á Beltrán de Galarza en Sevilla porque no hacía vida con su mujer, y al mismo tiempo llevaron por la propia culpa á la cárcel á Gabriel Vázquez, escribano, casado con una mulata muy gorda. Confiriendo los dos su trabajo, decía el escribano: — Cruz muy

pesada es tener mujer. —Respondió Galarza: —Y más siendo tan gruesa y de ébano, como la de Vm.

—

Desafió en Madrid un caballero á D. Gabriel Zapata, y decía el papel que le esperaba á las siete de la mañana en la puente de Segovia. Respondió que iría. Con esto, el caballero se fué á esperarle, y viendo que eran las nueve y no había venido, le envió á acordar cómo le aguardaba. Estaba D. Gabriel en la cama. Mandó entrar al criado, y díjole: —Decid á vuestro amo que aun para cosas de mi gusto no suelo madrugar tanto.

—

Revelaba D. Fernando de Guzmán un secreto á un amigo suyo, y decíale: —Señor, ayudádmelo á callar, porque yo solo no puedo.

—

Era poco afecto á un Príncipe cierto prebendado, y confesándose uno con él, se acusó que había deseado la muerte al mismo Príncipe. Y el confesor, que deseaba lo mismo, dejándose llevar de su afecto, dijo: —¡Pues muy malo me dicen que está!

—

Arias Montano culpaba á un amigo Ministro porque andaba en una mula con cola larga, trayéndolas cortadas los demás, que era introducir usos nuevos. Respondió que el uso más antiguo era el de las colas.

—

Encontrando Beltrán de Galarza dos mercaderes en opinión de no limpios, dijo al que iba con él. —¡Qué dos jerifaltes para volar un *Ecce homo!*

—

Era su mujer muy alta y muy flaca, y decía que dormía siempre como ginete de costa: la lanza al lado.

—

Había prometido D. Gabriel Zapata á un caballero de no pasearle cierta calle. Encontróle en ella y díjole que se apease, y le haría conocer cuán mal cumplía su palabra. Respondió D. Gabriel: —Si yo lo conozco á caballo, ¿para qué quiere Vm. que me apee? Y con esto, pasó adelante.

—

Hernán Pérez Jarada convidó á un jardín en el campo á un amigo suyo que andaba re-

tirado por deudas, y dió el punto á uno de sus acreedores para que allí le fuesen á prender.

Estando merendando, descubrió el huésped desde lejos un alguacil que encaminaba á la misma huerta, y volviéndose á Hernán Pérez, le dijo: —Béseme Vm. en el rostro, que en el huerto estamos.

—

Al Duque de Medina, D. Juan Claros, quisieron regalar los de Chiclana con un presente. Votábanlo en su Concejo: unos eran de parecer que el regalo fuese de piñas; otros, cuyo voto prevaleció, acordaron que fuese de brevas, que las hay en aquella villa buenísimas.

Hincheron un costal de ellas, y atravesándose sobre un jumento, se sentó encima el embajador, acompañado de otro.

Llegaron como se puede entender del buen avío, y viéndolas el Duque, mandó á sus criados que, atando á un poste al que las traía y desnudándole el medio cuerpo, se las tirasen todas.

Hízose así, y á cada golpe volvía el paciente al compañero, diciéndole: —Mas ¡si fueran piñas.....!

—

Cansado un fraile de que su Superior le reprendiese faltas menudas, teniéndolas él muy

grandes, le dijo que no le obligase á irse donde jamás lo viese. Preguntó el Prior, muy enojado: —¿Adónde os habéis de ir? —Respondió el fraile: —Al coro.

—

Desposándose Juan de la Parra, contador del Marqués de Priego, hombre discreto, la primera palabra que le dijo á la desposada fué: —Estos señores están aguardando lo que tengo de decir, y yo estoy esperando lo que tengo de hacer.

—

Ahijando á Garcilaso un libelo infamatorio, después de haber sido su padre comunero, dijo el Emperador:—No basta laso, sino relaso (1).

—

Rescató un fraile de la Merced en Berbería un número de cristianos por varios precios: quién por 300, quién por 500 ducados. Entre ellos venía un mozo recio, de buen talle, cuyo

---

(1) Al margen hay una nota que dice: «Hasta aquí llegan los cuentos que notó don Juan de Arguijo.»

Ignoro quién *notó* los siguientes, ó si los adicionó aquél posteriormente, que parece lo más probable por la gran semejanza del estilo y la repetición de los personajes citados.

rescate había llegado sólo á 60 ducados, de que los demás cautivos se admiraban y le preguntaban la causa de su buena dicha. Él, con una muy ruin habla y con peores razones, comenzó á blasonar de que se había fingido mudo y sordo; con que, desesperado el moro, su señor, le había dado por los 60 ducados. Dijo entonces uno de los que estaban oyéndolo: —¡Pardiez, que lo echasteis á perder, porque si hablaseis, os diera por 20, y por menos.

—

Era muy gran ladrón un alguacil, y su mujer muy disoluta. Alababa un hombre honrado, en presencia del Conde de Palma, lo bien que se querían marido y mujer, y dijo: —Son uña y carne.

—

Decía uno:—Yo bien daría en ser devoto; pero es tanto lo que oigo en los púlpitos y leo en los libros de los trabajos que llueve Dios sobre sus más íntimos amigos, que no me atrevo á trabar conversación con su Divina Majestad.

—

Á este mismo propósito un judío muy rico se convirtió en Roma, y á pocos días de cristiano le sucedió una grande desgracia en la

hacienda. Consolábale su padre espiritual con decirle que con tales trabajos prueba Dios á sus mayores amigos. Respondió:—Padre, no me espanto de que tenga Dios con sus amigos este trato; lo que me asombra es cómo en tan pocos días ha estrechado conmigo la amistad tratándome como si nos hubiéramos conocido de muchos años atrás.

—

Ausías March, viéndose viejo decía:—Morir, pase; pero envejecer, ¿para qué?

—

Encargó mucho un confesor á un su penitente que rompiese unas coplas muy perjudiciales que tenía, y que las procurase olvidar. Volvióse dos ó tres veces á confesar y siempre se acusaba de que decía estas coplas. Díjole el confesor:—¿No le tengo encargado que las olvide?—Respondió:—Cierto, padre, que lo deseo, y que no hay mañana que no las diga para ver si se me han olvidado, y no aprovecha.

—

En Valladolid, en unas fiestas, entró en la plaza á lidiar los toros un mozo de plata del Duque de Sesa, borgoñón. No era tan diestro como fuera menester, y cogióle un toro y za-

marreóle poderosamente, aunque tuvo dicha de escapar sin lesión notable. Preguntáronle después en casa qué sentía cuando le echaba en alto el toro, y respondió:—Yo estaba turbado y sólo oía el rumor de la gente y los gritos que decían: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios te ayude!» Y decía yo entre mí: Sin duda que alguno ha cogido el toro.

—

Yendo á caballo D. Gerónimo de la Caballería por Zaragoza, encontró en una calle un azotado. Habíale servido de mozo de caballos, y el pobre paciente, en viendo á su amo, entró en esperanza de algún remedio, á pedirle con grandes lástimas le favoreciese, afirmando que padecía sin culpa. Don Gerónimo llamó á uno de sus lacayos y hízose quitar las espuelas que llevaba, y envióselas al suplicante y díjole:—Hermano, ya que no puedo remediar vuestro trabajo, ahí os envío para que podáis salir más presto de él.

—

Predicaba en la Corte al Consejo de Órdenes el P. Fonseca, agustino, y echó de ver que algunos de los Oidores se dormían, y tomando ocasión del ruido que hacían unos muchachos en la puerta de la iglesia, se volvió hacia allí y dijo:—¿No hay alguno que haga callar estos

niños? ¿No ven que están reposando estos señores?

—

El rey D. Felipe II siendo ya viejo, estaba hablando con D. Diego de Córdoba, su coetáneo, y díjole:—¿No consideráis cuánto más hermosas mujeres había en nuestra mocedad que ahora? Respondió D. Diego:—Así es, Señor; pero considere V. Mag. que, por otra parte, hay ahora mucho mejores vinos.

—

Adriano VI, habiendo sido elegido en ausencia, fueron á besarle el pie y hacerle reverencia en la ciudad de Vitoria, en España, todas las Religiones. Decíale el camarero:—Padre Santo, aquí está la religión de San. Francisco.—Respondía:—Venga en buen hora.—Aquí está la Orden de San Agustín:—Venga el descuido.—Aquí está la Orden de San Jerónimo:—Venga el refectorio.—Llegó la Orden de Santo Domingo, y respondió:—Venga muy en buen hora la soberbia.

—

Un caballero (que son los más caballeros), sólo ayunaba el Viernes Santo en todo el año, y con todo esto decía: — ¡Lo que me persigue

este Viernes Santo! Apenas salgo de uno, cuando me viene otro á cuestas.

—

En la lengua italiana hay la equivocación de esta palabra *raccomandare*, que significa encomendar, y significa también asir alguna cosa: *raccomandare la frune a un chiodo*, es asir la soga de un clavo ó de un madero.

Tenía, pues, un peón de albañil puesto en un caballete al maestro, atado con una soga, colgando de un lugar alto para poner unos mechinales en unos agujeros para hacer un andamio. Cansábase el peón, y díjoselo al maestro, el cual le respondió:— *Se non potese (sic) sustentare, raccomandatimi a qualque cosa.*— Dijo el peón entonces, no pudiendo ya más:— *Vi raccomando á Meser Domine Iddio*, y soltó.

Á este propósito se viene á la memoria lo del peón de albañil, que viendo rodar á su maestro de un andamio muy alto y dando voces á los de abajo que le socorriesen, respondió:—Déjenle hacer, que él es maestro y se entiende.

Allá va Soria, maestro es. El sabe lo que hace.

—

Dijéronle al Cardenal Zapata, en Roma, que el Cardenal de Borja, recién electo para venir á aquella Corte, era gran letrado y virtuosísimo, y respondió:—Traer á Roma letras y virtud es lo mismo que llevar *Agnus Dei* á Marruecos.

—

Al tiempo que Galarza dijo del Marqués de Almansa, pobrísimo y devotísimo señor, que comulgaba de pura hambre á menudo para comer algo, el Dr. Quadra dió por remedio á una señora que le habían nacido unas como agallas en el cuello y temía no fuesen lamparones, que las mañanas con saliva en ayunas las refregase algunas veces, y diciendo ella que si almorzara de mañana dónde tendría saliva en ayunas que fregarse, respondió:—Vayan á casa del Marqués de Almansa, que á cualquier hora del día la hallarán.

—

Ante un juez en una visita de cárcel sacaron á un hombre y á una mujer por amancebados, y dijo el secretario:—Esta es la tercera vez que han sido presos por este mismo delito y no ha habido remedio de apartarlos.—Respondió el juez:—Hágase de manera que se casen y dadlos por apartados.

Decía un loco en la casa del Nuncio que era la Santísima Trinidad. Díjole otro:—Mirad qué Trinidad y qué ajuar; está hecho andrajos, y mucho de Trinidad!

Respondió el loco:—Pues bestia, ¿no ves que rompo por tres?

—

Un predicador en Sevilla, cuyo nombre se calla por su reputación, inadvertidamente al cabo del sermón, dijo:—Recomiendo un Avemaría por los que estamos en pecado mortal.

—

Estaba sobre una mesa á la puerta de una tienda cantidad de medias de seda para vender. Pasó un hombre de razonable pelo y parecióle que no había quien guardase aquellas medias. Al pasar á raíz dellas, cogió un par disimuladamente. El dueño, que se había puesto al sol un poco lejos, vió lo que pasaba, y no atreviéndose á decir claramente á un hombre honrado, al parecer, que le volviese las medias, tomó por expediente decirle:—Señor, por ese precio no me es posible dar las medias, porque pondría dineros de mi caja.—El hombre, entonces, respondió prontamente sacando las medias de la faltriquera:—Pues si no las

puede dar por este precio no las quiero, ni daré una blanca más por ellas.

—

Don Sancho Bravo de Acuña, gran caballero y gran soldado, jugaba en Madrid con el Duque de Zea, Marqués de Peñafiel, y con el Almirante, todos tres mozos de bien poco asiento, y haciendo algunas suertes, repitió algunas veces:—¡Buena, á fe de caballero!

Mostraron amohinarse y él paró de jugar muy mesurado, diciendo:—¿Pues qué me falta á mí para ser, no digo yo caballero, sino Señor de los muy grandes? Yo no pago á quien debo; yo ando toda la noche matando perros por las calles y dando perros muertos por las casas; yo no comulgo verdad; yo gasto más de lo que tengo; yo me confieso por la Pascua, sólo los Jueves Santos. ¿Qué más hace el señor más estirado? ¿Qué extrañan, pues, vuestras excelencias que jure á fe de caballero si puedo jurar á fe de Grande? Tomó tras esto la baraja y prosiguió el juego.

—

Una señorita doncella de bonísimo gusto, hija del Dr. Vega, médico de cámara del Rey, quedó pobrica, y sucediéronle millares de desgracias por causa de un solo hermano que tenía, gastador, alocado, de trato y proceder

cansadísimo. Dijo ella:—Una sola dicha he tenido que recibo en descuento de todas mis desgracias, y es haber sido hermana de fulano, porque si no lo fuera, hubiera sin duda sido su mujer, según soy de desdichada.

—

Don Íñigo de Mendoza en la enfermedad de que murió, diéronle los medicos una purga por último remedio, diciendo que si con ella purgaba, escaparía. Tomóla, y no pudo obrar. Afanóse con esto de ver que se acababa, y teniendo un crucifijo en la mano, díjole con gran ansia:—Señor mío Jesucristo, ¿qué le importa á Vuestra Divina Majestad que cague Don Íñigo ó no cague?

—

Tenía D. Gabriel Zapata una haca en que andaba, remendada, y como era conocida, en viéndola en un recibimiento los acreedores que tenía, sabían dónde estaba y dábanle molestia. Dijo, mohíno de esto:—Yo he de teñir esta haca ó hacer que suba conmigo á las visitas.

—

Solemnizan algunos, encareciendo la poca política de los caballeros de Córdoba cuando no se trasplantan, que en este caso suelen salir cumplidísimos, que se hará una escritura

que comience:—«Don Fulano, Señor de tal parte, del hábito de Santiago, etc.» Y acabará: —«Y por no saber firmar, pidió, etc.»

—

Don Francisco de Quevedo, poeta que compuso el romance de Escarramán, fué estudiante muy pobre en su mocedad; pero andando el tiempo, vino á ser rico y á tener un hábito de Santiago. Supuesto esto, visitaba á una señora, á quien los más caballeros de la corte visitaban muy de ordinario, y cansado de tantos compañeros, díjole un día:—Vm., señora doña Fulana, ha de morir comida de caballeros, como otras se comen de piojos. Respondióle:—Vm., que sabe de lo uno y de lo otro, dígame, por su vida, ¿quiénes comen más, los caballeros ó los piojos?

—

Levantóse de confesar un aldeano, y díjole á otro amigo suyo:—Por Dios, compadre, que de milagro no me saca el cura de la boca lo que nos pasó la otra noche. Preguntóme si había hurtado algo, y respondíle:—¿Qué quiere vuestra Reverencia que haiga hurtado? Respondió:—Algún cesto de uvas ó de membrillos.—Por Dios, si dice de peras, que me lo saca lindamente.

—

En tiempo de las Comunidades muchos soldados que se encontraban por los caminos se preguntaban *¿Quién vive?* Y si eran de bandos contrarios, se hacían pedazos. Encontráronse dos de á caballo, y puestas las lanzas en sus ristras, á guisa de pelear, preguntó el uno con gran furia:—*¿Quién vive?* El otro, con mucha flema, respondió, bajando la lanza:—Vivamos Vm. y yo, que es lo que hace al caso, y muérase ó viva quien quisiera. Y con esto prosiguió en paz cada uno su camino.

—

Echaron de su convento de los frailes agustinos á un novicio, porque se averiguó que les robaba cuanto hallaba desmandado por las celdas. El padre del mozo vínose á quejar fuertemente al maestro Farfán, que era Prior, diciéndole que personas que querían mal á su hijo le habían desacreditado con su Paternidad, etc. Respondió muy mesurado:—Nadie, señor, en este convento le quiso mal; antes aseguro á Vm. que desde el día que entró les tenía robados á los más hasta los corazones, y así el día que él salió quedaron llorando muchos frailes. Tales quedaron sin él.

—

Una señora, moza, soltera y no de mal talle, recibió en su servicio, haciendo profesión de

doncella recogida, á una beata devota muy mirlada. Sucedió que una mañana salió un galán del aposento de la dama algo más tarde que solía, á medio vestir, alborotado. Viólo al salir la beata, y la señora advirtiólo, de que tomó tanta pena que, llamándola, le dió mil excusas, y le pidió con encarecimiento que no descubriese á nadie su flaqueza, que ella se enmendaría. La beata le respondió compadecida: —El alma esté bien con Dios, señora mía, que es lo que hace al caso, que el cuerpo no va ni viene que haga de las suyas.

—

De algunos años acá se han comenzado á usar en España, en los hombres calvos, cabelleras postizas: el Duque de Medina-Sidonia, el de Uceda y otros muchos. Hay mujeres diestrísimas que las componen pelo á pelo, y de ordinario cuestan 200 reales cada una. Sucedió que en un reencuentro, en el Estado del Piamonte, contra el Duque de Saboya, siendo gobernador D. Pedro de Toledo, los nuestros degollaron al pie de 3.000 enemigos, y algún curioso de cabelleras dió en un arbitrio notable, y fué desollar muchas cabezas de los muertos, y haciéndolas curtir y curar con olores, se adobaron muchas en Italia y se trajeron á Madrid, donde se han pagado á 200 ducados, y Zapatilla trae una de éstas. Es bien verdad

que á poco tiempo se cae el cabello, como sucede á los ajusticiados que se dejan al aire.

Supuesto, pues, lo de arriba, sucedió en Madrid, que en la corte, á un caballero que había gastado 200 ducados en una de estas cabelleras, le dió un mal de modorra, y en medio del frenesí, mandó el Doctor que al punto viniese el barbero y le cortase todo el cabello muy bajo. Vino, y de toda prisa dió de una en cuatrocientas tijeradas en la negra cabellera, no sabiendo que era postiza. Volvió el enfermo en sí de allí á algunos días, y cuando halló su capacete trasquilado á panderetes, pensó perder el juicio con la pérdida de sus 200 ducados.

—

Muriósele á uno su mujer, con quien no había tenido, viviendo, un día de paz. Con todo esto, el día de su muerte á gran priesa hizo que un pintor la retratase. Algunos, que sabían lo mal que la quería, decían y extrañaban que al tiempo de la muerte la hubiese hecho retratar con tanta ternura y sentimiento. Oyólo uno, y dijo:—Hízola retratar en el día que mejor debió parecerle.

—

—Mirad, hijo—decía un caballero discreto á un hijo suyo,—decid antes mentiras que pa-

rezcan verdades, que verdades que parezcan mentiras.

—

Iban en un coche por Sevilla muchos caballeros mozos, que los más de ellos estaban en opinión de muy poco advertidos. Encontrólos cierta persona discreta, y parándose, preguntó al cochero:—Hermano, ¿adónde mudáis el Limbo?

—

Diéronle á Galarza, por maldiciente, una cuchillada por la cara, y fué tan poco señalada, que apenas se echaba de ver. Dijo él mismo que no habían hecho en esta cuchillada sus enemigos más que reglar para otro.

Diéronle segunda, mucho mayor, y preguntándole cómo menudeaban tanto en darle cuchilladas, respondió:—Pago en ellas la alcabala de la lengua.

—

Salía un clérigo á decir misa con casulla blanca el día de los difuntos, y reparando en ello otro que lo vió salir, disculpóse, diciendo: —El ánima llevemos negra, que la casulla importa poco.

—

La primera vez que se confesó un niño dijo dos ó tres simplicidades y concluyó su confesión, y pareciéndole que acabarla tan presto y no acusarse de más pecados era mala crianza y descortesía, dijo al confesor:—Perdóneme vuestra Reverencia, que otro día traeré más.

—

Sentenciaron á ahorcar á un hombre por un hurto que no tenía circunstancias tan graves que no quedase bastantemente castigado con mandarlo azotar; pero el tener indignado al escribano, y ser pobre y faltarle favor, le trajo á este riesgo.

Súpolo uno de la Cofradía de la cárcel, que aquella semana le cabía solicitar el despacho de los presos, y preguntándole al alcaide cómo por tan moderado hurto ahorcaban un hombre y por qué no le sentenciaban á azotes, respondió:—Porque no tiene espaldas.

—

El Cardenal de Toledo, D. Bernardo de Rojas, mandó llamar á un sastre para que le cortase de vestir de una pieza de chamelote morado, muy fino, que le habían traído de Italia. Midió el sastre las varas que había, y dijo que no tenía bastante recado para hacer el vestido, y que así no se atrevía á cortarlo, porque para lo que faltaba no se hallaría en Toledo otro

pedazo de la misma tela igual en el color. Y en la verdad, pesóle al Cardenal, y despedido el sastre, y por ver si tenía remedio, mandó llamar otro, el cual se ofreció que con las varas que allí había le haría el vestido muy á su gusto, como lo cumplió, trayéndolo presto acabado, y juntamente vistió á un hijuelo suyo pequeño de un pedazo del mismo chamelote que había sobrado. Maravillóse de esto el Cardenal, y culpando al primer sastre, preguntó al que hizo el vestido:—¿Cómo no halló aquí Fulano lo que era menester para vestirme, y vos lo habéis hecho y sobrado también para vestir ese niño? Respondió:—Señor, porque su hijo es mayor que el mío.

—

Pedía limosna uno de los presos para los demás á la puerta de la cárcel con esta socarronería:—Dennos, señores, su bendita limosna para ayudar á derribar esta Santa Casa.

—

El Conde de Lodosa tenía en Madrid un oso atado á la puerta de su casa, donde los muchachos, que se llegaban á bandadas á verle cada día, le daban algo por verle comer, con que se sustentaba sin costa de su amo. En este tiempo, D. Diego de Ayala, Oidor del Consejo Real, salió por Madrid en un coche

con una nueva invención de un asiento en medio y unas celosías. Fué tan extravagante, que infinidad de muchachos se andaban boquiabiertos tras el coche.

Sucedió que yendo el día de los Inocentes el Rey á las Descalzas á ver á su tía la infanta Margarita, le dieron un memorial sin saber quién, que decía así:

«El oso del Conde de Lodosa dice: que por la extrema pobreza de su amo, hacía mucho tiempo que los muchachos de Madrid, yéndole á ver, le socorrían con sus limosnas, con que podía sustentarse; pero después que don Diego de Ayala ha sacado la invención nunca vista de su coche, se van tras él desatados, de que resulta que perece de hambre, desamparado de todos. Por tanto, suplica á V. M. mande que el coche de D. Diego no ruede por Madrid ni ande por las calles, ó al menos que al oso se le dé alguna ración con que se pueda sustentar.»

—

En el lugar de las Cabezas hubo un cura de quien el pueblo se quejaba de que ni les echaba las fiestas ni les avisaba de cuándo era día de ayuno.

Diciendo, pues, la misa mayor, día de San Lorenzo, volvióse al pueblo al tiempo del Ofertorio, diciendo:—Ayer fué vigilia del Señor

San Lorenzo y hubo obligación de ayunar, so pena de pecado mortal, y hoy es fiesta de precepto, con obligación de oir misa entera. Dígolo porque no me acuséis de que no os aviso con tiempo de lo que estáis obligados.

—

Héctor Rodríguez, portugués, catedrático de prima de Leyes en Salamanca, gran encarecedor de sus agudezas, dió un sentido á una ley, y no acabó de exagerar lo que le había costado y la agudeza que tenía. Acabada la lección, llegóse al postre un estudiante y díjole que aquella declaración era puntualmente de Bártulo, en tal parte. Respondió: —Huélgome mucho de que Bártulo haya alcanzado lo que yo, y agora le estimaré en mucho más.

—

Un predicador, á quien achacaban que lo que decía era sacado de un sermonario, respondió: —Ahí echarán de ver que no lo saco yo de mi cabeza.

—

Un cortesano muy gran hablador tenía un hijo de catorce años que lo hablaba bonico. Díjole uno oyéndole: —Por Dios, que puede este muchacho correr parejas con su padre.—

Respondió Luis Vélez: —Pues habla agora el mancebo de alimentos, piense Vm. lo que hablará cuando herede.

—

Estaba el Duque de Alba, viejo, un día de recísimo invierno en un corredor de Palacio, rebozado por el frío. Díjole otro:—Señor, ¿con este día está Vm. tan á buen hora por acá?—Respondió:—¿Qué he de hacer?, que ni puedo vivir con esto ni sin esto.

—

Hay en Madrid un hombrecito muy pequeño con dos corcobas iguales, llamado don Juan de Alarcón, agudo y de buenos dichos. Díjole Luis Vélez que parecía colchado con melones, y que, cuando le veía de lejos, no sabía si iba ó si venía. El corcobado se vengó de sobra con que, diciendo el Luis Vélez de una comedia suya, que á quien no le contentase le besase en el rabo, le dijo: —Pues Vm. comience á desatacarse, porque hay muchos que besen.

—

Dió un caballo ruin tantos corcobos, que al fin dió en el suelo con el que iba en él, y aporreólo muy bien. Llegaron á socorrerle algunos que se hallaron presentes y consolábanle

diciendo cuán mal intencionado era el caballo, y respondió: —No anduvo tan mal como parece el caballo en derribarme, porque en verdad que andaba yo ya para apearme de él.

—

Hubo un albañil muy conocido en Alcalá de Henares. Tuvo tres hijos y enseñóles su oficio á todos tres, y aunque pensaba muy bien, no reparaba en guardar, comiéndoselo todo. Llegó á morirse, y viendo á sus hijos muy tristes de que no les dejaba nada más que el oficio, díjoles, por consolarlos: —Hijos míos, no me tengáis por descuidado de vuestro bien, que demás del oficio que os he enseñado, media calle Mayor y cuantas casas he fabricado de mi mano, todas han sido sobre falso; muy presto se irán viniendo al suelo y tendréis obras que os sobren.

Otro tanto podrían decir á sus hijos muchos médicos, abogados, etc.

—

Un pobre hombre tenía la barba muy crecida. Díjole uno por qué no se la quitaba. Respondió: —No tengo que dar al barbero.—Pedid que os la quite por amor de Dios. —Hízolo así, y el barbero no entendió que de limosna, sino que había sido manera de hablar para que se la quitase bien; pero por su

dinero. Con esta persuasión púsole muy buenas toallas y comenzóle á afeitar con mucho tiento y primor. El hombre, como advirtió tanta curiosidad, cayó en la cuenta de dónde trababa, y díjole: —Señor, pedí que me quitase la barba por amor de Dios, por ser tan pobre que no tengo con qué poderla pagar. Al punto que oyó esto, prosiguió; pero de priesa, dándole cien estirones y llevándole con la navaja los pedazos. Comenzó á este tiempo á dar aullidos un perro en lo alto de la casa. El barbero, que estaba ya mohíno, acabó de enojarse y gritar: —¿Quién y por qué dan de palos á este perro? El hombre, muy mansamente, dijo entonces: — No le debe tocar nadie, créame Vm., sino que deben quitarle la barba por amor de Dios.

—

El P. Luis de Morales, de la Compañía, fué á ayudar á bien morir á un caballero de Córdoba, y preguntóle con una voz muy flautada, que la tenía muy delgada: —Señor don Fulano, ¿conóceme Vm.? Repondió: —Y ¿cómo que conozco? ¿No sois vos Constanza, mi alma?

—

Llegó el maestro Farfán, siendo Deán de Andalucía, á un convento de los suyos, y en

viernes sobre tarde, sin haber avisado antes de su venida. Afligióse el Prior y dió mil quejas de que por no haber sabido antes que venía, le cogía desapercibido. Llegó la hora de la cena, y diéronle al huésped una tortilla de huevos algo fría. Dijo muy mesurado: —No sé cómo dice V. P., padre Prior, que no estaba prevenido, pues que há más de un mes que me tenía hecha esta tortilla.

—

Volvió un hombre honrado á su casa una Semana Santa muy contrito de que el confesor le había reprendido mucho de ser gran jurador. Sucedió que un criado suyo, echando un pollo del patio, dijo, que no debiera: ¡Rediós con el pollo! Salió de través el amo enojadísimo: —Mira, juro á Dios, que si me tomáis á Dios en la boca para bueno ni para malo, que no habéis de estar en mi casa!

—

El Duque de Béjar, bisabuelo de D.ª Leonor de Zúñiga y Marquesa de Ayamonte, que es la que refirió lo que sigue, fué, en buen romance, vanísimo. Hizo unos reposteros bordados con un globo del mundo por empresa, y decía la letra: *Todo es poco.* Añadió, en viéndolo su autora de buen gusto: —*El mundo para este loco.* El Duque, cuando lo supo, en

lugar de enojarse, gustó tanto de la añadidura, que la hizo bordar en los reposteros, con que vino á decir la letra: *Todo es poco el mundo para este loco.* Y su biznieta la Marquesa tenía un repostero de éstos en su recámara.

—

Del Duque de Béjar, que murió el año de 1620, decía uno que había muerto como un santo. Respondió otro: —Sin duda se fué derecho al cielo, si el limbo no lo ha sacado por pleito.

—

Don Gabriel de Zapata, muriéndose, decía: —Señor mío Jesucristo, si allí no soy menester mucho.....

—

Don Gaspar Bonifaz fué un caballero de grandes fuerzas y de grandísimos pies. Dijo de él D. Juan de España: —No puede haber mayor prueba de las grandes fuerzas de don Gaspar, sino que con una sola pierna alza un pie de los suyos.

—

Acordóse de confesar un valentón desgarrado, y díjole al confesor de puro agradecido:

Mire, V. P. en qué le puedo servir, que lo haré de ojos; y si alguien le tiene ofendido ó agraviado, dígame quién es, que yo le voto á Dios de cruzarle la cara antes que llegue mañana.

—

Queriendo un clérigo decir misa en un lugarejo, probó el vino, y viendo que era vinagre, dijo que fuesen á un lugar vecino por un poco de vino. Un seglar que lo oyó dijo, muy mohíno: —¡Qué regaladito es el Padre! ¿No pudiera un día pasarse sin vino en la misa?

—

Farfán en un sermón: —*Turbata est in sermones ejus.* Era tal la honestidad de la Virgen, que no podía dar fe de los rostros que tenían los varones; pero estas señoras de nuestros tiempos, fe, esperanza y caridad.

—

Vallés, médico del Rey, dijo de un caballero que otro día estaría sin peligro de una gran enfermedad. Pasó por allí á la tarde, y una criada suya asomóse, llorando, á la ventana: —Señor doctor, ¿no dijo Vm. esta mañana que mi señor mejoraría? Pues agora están

ayudándole á bien morir. Respondió: —Pues si le ayudan, ¿qué mucho que se muera?

—

Alababan unos frailes de gran lavandera á una buena mujer que les lavaba la ropa y bebía tan bien como lavaba. Dijo Farfán, que lo estaba oyendo: —No sé cómo ella lava; por lo que es colar, no hay quien le saque ventaja.

—

Entrando una persona discreta en una casa de Sevilla principal, cuyos dueños son por extremo bestiales en discurso y en trato, dijo: —Gentil casa fuera ésta si no tuviera en alto la caballeriza.

—

Una ama de leche de la Marquesa de Tarifa, muy vieja y ciega, dió en curarse con un cirujano que vino á Sevilla publicando que quitaba cataratas. Curóse muchos días, y preguntábale la Marquesa: —Madre, ¿cómo os va de la vista? Y respondía: —Señora mía, el doctor dice que veo.

—

Tello de Guzmán, tenido en toda la corte por caballero, gran regatón de cortesías, en-

contrando al Presidente de Órdenes, no le quitó el sombrero, con ser de hábito. Prendiéronle por ésto y excusóse con decir que era corto de vista, y para confirmación de esta disculpa, trajo de allí adelante un paje junto á sí que le iba diciendo los que encontraba para quitarles el bonete. Díjole el paje yendo por una calle: —Señor, allí está una cruz. Preguntóle:— ¿Tiene Calvario? Respondióle el paje:—No, señor.—Pasóse sin quitar el sombrero.

De aquí nació que siendo muy calvo un don Fulano de Montalvo, le hicieron esta coplilla:

Si quieres cubrir, Montalvo,
la falta de tu cabello,
toma el sombrero de Tello
y no verán que eres calvo.

—

Don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, cuando se le murió la primera mujer, D.ª Elvira de Mendoza, á quien mientras vivió dió malísima vida, hizo enlutar, entre otras, una sala, no solamente alrededor, sino también por encima, cubriéndola con un cielo de bayeta tan bajo que casi se alcanzaba con la mano. Allí estuvo retirado algunos días paseándose muchos ratos y haciendo demostraciones notables de tristeza. Estaban al cabo de la sala, para mayor extravagancia, algunas dueñas de honor que fueron de la difunta, cubiertas todas

de luto. Paseábase el viudo, y de cuando en cuando decía, entre otras endechas:—¡Angel mío, yo fuí el que te maté!—Al punto que decía esto, se levantaba en pie una dueña anciana que había criado á la mujer, y haciendo una muy gran reverencia, decía con mucha mesura:—Así es, señor mío, es la misma verdad, que Vm. la mató con sus malos tratamientos que le hacía.

—

El mismo D. Pedro de Toledo, cuando se le murió la segunda mujer, Duquesa de Terranova, vinieron á leerle el testamento de ella al cabo de algunos días. Púsose muy mesurado, y cuando iba leyendo el escribano: Item, declaro que tal y tal joya que se hallará entre las mías son de D. Pedro, mi señor....., respondía:—Dice verdad el ángel.—Y repetía esto mismo á todas las mandas que eran en su favor, hasta que llegando á decir: «Item, declaro que presté á D. Pedro, mi señor, para su jornada de Milán, 60.000 ducados, de que dispongo en la forma siguiente.....», respondió con la misma mesura: —Miente el ángel.

—

El mismo D. Pedro de Toledo, yendo un escribano real á su casa á que reconociese una

cédula en que confesaba una deuda muy gruesa á un mercader, ordenó al escribano que se sentase, para escribir su respuesta, en un bufete sobre que puso en llegando el sombrero y los papeles. Porfió el escribano en no sentarse y el D. Pedro en mandar que se sentase, hasta que vino á decirle: — Siéntese, por mi amor, que si lo excusa por no parecer mal criado, bastantemente lo ha sido ya en poner su sombrero encima de este bufete. — Quitólo de presto el escribano y púsole delante la cédula escrita y firmada de su mano, preguntándole si era suya, á que respondió muy despacio, después de haberla mirado: — No es esta cédula mía. — ¿No escribió Vm. esta cédula? — replicó el escribano. Respondió á esto D. Pedro: — Esa es ya mucha bachillería. Digo que la cédula no es mía, y cuando yo la hubiera escrito, tampoco fuera mía, sino del mercader, en que transfiero yo todo el dominio siempre que doy cédulas semejantes.

—

Un preso sentenciado á que le diesen doscientos azotes dió al verdugo buen dinero porque se los diese quedo. Salió de la cárcel, y al primer azote hízole ver las estrellas. Volvióse á él, trayéndole á la memoria con señas lo que tenía acordado y aun pagado. Díjole entonces

el verdugo:—Todos los azotes habían de ser tales como este primero, y héosle dado para que echéis de ver en los demás la honra que os he hecho.

—

Contábanle al rey Felipe II que habían abierto al cardenal Espinosa el día que murió, estando medio vivo, y que afirmaban que había meneado un brazo mientras lo estaban abriendo, y diciendo el Rey que estaría muerto, sin duda, respondió el Conde de Paredes, que era imaginativo y melancólico:—No deseo que me dé Dios más salud que la que tenía el Cardenal cuando le abrieron.

—

En un monasterio de monjas, en Madrid, hay muchas voces excelentes. Preguntáronle á un caballero cuál era la que mejor cantaba de ellas, y respondió:—La que canta.

Respuesta semejante á la que dió uno en Sevilla, preguntado cuál de los hijos de Ruy López era más tonto:—El que primero se encontrare.

—

Iban dos frailes franciscos en dos borricos, y encontrándolos dos frailes dominicos en sus

mulas, dijéronles por motejarlos, como suelen: —¿Dónde bueno van los asnos, padres? Respondió el uno:—En las mulas, padres míos.

—

Quejábase mucho un bebedor de que habiendo bebido dos azumbres de vino en dos tabernas no se había emborrachado, y con un cuartillo que bebió en otra cayó luego. Declaráronle el misterio:—Si vos teníades ya bebidos dos azumbres, ¿qué maravilla que os derribase un cuartillo?

—

El rey de Portugal, D. Juan el segundo, paseándose con un caballero principal, D. Fulano de Meneses, púsose á firmar en pie unas provisiones sobre un bufete. Cubrióse el caballero que estaba á las espaldas, creyendo que el Rey no le vería; pero volvió la cabeza, echándolo de ver, y díjole en su lengua:—No debéis de saber que los reyes no tienen haz ni envés.

—

Don Juan de Vera, estando en Mérida, de donde era natural, escribió al Dr. Álvaro de la Cerda:

«Vm. me escriba cuanto hay y no hay en Sevilla, y dé mis besamanos á los amigos.»

Respondióle:—«Quisiera mucho para poder

entretener á Vm. con nuevas conformes á su gusto, que hubiera dado á alguno dos ó tres cuchilladas por la cara ó colgádole una sarta de cuernos á la puerta; pero no ha sucedido nada de esto. Lo que hay solamente es que el sastre y el zapatero se quejan de que Vm. no les paga lo que les debe, y el dueño de la casa de que no se le paga el alquiler. Lo que no hay es un amigo á quien poder dar los besamanos que Vm. me manda que se den. Envíelos Vm. á enemigos y no cabrán á medio por hombre. Guarde Dios á Vm. muchos años.»

—

Dijo uno delante de Quiroga, Arzobispo de Toledo, á buen propósito:—Triste cosa es morirse un hombre y no irse al cielo.

Respondió Quiroga:—Y aunque vaya.

—

Una mujer que tenía á su cargo la plata en casa de Alonso de Salinas, contaba un día tres docenas de trincheos y faltábale uno al cabo de la cuenta. Quejábase á todos diciendo:—Señores, no se qué es esto; estas dos primeras docenas siempre las hallo justas; pero no sé qué tiene esta postrera que aquí es donde me falta un platillo.»

—

La primer locura con que descubrió su falta de juicio D. Benito de Cisneros fué aparecerse una mañana al amanecer encima de un tejado con un palo muy largo en la una mano, y en la otra dos galgos de trailla, y preguntando qué hacía, respondió que siempre oía decir que «donde menos se piensa salta una liebre», y que habiendo dado y tomado consigo donde menos podía pensarse que saltase una liebre, se había resuelto en que era un tejado sin género de duda, y así venía á buscarla.

—

Pablo de Céspedes, racionero de Córdoba, gran pintor, y tan perdido que se andaba fuera de su iglesia vestido de pardo, pintando sólo por gusto en Sevilla y otras partes, y así decía de él D. Luis de Góngora que cada año perdía 1.200 ducados á pintar.

En el comer, como en todo, era extravagantísimo, cogía nidos de grajos y comíase los grajitos, jurando que no había manjar más delicado.

Estaban una rueda de prebendados en la iglesia de Córdoba y él entre ellos. Alzaron la hostia en un altar, y arrodillándose todos, él sólo se excusó con decir que estaba enfermo de una pierna. Al alzar el cáliz hizo esfuerzo para hincar la rodilla, diciendo:—Siempre he sido más devoto del *Sanguis* que del *Corpus*.

El Duque de Lerma enriqueció con cien mil cuadros y jaspes y relicarios el convento de San Pablo de Valladolid. Entró un día á bendecir la iglesia Vigil de Quiñones el Obispo. Era despepitado, y de cuando en cuando decía bajito, echando la bendición:—¡Válgate el diablo, ladrón, y lo que has hurtado!

—

Levántanle á D. Antonio Portocarrero, hermano del Conde de Palma, que cuando le dicen por qué no va á Sevilla á holgarse con su hermano, suele decir que mientras hubiere Guadalquivir y Melgarejos en Sevilla no había de poner los pies en ella.

—

Osorio el representante preguntó un día á D. Luis de Góngora cómo se entendían no sé qué versos suyos algo obscuros. Declaróselos D. Luis y dijo Osorio:—Pues ¿por qué Vm. no me dijo en los versos eso que me dijo agora, y no me cansara en preguntárselo ni Vm. en declarármelo?

—

El mismo Osorio oyendo á un negro del Obispo de Bona, ladino, pero que cuanto hablaba no ataba ni desataba, sino que ni él se entendía, ni los que hablaban con él, dijo asom-

brado:—¡Válgate el diablo, negro! ¿Eres tú culto, que no sabes lo que te dices?—Gentil definición de los cultos para lo que ellos presumen!

—

El mismo Osorio oyendo decir que en Madrid querían reformar las comedias, quitando las mujeres por la disolución de que eran causa, respondió:—Harto mejor las reformarían quitando á los maridos.

—

Preso en Madrid el Duque de Uceda en el año de 1621, paró la obra de su famosísimo palacio de Madrid, y una mañana aparecieron dos cédulas pegadas á los dos lados de la puerta principal. La una decía: «Esta casa no se acaba.» Y la otra: «Esta casa se acaba.»

—

Un criado en Salamanca dábale comida de viernes á su amo, estudiante, potaje de lentejas. Díjole un día:—Mira que estas lentejas son la misma melancolía. Dame una vez un potaje de alguna cosa que me alegre.—Calló el criado, y el viernes siguiente, teniendo el amo la escudilla de potaje de lentejas, fué á comer con

la cuchara y halló que era todo de cascabeles: —¿Qué es esto?—Respondió:—Señor, garbanzos de las Indias, y son alegres por extremo.

—

Don Diego del Alcázar, señor de Collera, contaba que había cenado mucho. Díjole uno: —Mal hace Vm. en cenar tanto, porque al día siguiente amanecerá sin gana de comer. Respondió: — Señor, por mucho que cene es cosa cierta que al día siguiente he de amanecer en ayunas.

—

Dijo un galán á su dama:—Mil años ha que no veo á Vm. Y respondió:—Buena estuviera yo si eso fuera verdad.

—

En el año de 1621 proveyó el rey Felipe IV tres Gobernadores del reino de Portugal que sucediesen en el gobierno al Marqués de Alenquer, el cual escribió esta brevísima carta á D. Baltasar de Zúñiga:—Las doce son de la noche y en este punto he sabido quiénes son los que me han de suceder. Los que los conocen no acaban de decir. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Él guarde á Vm. como puede.

—

El licenciado Villanueva una noche de ayuno, poco antes de Navidad, tenía delante muchas cosas con que hacer colación. Díjole uno: —Señor licenciado, guarde Vm. todo eso para la Nochebuena en que dicen que se puede hacer colación con 18 onzas.—Respondió con mucho sentimiento:—Ah, señor, ¡quién llegará á Navidad!—Y con esto hizo colación con todo lo que tenía delante.

—

Un fraile humorista decía al Provincial que para vivir en paz se había imaginado que cada fraile era un mármol blanco que se andaba meneando por casa, y que él era otro mármol. Con esta persuasión, no hablo ni trato con ninguno, sino en viéndole venir, me aparto á un lado por no encontrarme con él.

Alude á lo de D. Juan Manrique, canónigo de Toledo, que decía que la paz de un hombre en esta vida consistía en ir siempre cuidando de no andar ni ponerse entre los pies de las bestias.

—

Casóse D.ª Catalina de Mendoza, dama antiquísima en Palacio, que llamaban del *Tercio viejo*, hermana del Conde de Bedmar, en el

año 1622, con el Duque de Terranova, tenido por impotente.

Hízosele esta coplilla:

Celebra y llora la fama
En esta festividad
Muchos siglos de fealdad
Con cincuenta años de dama.

Dijo el Conde de Villamediana:

En esta boda no habrá
Danza de alta ni de baja,
Pues ni á la novia le baja
Ni al novio se le alzará.

—

Ha sido en Sevilla pendencia muy reñida entre los cultos sobre si á las palabras del título de la cruz que de ordinario se ponen se ha de añadir *Hic est et que (sic)*. Pacheco, pintor, donado ó muñidor de los cultos, fué al P. Diego Granada, de la Compañía, y propúsole esta cuestión preguntándole su parecer, y el Padre, que es un santísimo y doctísimo varón, respondió muy mesurado:—En verdad, señor, que siempre me ha contentado el INRI sin andarle á buscar otras añadiduras.

El Pacheco, en lugar de gustar de la respuesta, sencilla y agraciada, fuese mohino, y á cuantos lo refería decía luego:—Es un buen

hombre el Granada; notándole de poco erudito.

—

Un moro, alcaide, que estuvo en Nápoles un tiempo, hombre de buen entendimiento, contaba el Conde de Villamediana que diciéndole un día que pues tenía tan buen discurso debía conocer la verdad de nuestra ley y hacerse cristiano, le había respondido, después de haber estado un rato suspenso, como pensando en lo que debía resolverse: — Cristiano, no, no, no; cristiano, no; cléregue, sí; cléregue, sí.

—

Un hombre mal sugestado, encareciendo lo que se había corrido de no sé qué suceso, dijo como se suele: — Cierto que se me cayó la cara de vergüenza. — Respondióle otro: — Pues no la alce Vm.

—

Cisneros, hecho corredor por orden de su amo, salió á vender tres esclavos. Preguntábanle los compradores los portes de cada uno de por sí, y respondió del primero: — Señor, como á éste no le manden trabajar, lo que es comer, come para alabar á Dios, y si le dejan

jugar toda la tarde á la taba, no tiene el mundo tal esclavo.

Del segundo:—Es lindo poeta que ha compuesto

Caracoles habéis comido.

Del tercero:—Este, señor, echa por excelencia melecinas. A un hospital entero jeringará en una mañana.

—

En el año 1622, tras haber muchos del Consejo de Estado, hizo el rey Felipe IV no menos que cinco de una vez. Don Diego de Toledo, el día siguiente, fué el primero á ir á Consejo. Entraron con él hasta la Sala sus criados. Díjoles:—Advertid que ésta es la Sala donde nos juntamos á Consejo, y ésta es la puerta por donde entramos.

Dijo uno de los criados:—Pues ¿qué manda vuestra merced?—Respondió:—Héoslo dicho con tiempo para que si un día de estos os hicieren del Consejo de Estado, tengáis sabido por dónde habéis de entrar y dónde habéis de juntaros.

(Lo del otro que se quería venir de Madrid porque no le hiciesen Presidente.)

—

De un muy mal predicador, y que mientras más estudiaba un sermón le predicaba peor,

decía uno: — A Fulano le aconsejara yo que piense lo que ha de decir primero que lo diga, y cuando lo haya pensado muy despacio, que no lo diga.

Algo se parece esto á lo que uno muy enemigo de morcillas solía decir, que para comer una morcilla se había de asar á fuego y luego echarle su naranja, meterla entre dos platos y ponerla en el pretil de una ventana, y con un puntapie echarla á la calle.

(Item lo de secretillo, cuando habláis, callar.)

—

Un hombre que se preciaba de leído, tenía notado de su mano en el margen de un libro impreso que trataba de las flores y frutas de las Indias: — Esta flor es de color de bacalao, un poco más alegre.

—

Plata, fraile francisco, predicando y oyéndolo el maestro Avila, trinitario, que en sus sermones decía muchas veces palabras hebreas, dijo en declaración de un lugar de escritura: — En el original dice el hebreo *hamellafar*. ¿Qué creen, que fué palabra hebrea esta que dije? Pues no fué sino bernardina. Traguen una de cuantas nos hacen tragar cada día.

—

Plata, fraile francisco, siendo guardián en un convento, fué el Provincial con la comitiva ordinaria de otros frailes á visitarle. Quejáronse los frailes de que los trataba mal de palabra y de obra muchas veces. Reprendióselo mucho el Provincial, y estuvo cerca de no absolverle; pero él mostró arrepentimiento y ofrecióle para en adelante la enmienda. Con esto, al despedirse el Provincial, dijo el Plata quedito á no sé qué tantos frailes: — Irse há el huésped y comeremos el gallo.

Ellos, creyendo que era amenaza y que debía tener ánimo de vengarse en volviendo el Provincial las espaldas, fuéronse á él, que estaba ya sobre la mula, y diéronle sus quejas. El Provincial estuvo para apearse, llamó al Plata y díjole ásperamente lo mal que lo hacía. Respondió él muy sesgo: — Pues ¿qué dije yo sino que, ido V. P., nos comeríamos el gallo? Porque si cuando vino V. P. teníamos 50 gallinas y un gallo, y ahora se han muerto todas para regalar á V. P. y á los que le acompañan, ¿qué hemos de hacer del gallo sino comerlo?

—

Andaba un hombre en la feria buscando un pedacillo de paño de color semejante al de un ferreruelo casi nuevo que traía puesto de paño para suplir un pedazo que le faltaba delante, y se le habían roído los ratones. Viólo un

ladronzuelo, y diestramente cortóle de detrás del mismo ferreruelo, y púsoselo delante diciendo si era á propósito aquel pedazo de paño. El hombre cotejólo, y viéndolo semejante, preguntó cuánto quería por él. Pidió el ladrón cuatro ducados, y estuvo firme hasta que se los dió. Fué con su paño á casa muy contento y halló la falta del ferreruelo.

—

Oyó D. Luis de Góngora una misa á un Padre de la Compañía que en la última *eme* de las palabras de la consagración, *corpus meum*, se detuvo mucho, y dijo: —Esta es la primera *eme* con cuatro patas que he visto en mi vida.

—

Don Luis de Córdoba, hermano del Duque de Maqueda, es alto y delgado, y habla siempre muy bajo, porque es la misma modestia y encogimiento.

Dijo de él un día en Nápoles el Duque de Osuna, que cada vez que le veía le venía luego á la memoria el romance

Funestos y altos cipreses,

y cada vez que le oía pensaba que le decía á la oreja las palabras de la consagración: *Hoc est corpus meum.*

—

El *Polifemo* de D. Luis de Góngora es obscuro. Fuéronlo más las *Soledades* que publicó después. Dijo el Conde de Salinas á este propósito que el *Polifemo* tenía sólo un ojo y las *Soledades* eran ciegas de entrambos.

—

Estando una noche el racionero Pablo de Céspedes contando no sé qué historia con unos amigos, comenzó uno á dar voces en la calle, encomendando, como se suele, las ánimas del purgatorio. Interrumpió su cuento al racionero, y amohinóse de suerte que, alzando al cielo las manos, dijo:—Bendito seas tú, Argel, donde no hay ánimas de purgatorio ni quien las encomiende por las calles y estorbe á los que están en conversación hablando en lo que les cumple.

Solía hablar con todo este respeto del Gran Turco y de la Reina de Inglaterra:—*El Señor Gran Turco, la Señora Reina.*—Comió una vez en el colegio de la Compañía, día del beato P. Ignacio, y sobremesa, estando con todos los Padres, dijo muy mesurado:—Tres personajes valerosísimos ha llevado este siglo: Barbarroja, el P. Ignacio y la señora Reina de Inglaterra.

—

Pidió una mujer, no muy tenida por cuerda, á su marido licencia para ir á ganar un jubi-

leo, y respondióle:—Señora, yo me contentaré con que no le perdáis.

—

Saliendo D. Gabriel Zapata acompañando á un caballero que había venido á visita, hacía el huésped mucho esfuerzo por detenerle, asiéndole de la capa, que era de bayeta y muy vieja. Y al fin, temiendo no se la rasgase, le dijo:—Señor, esta mi capa más se ha de tratar con maña que con fuerza.

A tan buen propósito como éste dijo esto mismo un hombre cuerdo que, estando oyendo misa, sintió que uno que estaba junto á él forcejeaba por sacarle una bolsa de la faltriquera, que, por desgracia, se le había trabado de algún estorbo que le impedía el sacarla libremente. Volvióse á él y díjole muy quedo:—Señor hidalgo, ese negocio más se ha de hacer con maña que con fuerza.

—

Hernando de Salier fué un cortesano en Roma de extravagante y discretísimo gusto en todas sus acciones. Una de ellas fué que, estando enfermo un personaje español, tenido y reconocido por todos por mentiroso en sus conversaciones, fué á visitarlo el Salier. Alegróse el enfermo y preguntóle si le podía servir en algo. Respondió que para cuando le

diese Dios salud tenía que suplicarle un favor. Insistió en que le dijese luego lo que era. Respondió:—Señor, yo tengo aquí un sobrino. Hele mirado á las manos por ver á lo que se aplica, con ánimo de encaminarle conforme á su inclinación. He visto que de algunos días acá se inclina notablemente á mentir; pero no acierta, y á cada cuatro palabras le cogemos. Gustaría mucho que, ya que ha dado en esto, se aprovechase de manera que lo acertase á hacer. Para esto no veo mejor camino que tenerle Vm. cerca de sí, con que en muy breve tiempo espero que saldrá aprovechado. Suplico á Vm. que cuando tenga salud, me haga favor de recibirle en su servicio sin costa ninguna, porque yo le vestiré y proveeré de todo lo necesario.—El enfermo comenzó á escandalizarse y á hablar harto. El Salier, con mucho sosiego, le respondió:—Señor, como Vm. en esto es tenido de todos por tan eminente, tengo por cierto que mi sobrino, que agora es una bestia, saldría un águila dentro de breve tiempo.

—

En prueba de la paz y alegría con que mueren los siervos de Dios, son dignos de notarse los ejemplos siguientes:

El P. Tablares, de la Compañía, en Alcalá de Henares, á los principios de aquel colegio,

cuando aún no tenían iglesia formada, sino sólo un pobre oratorio, enfermó de muerte, y estando desahuciado, advirtió que el Rector y otros Padres estaban en puridad confiriendo dónde le enterrarían, perplejos y fatigados por no acabar de resolverse. El Padre, que de su natural fué siempre agraciadísimo, llamó al Rector y le dijo muy quedito:—Padre mío, no se fatigue; escriban al P. Provincial dónde me manda enterrar, que yo aguardaré sin morirme hasta que venga la respuesta.

—

El P. Francisco Galindo, también de la Compañía, en la casa profesa de Sevilla, caballero de notable donaire, muy pocas horas antes de expirar, respondió á un hermano que le decía muy recio: — P. Galindo, ¡mire Vm. que se muere! — Hermano, ya lo veo, ¿qué quiere que le haga?

—

Un Padre de la Compañía, gran santo de Castilla, habiéndole desahuciado los médicos, dos días antes, de que él estaba alegrísimo, dijéronle que viviría, porque le hallaban mucho mejor, y respondió muy melancólico:— ¿Ahora nos queda otro vividero? Paciencia, ¡sea Dios bendito por todo!

—

Muerto el rey Felipe II, su último y gran privado D. Cristóbal de Mora retiróse de buena gana á Lisboa, su patria, donde, á ratos, se ocupaba en pescar con una caña. Estando un día en este ejercicio, llegó el ordinario de Madrid, y su secretario trájole el pliego de cartas é íbaselas leyendo, mientras él con su caña estaba atento por si picaba algún pez. En una de las cartas avisaba un amigo que había muerto en Alcalá de Henares García de Loaisa, despechado de que le ordenaron que saliese de Madrid y se retirase á su iglesia. Dijo entonces D. Cristóbal:—Pescara él como yo y no muriera tan presto.

—

Ayudaba uno á morir á un ahorcado, el cual repetía algunas veces:—¡Válgame la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo! —Díjole el que le ayudaba:—Hermano, dejad ahora á la Trinidad y acordaos de Jesucristo Nuestro Señor, que es lo que importa y lo que hace al caso.

—

Alabábase D. Juan de Almeida, en Salamanca, delante de una señora, y díjole ella:—Eso, señor, deje Vm. que otros lo digan.—Y

respondió:—No aguardo á que otros lo digan, porque ninguno lo dirá con más gusto que yo.

—

Un fraile de San Francisco, muy llano, quejábase al Conde de Palma de que, siendo letrado y habiendo muchos años que residía en Sevilla, nunca había tenido la dicha de tener por hijos de confesión sino oficiales y gente baja. Díjole el Conde: — Por fuerza yo quiero, de aquí adelante, ser hijo de confesión de V. P. Agradecióselo mucho el fraile.—Pero ha de ser con una condición, añadió el Conde, que me ha de dar siempre la absolución V. P. antes que me confiese.—Púsose el fraile pensativo, y salió al cabo de rato con decir: — Bien hace vuestra merced en sacar por partido que le dé la absolución antes de confesarse, porque después temo mucho que se la había de negar.

—

El maestro Guzmán, fraile agustino, algo desaliñado y puerco sobremanera, presidió muy bien en un acto de teología á que se halló presente el maestro Farfán, que dijo al fin con su agudeza ordinaria:—Hasta en esto es puerco el maestro Guzmán, que sabe bien.

—

Miraba un fraile dominico con mucha atención unos retratos de los mártires de la Compañía de Jesús, con que está adornado alrededor el patio de la casa profesa de Sevilla: uno atravesado con una lanza, otro con una saeta y cada uno con su martirio diferente, y dijo el fraile: — ¡Benditos santos, así habían de estar todos!

—

Encontráronse en un camino dos bandos de gallegos que venían á pie y en romería. Preguntáronse de adónde venían. Respondieron los unos que de Nuestra Señora de Guadalupe. Dijeron los otros:—¿Quién tal fué? ¡Es ya muy vieja la Virgen de Guadalupe! Igual venimos nosotros de Nuestra Señora de Consolación, mocita que comienza agora á hacer milagros.

—

Ayudaba á morir á un ahorcado un religioso, y con la fuga del hablar trastrocósele la lengua y díjole:—Acordaos, hermano, de aquel aceite y vinagre que dieron á Nuestro Señor en el árbol de la cruz.—El hombre era humorista, y con todos sus duelos respondió: — Padre, más talle tiene eso de gazpacho que de Pasión de Jesucristo.

Queriéndole arrojar el verdugo, dijo á gran priesa: — Padre, dígale que aguarde un po-

quito, que quiero mirar esta gente, que todo es menester para pasar este trance.

—

Don Benito de Cisneros, el loco, estando sentado á una ventana, rogó á un hombre honrado que acaso pasaba por la calle, que subiese arriba, que tenía un negocio con él. Creyólo el hombre, y subió. El D. Benito cerró la puerta en entrando, y díjole que diese un salto de la ventana abajo, si no, que juraba á Dios que le había de arrojar de ella. El hombre, apremiado de la necesidad, le dijo: —Señor, saltar de esta ventana á la calle es cosa de poca dificultad y que cualquiera lo hará. Otra prueba haré yo muy más difícil, si Vm. me da licencia: que saltaré de la calle á la ventana.— Dió y tomó el loco sobre ello, hasta que vino á contentarse que fuese á hacer la prueba. El hombre, que se vió libre, pidióle desde la calle perdón, y fuése á su casa, quedando el loco corrido de la burla.

—

Estaba el D. Íñigo *(sic. Benito?)* de Cisneros muy mal con el Conde de Palma, porque le decía mil pesadumbres y le hacía mil burlas. Supo el Conde que estaba muy al cabo de la enfermedad de que murió. Entró á verle, y hallóle vuelta la cara á la pared, y dos de la

Compañía que le ayudaban á morir. Díjole el uno:—Señor, aquí está el Sr. Conde de Palma. Volvió entonces un poco la cabeza y miró al conde, diciendo: —Agora acabo de creer que es cierto lo que se suele decir, que todos los que mueren han de ver antes al diablo.

—

Don Lucas de Jáuregui, encareciendo el hambre que pasaban los pajes de D. Alonso Tello, amigo suyo, le dijo:—Don Alonso, si queréis que venga á visitaros, atad á vuestros pajes, porque rabian de hambre y temo que un día me han de dar mil bocados en una pantorrilla. Y como no hay saludadores de pajes como de perros, vendré también á rabiar como ellos.

—

Don Francisco de Quevedo, exagerando lo mucho que hablaba en Madrid un N. de Perea, solemne hablador, decían en una conversación que mosén Simón, el clérigo de Valencia, había hecho hablar de milagro á no sé qué tantos mudos, y dijo el D. Francisco: —¿Por qué piensan que hay tantos mudos en España? Porque Pereda les tiene tomada toda la habla para sí. El día que muera habla-

rán todos sin milagro, porque ese día se le restituirá el habla á cada uno.

—

Un escribano de un lugar que andaba á malas con el alcalde, le dijo un día:—Ahora, señor, pasarse há el año y entenderémonos todos.—Respondió el alcalde:—Pues si os ahorco yo antes que pase el año.....

La misma respuesta casi dió D. N. de la Cueva, General de la flota de Nueva España, á un oficial de su galeón, poco amigo suyo, que, estando á vista de Sanlúcar, dijo muy contento:—¡Bendito Dios, que se le acaba ya al M. la candelilla! — Pues ¿qué sería si os ahorcase yo antes que la candelilla se me acabase?

—

Del mismo cuentan que en un puerto de las Indias viniéronle á decir con gran alborozo que salían desafiados á matarse el maestre y capitán de su navío, ambos grandísimos bellacos. Respondió muy sesgo: — Vayan muy enhorabuena á reñir, que el uno matará al otro, y yo ahorcaré al que quedare, con que nos libraremos de dos tan malos hombres.

—

Rendón, un loco de buena gracia, en Sevilla, oyó que uno, mirándole, decía: — ¡Guárdeme Dios mi juicio! Y díjole:—Sois un muy gran majadero en pedírselo á Dios, que yo se lo pedí más há de veinte años, y hame guardado de suerte mi juicio que no me lo ha vuelto más.

—

Un caballero rico, tan aficionado á turcos y á moros que dió ocasión á muchos de pensar que tenía algo de aquella raza, dejó, muriendo, 1.500 ducados de renta para redención de cautivos. Dijo un caballero en Madrid, donde murió:—No pudo hallar camino más secreto ni más disimulado para dejar por heredero al Gran Turco, sin que la Inquisición se lo demande.

—

Decía Galarza: Con sola una cosa que haga el Rey y el Duque de Lerma, no habrá tenido España tal Rey ni tal Privado jamás. —¿Qué cosa? — Respondió: — Con deshacer todo lo que han hecho.

—

Decía un criado á su amo de ordinario: —Quite Dios de mis días y ponga en los de Vm.—Era apasionado de dolor de hijada, y

cuando le daba, decía: — Estos son los días que pido yo á Dios que quite de mí y ponga en los de mi señor.

—

Mostrábanle á una dama de palacio una estatua de mármol que tenía una hoja de parra delante, por modestia, y alabándola, respondió: — Pues al caer de la hoja será mucho mejor.

—

Díjole uno de su cámara al emperador Carlos V, estando en Barcelona unas Carnestolendas, que un Obispo había andado enmascarado por las calles, y díjolo como acusándole. Respondió el Emperador:—Para esos tales se hicieron las máscaras, que vos y yo podríamos sin nota andar sin ellas; pero ese Obispo antes anduvo muy cuerdo en salir con ella.

—

Preguntado un médico qué sentía de un enfermo, respondió:—Tengo por cierto que se muere. — Dijo un truhán: — Créanle, que lo sabe como quien le mata.

—

La de Antón de Avila fué una mujer graciosa, de quien gustaba mucho Carlos V. Su

marido era un hombrajo material. Vacó una plaza de Alcalde de corte; pidióla al Emperador. Díjole á la de Antón de Avila:—¿No veis que vuestro marido no sabe leyes?—Respondió: —¡Ay, señor, que en queriéndolo V. M. las sabrá!

—

La misma mujer, pidiéndole una criada de una vecina suya, desde la puerta de la sala, un par de panes prestados, de parte de su ama, decía con mucha flema:—Vení acá, hija; poca crianza os enseña vuestra señora. Hazé una reverencia, y otra á la mitad del aposento, y otra cuando llegáredes cerca, hincaos de rodillas y decid:—Mi señora besa las manos de Vm., y que le haga merced.—Cuando hubo hecho todas estas diligencias, díjole muy mesurada:—Decid á vuestra ama que le beso las manos y..... que no los tengo.

—

Llevaban á ahorcar, por ladrón, á un mozuelo. Salió su madre llorando, y abrazada con él, díjole:—Hijo mío, si de esta vez no escarmientas, no dejarás en toda tu vida esta mala costumbre de hurtar.

Quejóse un yerno á su suegro de que su hija era mala mujer, y respondió:—Lo mismo hizo su madre, téngala Dios en el cielo, hasta que fué de cincuenta años, que comenzó á sosegarse. Esta muchacha le parece; no hay sino prestar paciencia como yo.

—

Citó un predicador unas palabras de Jesucristo, y para ponderar su autoridad, dijo: —Aun ya, si fueran estas palabras de San Pablo, pudiéranse negar; pero son del mismo Jesucristo.

—

Cláusula del testamento de un médico de Toledo: «Mando mi mula rucia al convento de la Merced para que acabe la vida en servicio de Dios y de esta sagrada religión, como lo he hecho yo.»

—

Un Duque de Nájera, en las revueltas de Navarra en tiempo de los Reyes Católicos, quedóse con unos lugarejos de una pobre señora. Estando para morir, encargóle el confesor se los restituyese. Su mujer, que lo olió, llamó aparte al confesor, y díjole, afligida: —Padre mío, así como así se ha de ir á los infiernos el Duque mi señor, no le apriete

V. P., por vida suya.—El confesor, sin reparar en esto, volvió á instar, hasta que redujo al enfermo que mandaría á su hijo que los restituyese. Vino el hijo, y díjole el padre, muy sesgo: — Hijo mío, el Padre me encarga la conciencia que restituyas los tales lugares. Yo se lo ordeno, y te pido la palabra de que harás este bien por mi alma. Esto es lo que debo hacer como cristiano; pero si fuese que tú yo, juro á Dios que antes me dejase rallar que los restituyese. Agora haz tú lo mejor que te estuviere, que yo he cumplido con lo que estoy obligado.

—

Don Gómez Zapata, Obispo de Cuenca, recibía una carta de algún cura, y enfadábase mucho de la mala ortografía. Tomaba la pluma y poníase muy despacio á corregirla, y en acabando, la rasgaba.

—

Doña María Manrique estaba concertada de casar con un deudo suyo, Conde de Santisteban. Arrepintióse el Conde y anduvo en demandas y respuestas, hasta que los deudos de ambas partes le redujeron á que volviese al casamiento. Llegó el día del desposorio; juntóse todo el lugar; salió la novia muy galana. Preguntóle á ella el cura si quería por marido

á D. Fulano. Respondió, muy mesurada:—No por cierto, ni me pasa por la imaginación.—Y entróse dentro. No quiso después casarse con nadie, y hoy es dueña de honor en palacio.

—

Un loco de la casa del Nuncio de Toledo informó tan entero á un hombre honrado que le habían sus deudos, por robarle su hacienda, levantado que era loco, y pidióle tan de veras que le ayudase, que el otro se lo creyó y prometió de hacer sus diligencias. Cuando se despedía, dijo el loco:—Pues, señor, suplico á Vm. que en todo hoy se hagan todas aquestas diligencias, porque mañana á buena hora he de ir á llover á Grecia.

—

Un fraile agustino compuso un libro que nunca se vendió. Preguntóle un amigo:—Padre mío, ¿véndese el libro?— Respondió: —Y ¿cómo que se vende? No le tengo para otra cosa. ¡Así hubiere quien le quisiese comprar!

—

Decíanle al cardenal Zapata que el Obispo de Gaeta decía que estaba tan pobre que, muriendo, no tendría un maravedí de qué testar. Respondió:—¿Cómo no? Pues por lo

menos tendrá la impresión de todos los libros que ha compuesto, que me aseguran que no ha vendido uno tan sólo.

—

Un viandante hallóse sin dinero en un lugarejo de Castilla y tomó por remedio hacer pregonar por el lugar que quien quisiese una mula prodigiosa que tenía la cabeza donde otras mulas tienen la cola, fuése á tal mesón, que á cuatro maravedís la enseñaría. Juntóse medio lugar, y cuando los tuvo juntos y cobrado el dinero, fuélos llevando en procesión por la puerta de la caballeriza, donde tenía la mula con la cola atada á un pesebre y la cabeza donde otros ponían la cola.

—

Un caballero de Córdoba, D. Fulano de los Infantes, fué casado tres veces con tres mujeres que se llamaron María. Preguntóle otro cuando estaba casado con la tercera:—¿Cómo está mi señora doña María?—Y respondió: —Por cuál pregunta Vm.?

—

Servía en Madrid D. Pedro de Toledo á una dama de palacio, y dió D. Juan Vicentello en servir á la misma de que el D. Pedro hacía burla. Sucedió que una noche iban pajes

de entrambos alumbrándola. Preguntó:—Cúyas son estas hachas?—Señora, la llama es mía, y el humo de D. Juan Vicentello.

—

Don Francisco de Quevedo á un médico:

Aunque el doctor vaya á mula,
si al enfermo va á curallo,
va á cauallo.

—

Quevedo dijo del contador Barrionuevo, á quien se le andaban los dientes, que le andaba la lengua por los dientes como mano de organista por las teclas.

—

El marqués de Montesclaros servía á una viuda en Guadalajara, y decía que no tenía otra tacha sino que podía verla todas las veces que quería.

—

Rogó un señor á un su secretario que notase por entretenimiento las necedades de los de casa. Prestó el amo 500 ducados á una maladita. Vió el libro, y asentada esta necedad, dijo el señor:—Veréis cómo me los paga.—Entonces dijo el secretario:—Borraré la necedad de habérselo prestado y la pondré á su

cuenta si los pagare; mas entretanto estése como se está.

—

Un fraile viejo agustino, acabando de olearle, bajó la mano como pudo y tomó unas chinelas que tenía por delante de la cama, y pasólas detrás. Preguntado, respondió:—Porque en muriéndose un hombre no deja cosa con cosa.

—

Un Oidor del Consejo de Indias, muy viejo, tenía una mujer muy moza. Estando enferma, llamaron á un médico de cámara. Visitóla, y al salir dijo al Oidor, no sabiendo que era su marido: —Señor, lo que importa es casar presto á esta señora, si quiere que esté sana.

—

Diéronle á un muchacho una olla con carne que llevase al campo á unos gañanes. Comióse la carne, y preguntado por ella, dijo llorando: —Trompecé y derramóseme toda la carne, y no pude coger más que el caldo.

—

Frai Fulano de Rojas, siendo en Sevilla prior de San Agustín, reconciliándose con un clérigo de los Palacios, pasando por aquel lu-

gar para decir misa, cuando acabó, hízose fuera el clérigo, y pidiéndole que le absolviese, respondió:—Aunque aldeano, señor, bien sé lo que debo hacer; V. P. vaya, que no es razón que yo le absuelva.—En suma, estuvo gran rato porfiando, pareciéndole que era mala crianza.

—

En casa del Conde de Villaverde, en Toledo, una dueña llamada la Sra. D.ª Carpio, gran matorra y autora, durmiéndose una noche junto á una vela, se le pegó fuego á las tocas por detrás. Despertó, y viendo la luz y no sabiendo la causa, comenzó á dar voces: —¡Resplandores á mí, Dios mío! ¿Cuándo merecí yo tanto bien? Y quemábase viva.

—

Decía un hombre cuerdo:—¿Queréis saber cuánto vale un real? Pues salid á buscarlo.

—

El Dr. Villalpando, condoliéndose con otro que no le daban un obispado, dijo:—Mitras y otras dignidades son como rayos que bajan culebreando, y unas veces dan en una torre y otras en un muladar ó en una albarda.

—

En un lugar había dos fundidores. Al uno, preguntándole de alguno del lugar, respondía: —Es honradísimo. Conmigo funde.—¿Y Fulano? —No le conozco ni sé quién es. No funde conmigo.

—

El condestable viejo D. Íñigo de Velasco, encontrando un día á un alcalde de Valladolid en una calle lodosa, pidieron al alcalde los criados que se detuviese con la mula para no salpicar al Condestable. No quiso, y salpicóle en la cara. Mandó el Condestable que le cogiesen y en un recibimiento de una casa le desnudasen en cueros. El alcalde comenzó á hacer fieros; mas cuando vió que iba de veras y le habían quitado la garnacha, hincóse de rodillas, etc., pidiendo perdón. Dijo el Condestable: —La ropa tenía la culpa, dejaldo.

—

Un vizcaíno que salió á tirar, oyendo un rato cantar á un ruiseñor, le derribó. Hízolo asar; todo era huesos. Dijo:—Amigo, amigo, vuestra merced, todo palabras.

—

Don Gabriel Zapata, en una enfermedad, visitóle el Duque de Nájera con otros caballeros. Saliendo de la pieza, fingió que se había olvi-

dado de decir no sé qué, y dióle una bolsa con 300 escudos. Comenzó á dar voces el D. Gabriel:—Váyase Vm., que juro á Dios que piensan esos caballeros que volvió á entrar para darme alguna bolsa con 300 escudos.

—

El fraile agustino al impresor que le preguntó si había salido el P. Cervantes.—Y ¡cómo, si ha salido!—¿En cuántos cuerpos?—En tres, porque en uno fuera imposible andar tanto como anda.

—

Salió un clérigo portugués de la rota del rey D. Sebastián, en África, con una saeta clavada en la cabeza, y curándolo, dijo el cirujano:—Es menester ir con mucho tiento en sacarla, porque si toca á la tela de los sesos, acabará de romperla. Respondió:—Tire Vm. seguramente, que no es posible que tenga seso en la cabeza quien vino á esta jornada.

—

Doctor Quadra en Alcalá. D.ª Inés, su mujer, era muy fea. Un paje, asomándose de noche á una ventana, dijo:—Señor, hace un aire que lleva la cara.—Asomáos, D.ª Inés, quizá os llevará la vuestra.

—

Item el mismo, alabando una vez un vestido verde que llevaba D.ª Inés, preguntó:—Si fuese con tanto perejil, ¿quién la podría tragar?

—

El mismo, viniendo un penitente con su cruz:—Haceos allá, hermano, que no la llevo yo menos que vos.

—

Uno que estuvo en Italia pocos días, dió un memorial, pidiendo una ventaja ó premio. Alegó por servicio que había venido en una nave en que venía la ropa del Comendador mayor, que en una borrasca la echaron á la mar, y..... «si como era del Comendador mayor fuera mía, quedara perdido para toda mi vida en servicio de Vuestra Majestad».

—

Llamó una dueña á un médico; contóle tantos achaques. Respondió:—Más fácil me será hacer de nuevo á Vm. que curarla, estando de la manera que me cuenta.

—

El Marqués de Cañete, siendo Virrey del Perú:—No habría tal gobierno en el mundo si no estuviese tan cerca de Madrid.

—

El Conde de Valencia encargó á un amigo de Madrid que le buscase una dueña. Respondió que no hallaba sino una, mas que era tuerta, y coja de una pierna. Respondió el Conde: —En todo caso se me envíe luego, porque en mi vida he encontrado con dueña que tenga menos faltas que ésas.

—

Cuando el Conde de Miranda volvió de Nápoles, hundióse, entre otras, una galera en que venía su guardarropa y las dueñas de la Condesa. En Madrid decía muchas veces:—«Traía la tal y la tal cosa para presentar.»—Dijo don Íñigo de Mendoza:—Yo apostaré que un día ha de decir que traía las dueñas para presentarlas.

—

Llamaban algunos á D.ª María Sidonia, Condesa de Barajas, en vida de la reina Margarita, *el agujero de la pila*, porque como toda el agua se cuela por el agujero, así cuanto la daban á la Reina.

—

La Condesa de Villalonso, tartamuda, dijo que la habían traído de Granada *una codgadura de tedciopedo cadmesí de dos pedos*. Dijo

el Conde de Salinas:—Ese terciopelo no puede ser sino de tripa.

—

Disputábase, estando viudo el Condestable de Castilla y sin hijos, si tomaría mujer doncella ó viuda. Dijo el Duque de Osuna:—Créame, y tómela preñada.

—

El Cardenal decía que los españoles somos bestias; el bacín junto á la cabecera de la cama y el dinero en el Banco, habiendo de ser todo lo contrario.

—

Dióse memorial de los que podrían tener la caballeriza de Córdoba al rey Felipe II, y el último era: «*Juan Jerónimo, picador de V. M.*» Puso al margen: «Dése á Juan Jerónimo, picador de mis caballos.»

—

Mostróle burlando el rey de Francia Francisco á Fr. Antonio de Leiva el retrato del Emperador en un retrete donde tenía el servicio, y díjole:—Muy bien está aquí, porque con sólo verle, le vendrá gana.

—

Don Juan Manrique dijo de un canónigo que se ponía muy grave, siendo tenido por atronado:—La mayor locura que hace es pretender que le tengan por hombre de juicio.

—

Dijéronle al Rey Católico que el rey Francisco de Francia se quejaba de que le había engañado cien veces. Respondió:—Miente el borrachón, que no le he engañado sino noventa y nueve.

—

Dió el Gran Capitán al duque Valentín grandes palabras de que libremente podía ir á Nápoles. Fué y prendiéronle. Dijo el Duque:—Ésta, cordobesada ha sido.

—

Miguel Váez, portugués riquísimo en Nápoles, da un gran partido á un médico que le cura, y cada año se le va aumentando; pero con condición que el día que muriere ha de pagar el médico 800 ducados á los herederos de Váez, y sobre esto tiene hecha escritura muy firme.

—

En Salamanca, en un convento de mercenarios, estando todos juntos la noche de Navi-

dad para oir una comedia que representaban los novicios, salió el demonio y San Miguel y Dios Padre. Dijo el *Demonio:*

—¿Hay aquí almas que llevar?

San Miguel.

—No, que las defiendo yo.

Dios Padre.

Aquí la farsa acabó
en este propio lugar.

—

Doña Teresa de Mendoza, mujer de Zapatilla, estando asomada á una reja, dijo á un pobre que la pedía limosna de la calle, que entrase en casa y se la daría. Dijo el pobre:—¿Es posible que ha de ser tan grande la limosna que Vm. me ha de dar que no cabe por esa reja?

—

Decía un médico de Salamanca, pero en práctica poco diestro:—El Sr. Doctor sabe lo que dijo Galeno, mas no sabe por qué lo dijo.

—

Don Alonso de Ávalos, en Toledo, caballero rico, galán y mozo, paseó mucho tiempo á una señora en la calle de Zocodover. Dióle ella audiencia una noche de dentro de su casa y él fuera, y díjole:—Sr. D. Alonso, Vm. es gentil

hombre y caballero; pero es bobo, y así no se canse en pasearme, que jamás recabará de mí nada. Cayóle tal melancolía, que en más de cuarenta años no salió más un poco de su casa. Todo estuvo en creerlo, que creído, milagro fué no ahorcarse. Hízolo del repartimiento del entendimiento en conformidad de las partes. Entre otros humores de este caballero, fué uno que, con no salir jamás de casa, era menester que cualquiera que le había de visitar enviase antes á saber de él si había de estar en casa ó no recibía la visita.

—

Un tío de D. Francisco de Rojas, que es hoy en Toledo Señor de Mora, viniéndole en Toledo de la corte un escudero honrado de un caballero deudo suyo á dar aviso de parte de su señor cómo y con quién había casado una hija, habiendo despedido al escudero para volverse á Madrid, pensó entre sí que había andado corto en no hacerle algún regalo por la buena nueva que le había traído, y enviándolo á llamar del camino, díjole:—Quisiera, Sr. Rojas (así se llamaba el escudero), poderos regalar con algo de mucho precio; pero, á falta desto, pienso hacerlo con una cosa que vos estimaréis como es razón; yo os he llamado hasta aquí de vos. De aquí adelante pienso mudar estilo y lla-

maros os de él, y así, Señor Don, vaya en muy buen hora.

—

Decía un amo á un criado:—Sois un grandísimo bellaco, ladrón.—Y respondió:—Bendito sea Dios, que no me podría Vm. achacar otra cosa.

—

Decía D. Juan Manrique:—No nos demos priesa á morir, que harto tiempo nos queda para estar muertos.

—

Andaba el mismo enamorado, en Salamanca, de una hija de Vallecillo, abominable, y un caballero, su amigo, que quería bien á una señora muy hermosa, burlábase de él y decía que era imposible que de veras estuviese enamorado de una mujer tan fea. Respondió:—Verdad es, Sr. D. Juan, que ambos nos asamos, con esta diferencia: que Vm. se asa con leña de canela, y yo me cuezo con boñigo, como olla de la Mancha.

—

Compuso un libro, y llamóle *Pepitoria espiritual.* Diéronsele á ver á otro para que lo aprobase, y respondió:—El libro, cierto, está

lleno de cosas buenas; sólo reparo en el título, porque no viene bien llamarse *Pepitoria*, no teniendo pies ni cabeza.

—

En Cataluña un bandolero preguntó á un viandante de buen pelo adónde iba y qué dinero llevaba.—Á Italia y 40 escudos.—Pues ¿cómo tan poco para camino tan largo?—Llevo 200 escudos en letra.—Pues cómo, ¿mi dinero en letra?—Y dióle muchos palos.

—

Diciéndole á un Padre maestro que una beata tenía grandes revelaciones, respondió que ya la Iglesia estaba en estado que no tenía necesidad de revelaciones, y cuando la tuviese, no las inspiraría Dios por medio de mujercillas.

—

Un fraile en Roma al cardenal Zapata:—Señoría ilustrísima, sucedióme en España una desgracia: que enojándome con un fraile, le tiré un plato, con que le herí en la cabeza, y murió.—Respondió el Cardenal:—La desgracia, Padre mío, no fué de vuestra Paternidad, sino del fraile que murió.

—

Don Gabriel Zapata era muy feo de rostro, y solía decir á algunas damas:—De aquí arriba (señalando el cuello con la mano) yo confieso que soy una privada; pero de aquí abajo soy un Aranjuez.

—

Decía por señas Juan Fernández, el mudo, que los santos se han de pintar de manera que se pueda rezar á ellos. Y á este propósito suele decir D. Pedro de Toledo que no ha visto en su vida Magdalena que se pueda rezar.

—

Juan de Guzmán, el día que dijo misa, pidió á un canónigo muy reformado de su iglesia que se viesen á la tarde. Creyó el otro que era para tratar de disponer cosas tocantes á su conciencia. Fué á la hora señalada, metiólo un criado con gran recato adonde estaba encerrado, y hallólo jugando á los dados con unos mercaderes, y cuando perdía alguna mano, volvía á una imagen de un Cristo:—Señor, ¿qué es esto, que no me basta decir misa ni encomendarme á Vos?

—

Los pobres tienen cuatro potencias del alma, una más que los ricos, que es la necesidad, que es ingeniosa.

—

Al Príncipe de Marruecos el cardenal Montelpero, en Roma, encontrándole con el Embajador, el Conde de Castro, le dijo:—Lo que importa es que Vm. persevere en la fe de Cristo.—Y había treinta y tres años que era cristiano. Pidióle al mismo uno para las ánimas del Purgatorio. Respondió:—No tengo allá ni una tan sola de todo mi linaje.

—

En un lugarejo porfió el concejo á un caballero de Toledo que no se partiese el día del Corpus por oir una comedia que hacían los del lugar en la plaza. Quedóse. Duró desde las dos hasta las Ánimas, y estuvo asándose vivo de calor, y fué tal como buena la comedia. Dijo el alcalde al caballero, acabada:—De ser breve, ha sido; pero en lo demás, juro á San Pablo que se puede representar delante del Rey.

—

Decía un hombre no mal entendido que deseaba pasar su carrera en esta vida sin embarazar más que un libro, que no habla sino es cuando le abren, y que como antiguamente ponían sobre la sepultura, hablando con el difunto, *Sit tibi terra levis*, así quisiera él que

encima de la suya se pusiera, hablando con la tierra, *Fuit tibi terra levis.*

—

Estando en Cortes, en Cataluña, el emperador Carlos V, no acababan de despacharle. Llamó al Duque de Cardona, y díjole:—Yo sé que los catalanes hacen cuanto queréis, por vida vuestra.—Respondió:—Es verdad que hacen cuanto yo quiero cuando quiero lo que ellos quieren; pero si no quiero lo que ellos, no hay hombre que quiera lo que yo.

Es lo que suele decirse:—Fulano, llevado por bien, hará cuanto quisieren hacer de él, esto es, si se acomodan á su gusto.

—

Decía el cardenal Zapata que le caía en gracia oir decir de alguno: «Señor, él es colérico, y aquel primer ímpetu es de un león; pero pasado, no hay hombre más blando.» ¿Qué se me da á mí que sea después como una seda si con aquel ímpetu da con todo en tierra? Con una pieza de bronce puede jugar un niño después de haber disparado; pero al disparar, todo lo asuela.

—

Cisneros decía de uno que se iba envejeciendo:—Vm. es como el vinagre, que mientras

más añejo se va haciendo, más recio se va poniendo (porque era él mal acondicionado).

—

Contando D. Francisco de Quevedo, que es cojo, de la manera que había dado una caída peligrosa, dijo:—Fuéronseme los pies, y ojalá nunca me hubieran vuelto á ver.

—

El Conde de Palma, yendo de camino, salíase del coche algunos ratos, y subía en un machuelo pequeño de alquila, del cual se agradó de manera, que preguntó al mozo de mulas cómo había comprado y por cuánto aquel machuelo. El mozo respondió que le había comprado su amo de los Teatinos de tal parte, en cuyo poder había estado algunos años sirviéndose de él, y que le habían vendido por comenzar á ir á viejo. Oyólo el Conde, y llamando á su mayordomo, le dijo:—Mira, Fulano, en cuantas cosas de duda se os ofrecieren en toda esta jornada, os encargo que os aconsejéis y toméis el parecer de este machuelo que ha sido un tiempo de los Padres de la Compañía.

—

Preguntó un escribano, ante quien un morisco rico hacía, estando muy malo, testamento:—Y á la parroquia, ¿qué dejáis?—Y respon-

dió:—Á la parroquia una pieza de artillería. (Por despecho.) Asentólo el escribano, y después hízose pagar 500 ducados la parroquia en que la pieza se tasó.

—

Decía D. Juan Manrique cuando decían de alguno que había visto muchas tierras:—¿Viólas los ojos abiertos? Porque cien carretas conozco yo que han ido y vuelto á Madrid quinientas veces y no han visto letra.

—

Con los grandes señores se ha de tratar como con gatos: ni regalarse con ellos, ni pisarlos, porque de cualquier causa arañan.

—

Una toledana dijo á un canónigo que llevaba en la procesión muy sacado el cuello de la camisa:—Sr. Canónigo, déjeme meter la mano en la bragueta y tiraré de la camisa.

—

El Duque de Osuna, D. Pedro, el viejo, siendo Virrey de Nápoles, prendió á uno porque había de un pistoletazo muerto á uno en la iglesia mientras estaba oyendo misa. Fue-

ron contra él muchos testigos que le había tirado mientras el cáliz se alzaba, y haciéndole cargo de la muerte, no respondió otra cosa en su defensa sino:—En esto se echa de ver la malicia de mis enemigos, en que dicen y dirán que le tiré alzando el cáliz; es falso testimonio manifiesto, porque juro á Dios y á esta cruz que estaba ya el clérigo en los *Agnus*.

—

Un señor de Maximis, Nuncio que fué en España en los años de 1623 y 24, ganó la gracia del Rey y del Conde de Olivares con esta astucia: que habiendo caído en desgracia del Papa, dió á entender en Madrid que estaba en aquel estado por la mucha afición con que había acudido á las cosas de España y al servicio del Rey. Valióle esta industria que, entre otras honras y mercedes, se le diese el obispado de Catania, que vale al pie de 20.000 ducados.

Supuesto esto, sucedió poco después que el Conde de Bristol, D. Juan de Ibi (?), embajador extraordinario de Inglaterra, gran hereje y gran embustero, quiso usar de la misma treta que el Nuncio, publicando que por defender la causa de España se había malquistado con los suecos (1), y que iba aventurado á perder la vida y el honor. Llegó con este razonamiento á don

(1) *suyos? suiços?*

Pedro de Toledo, como á Consejero de Estado, y respondióle que conocía lo que le debía esta Monarquía, y que él propondría que se le diera otro obispado de Catania.

—

Don Antonio Portocarrero, déan de Toledo, hermano del Conde de Palma, siempre que alguno le comenzaba á decir:—Señor, ¿es verdad lo que se dice.....? Respondía luego:—No, señor.—Pues ¿cómo sabe Vm. que no es verdad? Luego ya Vm. debe saberlo. Replicaba: —No lo sé; pero por el mismo caso que se dice, creo que debe ser mentira.

—

Salióse un caballero de una iglesia donde muchas veces en diferentes altares alzaban á Nuestro Señor Jesucristo, y preguntado por qué se salía, respondió:—Sálgome porque dentro no hay quien se averigüe con Nuestro Señor Jesucristo. Alzanle aquí, álzanle allí tan á menudo, que no podía valerme con su Divina Majestad.

—

Don Juan Idiáquez, grandemente estimado del rey Felipe II, fué un Ministro de gran prudencia y reputado por extremo. Un caballero, negociando, hablóle con mucha cólera hasta

llegar á descomponérsele de palabra. Estuvo el D. Juan tan sobre sí, que sólo le respondió estas palabras:—No ha mejorado Vm. su negocio hablando como ha hablado; pero tampoco lo ha empeorado.

—

Dijéronle á la Duquesa de Feria, vieja, que una señora pretendía que la llamasen por fuerza Señoría, y que estaba resuelta de no llamárselo á la Duquesa si no se lo llamaba. Respondió discretamente:—Si yo la llamo Señoría, será una gran necedad mía, y si ella no me lo llama, será una gran necedad suya. Pues si una de las dos ha de hacer esta necedad, mejor que la haga ella antes que yo.

—

En el Convento de Sancti-Spiritus, de monjas, de Salamanca, es riguroso el Estatuto de limpieza y son muy pocas, y preguntando una persona á una monja vieja cómo eran tan pocas religiosas, respondió:—Señor, muchas personas honradas no quieren, por enterrar una viva, desenterrar muchos muertos.

—

Estaba oyendo fray Juan de la Barrera el Agustino una maldita música, y dijo, para ala-

barla, con gran mesura:—¡Válgame Dios! Si esto hay en la tierra, ¿qué habrá en el infierno?

—

Un caballero portugués se apeó á comer de prisa en una venta. Dijo el mozo de mulas:—¿No daremos cebada á esta cabalgadura?—Respondió:—Donde hay espuelas no es menester cebada.

—

Á un letrado le fué preguntada una cuestión desta manera: Una mujer tenía una borrica que la había servido bien, y cuando esta mujer murió mandó que la diesen cada día medio celemín de cebada. Esta borrica ha muerto; querría saber si un asno que tengo, hijo de ella, si hereda la dicha cebada. Él le respondió.—Sí, siendo el asno su hijo legítimo, era heredero de la cebada que dejó su madre, y que lo daría determinado en derecho.

—

Un caballero, mozo de buen gusto, queriendo hacer una burla á tres ó cuatro amigos suyos, les dijo lo que se sigue, en Granada:

—El diablo son estos italianos. Pasando ayer por la plaza, estaba un charlatán de ellos dando voces: «¿Quién compra polvos de adivinar?» Pregunté lo que quería decir, y respondióme

que eran unos polvos que en tomándolos uno por la boca adivinaba al punto alguna cosa. Vi que los daba á cuarto cada papel; compré un real de ellos, tomé allí uno y al punto adiviné que mi hermano venía anoche de Madrid sin haber tenido aviso de que partía de allá, y no pasaron dos horas cuando entró por las puertas de mi casa. Tomé otro esta mañana y adiviné que Lorencillo, mi negro, había parecido, y no pasó un cuarto de hora cuando unos cuadrilleros de la Hermandad me lo trujeron maniatado.

Los amigos, maravillados del caso, le rogaron que diese á cada uno su papelillo, ya que había comprado tantos. Respondió:—Aquí los traigo. Hagamos juntos la prueba tomándolos todos á un mismo tiempo, y veréis maravillas.

Traía él entre los otros uno señalado, que tomó para sí, y repartió los demás, y echándoselos todos en la boca, comenzó á escupirlos cada uno, diciendo:—Juro á Dios que es mierda seca molida.—Eslo, por nuestro Señor, dijo entonces el socarrón dando voces. ¡Vive Dios que han hecho efecto los polvillos! Todos han adivinado lo que son. Sin duda son mierda seca. ¡Válgate el diablo del italiano! También yo en tomándolos adiviné lo que eran.

—

En un rebato de moros se ofrecieron gran número de frailes de armarse y salir al rebato en Zaragoza. Tratóse en el cabildo ó consejo de guerra, que se juntó para este caso, si convendría consentir que saliese esta compañía de religiosos, y fué el voto de D. Martín de Lanuza: —Soy de parecer que salgan y aventuramos á ganar de cualquier manera que suceda; porque ó los frailes nos librarán de los moros, ó los moros nos librarán de los frailes.

—

Echaron á la puerta de Palacio, en Madrid, á un niño recién nacido. Mandó el rey Felipe II que le criasen. Llamóse Melchor de los Reyes. Quísole el Rey bien cuando era niño, y deseó que saliese capaz de hacerle merced; pero fué tan travieso, que lo envió á Flandes con el Archiduque. Allá aprobó de manera que mereció cualquier merced; pero muriósele el Rey al mejor tiempo, y escribió á un amigo suyo: —He sido tan desgraciado que cuando se usaban hombres de bien dí en ser bellaco, y agora que sólo se usan bellacos he dado en ser hombre de bien.

—

Decía D. Fernando de Guzmán que los cuernos son como los dientes, que al nacer duelen; pero después se come con ellos.

Leyóse en Cuenca el edicto de la Inquisición, y entre otras cosas dícese en él que quien supiere de hechicerías y supersticiones las declarase.

Una mujer casada fuése otro día á ver á un Inquisidor, y díjole muy afligida que se acusaba de haber aconsejado á una vecina suya que si quería que sus lluecas le sacasen pollos muy crecidos y que se le lograsen todos, que los echase encima algunas veces una capa de un cornudo. Díjole el Inquisidor:—Pues hermana, ¿cómo sabéis vos que es provechoso ese remedio?—Señor — respondió ella, — hélo probado muchas veces con la capa de mi marido y háme salido muy bien.

—

Alabáronle mucho á Felipe II lo que hacían de sus cuerpos unos volteadores extranjeros. Viólos, y preguntándole lo que le habían parecido, dijo que antes que lo viese lo creía y habiéndolo visto, no lo podía creer.

—

Consultando el rey Felipe II á un gran cortesano si sería bien volver la plaza á cierto Ministro de Hacienda que se había compuesto en más de 200.000 ducados por cargos que se le hacían, y se esperaba de su industria que re-

compensara los daños de la Hacienda Real con ventajas:—Mucho temo, Señor—dijo el cortesano,—que esta restitución ha de ser la del peraile de Valencia.

Deseando el Rey saber el cuento, le mandó que se declarase, y él prosiguió:—Sepa V. M. que en Valencia hubo un carnicero que había hecho 10 ó 12.000 ducados dando pesos falsos á la república, y llegando una Semana Santa, deseó restituir; pero como no supiese las personas ciertas á quienes había defraudado por menudo, echó la cuenta por el tiempo que había pesado carne, y parecióle que sería bien servir otro tanto en oficio en que pudiese dar al común pesos sobrados, con que satisfacer á bulto lo que le había hecho de menos, y andándose á buscar en que con mayor comodidad pudiese añadir á los pesos, le ocurrió el de peraile, cuya ocupación es dar á hilar lana en las aldeas por un tanto. Daba, pues, en cada libra dos ó tres onzas más como solía dar en la carne de menos, y las labradoras sencillas que volvían cabalmente lo que se les entregaba, hilaban sin pensar 18 onzas por el precio de 16.

Echando el Rey de ver el intento, le dijo sonriéndose:—También yo temo lo que vos; pero otros le aseguran mucho. Dejémonos engañar esta vez.

El suceso respondió al pronóstico, porque restituído al oficio, continuó las primeras ma-

ñas, y al cabo se le hubieron de quitar y con mayor afrenta.

—

Entraron en Sevilla á ver la casa de los locos en San Marcos el Dr. Álvaro Picardo y Fr. Hernando de Santiago. Apeáronse de sus mulas é iban mirándolo todo. Juan García, un loco muy agraciado, que cuando tuvo seso los conoció bien á entrambos, dijo cabeceando á los que estaban junto á él:—¡Cómo se les echa de ver á estos señores las letras y la prudencia que tienen! A mí, como era loco, fué menester que me trajeran 30 hombres para meterme en esta casa, y ellos, como son sabios, se han venido de suyo sin aguardar á que los traigan.

—

Muriósele á un villano un jumento, con el que había ganado mucho caudal acarreando. Con la ignorancia y sencillez de tal, procurando agradecérselo en lo que podía, hallándose compadre del sacristán del pueblo, intentó enterrarlo en la iglesia. El sacristán dificultó la posibilidad del caso, sin que fuese sabidor el cura. Comunicáronselo y él los reprendió ásperamente; pero persistiendo el rústico en su intento, amagó al compadre sacristán con algunos escudos que facilitaron la materia, y, con efecto, se enterró el jumento. Á pocos días des-

cubrió el cura el hecho y, lleno de celo y cólera, dió cuenta á la Chancillería de Granada (por medio de un vecino), la cual envió un receptor á la averiguación del caso, acriminándolo mucho. Comenzó á hacer grandes diligencias, de las cuales estaban muy medrosos el villano y sacristán, que conociéndolo otro villano, pobre y muy sutil, les dijo que no se afligiesen, que él los sacaría del trabajo en que los consideraba, en aquel mismo día, si le daban para ello cien escudos y para él ciertos cahíces de trigo, y afianzándoles con buenas razones su ofrecimiento, le entregaron lo que pedía. Él se fué al receptor y dijo que tenía mucho que decir en el pleito del enterrado borrico. Oyóle el Receptor y él dijo:—Señor, tengo noticia que su merced ha venido á hacer pesquisas. Sí es verdad que en este pueblo se enterró un asno en la iglesia, y para descargo de mi ánima, que es verdad que se enterró, y que el asno lo merecía, porque era muy sesudo y hizo testamento, y aun en él le deja á su merced una manda de 100 escudos que yo traigo aquí.

El receptor que tal oyó y tal vió, dijo:—Borrico que tal hace, *requiescat in pace*, y aquel mismo día se fué del lugar.

—

Un alcalde de corte (que hoy es oidor en Sevilla) encontró, rondando en Madrid, á un

hombre con un estoque y un broquel, bien á deshora. Quiso llevarlo á la cárcel; pero, él dándose á conocer por religioso, lo dejó el alcalde ir con una corta amonestación.

Encontrólo segunda vez otra noche, y mucho más reprendido se fué también; pero sucediendo esto tercera vez al cabo de algunos días, determinó el dicho alcalde llevarlo en persona á su prelado para que pusiese remedio. El cual, aunque más suplicó y pidió, no tuvo remedio, que el dicho alcalde con toda su ronda fueron llevando con mucho cuidado al religioso á su convento, y llegados á la portería, comenzaron á llamar blandamente, y no respondiendo, con toda fuerza; viendo el alcalde que de ninguna manera respondían, se volvió al religioso preso y le dijo:—Padre, ¿qué será esto de no responder?—El cual muy cabizbajo le respondió:—Señor, como es tan temprano, seré yo el primero que viene á casa.

—

Un caballero tenía un hijo muy necio, y queriéndole despejar, encomendóle mucho que el día del desposorio no le hablase palabra. Estando todos á la mesa cenando, los parientes de la desposada decían unos á otros que debía de ser un gran necio. Entendiéndolo el despo-

sado, dijo á su padre:—Señor, bien puedo hablar, que ya me han conocido.

—

Quejándose unos pajes á su amo que no les daba el mayordomo á cenar sino rábanos y queso, mandó llamar al mayordomo, y díjole muy enojado:—¿Es verdad lo que dicen estos pajes que todas las noches les dáis á cenar rábanos y queso? — El mayordomo, con temor, respondió:—Sí, señor.—Dijo el caballero:—Pues yo os mando que de aquí adelante les déis una noche rábanos y otra queso.

—

Enterrando una mujer muy gorda, dijo uno que había menester la tierra mostaza para comerla.

—

Una señora tomóse una pulga debajo de las faldas en invierno, y dijo:—¿Aun en invierno hay pulgas?—Respondió un caballero:—Quizá es verano allá dentro.

—

De una viuda que hacía gran llanto por su marido, dijo uno que la jornada de la viudez quería andar aquella mujer toda en un día.

—

A un criado vizcaíno mandóle su amo que le comprase un par de perdices y mirase no oliesen mal. Desque las hubo traído, quiso ver su amo si eran frescas, y puso el dedo debajo de la cola y llególe á las narices. Viendo que olían mal, enojóse con el vizcaíno porque no las había traído frescas:—¿Por ahí huelen? Juras á Dios, la mujer del mundo más linda hiede por ahí.

—

Un cura de una aldea, enojado con un villano de lugar, díjole con cólera, entre otros baldones:—Sois un puto.—Dió voces el aldeano: —Séanme testigos que me descubre la confesión.

—

Cobos, secretario privado del Emperador, pidió en la iglesia de Toledo que se le diese á él y á sus sucesores el Adelantamiento de Cazorla que se solía antes dar de por vida y voluntad del Prelado. Vinieron todos los canónigos en ello, si no fué uno, y no obstante la contradicción de éste, salió el Cobos con su pretensión, y estuvo el Adelantamiento en la casa de los Marqueses de Camarasa, sucesores del Cobos, hasta que el Duque de Lerma,

en tiempo de Felipe III, le pretendió para sí por nombramiento del cardenal D. Bernardo de Rojas, su deudo, Arzobispo de Toledo; y el fundamento principal para desbaratar la gracia que el Cabildo hizo á Cobos fué decir que habían de ser todos los votos los que viniesen en ello y que faltó un canónigo, y así la gracia fué nula. El licenciado Verrio, gran letrado y humorista en extremo, procuró probar que este canónigo estaba loco, y así no tuvo ni pudo tener voto, y entre otras razones con que intentó probar esto fué decir, informando en el Consejo, estas palabras:—¿Quién hay que á mí no me tenga por loco viéndome que defiendo al Marqués de Camarasa contra el Duque de Lerma, que es el privado y hoy lo manda todo? Pues claro está que debía ser loco este canónigo que se opuso con su voto al secretario Cobos, que era el valido con el Emperador, como lo es hoy el Duque con el Rey.

No le valió esta bachillería, que al fin se le quitó al Marqués. Es harto de notar que cuando le dijeron al Emperador que Cobos había salido con lo que pretendía con todos los votos del cabildo fuera de uno, dijo:—Es posible que no hubo más que un hombre de bien en todo ese Cabildo?—Y es, sin duda, que el Emperador debió de desear y procurar que su privado saliese con lo que pretendía, y fué con todo eso la fuerza de la razón tan poderosa, que le

obligó á tener y llamar hombre de bien á quien se opuso á su privado.

—

Un salteador tenía costumbre de todo lo que robaba partir por medio con aquel á quien le tomaba. Robando á uno que no tenía más que siete pesos, dijo:—De éstos me pertenecen á mí no más que tres y medio; mas, ¿cómo haremos á uno y medio que volver?—El pobre le dijo: —Señor, llevaos en buen hora los cuatro.—Respondió el salteador:—Hermano, con lo mío me ayude Dios.

—

A una señora que hablaba mucho, caíansela los dientes. Preguntó á un médico de qué se le caían, respondió:—De las muchas coces que les da Vm. con la lengua.

—

Un labrador fué á una ciudad á solicitar un pleito de su lugar. Díjole el letrado:—¿No había en vuestro lugar otro hombre de más lustre que vos?—Respondió:—Mucho mejores los hay que yo; pero dijeron que para vos harto era yo.

—

Dando una música un galán á una dama, cantó una letra que dice: *Secretas pasiones mías*, etc. Dijo la dama: — Este caballero debe estar enfermo de almorranas.

V

CARTAS INEDITAS

DE

EUGENIO DE SALAZAR

(1570)

CARTA I

Escrita à vna dama, sobre que mandó al autor le hiziese vnos versos en nombre de vna pastora à vn pastor, dando amorosa salida à çiertas palabras que ella le habia escrito, las quales el pastor habia tomado en diferente sentido, por lo qual èl se habia enojado y no la via, y el autor prometió de hacer los dichos versos y no lo cumplió, entendiendo después que la pastora era la misma dama que le mandó hazer los versos y los queria para dar à otro galàn.

JESÚS! Jesús! Jesús! Dios me libre de onça desatada, de bíbora pisada, de descontenta casada y de dama airada. Amén.

Muy magnífica, y temo que muy enojada señora:

Menester fué encomendarme á Dios antes que entrase en este peligroso campo, porque, según Vm. debe tener contra mí agudos sus filos, ayuda de Dios habré menester para no quedar muerto y con afrenta en este combate.

Si supiera pintar el miedo que á Vm. tengo, creo la vista de esta pintura bastara para descargo de mi culpa, porque si de día miro al sol, en él se me representa ese tan bello rostro ardiendo en fogosa ira; si de noche alço los ojos á la luna, en ella se me figura esa hermosa cara con los ojos amenazando; y si estando en la cama oigo qualquier liuiano ruido, con grande alteraçión, digo:—Esta es la ira de mi señora; ya de aquí no hay huir; mas plega á Dios que con su ira venga su persona, á quien me pueda en este lugar quexar del daño que reçibiere!

Considerado he qué medio podría tomar para alcançar perdón de mi culpa, y no se me ofresce alguno que me satisfaga, porque si quiero encomendarme á la piedad de Vm., sospecho que quien en paz tiene poca, en guerra terná ninguna. Si quiero dezir que me faltó tiempo y oportunidad, podráme bien responder que basta le falte á Vm. para hazer mercedes, sin que me falte tanbién á mí para hazer seruiçios. Y si me defiendo con otro escudo, diziendo que al ser de Vm. no conuenía dar desculpa á otra persona que Vm. misma no fuesse, dirá Vm. que quién me hizo adeuino para adeuinar que Vm. misma era la pastora que se quería desculpar; aunque podría yo replicar qué hay que no pensamos los que bien amamos; pero, en fin, dirá Vm. que aquella

era su voluntad, y que, justa ó injusta, yo la había de complir, quanto más que Vm. no era la que se había de desculpar, sino vna pastora, que el diablo la lleue, pues me ha metido con Vm. en rebuelta sin reboluerme á Vm. Empero ya que creo que ningún género de piedad ha de mouer á Vm. para perdonarme, porque ni en su pecho la hay, ni yo la merezco, quiero poner mi negoçio en justiçia, y recuso desde luego á mi señora doña Isabel para que no sea juez de la causa, porque pues come y duerme con Vm., claro está se ha de inclinar á su parte, que yo haría lo mismo si fuesse tan buena mi fortuna que tan particularmente á Vm. tratasse. Juzgue, pues, este pleito mi señora doña Águeda de Paz, que espero meterá paz en mi guerra y mirará mi negoçio con ojos desapassionados, y verá la passión que tengo de que Vm. me haya mandado cosa que yo haya tenido por inconueniente complilla.

Mandóme Vm. hiziese vnos versos en nonbre de vna pastora á vn pastor, dando amorosa salida á çiertas palabras que ella le había escrito, que él había tomado en diferente sentido, por lo qual no la vía. Y esta pastora, ó es Vm. (el juez lo oiga y el pecado sea sordo), ó cuya vista no terná tan dulce pasto para los ojos que la miraren. Si Vm. es, no fué justo quisiesse hazer á mis versos medio para vn fin que desde

su prinçipio podía ser fin de mi vida, pues escribir yo á otro la piedad que para mí no hallo, y la liçençia de ver que á mí se deniega, ni Vm. puede mandallo con justicia, ni yo hazello sin simpleza. ¡O cómo se holgara el bien afortunado pastor quando mis versos le alagaran y atraxeran! ¡Quán de buena gana viniera á la majada de su dulçe pastora! No lo permita mi fortuna, que si yo puedo, no se reirá el diablo dél por mi causa, ni aun él de mí, si me dura el seso. Aun ya, si el pastor fuera çiego, y yendo á Vm. creyera yo que había de topar con algún roble ó enzina donde se hiziera pedaços la caja de los sesos, ó caer en algún barranco de donde no saliera hasta que yo le fuera á sacar, pudiérase hazer lo que Vm. mandó más sin perjuicio de tercero, y en tal caso y con tal esperança, mi musa y zampoña (aunque ruda) procurara inçitarle de manera que él acabara toda su gloria, y yo perdiera parte de mi pena. Mas si yo, á ojos vista, le hiziesse ir á gozar de la vista que para mí solo desseo, ya Vm. vee quán á ojos vista de todo el mundo sería yo neçio, y de serlo tengo necessidad de guardarme para tratar con la que tanta parte tiene en el salero de Salomón. Si la pastora es otra, no sé por qué quiere Vm. ocupar mi musa en cosas tan extrañas de su gusto y costunbre, que es solamente emplearse en cantar la hermosura, graçia y meresçimiento de Vm.,

pues sacarla de aquí sería desterrarla de su natural asiento y de todo su contento y gloria.

Supplico á Vm., aunque yo esté fuera de su graçia, no permita mi musa abata su alto buelo y se mate con su propio cuchillo, pues ni de lo vno ni de lo otro Vm. sería seruida. Trabajo por desculparme y persuadir á Vm. me perdone; mas sé que su çeruiz es tan dura de atraher al yugo de piedad, que temo no haga efeto. Si mi suerte fuere tan buena que le haga, Vm. me la hará en auisarme dello por letra suya, porque perdón que tanto me importa querría tenerle por escrito para le poder presentar si otro día me llamaren á juiçio por esta culpa, y tanbién porque las gentes entiendan que estoy ya absuelto y me pueden comunicar, y no me euiten como á descomulgado; y si el perdón se me deniega, yo reniego de mí, si por eso renegare de Vm., cuya voluntad pretendo seguir y amar, aunque sea contra mí mismo.

Parésçeme que he estado atreuido en escribir tan largo á quien ya me terná por corto en conplir promesas; mas yo espero salir algún día de esta mala opinión y recobrar mi crédito, ya que no sea allá por gloria, á lo menos aquí por graçia. La qual nuestro Señor dé á Vm. para que con blando pecho y no pereçosa mano me escriba luego que estoy perdonado.

De Guadalajara, etc.

CARTA II

Al mismo licenciado Augustin sobre que èl, por burlar al author, fingió vna carta en nonbre de vn arcediano de Sigüença, en que el dicho Arçediano paresçe que escribia al autor que su muger le habia reçebido por huèsped en su casa estando el author ausente.

Muy cuelliergido y gorriempinado Señor:

Burlado, turbado, mohíno y rabioso me tuuo en el potro quatro horas la carta del Señor V m., apretándome sin piedad los cordeles, disfraçada en letra y firma y subscripción; mas quatro potros por domar passeen al que la escribió por las cumbres de Cerrato y sierras de Moncayo, si dentro de año y día yo no tomare satisfaçión de quien puso á mis sentidos en rebato, y tocó arma á mi cólera con ardid tan no penssado. Y porque se entienda mi razón, significaré las alteraçiones que en mí huuo, los pensamientos y acuerdos que se me mouieron y las consideraçiones que en mi juiçio (si alguno en aquel tiempo tenía) se trataron, que no fueron tantas las que dize Luçiano que huuo en el cabildo de los dioses para determinar de qué color sería la flor de la calabaça, ni aun la del nobio de Borox quando vió el punto de la nobia, considerando si era el pozo airón, ó la

grutta de Hércules; si era silo para encerrar pan, ó cisterna para recoger las aguas de la lluuia; si era aquel postigo viejo que nunca fuera çerrado, ó si era la puerta de la casa de Cançer; si era cornada de toro Xarameño, ó lançada de moro izquierdo; si era cueua para leer nigromançia, ó si rebentó por allí el alma de Judas; si había dado allí algún rayo, ó si era rotura hecha de propósito para dexar colgada á la nobia de algún garabato quando él saliesse fuera.

Llegóme, pues, el deseado pliego de mi casa, y en él escondida la fictiçia, simulada y venenosa carta de excomunión, como culebra entre las hierbas, y escrita en vn papel marcado con tinta como parda, y si yo á ello aduirtiera, fácil era de entender que la que paresçía ante mí con gesto tan descolorido y demudado no venía á dezir verdad, ni hazer efeto bueno; mas no caen todos los honbres luego en las cosas como Fernán Silueira, que saliendo de su casa *muito galante* á ver las damas de la Reina de Portogal, al primer passo deslizó y cayó de bruças en una vaçinada. Ni para ver de presto lo que conuiene todos tienen la vista junta en vn ojo, como nuestro amigo Gonçalo de Ayala, ó el ama de Isopo que con el ojo trasero vía y guardaua de los gatos los manjares de la mesa. Abrí la pestilençial carta (no conosçiendo por la letra del sobreescrito cuya

fuesse) y puse luego los ojos en la firma que paresçía de reuerendíssimo comisario de la Sancta Cruzada, estampada en bula de composiçión, y luego me dió el ánimo que á mi ánima no conuenían las indulgençias de aquel breue. Leíla y vi que dezía:—*El Arçediano de Sigüença*—y dixe:—Yo le vea sacar á la vergüença, para bien sea. ¿De dónde nos vino este pariente?—Comencé á leer, y vi que entraua captando la beneuolençia, y dixe: Captatoria voluntad es esta, el derecho la reprueua.—Llegué á la cláusula substançial del rescripto, que dezía:—Mi Señora Doña Catalina me ha hecho merced de admitir por su huésped;—y dando vn rabioso sospiro dixe:—*Mamada es Castela!* Mi Señora Doña Catalina lo podrá haber hecho de hecho, mas no de derecho, porque la haza de la Horcajada se me dió con ella en lote, y, durante el matrimonio, no la puede ella entregar á posseedor ageno, saluo si la entrega se haze por vía de arrendamiento durante mi ausencia, que esto yo lo consentiría, con tanto que antes que el contrato se firme, el arrendador sea arrendado á vn palo de la Santa Hermandad y allí la puntera cofradía le ponga las doze en el coraçón y la maestra en las arguenas de la simiente.

Viendo la ponzoñosa cláusula, fué entrando por los ojos el beneno al coraçón y del coraçón se comunicó á los braços y manos con tanta

presteza, que antes que pudiesse llegar la saludable triaca, quedó la arçedianal epístola hecha hojas de saluados. Començé luego á ethimologizar el nombre de Arçediano, y hallé que *Arçe* parece que se dezía porque estaua en mi alcáçar; Diano, de *dia*, *no* y *de noche*.—Mala suerte es esta, dixe, que si en todo tiempo ocupa, *nihil vacuum in natura*.—Acordáuame de la forma y manera de la letra, que era grande, igual, derecha, cortada, llena y limpia, y dezía: —No temblaua la mano que la escribió, luego jouen es el Señor huésped; mientras menos edad, más peligro; en más peligro, menos seguridad y en menos seguridad más daño. ¡Plega á Dios que sea seco el daño! El bachiller ausente y el Arçediano en casa, el diablo lo amasa.—Paresçíame que le vía dezir amores á la dama con la ternura y derretimiento de Maçías, con la eloquençia y persuasiua de Demósthenes, y con la cautela y sagaçidad de Ulises, y este combate me ponía mucho temor, porque como los letrados dezimos, siempre amores fundados en derecho y muy desuiados del hecho que en amores se pretende, temía serían los arçedianales más aceptos y suaves al oído de la Señora, y con este temor dezía:—¡O Reina de mis potencias, señora de mis sentidos! Suplícote, por tus dorados cabellos, no te acuerdes en ausençia mía de los deffetos de mi lengua, ni de otra mengua, que yo prometo de oy más ofresçer á tu

hermosura y gentileza muchos requiebros y amores, no de bachiller helado, sino de galán ardiente! Figuráuaseme que andauan los reales de la dignidad rodando desde su aposento al de mi Señora, y quisiera hallarme allí para la dezir:—*Non licet eos mittere in corbonam quia precium sanguinis est.* Y aun arrebatáuame en esta tormenta otra ola, y parescíame que á la media noche le sentía leuantar para se ir á la cama de la noble; y viéndome con tal paroxismo, no sabía cómo le remediar sino aprobechándome de algunos preceptos de Zoroastro y Medea, haziendo en vna torta de çera ciertas líneas y círculos, encerrando ciertas cosas en vn pucheruelo y pronunciando ciertos conjuros, y al cabo estas palabras:—Las piernas se te quiebren, las manos se te manquen, los ojos se te cieguen, la lengua se te traue, la sangre se te hiele, y la punta se te pasme! Tentáuame ençima de la frente, para ver si me apuntaua algo, y no topando por allí cosa nueua, me acordaua de lo de Vasco Ferranz, el más experimentado cornudo que pasçió en Lisboa, que dezía:—*Os cornos naon son cornos, soun uñas basqueziñas en metade o coraçaon.*

Boluía por otro camino y, lleno de despecho, dezía:—Aun ya si tomara mi huéspeda por huésped vn letrado que las colunas de Bártulo trahen siempre la suya caída! Si recibiera vn medico, que considera para los actos de la ge-

neraçion los menguantes y conjunçiones de la luna, las influençias de los signos y planetas, si está flaca la virtud, repleto el estómago, y otras mil cosas nesçessarias, y se le acuerda luego la medicinal regla que *nocet magis vnus coitus quam septem phlebotomie!* Si admitiera vn galán lego que sigue tantos y tan diuersos amores que á ninguno puede dar alcançe, y aun si acogiera vn rompido soldado que buelue cada noche á su posada tan chupado y esprimido, que no le queda que repartir con la huéspeda, aun pudiera el hombre salir destos temores, aunque saliera por puerta falsa. Mas vn arçediano moço, que quiere y puede, y no es líçito á su profesión ni hábito salir, ni ruar, ni mirar, ni publicar aficiones por de fuera, ¿qué ha de hazer sino arremeter á la carne de la huéspeda como alano á la oreja del toro, abalançarse á ella como hambriento sacre á la temerosa garça y dexarse caer encima como cosa que se hunde? ¡Hundido le vea yo hasta el centro de la tierra! Huésped en casa, que cada hora pueda dezir á la huéspeda:—*Miserere nobis, libera nos, domine!;* que cada momento puede dezir á la criada: *Ora pro nobis, libera nos, domine!;* que cada vez que quiera pueda dezir á la criada ó al ama: *Te rogamus, audi nos; libera nos, domine, a spiritu fornicationis adulterine, libera nos domine!*

Por otra parte, consideraua que el arçediano

es cura de ánimas jurisdiçional, y que, pues su offiçio y trato es de ánimas, no curará de cuerpo; mas todauía temía que, iendo á curar el alma, podría resbalar y caer, y cojer debaxo al alma, al cuerpo, á Doña Catalina, á su huéspeda y á mi muger, todo de un golpe, y dezía: —¡Rebentado sea arcabuz que tantos perdigones puede arrojar de vn tiro!—Luego me quería animar con otra consideración. Mi dueña me dize que tragará por mí más ascuas que Porçia, si las ascuas son buñuelos; que se cortaría por mí mejor la mano derecha que se las cortaron por sí las siete que dieron nombre á la villa de Simancas, si no le huuiesse de hazer falta para el componer del tocado y repulgos, y que antes haría de sí el sacrifiçio que hizo la corona de los Coroneles (1), que offenderme, si no temiesse que se le habían de leuantar ampollas. Pues, ¿es posible que tan buenos propósitos pueda descomponer lo redondo ni lo quadrado de vn zote? ¡Ay, que posible podría ser! (boluía á dezir luego con sospiro), porque..... Pero cada día se restituye *in integrum* contra los pactos y promessas de la lengua su

(1) Alusión al heroico hecho que se refiere de D.ª María Coronel la cual, ausente el marido en la guerra, quiso, antes que profanar el lecho conyugal, castigar por sí misma con el fuego los impulsos de la carne, perdiendo la vida á consecuencia de tan feroz recurso.

curadora, por ser, como es, mudo y metecanto *(sic)*.

En estas tinieblas estuuo mi coraçon hasta que *dixit Deus: fiat lux, et facta est lux*, y assí luego, considerando con juiçio libre y claro mis deuaneos, y lo que de mi muger sé y conozco, dixe: — Mi Doña Catalina en castidad iguala á Penélope y Sulpicia; en abstinencia á Zenovia y Kunigunda; en honestidad á las vírgenes milesias; en amar á su marido á la amorosa Julia y excelente Alcestis, y en obedescerle, á Barsane y Griseldis. ¿Cómo había, pues, de hazer lo que era contra su honestidad y mi voluntad? Primero que Doña Catalina tal haga, el sol dexará de visitar las doze casas del Zodiaco, y la luna de ser dél alumbrada; primero las estrellas fixas caerán del firmamento á la tierra, y primero los çielos dexarán de ser arrebatados al curso del primer móbil. Boluí á mirar la carta de mi Catalina, y vi que no hacía mençión alguna del aborrescible huésped; hize reflexión en mi memoria de la letra de la ajusticiada carta de excomunión, y acordéme que había visto otra letrilla, hijuela de aquella, en relaciones de cámara, y aun con raçiones de cámaras. Entonçes se me acabó de sentar el pecho, cesó el causón de mi ardiente enojo, placóse la tormenta de mi alma y acabóse la rabia de mis locos çelos, y dixe: — ¡Ta! ¡ta!, chinche es esta que viene á mi ojo de mano del

amigo Augustín. Empero si él me la debiere, yo quedaré por ruyn. Y con esto hago el fin.

Fecha en el Azauchal, donde ay mucha maliçia y poco caudal, en 15 de Abril, á la lumbre de vn candil, que en verano y en hibierno, cena vn cuerno.

Que dessea ver muy presto sin orejas
al vno de los guedejas.

CARTA III

Escrita por el author à vn amigo suyo, en que le refiere algunas mentiras que oyó a çiertos gentiles honbres iendo caminando con ellos de Madrid para Toledo, y al propósito trata de otras mentiras de otras personas y de muchas especies que ay de mentiras.

Illustre Señor: Por ninguna cosa dexaré de comunicar con Vm. el entretenimiento que tuue en mi camino desde ese pueblo hasta esta çiudad con la conuersación de ciertos gentiles hombres que conmigo se juntaron á la salida de Cauañas, que, cierto, aunque Vm. me tiene hechas las orejas anchas con las mentiras que en ellas me ençierra, que son tantas, que algunas vezes es menester estiuarlas como sacos de lana para que quepan, aquel día, entre le-

guas tras leguas, metieron tanta quantidad dellas en mis oídos, que estuuieron para rebentar de llenos, como bexigas de los que padescen mal de urina. De algunas dellas referiré la substançia, porque sé que esta es comida y bebida para Vm. más suaue y substanciosa que la ambrosía y el néctar para los poéticos dioses de la gentilidad, pues es ordinario que quien bien sabe hablar, bien sabe oir, y Vm. en esta parte oye quanto le hablan, y habla más que le dizen.

No quiero llamar colaçión á la conuersaçión dicha, ni merienda, ni aun comida de patos bien salpimentados que en Cauañas nos dieron, sino banquete espléndido, porque él se hizo en el campo, y el campo henchía, y no de vn manjar de mentiras, sino de todos los que en la despenssa y botillería de Vm. podrían hallarse. Huuo de las que se llaman *mentiras*, de las que dezimos *no verdades*, de las que nombramos *patrañas*, de las que tenemos por *bogas*, y aun de las que confirmamos con nombre de *trufas*, las más, guisadas á la marquesota y algunas adereçadas á la pimentela; no seruidas juntas al vso de Borgoña, sino cada manjar de por sí, á la Española.

Mentira (como Vm. mejor sabe) es dicho á sabiendas pronunciado contra verdad. Deste género puso el vno de los gentiles hombres vna en la mesa, que apenas cabía en el pla-

to, y fué desta manera: que él iba mirando mucho al cielo, tanto que yo lo noté, y le pregunté qué miraba. Él respondió: — Ya después que me casé tengo perdida la vista; que como en medio de la noche se veen las estrellas del firmamento, solía yo, en mitad del día, ver las manchas del çielo cristalino.

Mire Vm. si ay cristal más claro que esta mentira, y si era éste buen zahorí para descobrir minas en los términos de Guadalcanal, y buen buzo para buscar fardos perdidos en alta mar!

Vno de los compañeros, que no tenía tan larga ni penetrante vista, dixo: — Las manchas del çielo cristalino yo nunca las he visto, ni oído dezir, ni mi vista llega á los secretos de los çielos; empero acá en la tierra (porque hablamos de ver), vi el otro día en Olmedo vnos ráuanos que me admiraron, porque era cada vno más gruesso que mi pierna.

Menester es aduertir que el autor no era tan flaco que no hinchera la bota del Duque de Saxonia, y aun (á mi parescer) baziara la que lleuaua el fraile que los días passados Vm. y yo encontramos á la salida de Alaejos.

El otro compañero, paresçiéndole quedaua corto si no ponía algún seruiçio en esta mesa que sobrepuxasse al tamaño destos ráuanos, dixo: — Pues ¿de esos ráuanos se marauilla Vm.? Por çierto, que he yo visto repollos

en el reyno de Murçia, que apenas se pueden lleuar media dozena de vna carretada.—Yo dixe:—¡O qué buen repollo vno desos para vna boda conuidada!—¡Excellente! (dixo el autor), porque bastaua á hartar çiento de mesa.

Bien pudiera yo poner en este banquete aquellos quesos de Parma, que nos dezía nuestro amigo Ossorio que eran mayores que ruedas de molino, y los melones de la Vera de Plaçençia, que decía nuestro conocido Villalta que tenía la tajada vara y media de largo. También pudiera poner empanada aquella anguilla de la laguna de Paredes, que pescó Garçi-Nauarro, que dezía él que era tan gruesa como el muslo y le daua seis bueltas al cuerpo; y aun pudiera dar de aquellos nauos que Vm. vió en Galizia, que, sentada la huéspeda sobre vno, tira por baxo çinco ó seis chochos, y corta dél y hinche vna gran parrilla para ella y el marido y familia y cochinaje, y aún queda del dicho nauo vn razonable tajonçillo para se sentar al fuego. Mas aunque pudiera seruir con todos estos manjares en esta mesa, lo dexé de hazer, paresciéndome que no había de faltar en ella nada de lo nesçesario para mesa muy abundante, y quise guardar lo mío para tiempo de más nesçesidad.

Y assí començó luego otro género de manjares, que fué de *no verdades*, que aunque Vm. no vsa tanto deste lenguaje como del pasado,

todauía sabe que se dize verdad, y assí, yendo por el camino, vimos vna culebra muerta, y tomando de aquí ocasión, mudó claue y tono el que solía ver las manchas del çielo cristalino, y dixo:—¡Espantable cosa sería de ver lo que vió vn hombre que yo conozco, muy fidedino, en Berbería, en la costa que dizen de Mar Pequeña, andando con vn moro que le tenía captivo, que, hallando vna cabra muerta en el campo, el moro dixo que alguna culebra la había muerto, y començó á hazer ciertos caracteres en tierra y dezir çierto conjuro, y luego acudieron todas las culebras de aquel término, que serían más de diez mil, y entre ellas vna pequeñita, como de vn palmo, el cuello muy leuantado, binbrando la lengua, y dixo el moro:—Aquélla es la que mató la cabra;—y la llamó y llegó á él y la mató y bebió la sangre y la guardó en vna bolsa que lleuaua. Yo dixe:—No sé si creamos que las culebras obedezcan assí á las palabras y encantos de los hombres, aunque leemos del Aspide que, por no oir las palabras del encantador, pega el vn oído con la tierra y se tapa el otro con la cola.—Pues, Señor, no dudéis que sea verdad lo que os digo, dixo el autor, porque lo vió hombre que no sabe mentir.—Bien puede ser, dixe yo; mas juntarse tanta culebra á la voz de vn hombre, todauía es mucho, porque tanta quantidad de culebras no podía estar en

tan poco término, ni tan çerca del encantador que pudiessen oir su voz y encanto, aunque se le dixera con el cuerno de Roldán, que se oía treinta millas al derredor. Y yo os digo, Señor, que sé yo quien bebiera de mejor gana la sangre de dos cubas que la de aquella culebra. (Esto dixe por çierta persona de quien abaxo haré mençión.)

Luego llegamos á vn oliuar, donde andaua mucha gente vareando azeituna, y viéndolo el de los rauanicos de Olmedo, salió con vna muy buena *patraña*, que es (si Vm. se acuerda de la difinición) mentira que viene deriuada de los años del padre (que por esso se llama patraña), y assí los testigos que deponen sobre la inmemorial suelen dezir tantas patrañas, porque como deponen de lo que oyeron á sus padres y mayores, por la mayor parte no se acuerdan de la verdad. Dixo, pues, el gentil hombre:—Vn sólo azeituno había en mi tierra que, sin varearle, daua harto más azeite que podrá dar este olivar, y era cosa de grande admiraçión que tenía el concejo vna grande piedra que manaua azeite, y esta piedra arrendóla el concejo vn año á vn judío, y secóse, que nunca dió más gota.—Yo le pregunté qué color tenía aquel azeite. Dixo que era tan claro, que quasi no tenía ningún color, como el agua. Assí me paresçe (dixe entre mí) que no tiene color esta patraña, y dixe yo:—

No sé por qué se secó el manantial del azeite por arrendarle judío, que essas pressas de renta de ordinario las suelen traher tales paxaros baharies en las vñas.—Con todo esso, se cree (dixo él) que por la haber arrendado aquel judío se secó.—Preguntéle que de dónde era; respondióme que de Almagro; díxele:—¿Y los que arrendaron esa piedra eran caualleros hijos dalgo?—Díxome él:—Sí; ¿pues no lo habían de ser, siendo rexidores?—Yo le dixe:—El ser regidores no bastara, que algunos regidores no lo son. Empero ser regidores de Almagro, ¿es bastante probabilidad de que sean caualleros nobles?—Sí, señor, dixo él; ¡o! no ay duda desso; sus priuillegios tienen en sus casas.—Algunos los ternán en las yglesias (dixo otro de los compañeros) por los tener más guardados.

No oí lo que sobre este artículo más passó, porque á este tiempo me aparté á cortar vna vara de vn árbol para aguijar á mi guartago, que iba algo cansado, y tardé un poco en quebrarla, como estaba verde, y boluiéndome á juntar á la mesa, como en el banquete dicho había todo género de manjares, entró luego vn copioso seruicio de *bogas*, que son mentiras de fuerças, assi llamadas porque el bogar se haze á fuerça de braços. El que vió los repollos murcianos me dixo:—Más presto quebrara esa vara el molinero de Yeltes que, siendo de edad

de setenta años, tomaua vn troço de enzina de dos palmos, tan gruesso como mi pantorrilla, y le hazía dos partes con las manos, como quien parte vn ráuano. — No sé yo si era más lo de Mantilla, dixo otro, que tomaua en las manos vna dozena de herraduras cauallares y las partía juntas como si fueran doze obleas para mojar en aloja. — El otro dixo: — Hombres ha habido de grandes fuerças, que el capitán Mondragón arrimaua las espaldas á vna pared rasa y tendía la pierna, y le tirauan della quatro hombres, los de más fuerças que se hallauan, y tirándole todos juntos, se desatacaua y boluía á atacar todas las çintas de las calças sin que le desarrimassen de la pared. Yo no sé cómo se pueda creer esto, si Mondragón no estaua pegado á la pared y metido en algún encaxe de madera que le çiñese por delante como tinaja empotrada. — Ya quando oí lo destos fuertes, estuue por creer lo que Vm. me dixo del fuerte Çéspedes que, puesta la mano á vna rueda de vn carro, no le pueden arrancar tres pares de mulas, las mejores de toda la Mancha; y también lo que Vm. afirma de su hermana de este Çéspedes, que tira sesenta pasos una barra de treinta libras, porque, aunque ello paresce mentira, no es más ni menos lo que los otros dixeron. Y también me ha persuadido á creer estas desaforadas fuerças, lo que leemos en las historias de

Feliçiano, en los comentarios del Boyardo y Anales del Ariosto de las fuerças de Amadís y sus descendientes, del paladín Roldán y de Reinaldos de Montaluán, de la fuerte Marfissa y altiua Alastraxerea, y assí me marauillaron más las que se siguieron, porque prosiguiendo el vno la materia, dixo:—También Diego García de Paredes tuuo grandes fuerças, y con ellas tan gran ligereza y soltura, que, armado de vn arnés de pieças dobles y vna rodela de azero en el braço y su estoque desnudo en la mano (y aun no me acuerdo bien si dixo las espuelas calçadas), saltaua vn riachuelo de sesenta passos en ancho de la vna á la otra ribera. ¡Mire Vm. qué ligereza y soltura tan grande, digo, de juiçio y lengua!—Otro dixo: —Pues si de ligereza y agilidad tratáis, ¿quál se puede comparar á la del compañero de Mondragón, Ybarra, en la suerte del Pó, contra Rincón, que quando se hallaua en el combate de alguna fuerça, si su pica no alcançaua al petril del muro para se subir por ella, se hazía á fuera, y tomando vn poco de carrera, de vn salto, estriuando en la pica, se arrojaua sobre el muro, por alto que fuesse? Éste no había menester las alas de Mercurio, ni aun el águila de Júpiter que le subiesse á los omenajes. Mas por muy ligera que era esta gente, tengo yo por mucho más la que Vm. vió en dos esquadrones peleando en el aire á los ra-

yos del sol, sus vanderas tendidas, allá sobre la tierra donde se crían aquellos nauos tan grandes. Empero ni aun la ligereza y agilidad desta gente se puede igualar á la de vn rayo que contó luego vno de los compañeros, que vino con gran trueno sobre vna cuba de vino que estaua en cierta bodega, y la quemó y hizo çeniza, sin que se derramasse gota del vino que estaua dentro, según pasó ligero y veloz el rayo. Ésta se me hizo dura de creer, que es de las que se llaman *trufas*, porque hazen trueno, y, cierto, si el autor no afirmara que lo había leído en vn cartapacio de su padre que, según él dezía, fué grande herbolario, no acabara de creerlo. Aun ya lo que los días passados dixo á Vm. y á mí, en ese pueblo, aquel soldado viejo que, estando en Sicilia, oía las baterías que los turcos hazían en Malta contra el castillo de Santelmo; pudo ser, porque Sicilia está muy desuiada de la corriente de la grande fuente que sale del Paraíso terrenal, cuyo ruido tiene sordos á los moradores comarcanos; y lo que nos dixo, también en ese pueblo, nuestro amigo el beneficiado de San Gil, que muchas vezes se sale, solo, de media noche abaxo, á vn corredor de su casa, y se pone con grande atención á escuchar y oye el ruido que hazen los çielos en su mouimiento, y que es como vna música muy acorde; pudo ser; aunque yo por más posible he tenido lo

que me contaron que oyó nuestra conoscida Mari González, que, saliendo el otro día de la cárçel, cauallera en vn asno y con vna coroça en la cabeça, oyó dezir al pregonero:—Esta es la justiçia que mandan hazer á esta puta vieja, por hechizera, &.ª Y lo que nos dixo el otro buen hombre en el patio de palacio, que, quando juega al axedrez, le han muchas vezes probado á tocar vna corneta á la oreja, y no la oye más que si no tuuiesse oídos; pudo ser, pues también le ponen el cuerno á la vista y haze que no le vee más que si no tuuiesse ojos. Y también lo que Vm. dixo el otro antaño en Salamanca, quando oía theórica de planetas, que oyó una noche balar las siete cabrillas del çielo; pudo ser. Declárome y digo que todo lo suso dicho pudo ser grandíssima mentira. Empero no pudo ser otra cosa lo que dixo vn piloto que yo conosçí en Seuilla (que es del que dixe arriba que chupara mejor la sangre de dos cubas que la de aquella culebrilla que chupó el moro), porque le oí dezir que, iendo vna vez perlongando la costa de Nueua España, vió rebentar vn risco que echó de sí vn golpe de vino tinto tan gruesso, que pudieran moler molinos con su corriente. Y si, como me dixo que había salido tanto vino del risco, me dixera que había salido dél, por aventura se lo creyera, porque era vn hombre (perdónele Dios, que es finado!) que andaua

tan lleno dello, que siempre que pasaua la carrera de Yndias, fletaua su persona por vna bota de cinco toneladas, y si no se le huuiera derramado y consumido lo que en sí había enuasado, con sólo su cuerpo pudiera cargar vn nauío; mas él era vino quando lo vió, y vino quando lo dixo, y assí, ni él pecó en dezirlo, ni yo en no creerlo.

Desta manera venimos en abundante conuersaçión hasta Toledo, derramando los dichos tres compañeros tantas mentiras, que, cierto, los pudieran sacar por el rastro que dellas dexauan por qualquier parte que passauan, porque tenían (á mi parecer) tanta façilidad en forjarlas, como tuuo Ouidio en hazer versos. Llegados á la puerta de la çiudad, quíseme apartar dellos, y por abraçar á todos tres juntos con vn abraço, les dixe:—He gustado mucho de la conuersaçión de vuestras mercedes, que ha sido de varias cosas, y tan verdaderas como las pudiera dezir vn amigo que yo tengo, muy amigo de dezir assí cosas admirables.—Y ellos agradesçiéndomelo, se despidieron de mí y yo me despido de Vm. hasta que otros me den materia para le escribir cosas de su gusto. Y nuestro Señor, etc.

De Toledo y de Septiembre, etc.

CARTA IV

escrita por el author desde la ysla de Tenerife á vna mulata que le siruió vnos dias en la ysla de la Palma, la qual era muger muy donosa, y que sufria todas las burlas de palabra sin correrse.

Muy sombría Señora:

Temblando me está la mano desde que tomé la pluma para escribir estos renglones. No sé si lo causa el cresçido amor que tengo á vuestra negra hermosura, ó el justo temor que me amenaza de vuestros incomprehensibles conjuros; pero ni el amor ni el temor serán parte para que yo dexe de hazer lo que debo, pues ni lo vno ni lo otro lo ha sido para que vos, mi reyna, dexéis de hazer lo que no debéis. En fuerte punto yo vi vuestra frescura de rastrojo, vuestra blancura de endrina, vuestro cabello el crespo, y vuestra graçia de dama de chiquero; que desde esse mismo punto no me acuerdo de mí, por acordarme de no acordarme de vos, y vos, mi bien, me tenéis tan oluidado como la primera leche que mamastes, y aun como la primera bota que trasegastes.—¡Ay perra, perra, lo poco que me debes! A ossadas que fué mejor pagado el sacristán

gordo, y el carniçero del Hierro, y el tabernero de la Gomera, y aquel gentil rufián á cuya sombra os halló sesteando el alguazil de Triana! Mas, en fin, pasaré mi trabajo con acordarme que la mejor paga que de vos se puede reçebir es que me tengáis por vuestro, con que yo no lo sea. Empero, hablando agora de veras, sabréis que la otra noche al alba soñaua que estando yo en essa ysla, vna muy blanca y hermosa mano que engastaua vn duríssimo y preçioso diamante en mi coraçón, y de tal manera, que la dureza de la piedra preciosa rompía y causaua gran dolor al coraçón mío que es de carne, y sin embargo de mi dolor, me sentía muy contento con ver el valor y hermosura del diamante que me lastimaua, y que queriéndome venir á esta ysla con mi joya en el pecho encerrada, me salistes vos al encuentro con vna frente raída (digo, sin afeites, que vos, mi vida, no los vsáis, porque, como dizen, sobre lo negro no ay tintura), y me dixistes:—Tenéos, hombre, y dexá essa piedra preçiosa que lleuáis hurtada, porque esse diamante soy yo!—Y que yo os respondía: —Si vos fuérades la piedra preçiosa que yo lleuo, asco tuviera de tocaros la blanca y delicada mano que la engastó en mi coraçón. Aun ya si fuera camapheo, hecho de vuestros colmillos, pudiera ser creeros, porque sois tan fea para la cama, como puerca para la cozina.—

Boluistes á replicar, diziendo:—Dexaos de palabras, y dexá lo que no es vuestro; mirá que me lleuáis metida en vuestro coraçón; dexáme en mi tierra!—Quitaos afuera, borracha (dixe yo) que mi coraçon no es linterna de tizones! Yo me iré á España con la joya que lleuo, y vos quedaréis en la Palma, aunque quedárades mejor en la buytrera!—Y con esto os dexé, y vos quedastes maldiziéndome, y yo me embarqué diciendo:—Maldición de puta vieja, etc., y á este punto, desperté. Perdóname, mi vida, si en sueños os traté mal de palabra, pues sabéis vos que, estando despierto, mi lengua es pregonera de vuestras virtudes, que son más que las de la varica de la hada encantada. Pues si el eslabón de las palabras que vos sabéis dezir metida en vn çerco toca en vn coraçón de piedra, hazéis salir fuego dél peor que de alquitrán; sabéis guisar potajuelos que, si los diéssedes á vn asno, le haríades rebuznar y morir de amores de vuestra sombría hermosura; sabéis con vna aguja y vna hebra de sirgo en la mano surzir y remediar roturas irreparables; sabéis hazer que se saque sangre de donde no la ay; sabéis hazer coraçones de barro, figuras de çera; sabéis entrar en qualquier aposento çerrado sin abrir la puerta; sabéis hazeros botija llena de viento, bota llena de vino, y, en fin, sabéis tanto, que podríades ser maestra de los que cursan en la escuela de

la peña Camassia. Porque sabéis tanto os quiero tanto; temo que por que yo sé menos, me queráis menos; pero basta que yo sepa dezir que os amo, no me pasando por el pensamiento, porque siendo vos ama de quantos zotes ay, si yo fuesse amo, dirían que era vuestro marido, y tratarían de herrarme por casado dos vezes, y esse hierro meresçerále mejor vuestro jamañez por el que hizo en tomar por mujer á la que le dará á comer sessos de asno guisados á la diablesca de manera que piense que come manjar blanco hecho con mano negra. Mucho tenía que deziros de lo tocante á mi particular, mas no me atrevo, porque sois tan general en la comunicaçión de todas gentes, como Pedro enamorado en el gusto de todos vinos (1). Solo os encargo que si os acordárades de responderme, sea de vuestra propia mano y no toméis por secretarios los sacristanes que sepan nuestros secretos, pues nuestros amores aun no los sabe el Diablo, que os lleue y guarde antes luego que más tarde.

De Tenerife, do busco con quien os rrife—y de Junio veintiuno,—pero no hallo ninguno. —Deste año de Sesenta—que con vos quiera trauacuenta.

El que ya veros desea
donde todo el pueblo os vea.

(1) Al margen: «*Era un gran borracho.*»

(*Sobre escrito.*)

A la muy maléfica señora Ana Toledana, (1) amiga de la noche y enemiga de la mañana, etc.

CARTA V

escrita al licençiado Guedeja, relator del Consejo, y de la Cámara de Su Magestad, embiando el author al Consejo el processo de la residençia que le fué tomada de la gobernaçión de la ysla de Tenerife.

Illustre Señor:

Muchas he escrito á Vm. después que estoy en las yslas, y sola vna suya he visto. Si Vm. piensa que ésta pessa tanto como todas las mías, á mí no me passa por el pensamiento; porque si no trahe la gorra menos leuantada y los ojos más baxos que agora tres antaños, dize mi muger que no ay para qué biua Vm. engañado en esto, como en pensar que es más gentil hombre y luzido que yo.—Si Vm. está enojado porque no le embié el negro que me encomendó, ya he escrito que valen aquí tan caros los boçales como en España los ladinos, porque passó el tiempo de las armadas de Mar-

(1) *Ibid.* «*Llamábase assí.*»

garabomba, y assí ni á mí me estaua bien comprarle, ni á Vm. que se le comprasse, saluo si no le pensaua haber de limosna; que no sé por qué habia V. m. de pensar haber tal de vn hombre de tan poca charidad como yo.—Si Vm. está sentido por el poco olor de ámbar destas yslas que sus narizes han sentido, ni ay de qué marauillarse desto, pues el olor del ámbar mal puede llegar de aquí á la posada de Vm., que ay quatroçientas leguas de mar y tierra, y ya he escrito que todas las ballenas destas yslas han estado con passión de cólica estos tres años, y assí lo poco que han despedido ha valido tan caro, que he tenido por menos mal que Vm. dexe de oler, que dexar yo de comer.

Assí que no sé quál es la causa que después que la mar passé, vida mía, oluidásteme.—Empero á tiempo somos que Vm. podrá emendar los auiessos con la esplicaçión de mi residençia que (por la bondad de Dios) va de veinte y quatro quilates, si el artífiçe que ha de hazer la fundiçión della no le echa alguna liga.—Relatores de los Consejos de Su Magestad bien sé que son enemigos de derechos, y assí sospecho que ninguno de los señores del Aljama, á quien mi processo quepa, querrá derechos; empero, desengáñese el Señor, que yo quiero pagar derechos y no cohechos; por tanto, tome lo que mi padre le diere, y no haga fiuzia en lo que

yo le tengo de embiar, porque, juro á Dios, si no quedo con offiçio en las yslas, antes que de mí aya vna blanca le salgan diez mil en la barba.—Aun ya, si la relaçión fuesse tal que resultasse della quedar acá el hombre en buen offiçio, podría ser, podría ser, digo que podría ser nada lo que embiasse; mas no por esso se dexe de hazer bien mi negoçio, que no seré tan desconosçido que no conozca que otros muchos cuitados habrán supplido y supplirán mis faltas de grado ó por fuerza.

Va essa general historia, continuada por mi orden y apuntada por mi mano, de manera que el señor relator, en cuya mano cayese, si buscare en ella á Sathanás, le hallará sin trabajo; si quisiere á Barrabás, caerá luego con él, y si deseare ver á Berzebú, se le porná delante quasi sin buscarle. No sé si se me agradesçerá esto y haber sido yo el inuentor destos conjuros en la residençia que tomé en Guadalajara; mas tan poco sé para qué lo pregunto, pues sé que no trato aquí con gente tan agradesçida que agradezca aliuio alguno si no se le da en dineros contados.

Á veinte y quatro ó veinte y cinco del Abril próximo passado se pregonó mi residençia, y á onze del presente mes de Nobiembre se pronunçiaron sentençias en ella. Mire Vm. qué siete meses tan bien aprouechados, y quán bien me habré saboreado en las ganançias del offiçio

de que salí sin vn real.—Prouéalo Dios y no relatores del consejo, porque si de sus manos ha de salir el remedio, no saldrá el medio, mas entero sería: El Rey me dió.

Acordado me hé no pocas vezes de vn mal prenóstico que Vm. hizo tratando conmigo deste offiçio, en que me prenostica que se me había de ir lo comido por lo seruido, y ya que en mí se ha executado el rigor desta adiuinança, quisiera yo (porque todo no huuiera sucedido mal) se le adjudicara á Vm. el premio de los adeuinos; mas quiere mi suerte que ni yo vea lo que deseo, ni Vm. lleue lo que meresçe.

Obra muy de amigo y de diestro padrino hará Vm, si me sacare con mucho honor deste torneo donde ha de andar mi opinión en torno, y si, muy en particular, me auisare de las lanças que en mí rompieron los caualleros del palenque, que aunque tiren los golpes sin verme, bien sé que han de açertar, y también si algo se ofresçiere que en nuestro fauor haga en el discurso del torneo, no se le quede á V m. en el tintero, aunque haya processos de Cámara que quieran impedir el escribir largo, que yo, gustando mucho de alargarme con Vm., por no tener estoruo, he hechado oy de casa todos mis pensamientos cuidosos, que son el acordarme que ha siete meses que estoy en residençia; que estoy aislado en esta roca

seca, cercado del mar y las ondas; que no me queda bastimento para dos meses, ni tengo de dónde esperalle sino del çielo, y que si no nos viene socorro de prouisión, nos podremos quexar desta tierra que nos ha gastado la comida y nos ha dejado enteros los dientes.

Las manos beso de todos esos mis señores de la aljama, á vez por persona, y cada dos vezes á los que cupiere mi processo; y nuestro Señor, &.

De Tenerife y de Nobiembre 15 de 1570.

CARTA VI

escrita à Alonso Cabrera de Rojas y Pero Hernández Lordelo, escribanos de la ysla de Tenerife, en respuesta de otra que ellos escribieron al author, firmada del nombre de entrambos, con que le embiaron cierta miel y açúcar desde vn lugar de aquella ysla donde estauan en visita con el doctor Gante, gobernador della, y con dos regidores diputados del cabildo.—Iba esta carta sellada con dos *sellos y sobrescrita à ambos* (1).

Magnificentíssimos señores:

Una carta de vuestras mercedes reçebí firmada de dos firmas, á la qual me paresçió estaua

(1) Como epígrafe de la carta; pero tachado, se lee lo siguiente: «Andando el author visitando la ysla de Tene-

obligado á responder con otra sellada con dos sellos. Bien sé que vuestras merçedes quisieran más vn solo sello; empero con más facilidad les podré seruir con dos resollos, porque los sollos se han recogido á las arenas gordas, y de resollos (según ando cansado en la pesca de mis librança) me podré obligar á abasteçer toda essa corte.

Marauilléme de ver metidas en tan poco lugar dos personas tan magníficas, y si viera metido en vn pliego de papel al señor Pero Hernández Lordelo, no me marauillaría, pues en vn pliegue de la camisa de vn buen grumete se hallan metidos dos y aun tres poco menores. Empero de ver que el Señor Alonso Cabrera

---

rife con dos regidores diputados, llamados Lope de Acora y Juan de Valverde, mostráronles algunos metros muy bellacos de personas que se preciaban de muy poetas, lo qual dió causa á que el author los remitiese á los licenciados Fonseca y Gallirato, regidores, con la carta que se sigue, que él ordenó en nombre de los dos diputados, á manera de provisión.» Sobre lo cual añade una nota de Gayangos:

«Estos renglones, escritos como epígrafe de la carta, están tachados; sin duda debieron repetirse en la misma forma, ó corregidos, en el principio de la hoja siguiente. Falta la carta, escrita en cuatro hojas, que han sido cortadas, dejando de ellas cuatro estrechas pestañas, 0,008^{m} á 0.013^{m}, en cuya margen de la primera plana por algunos 1: — 9: se infiere que la carta estaba escrita con cierta erudición y acompañada con notas.»

allí cupiesse, me admiré mucho, porque me han certificado que, midiéndose en Garachiço con vna moça bien dispuesta sobre vn montón de trigo, le sobraua por la parte superior todo lo que ay de los dientes arriua, y por la inferior lo que está de las pantorrillas abaxo.

Vuestras merçedes me han hecho la boca muy dulçe con la mucha miel y açúcar que me embiaron, y si estuuiera tan dulçe mi pluma, creo se pudiera comer esta carta por alfenique. Beso á vuestras merçedes las manos por lo dulçe, aunque se las enmiele con los hoçicos, y si como vuestras merçedes han puesto las conseruas pusieran los grandes de essa corte las perdizes en mi mesa, ni ella estuuiera esta Pascua pobre, ni sus grandeças cortas; pero como andan en corte, temo su cortedad, y pesarme-hia que personas de tanto pesso viuiessen tan sin pesso que no tuuiésemos que ayudarles á descargar. Y vuestras mercedes déxense de hazer tantos empleos en dulçe, y traigan pessadas las bolsas á casa, pues tienen quien les tome cuenta de lo mal librado y mal gastado, de lo vertido y no cogido de las mieles y remieles, y aun de las escumas, y no piensen que sus cuentas se han de tomar como las del almotaçén que allí anda, que con restituir á su amo las pesas originales y padrones que de aquí sacó, y con dezir no huuo medidas ni pesas que mal herir, le concluye. Y quando

más vigor ay, queda diziendo el amo entre dientes.—¡O ladrón! quien metiesse la mano en tus bolsillos, cómo la sacaría llena de tus mentiras y mis dineros! Que con vuestras mercedes habrá mucho más rigor, y assí conuiene traher cuenta ajustada y clara, que es verdad en las lenguas, buen color en los gestos y pesso en las bolsas.

Quando vuestras mercedes me dixeron en su carta que me embiauan çierta miel de auejas, aquella *-a-* hízola el secretario pequeña, y tan cerrada por baxo, que en lugar de *auejas* leí *ouejas*, y como yo nunca había oído dezir que las ouejas diessen miel, dixe: —Ó la prouisión viene errada, ó la miel que me trahen es mierda para los que la embían.— Empero luego aduertí que, aunque la letra dixesse ouejas, podría ser verdadera, porque algunas ouejas, no de regidor, ni de persona poderosa, sino de algún desuenturado mal hadado, podrían haber entrado en algún cotto defendido, por cuya mala entrada podría haber suçedido á los reales del dueño alguna mala salida de la bolsa; y destos reales se podría haber comprado la dicha miel, que (siendo assí) se puede, conforme á derecho, llamar de ouejas. Y según esto, creo que tampoco les faltará á vuestras mercedes miel de cabras, y ya que yo estoy proueido de la de ouejas, si vuestras mercedes huuieren de hazer alguna liberalidad de la ca-

bruna, acuérdense de Juan Garçía y Martín Cosme, miembros dessa audiençia, que pues han tragado las duras, es justo que coman de las maduras.

Pesado me ha mucho de la carcelería del Señor Pero Hernández Lordelo, aunque estoy consolado que estará sin prisiones, porque no habrá grillos que le vengan, si no se los echan á la cintura, y aun allí no le offenderán, porque nunca vn grillo hizo mal á otro. Si el Señor Cabrera estuuiera presso, más riesgo huuiera en su prissión, porque el alma aprisionada, el coraçón aprisionado, y sobre esto también los pies aprisionados, fuera para dar con toda la carga en tierra, de manera que nos pusiera en nescesidad de embiar vna mano de Tavro que le leuantara.

Sin que vuestras mercedes me lo escribieran sabía yo que, aunque no fué mi arco á essa visita, no faltarán tiros de flecha en ella, y sabía que aunque no se lleuó allá mi ballesta, ni otras, no habrá faltado modo para aprouecharse de los virotes, y tanto, que temo han de boluer algunos desplumados, y entiendo que hallá no habrá sido nescessario mi arcabuz, porque en essa visita más vsaron vuestras mercedes los tiros sordos que no tiros de tanto tronido.—Y no ignoraba yo que entre los cortesanos desa corte ay poetas de muy buena vena, y que trouan muy bien de pie quebrado, y tan que-

brado, que no le concertarán todos los algebristas de España. Y con todo esso no están arrepentidos por no haber ido allá mis herrenes, antes piensan que no lo erraron en escaparse de las manos de los señores diputados, que andan tan tocados de la piedra ymán que no se pudieran despegar dellas. Y si el Señor Gaspar Fonte me cree, ponga los suyos en cobro, no caygan en manos que nunca los cobre, y para siempre queden perdizes-io ¡cuerpo de mí! por dezir *perdidos*, dixe *perdizes!*—Cierto, la pluma se me va luego á la vanda de perdizes de los señores diputados; ni sé si porque la mano que la rige querría verse hecha alcandara de una dozena dellas; ni si porque la boca que nota las desea enjaular dentro en sí. Como quiera que sea, yo deseo que sea, y como quiera auenga; deseo que la dozena venga, aunque el vno ni el otro diputado nunca acá benga.—Mas, todauia, si perdizes trahen, ellas y ellos, y años buenos nos entren por la puerta.

A sus mercedes beso las manos, y les supplico ayan esta por suya, ó á lo menos, este capítulo, y otro de los de arriba que les toca. También beso las manos á su merced del Señor Gobernador, y le suplico no nos dexe solos estas Pascuas, aunque venga sin perdizes.—Y nuestro Señor dé á las auejas de vuestras mercedes mucha flor de romero y espliego en que labren, y á sus cañauerales de açúcar tan fértil riego

que no les quepa lo dulçe en los ingenios. Desta çiudad de Sant Cristóbal de la Laguna, y de Diziembre 20 de 1570.

CARTA VII

para vna vieja tripera y partera que se preçiaua de hermosa, y se jactaua de muchos seruidores.—Aduierta el lector, que en todo lo que toca al loor de la hermosura desta dama, y encaresçimiento del amor y pena del galán, van palabras anfibológicas que se pueden adoptar á dos sentidos, y aqui se han de tomar en sentido contrario del que paresçe que quieren sonar.

Muy admirable Señora:

La incomparable hermosura de vuestro gesto, la no vista gentileza de vuestro cuerpo, y la increíble graçia de vuestra persona, tiene mi coraçón tan llagado, que no puedo dezir el mal que siento, ni dar á entender los tormentos que padezco. De vuestra vista salen çentellas de fuego para mis ojos; de vuestra boca palabras que quebrantaran las duras peñas, quanto más mis blandos oídos, y de vuestros sobacos vienen saeticas de amor á mis narizes, que bastan á desatinar vna cabeça de bronze; ¡qué harán, pues, á mi tierno coraçón, que es de carne! Admirados están los que me conoscen, tratando del incomprehensible amor que os tengo, y no

tienen de que se marauillar en esta parte, pues á tanto meresçimiento como el vuestro se debe dar tanto amor como el mío, que no solamente arde en el pecho, mas también á ratos ruge en las tripas de tal manera, que este seruidor vuestro siente en ellas amor para henchir otro seruidor, el qual assimismo quiero para vos ¡mi bien!, porque sé que gustáis de seruidores llenos, aunque de vuestros fauores repartidos no me haya de caber tanta parte. Mas ¿qué hago yo, estrella mía, en amaros tanto, si vuestra beldad y graçia es tanta? ¡O quánto gusto de mis penas, porque entiendo que gustáis vos de dármelas! ¡Quánto contento recibo de mis congoxas, entendiendo que os da contento ser la causa dellas! ¡Y quánto me gozo en mis passiones, entendiendo que os gozáis en solo pensar que está en vuestra mano mi remedio! Todos veen mi amor, y ninguno acaba de creer tanta crueldad como en vos mora. Todos entienden la voluntad mía para vuestro servicio, y no ay quien confiesse vuestra ingratitud y esquiueza.

El otro día vino á mi posada vn ganapán cargado de vn almario, que ¡vida mía! os había comprado, en que pusiéssedes de vuestros botezillos y pucheruelos, y oyéndome encarescer la dureza de vuestro coraçón, dixo:—Medianamente conozco, señor, la pieza. Yo no sé cómo essa dueña es tan dura de pecho siendo tan blanda de barriga.

Yo, por ser la persona que era, no respondí á su mentirosa desuergüença, como otras vezes he, vida mía, respondido á algunas embidiosas que he oído hablar contra la extremada perfiçión que en vos veo. En espeçial á vnas vezinas vuestras, que con mucha rissa dezían:

—Miralda los ojos rodeados de espessas rugas y pliegues, como coronillas de coifetas de tiñoso.—A las quales yo dixe:—Por çierto, si mirássedes esos ojos de quien tratáis con ojos desapassionados, veríades que ellos con sus ruguitas, paresçen dos soles rodeados de sus claros rayos.

—Pues ¿qué os paresçe (dezían ellas) de aquel chorro de materia que le sale por el lagrimal del ojo derecho, que le vaña toda la cara?—Parésçeme, dixe yo, vn manantial de cendrada plata derretida, que se tiende por mi siniestro costado.

—¿Qué sentís (dixeron ellas) de aquellas çejas tan sin pelo como lomos de ranas?—Siento, dixe yo, que cada vez que las miro, digo en mi coraçón: Yo veo el arco verde y colorado; Dios me lo dexe ver otro año!, y siento que aquellas cejas son los arcos con que el amor haze en mí sus tiros. Mirá si serán mortales.

—¿Qué nos dezís? (dizen luego) de aquellas dos melluelas que tiene en la delantera de sus dientes, por las quales podrían entrar los siete braços del Nilo, aunque las creçientes dél fue-

ssen, no de agua, sino de vino?—Esas mellas, digo yo, me paresçen ventanas que la diosa del amor y su hijo hizieron para mirar desdellas sus amores súbditos y vasallos.

—Pues ¿no habéis contemplado (me dizen) aquella agraciada boca, dentro de la qual quando habla andan las aguas y espumas tan altas hiriendo en los suçios dientes, salpicando á los circunstantes, que paresçen impetuosas olas del mar que hieren en las duras rocas?—Sí he contemplado, digo yo, y veo que causa essa tormenta el calor de la lengua y habundançia de graçia de mi Señora.

Riendo mucho, dizen ellas:—Pues ¿qué nos dezís de aquel moquito claro que de ordinario le cuelga del piquillo de la nariz, que como pico de alquitara está destilando?—Ese me paresçe á mí, digo yo, perla ó berrueco oriental que, á semejança de los yndios, trahe de allí colgando aquella de quien cuelga todo mi descansso.

—¿Y la infinidad de liendres que cubren sus aladares, que paresçen tamaras de dátiles? (dizen ellas). ¿Tenéis sacas en que las echar?—No deseo yo, les digo, se echen en parte alguna, porque allí me paresçen muchedumbre de granos de finísimo aljófar, que hermosea más la cara de mi Reina.

—Y pues ¿qué dezís de esa cara de vuestra reyna (dicen ellas), tan cubierta siempre de su-

cias mudas, que paresçe que anda estercolada como tierra cansada?—Paréscème, digo yo, la cara de mi reyna cubierta de mudas á la luna, quando se le pone delante vna densa y espessa nube.

—Pues aquel pescueço fiambre (dizen luego), retrato de la anothomía, que tiene más cuerdas que vn tamboril, ¿qué dezís dél?—Qué tengo de dezir, digo yo, sino que es coluna donde está tan amarrada mi alma con aquellas cuerdas, que jamás se soltará dellas?

—¿Qué os dais á entender (dizen más) acerca de aquellas soberbias tetas, sobre las quales si os echásedes á nadar no os hundiríades en el mar de las fealdades de vuestra dama, como el que nada con odres ó grandes calabaças á los lados?—Ya quando al golfo de vuestras graçias me le quieren hazer mar de fealdades, me ahogo en él y no lo puedo sufrir, y digo á las embidiosas que desto me tratan:—Paresçe que trahéis las lenguas en alguna priuada, según las tenéis de sucias. Pues rauiar, rauiar, que ni aojaréis su hermosura por mucho que la miréis, ni llegaréis á sus días por mucho que biuáis.—Y con esto me aparto y las dexo muy corridas, aunque fingen que quedan riendo muy de gana. Están tan embidiosas de ver cómo, estrella mía, os hize lo que os ponéis, que vn día que os pusistes vn tocado algo frisadillo, de color como entre amarillo y verde,

dezían y afirmauan que era escofión, hecho de pança de vaca mal lauada, buelta lo de dentro á fuera.—Empero, asegurá vos, vida mía, mi pecho, que yo harto procuro asegurar vuestras espaldas, aunque me dizen que anda el verdugo çerca de pintaros en ellas el arco y flechas de Cupido. Lo qual algunos juzgan por necessario para que los hombres no se lleguen á vuestra hermosura y gentileza descuidados, y entiendan que herís por todas partes, porque estoy por dezir que son menos las presas que hazéis por delante con vuestra hermosa vista, que los tiros que hazéis por detrás con vuestro buen aire.

¿Y qué es menester que yo asegure lo que se está tan seguro de vuestra hermosura y trato, vida mía, de quien todos tratan como de cosa que nunca otra semejante ha parido el mundo? Ver la tez de vuestro claro rostro á todas las más curiosas damas dexa abobadas. Unas dizen: —¿Qué mudas son las que se pone? ¿Son por auentura pasillas, vinagrillos, limas, miel cruda, lanillas de hiel, la hiema del hueuo adereçada?—Otras dicen:—No se cura sino con aguas de rostro de leches de dormideras, pepitas de calabaça, taragontia, alcanfor, borrax, alquitira y otros adherentes. — O con aguas sacadas por alquitara de gallinas y leche, ó cabeças de carnero y vino.—Otras afirman:—No son sino puchezillas de leches y ajo, de açuçena

y raíz de lirio.—Otras se resueluen en que son afeites de solimán labrado, resplandor, vnto de gato, y otras blandurillas y azeites.—En fin, vuestro lumbroso rostro da á todas qué hablar y á todos qué mirar, sin que las lenguas ni los ojos atinen al blanco de la causa de vuestra beldad. Mejor açiertan al de mi amor y pena.

Vuestras lustrosas manos todas me preguntan con qué las curáis, que con tal lustre las traheis. Unas dizen que os las curan las mudas de las panças de vaca que limpiáis; otras, que os las ablandan las blandurillas de los vientres de puerco que desemboluéis. Yo, mi vida, digo que no, sino el bahillo de las comadres con quien parís, mezclado con el seuillo de las criaturas y substançia de las pares que les sacáis. Todo esto que en vos, mi Señora, veo, aumenta mi afición, extiende mi fuego, auiua mis tormentos, multiplica mis penas y refuerça mis deseos. Y vos, cruelaza, ¿no podéis ver cosa en mí que os mueua á piedad alguna? ¿No veis, ingrata, que os amo? ¿No veis que bramo? ¿No veis que os llamo? Una puta vieja me dixo el otro día que no os amasse, pues no me amáis, que ella me daría quien bien me quisiesse; y yo le respondí que antes las vacas biuirán sin tripas que yo biua sin quereros; que no se canse en querer apartar mi coraçón de vuestro amor, que es tan imposible como apartar la hermosura de vuestra cara.

El otro día, reyna mía, entendí que la justiçia hazía contra vos cierta cabeça de processo, por el qual vi que os desaparescistes como bolsa de descuidado entre manos de ladrones subtiles. ¡O Jesús! ¡quán varios é inciertos son los juicios del vulgo! Unos dezían que queríades resumir corona; otros, que os habíades retrahído á la cuba del conuento de Sahagún, y otros dezían que os podíades presentar sin temor, porque como en insigne maestra y artífiçe que sois en las artes liberales de la tripería y partería, y aun putería, según muchos afirman, no se atreuería la justiçia á executar sentençia capital en vos sin consultar al Rey primero. Ya, mi vida, entenderéis lo que yo sentiría quando oía tratar de vuestra vida desta manera. Aunque, por otra parte, estaua algo asegurado de tanto riesgo, como el que sabe que no vsáis malefiçios tan atroçes que merezcáis por ellos muerte. Antes, quando mucho, habríades hecho alguna obra de charidad que, según está el mundo puesto en toda malicia, se os atribuiría á delito, como interçeder por algún afligido, y si no bastasse vuestro simple y desnudo ruego, componerle y vestirle con palabras y manos y confeçciones con que se hiciesse blando lo duro y amoroso lo desamorado. ¡Ay, que todos hallan remedio en vos sino yo que más le he menester! Mas no quiero, esperança mía, publicar vuestro des-

amor y callar vuestra piedad; quexarme de vuestra dureza, sin dar gracias á vuestra ternura, ni encaresçer vuestros disfauores, sin ser grato á vuestros regalos; pues estando el otro día á la muerte del mal de vuestro rabioso amor que contino me aquexa, bastaron los chicharronçillos y tajada de morcilla que me embiastes, para dexar mi coraçón tan libre y rasso deste mal como la palma de la mano. Desde entonçes paresçe que tengo alguna esperança de remedio, y ayuda á esta esperança el haberos visto después acá algunas vezes sospirar. Aunque, ¡o dulce enemiga mía!, sois en esto tan extraña, tan cauta y recatada, que por no me lo dar á entender, disfraçáis los sospiros en voz y hábito de regueldos y con faldas tan largas, que alcançan diez passos al derredor de vuestra persona; pero con todo esso los conozco; y por ciego que estoy, los veo, porque aunque vos, ¡o cruel!, me los encobrís, ellos me dizen luego quien son. Y si me engaño en vuestros sospiros, supplícoos, esperança mía, me confeséis que á lo menos no me engaño en vuestras claras palabras, que claramente me dieron el otro día muestra de amor, pues estando yo representándoos mi amor y pena, dixistes tres vezes:—¡Amo! ¡Amo! ¡Amo! Aunque porque yo no lo entendiesse, y por no me dar tanto contento, mudastes la *o* en *i*, y dixistes:—¡Amí! ¡Amí! ¡Amí! Y os aprobechó

muy poco para que yo os dexasse de entender. Aunque á otro amador menos auisado pudiera fáçilmente despintarse aquella venturosa suerte, creyendo que quando dixistes *¡Ami! ¡Ami! ¡Ami!* habláuades, vida mía, con vuestra muchacha, que á la sazón entraua de la tauerna con vn jarro en la mano. Y si en esta muestra y en essotra me engaño, todo lo podré sufrir, con tanto que vos, reyna mía, no estéis engañada en lo que toca á vuestra beldad y graçia y á mi amor y pena, pues á vuestra hermosura no ay quien delante se le ponga, ni vos sois para ser poco amada. Porque para con vos, amor, poco sería amor más que tonto y loco.

Y porque oy es sábado y ternéis, mi alma, mucho en qué entender, no quiero más alargarme en el escribir, aunque la beldad sola de vuestros ojos me daba materia para nunca acabar.

Fecha por quien os vea deshecha,
en la villa del Congosto
á veinte y quatro de Agosto
del año nueue y çinquenta
desta era, en que ya ha siete y quarenta
que sois famosa.

CARTA VIII

escrita al Deán de la cathedral de la ysla de Gran Canaria, sobre que estando el author en la ysla de Tenerife aguardando ser proueido, llegó nueua à Canaria que al author le habia llegado prouisión de Oidor de la audiencia de aquella ysla, y teniéndose por cierto en Canaria, sin serlo, le escribieron el Deán y otras personas el parabién, sobrescribiendo las cartas:—Al liçençiado Eugenio de Salazar, del Consejo de su Magestad, en la Real Audiençia de Gran Canaria.

Illustre Señor:

Con la de Vm. son siete cartas las que de essa ysla me han venido, cuyos sobrescritos me hazen del Consejo de Su Magestad en essa Real Audiencia, y soy tan malo de consejar, que aunque el consejo es tan bueno, y se me da, no vna, sino siete vezes, me quedo tan sin consejo como antes, que no se dirá por mí: el conejo ido y el consejo venido; antes se podrá dezir que se me fué el conejo, sin me quedar el pellejo, y nunca llega el consejo.

Hago yo agora con estos siete sobrescritos en esta ysla lo que hizo en Córdoba el triste padre de los Siete Ynfantes de Lara con las siete cabeças de sus hijos: que las puso sobre

vna mesa por la orden de sus edades y hablaua con ellas, nombrándolos por sus nombres, como si tuuiera allí los siete Infantes biuos. Así yo pongo estos siete sobrescritos en vna mesa por su orden, y digo:—Este es de fulano; éste de çutano; mas quando voy á hablar con ellos, átase la lengua y siéntelo el coraçón, porque veen los ojos que son cabeças muertas. No sé por dónde metió Eolo en esta ysla vn viento que corrió en ella vn día ó dos, semejante al que en essa ha ventado, el qual, aunque passó con su ordinaria veloçidad, todauía me dejó algún probecho, porque fué causa que se me hiziessen tres presentes que ya son pasados, y nunca se esperó que fuessen futuros, porque los hizieron tres personas que no sé yo si creen en un solo Dios verdadero; tres personas que desde que dexé las varas, aun no me dixeron: Manténgaos Dios, sino: Manteneos vos.—Yo los reçebí de muy buena gana, y comí con doblado gusto, porque gusté de los presentes y del desgusto que habrán reçebido los que me los embiaron después que ayan entendido su engaño. Pésame de que en esta ysla estos tres solos me ayan tenido per Oídor de essa Audiençia, pues el oficio que exerço de vn año á esta parte no tienen por qué cerrarme las manos, ni temo la residençia dél, mas temo residir mucho en él. Algo corrido estoy de que, habiéndome sacado tan en plaça, no me vea

Vm. en la plaça, ni alguno dessos caualleros que me sacaron. Y ya que esto me dé pena, terné á lo menos mucho contento del que Vm. y esos caualleros han mostrado teniendo por cierto que yo los iba á seruir. A lo qual me tengo por tan obligado en qualquier parte, que para este efetto no me faltará consejo, aunque me falte para los demás.

Y nuestro Señor, etc.

CARTA IX

escrita al Illustre Señor Don Luis de Toledo, en que el author glossa vna canción antigua que dize:

Si amores me han de matar,
agora tienen lugar.

Illustre Señor:

Vn escudero viejo me dió vna de Vm., y con ella recebí la que siempre; aunque la edad del portador me hizo sospechar que venía alguna vejez en la carta que me había de reboluer los humores, y después vi que no. Fué mi sospecha incierta, pues hallé dentro vna canción tan vieja, que tengo para mí que nasció en acabándose de deshinchar las aguas del diluuio, si no fué de las cosas que metió Noé en su arca. El author no se sabe, ni de ra-

zón debiera la dicha canción saberse al cabo de tantos siglos; mas si tiene priuillegio de perpetua vida, tratando ella de penosa muerte, no se podrá llamar vieja aunque aya cinco mil años que vino al mundo. Mándame Vm. que se la glosse, y vn hombre como yo en el arte del glossar tan nueuo, no sé cómo podrá glossar cosa tan vieja, ni sé para qué pide Vm. que la senetud, si no es decrépita, se vista de verde y colorado, ni para qué manda que al cabo de los días se canten á Mathusalem cantares de cuna. Mayormente que para seguir el orden de las glossas de amores, había de ser la glossa en verso, y esto en ninguna manera ha lugar por agora, porque está pinjante el ingenio de mi poesía métrica, por haberme este año, con la seca de reales, faltado la fertilidad de la vena que mouía las ruedas deste artificio. Empero, pues no puede ser que se dexe de glossar esta canción de amores, pues Vm. lo quiere y manda, glossar la hemos en prossa, aunque por ser tan añeja, yo lo hago tan contra mi voluntad, que *Si amores me han de matar, agora tiene lugar.*

Ya sé que pedirme Vm. esta glossa es por haber llegado á la ciudad de Çamora la bien cercada, donde hay tantas damas que podrá bien dezir: *Si amores me han de matar, agora tienen lugar.*

Y que Vm. diga esta canción no es mucho,

pues me dizen que después que Vm. entró en esse lugar, no hay dama en él que no cante: *Si amores me han de matar, agora tienen lugar.*

Y si ello ha de ser, agora es su tiempo; no aguarde Vm. lo que aguardó su tío el Marqués, que después de haber aborrecido á mi señora la Marquesa, su muger, cincuenta años, la cantaua. *Si amores me han de matar, agora tienen lugar*, y se le mostraua muy enamorado á tiempo que, aunque él diera la fiança y caución que los jurisconsultos llaman *de damno infecto*, no ossara el Amor entrar en casa tan vieja con temor que se le había de hundir encima. Mas mire Vm. dónde entra, y procure que sea en parte que quepa tan bien al salir como al entrar, no le acaezca lo que al capellán de mi señora la Condesa, que entró vna noche á consolar vna desconsolada, y se metió con ella en parte donde, siendo sentido, tuuo nescesidad de dexar las bragas á la cabecera y arrojarse presto por una ventana, que no estaba muy cerca del suelo, y baxar cantando por los ayres: *Si amores me han de matar, agora tienen lugar.*

Y aduierto a Vm. que, si posible fuere, busque pilar limpio donde beba su caballo, no beba algunas aguas corrompidas que le causen algún muermo y aluarazos que se le pongan en peligro; mire Vm. no venga á cantar la can-

ción que me manda glossar, mudando sílaba en ella, como el otro galán que, mudando las cejas y pestañas, cargado de muchas y finíssimas bubas, cantaua: *Si humores me han de matar, agora tienen lugar.* Por más sanos y más seguros amores tengo los del santero que Vm. y yo hallamos en la hermita de nuestra Señora de la Paz, con la bota de vino de Descarga-maría al lado, abraçándola y besándola de ratillo en ratillo, y cantando: *Si amores me han de matar, agora tienen lugar.* Y también conuiene no se aficione Vm. á dama muy codiciosa que le haga escribir y meter en los libros de caja de los mercaderes tan metido, que al tiempo de las execuciones y pagas y quitas aya de cantar rabiando: *Si amores me han de matar, agora tienen lugar.* Ni quiera rama tan desleal y de tan poca fe, que si algún día Vm. hiziere ausencia, aya de ir con cuidado de que le aya otro de ocupar la silla, como vn celoso que, andando sospechoso de vn motilón y siéndole forçado salir de su pueblo vn día, iba con gran desmayo cantando: *Si amores me han de matar, agora tienen lugar.* Y no se aprobeche Vm. en sus amores de muchos terceros que se le sienten á la mesa y se le metan en la despensa y botillería, no tenga nescessidad de cantar la canción como el otro que, estando con mucha esterilidad y estrechura de bolsa, se le venía á comer cada día á casa vno que se dezía

su amigo (y él era de taça de vino) y le dezía que no comía cosa que le supiesse fuera de su messa, y esto lo causaua el grande amor que la tenía, á lo qual el pobre pasciente, dueño de la mesa, respondía con la canción: *Si amores me han de matar, agora tienen lugar.* Y con lo nueuamente dicho tenga Vm. por glossada su vieja canción, que para remoçarla algo conuino mudar la vieja manera de glossar, y con todo esso, queda tan vieja en la nonada, quanto Vm. es nueuo en los amores. Y no más, sino que Cupido libre á Vm. de canciones viejas y más de damas viejas.—Y nuestro Señor, &.ª De Madrid.

CARTA X

escrita à vna dama llamada Isabel de los Ángeles, que estaua depositada en vn monasterio, la qual pidió al author le escribiesse vna carta para ver su nota.

Hermossísima y tan discreta señora:

Si el nombre de la hermosura, gracia y discreción de Vm. me tiene por oydas vencido y presso, ¡quánto más lo estaré después que he visto la vista que no merescieron ojos, y oydo la voz que no meresçieron oydos! Hasta oy he llamado aduersa, cruel y triste á mi fortu-

na; mas oy y de aquí adelante la llamaré fauorable, piadosa y alegre, pues me subió en la cumbre de su rueda para que viesse á la que paresce haber caydo de la del cielo para admiración y gloria de los ojos y entendimientos humanos. Deseo mi lengua acertasse á explicar lo que del merescimiento y valor de Vm. siento, y mi pluma atinasse á debujar las excellencias que en Vm. he conoscido, para que ambas diessen testimonio al mundo de lo que el mundo no goza, porque no le ha dado Dios merescer tamaño. Mas ¿qué lengua habrá tan subida que con el más alto buelo no se quede al pie desta altura? ¿Ni qué pluma se hallará tan bien aparejada que no estanque á la primera buelta que dé por el vniuerso de las gracias y virtudes del ángel de los ángeles? Reciba Vm. mi voluntad en esta parte, pues á todo ingenio se niega el effeto desta obra, y conténtese con que la hizo Dios bastante para con su vista aprissionar desde esta prissión en que está metida á los más fuertes, y poderosa para quitar el poder á los que más puedan. ¿Qué habrá, pues, Vm. hecho en mí que pueda tan poco? Esto quiero callar, pues basta verse Vm. a sí para que lo vea, sin que yo lo diga. Solamente quiero dezir que si yo me admiré de ver tanta hermosura y gracia en vn gesto, por auentura no dexaría Vm. de marauillarse si viesse mi coraçón hecho relicario de vna re-

liquia de inestimable valor. Aunque creo que á Vm. ninguna cosa le causara marauilla, porque hasta en esto querrá ser marauillosa, como yo lo espero ser en amor y desear seruir hasta el día que muera á quien quisiera haber seruido desde el día en que nascí. Fecha á los rayos de mi sol, con la mano de mí sola, oy día de mi principio.

CARTA XI

escrita al canónigo Santisteuan, de la Cathedral de la ysla de Gran Canaria, preguntándole algunas particularidades de la ysla Española de Santo Domingo, donde él habia residido muchos años, y para donde le vino carta al author que estaua proueido por Oydor de la Real Audiencia que reside en aquella ysla.

Illustre Señor:

Alexo del Castillo me ha escrito de corte que me mandan yr á seruir á la ysla de Santo Domingo, y aunque la costumbre de mi fortuna lo podría despintar, paresce que esto se puede creer, porque el testigo depone de vista en este caso, y en todos los pasados las deposiciones han sido de credulidad. Tengo esta prouisión por buena, porque Vm. siempre me la ha representado tal, y como de persona que ha residido tanto en aquella ysla y ha tan poco

tiempo que salió della, deseo entender algunas cosas de allá, cuya noticia me sería de effeto para en este cuento; y por que se me pueda responder en particular á todo, embío mis preguntas desmembradas en forma de interrogatorio.—Esta sirua de carta requisitoria, Vm. me la haga en proueer que se cumpla, y querer ser el juez, escribano y testigo, porque aunque Vm. sea singular, entiendo se le podrá dar más fe y crédito que á otros contestes, y si la prouisión llegare, entonçes embiaré otras preguntas acerca de lo que Vm. querrá mandar para en aquellas partes.—Y nuestro Señor, &.

INTERROGATORIO

Por las preguntas siguientes sean preguntados los testigos que fueren presentados para aueriguación y noticia del estado y cosas de la ysla española de Sancto Domingo.

1.ª Primeramente si saben y conoscen la dicha ysla, y tienen noticia del estado eclessiástico, real audiencia, justicias, vezinos, moradores, tratos é otras cosas della.

2.ª Si saben la decencia, deboción y autho ridad del estado eclessiástico de la dicha ysla quál sea, é cómo se celebran los officios diuinos en ella, é la sumptuosidad de los templos que en ella ay.

3.ª Si saben si gozan el Presidente y oydores de la dicha Audiencia de buenos predicadores que los reprehendan, y sus hijos de buenos preceptores que los enseñen y açoten.

4.ª Si saben que la dicha ysla de Sancto Domingo sea el fisco de la enfermedad, como algunos dizen, é que todo el oro de los rayos del sol que en la dicha ysla entran está vinculado en el mayoradgo desta señora, ó si tiene la salud algún dominio y jurisdición en aquella tierra.

5.ª Si saben de qué edad son obligados á entrar en aquella ysla los hijos de los dichos oydores, para que no incurran la pena de las calenturas puestas por las ordenanças del clima y constelación della.

6.ª Si saben quántos juezes ay en la Real Audiencia de la dicha ysla, é quántos alguaziles, secretarios y relatores, procuradores y porteros, y quáles otros officiales en ella. E si vota el Presidente de la Audiencia en la determinación de los pleitos. E si trahen vara los juezes, é si la trahe el Presidente, é si conoscen los juezes de por sí de primera instancia.

7.ª Si saben que los oydores de la dicha Audiencia, fuera del salario ordinario, tengan algunos probechos extraordinarios de visitas ó otros actos que ayuden á la compra del caçaui de la dicha ysla.

8.ª Si saben que en la dicha ysla aya casa

real en que los oydores moren de gracia, ó si les conuiene lo que no les conuiene, que es alquilar casa con los pessos de la tierra y con pessar suyo.

9.ª Si saben cómo se tratan los oydores de la dicha Audiencia en lo tocante al vestido y traje de sus personas, é si cubren capas de hombre ó saboyanas de mugeres.

10.ª Si saben si los dichos oydores van á la Audiencia á cauallo á la jineta, ó si salen á los rebatos en mulas á la brida, é qual de las dos cauallerías de mula ó cauallo vsan más.

11.ª Si saben que conuiene que los oydores de la dicha Audiencia tengan armas para librar los pleitos, y libros para salir á los dichos rebatos, para que en la dicha ysla esté la magestad real no solamente armada con leyes, mas también adornada y segura con armas.

12.ª Si saben si los dichos oydores se siruen de seruicio blanco ó negro, é si vale allá la pez cara ó barata, y quántos criados bastan al oydor que lleua hijos que criar y ha menester criar dineros para ellos.

13.ª Si saben de quáles y quántas criadas acostumbra seruirse cada oydora que la descríen quanto contento pudiere tener con su poca fidelidad y malo y descuidado seruicio.

14.ª Si saben si las paredes de los aposentos de la ciudad de Sancto Domingo sufren el abrigo de las tapicerías de Flandes, é si la humi-

dad de la región consiente la frescura de los guadamecíes de España. É si sale de la dicha ciudad el ferbiente stío algunos días del año.

15.ª Si saben que en la dicha ysla aya buenos officiales y maderas para hazer sillas y mesas y camas, ó si conuerná yr de acá ensillados, y lleuar la mesa puesta y la cama hecha.

16.ª Si saben que conuerná lleuar de por acá cuerpos, mongil y tocas para la mula, ó jubón y adereços para el roçino, porque al oydor no se le asiente la silla que hiziere el sillero de la ysla Española.

17.ª Si saben que al oydor que para la dicha ysla de Sancto Domingo de las yslas de Canaria saliere, será vtil y probechoso dexar implorado el pío y amigable officio de las Canarias, quanto á su prouisión de harinas y vinos, porque el dominico caçaui no le coheche, ni la frialdad y delgadeza de las españolas aguas le corrompa, ni su bolsa se prouoque á los excesiuos bómitos que causan los moderados cargadores que allá aportan con semejantes golosinas.

18.ª Si saben que ha menester yr á la dicha Española proueído de muchas cosas el oydor que se halla en tierra donde ay muy pocas, y en tiempo que el cielo está de hierro por nuestros pecados, y la bolsa de ayre por las dilaciones de los presidentes.

19.ª Si saben qué pescados da el mar de Sanc-

to Domingo á la Audiencia los viernes, fuera de los tiburones, é qué carnes le comunica la tierra los domingos, fuera de los carneros, é qué frutas les produzen los campos en los tiempos del año, fuera de las guayabas, é quáles mantenimientos é frutas de aquella ysla son las que matan, é quáles las que no dan vida.

20.ª Si conoscen vnas atreuidas é mal yntencionadas almas que habitan en la dicha ysla de Sancto Domingo, que algunos llaman niguas, que procuran deshazer la vnión y amistad de entre la vña y la carne, é si saben si las dichas niguas se atreuen é desacatan á las justicias de la ysla, é qué remedios tienen dados las ordenanças della para que las dichas niguas no se atreuan ni descomidan con la gente de bien.

21.ª Si saben qué enemigos y contrarios ay que huir en la dicha ysla, fuera del que se va á buscar á ella, que es el dinero.

22.ª Si saben en qué tiempo nauegan los huracanes, y en qué parajes se ponen los fures canes, para que, mediante Dios, se les hurte el cuerpo á todos, anticipando el tiempo de los vnos, y huyendo el puesto de los otros.

23.ª Si saben si sería de effeto esta ynformación si la prouisión que se espera no llegasse.

24.ª Si saben que todo lo suso dicho es público y notorio á los que lo saben y han visto, é ignoto á los que en la Española suso dicha

no pusieron pies, ni á sus cosas dieron oydos. Otro sí pido y suplico á vm. mande con breuedad absolberme las preguntas deste ynterrogatorio, porque con ella me conuiene resolberme en las cosas de mi viaje, y para ello, etcétera.

VI

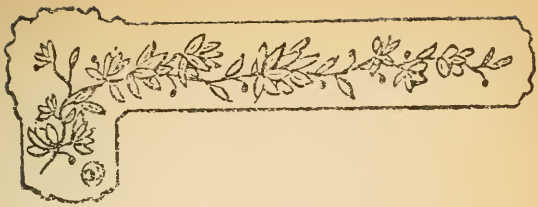
CARTA DEL LICENCIADO

CLAROS DE LA PLAZA

AL MAESTRO

LISARTE DE LA LLANA

(Siglo XVII.)



CARTA DEL LICENCIADO

CLAROS DE LA PLAZA

AL MAESTRO

LISARTE DE LA LLANA

Al maestro Lisarte de la Llana, el licenciado Claros de la Plaza, su discípulo, hijo de Llanos de Castilla y Plaza.

No cumpliría Vm., señor maestro, con lo que debe á las leyes todas del furor poético, si no anduviera estos días como le vemos sus discípulos, lanzando bramidos y espumas. Sóbrale á Vm. la razón; porque siendo sus versos más lisos, llanos y abonados que un fiador de mohatras, no había de atreverse nadie á usar otro estilo. Y no es buena cuenta el respondernos que cada uno escribe como puede, y que en eso no ofende; porque, bien mirado, sí hace. ¿Qué mayor ofensa para un poeta como Vm., ni qué azote ó palo más

crudo que herir sus orejas con buenos versos? Eso había de bastar para que ningunos osasen á serlo; mas ya que han osado, será fuerza procurar la venganza. Culparemos, ya que más no se pueda, la introducción de palabras nuevas que, según la arte lisa de Vm., no hay vicio igual en la poesía.

Brava cosa es, señor, que quieran en poemas de nuestra lengua introducir cinco voces, y aun seis, tan ajenas, que ni se usan en las conversaciones, ni las trae por nuestras Lebrija. ¡Temeraria osadía contra Vm.! Y aunque haya quien las acomode con la industria y ardides que mandare para que se entiendan, sin obscurecer ni cansar, con todo, no me doy por contento, ni pienso saber más latín, que *Castilla me fecit.* No tendrán jamás otra marca los filos de mi lengua. Queremos antes Vm. y yo ser necios en lengua materna, que discretos en todas las del mundo.

El fin con que esta vez he tomado la pluma, es que se conozca del todo la de Vm., como de mi señor y maestro, y así se desahogue un rato, y pierda el sabor de latines y otras novedades que tanto le asedian y tan indignado le tienen. Pondréle delante la pureza sin igual de sus versos en que se recree, recogiendo brevemente algunos como se ofrezcan á la mano, en la gran epopeya de la *Jerusalén*, en aquel gran libro que fué el complemento y el colmo

de su sabiduría. Así dijo Vm. en el prólogo de las Rimas: — *Presto, si Dios quiere, tendrás los* 16 *libros de mi Jerusalén, con que pondré fin al escrebir.* Y en el de la misma epopeya: — *Tarde y esperada sale á luz.* Y más adelante: — *Si del talento he dado alguna muestra, quien sabe juzgue.*

Como esta obra, en efecto, habrá de encerrar los talentos de ese ingeniazo y lo granjeado con ellos en sesenta años, quiso Vm. perficionar con ella la pureza cabal de nuestra lengua materna, no usando una palabra sola que no fuese del riñón de Castilla y que la entendiesen los niños. Y junto con ser nuestras y claras, las eligió hermosas, blandas y bien sonantes. ¿Qué cosa para Vm. admitir voz áspera, extranjera ni obscura? Ni por los tesoros del mundo. En otros libros pudo ser que Vm. se descuidase; mas en este tan estudiado y premeditado, fué milagrosa su constancia.

Léame también, si quisiere, el poeta más cultivado, y aprenda á hablar claro y suave, imitando los versos de la *Jerusalén* á cuya muestra le convido. Y para que los vea á toda satisfacción, alegaré los números de las hojas y los de las estancias, donde fácilmente los halle.

Sea éste, de aquí adelante, el dechado de poetas elegantes y claros, donde se apacienten con pura leche de su lengua materna, acen-

drada, sin mezcla ni mínima sombra de palabra ajena. Y para que no piensen que escribe Vm. solas suavidades, trasladaré después dellas otros modos eminentísimos de elocuencia, no dejando que desear á los que aman la grandeza del verso.

Primero oigamos la puridad castellana de la *Jerusalén* en la dicha hoja:

Hoja.		Estancia.
5	Al mane cuyo esquéleto yazía.....	4
12	La celada penícoma que al viento.....	5
7	Cuyo nadir los ínfimos juezes.....	4
26	Los calatos de fruta ni los días.....	6
	... gormáticos redobles.....	4

No fuera tan bueno *chromaticos* como *gormaticos*, porque aquél es griego, y éste de Vm. significa claramente *gormar*.

5	Bañado en sangre el duliman y estrado..	2
25	Que la baça, el briol y chafaldete.....	1
23	De un barbaro, cruel, fiero arsacida.....	6
7	Y presumiendo que el francés ephebo....	5
25	Algunas belicosas heroídas.....	2
8	Que si fuera voraz antropophágo.....	5

Quiero advertir á todos, Sr. Lisarte, que ningún nombre de los que alego es propio de persona, provincia, monte ni río, ó cosa tal, como otros de la misma Epopeya: *Tomorabel*, *Baldraca*, *Trangolopico*, *Pimampiro*, *Candeloro* (que otros leen *Candelero*), porque éstos,

aunque sean suaves y tiernos, dirán que no hay que agradecer á Vm., por ser propios como se hallan. No traeré, pues, sino los de otras cosas, que muestran especial advertencia en la claridad castellana, sin que pueda nadie ignorarlos. Díganlo ellos:

44	Del sarcophago santo alegre vino.....	6
39	Del grimial de perlas guarnecido.....	1
46	Triunfa tirano, triunfa, injusto emiro...	4
44	Las bacas de oro y piedras rutilantes....	3

Si dijera *bacas* por el animal, fuera voz muy obscura; pero diciéndolo por la fruta del laurel, como alega al margen, es voz clarísima.

51	Con la hierva fenígena apacienta.....	2
53	Y su oroscopo tiene al Capricornio.....	2
	Y del pueblo á su exemplo perpetrados..	2
55	Sobre el dorado opérculo estendían.....	6
56	Puertas, pórticos, aulas, pastoforios....	5
55	Que yo no sé si es apocripha ó cierta....	1
	Catedras de dotores y sinedras.....	
	Al provecho común fabricó exedras.....	6
58	De oro con otras tantas aureas peltas....	1
	Custodias, armas, bosques, peltas, lunas.	2
60	Mirras, tías y balsamos fragantes.....	2
59	Margaritas preciosas, tías suaves.....	

Estos árboles que Vm. llama *suaves tías*, hacen docta alusión al gran apothegma de Sócrates: *tías, hermanas y agüelas, para mí que no tengo muelas.*

59	Las nablas de los ámbares lustrosos.....	2
	Iguales al sethin ricos asientos.....	2
	Enigmas le propone, ambages finge.....	5
	Nos dixo alla la fama circunfussa.....	6
61	El pueblo al son del truculento Marte...	3
106	Psalmífero canto descansa en tanto.....	4
65	Llegaba al medio cielo palanteo.....	4
75	Con crisopasos de diversas listas.....	2
	Encubren los tresdoses y linteles.....	6
	Y en los arcos que salen de las jambas...	6
87	Morcillo cortugol, penacho y cintas....	3
74	Acroteras y tenpano le visten.....	1
89	Quando de azapos la campaña llena.....	1
127	Le pudieran llamar anguitenente.....	5
122	No le miraba ya Venus de trino.....	1
148	El indio en sus arcitos deleitosos.....	2
142	Pudo vencer que quien mató la excerra..	2
169	La ovencadura le rompió á la rosa.....	3
172	Del engañado protoplasto esposa.....	2
169	Hasta una vil filáciga que un ñudo.....	6
199	Estaba en su primera decanoria.....	
	De la virgen la blanca adrenifeda.....	2
168	En su carro gemífero atropella.....	6
170	Sobre rotas coronas y aflechates.....	2

En esta hoja 170 añade Vm. voces conocidísimas que nadie las puede ignorar, como *paxariles*, *treos*, *amantillo*, *triça*, *troça;* y después en la hoja 207, aquellos animalejos, de la misma suerte notorios en toda Castilla, *cheneris*, *sipedones*, *neumones*, *modites*, *porfiros*, *salpingas*, *anfesibenas*, *dipsas*, *echidnos*, *matrices*, *angos*, *faras*, *yaculos*, *esquinos*, *chelidros*, *enidros*, nombres todos legítimos cas-

tellanos, como también *hemorroydas*, que es mil veces más claro que almorranas.

Adelante:

172	Bella Tamar que en el *Teristro* fía.....	3
217	Tantos *archimargiros* y caudillos.....	6
225	Vuelve por garceran un mozo *ephebo*.....	4
228	De verde hasta las *zárculas* vestidos....	5
152	De tierna mimbre en cándidos escriños..	2
228	Llegó con un tropel de *celesirios*.....	6
235	Los carapetilleres levantando.....	5

Cierto, señor maestro; no me espanto que, teniendo Vm. hecho el paladar á esta miel de palabras tan castellanas, claras, le amarguen tanto las exquisitas y con tal aspereza las reprehenda.

384	Pero cayó después ileso y bueno.....	5
534	Mil *isolacos* con vestido moro.....	3
244	Los *isolacos* á los reyes viendo.....	4

¿Cuánto más claro es *isolacos* que archeros? Así, escoge Vm. lo mejor.

247	Aqueste valeroso *leoncotomo*.....	4
255	Que salgas tú famoso *archimargiro*.....	4
194	Conoce Alfonso y su ignorancia increpa.	4
265	Cargó de misios una escuadra y puesto..	4

Gran pureza de lengua es *cargar de misios*.

399	Que sus escarpas y alambores forma.....	2
423	Con mercaderes marcha y vivanderos...	4

	Tres mil estradiotes muy ligeros.....	4
399	Sembrado de imitados *tulipanes*	

No hay tan conocida flor en Castilla como el *tulipán*.

428	Camedros, siemprevivas y napeles.....	3
	Minosoles, cardiacas guileñas.....	3
206	Magico genethliaco adivino.....	4
428	Penses amaros brotanos.....	5

A estos nombres acompañan otros en la misma hoja 428, tan claros como ellos y más: *roquetas*, *serpilos*, *timos*, *balsaminas*, *punteras*, *anocastos*, *cavidas*, *mitagolos*, *coloquintida*, *lupulo*, *elala*. En llegando á ser clara la voz, no hay pedirle más.

434	Y á vezes por la laconomancia.....	6
436	Cada lado formara en corvilínea.....	1
443	Urcas, palandrias, caramuzalios.....	2
444	Durmiendo más que róstunges marinos..	3
482	La sanbuca, el telón y la ronfea.....	
	Yazen sobre las torres poligonias.....	
	La maquina versil y la tetrea.....	2

Lástima es y cargo de conciencia que, habiendo estas voces tan lisas y fáciles en mitad de Castilla, se vaya nadie á buscar vocablos extraños en otra lengua. Razón es, por cierto, que Vm. lo llore y lo plaña, y sobre ello se dé de cabeza por las paredes.

521	Sin perdonar *filáciga* ni estorbo.....	
	La maquina celeste colorobo.....	2

457 Cubren el suelo en sus sangrientos limos. 5
465 Las espumas del agua leucofea..... 1
522 Palidas cartilagines mostrando..... 3
471 Que los alpes nubíferos elados..... 3
534 Cuyas çárculas ciñen lamas de oro.....
Y mil peicleres en funesto coro..... 3
Con su verde vestido y menulayes..... 3
226 Con cien azapos de arco y flechas persas. 4
534 Dos mil azapos con sus flechas persas.... 5

Destos *azapos* gasta Vm. infinitos. Algunos leen *gazapos*. Todo es bueno.

534 Tras éstos iban los escapoglanos,
Los suluptaros y los genigíes,
Los carapetilleres africanos,
El gran musti con los ulufegíes..... 4
Leyquires i cerniscos van tras éstos..... 6

Basta y sobra lo referido en prueba de nuestro derecho. Aquí hay más de ciento y cincuenta voces, como se han ofrecido, no sólo de cabal pureza y claridad castellana, sino de tan hermosa formación y gracia, que cualquiera dellas bastaría á ilustrar un poema. Quien cudiciare ver otras semejantes, lea la epopeya de adonde éstas salieron. No refiero más número, por no ser superfluo ni embarazar al oyente. Demás que deseo no alargar este escrito de cuatro ó seis hojas, dando lugar á otras elegancias supremas que prometí á quien me leyese.

Vean ahora los que hacen rabiar á Vm. que,

no sólo sabe esmerarse en la claridad y hermosa elección de palabras, como se ha visto, sino también en la sublime grandeza de estilo, lo cual probarán otros versos de la misma *Jerusalén*, donde se encumbra á la mayoría del decir, y muestra de la manera que sabe mezclar la suavidad clarísima de nuestra lengua con lo heroico y pomposo, perteneciendo así á tan gran epopeya y á la majestad del asunto. Así, Vm., al fin de su *Arcadia*, se despide de los amigos con esta promesa y palabras:

«Hasta que otra vez me oigáis cantar al són de instrumentos más graves, no tiernas pastoriles quejas, sino célebres famosas armas; no pensamientos de pastores groseros, sino empresas de capitanes ilustres.»

Estas reconoció Vm. que cantaba, y así les aplicó la alteza de estilo siguiente:

De la *Jerusalén:*

Hojas.		En la dicha hoja, estancia.
19	Deteniendo con tragos desiguales.....	3
16	Que se fuese á dormir la noche elada..	3
21	Rompió por las quijadas á Brunelo....	3
22	Mostró los intestinos por la herida....	2
17	Tan distantes que estaban los postreros oyendo misa.....	5
23	Saltó la sangre, y dando al Rey que estaba.	1
36	Iré contigo, que esto y más te debo...	4

Habiendo descrito mil poetas la estación de la media noche por tantos y tan ilustres modos, fué un milagro hallar Vm. novedad para lo mismo, y tan superior como esto, cuando entró en Jerusalén el Conde Remón.

14	Entró por la ciudad cantando el gallo..	5
36	Después del Evangelio de la misa.....	6
38	Que no te valgan ya por tus pecados..	2
49	Viendo que apenas de matar se hartan Los pechos juntos de una vez ensartan.	5
49	Que juntos lengua y sesos vió en un punto.	2
46	Trescientas y sesenta y cinco veces....	2

Ninguno otro que Vm. ha sabido referir números, apartándose totalmente de la llaneza vulgar, con tan nuevo artificio.

336	Ciento y ochenta y cinco mil soldados.	1
390	Quarenta mil cabezas de ganado.....	4
75	Veintidos mil y más fueron los bueyes y ciento y veinte mil de los corderos.	3

Gastando Vd. tanta carne, no es mucho que parezca este papel libro de cuentas de despensa.

60	Cosa no le negó que le pidiese.....	3
63	Á palos, puños, amenazas, coces.....	1

Explican los poetas las muertes de los grandes guerreros con modos de decir admirables. Bueno es aquel de Virgilio en la muerte de

Turno; mas poca cosa para los que Vm. usa cuando muere Remón el Conde:

64	Ya sacando la lengua al trance fuerte..	4
	Pues como tanta boca abierta quede...	5
	Al estrecho del brazo de San Jorge....	4

Aquí se habla, sin duda, de la muñeca de Santo.

84	Patria, no es esto fábula, si diese.....	1
88	Caen algunos y otros van delante.....	1
93	Qual nunca madre le sintió tan fuerte.	1

Este lenguaje se gasta en aquella espantosa tragedia de la reina Sibila, porque importaba allí la profundidad del estilo, conviene á saber:

93	Madre, decía, ¿qué fortuna estrecha	
	La puso en tanto mal?, diga, señora..	3
	Madre, si puede acaso levantarse,	
	Diga que es Reina, llame á tanta gente.	4
96	Si en la ciudad un grano solamente	
	Se descubría de cebada ó trigo.....	5
109	Que, pasándole el cuero y carne al sesgo,	
	La pierna estuvo de cortarle á riesgo..	2
116	Y siendo penitencia que le impuso	
	Y penitencia que le impuso el Papa....	4
111	Ó le tocaban en la edad, que es cosa	
	Para todos los hombres enojosa.....	4
110	Cercan la fiera, y viendolo intestino...	6
121	Llamado Godefrido del gran diente....	2
140	Un apellido que á quien quiere toma..	2
144	Ya se mezclan, se traban y se meten...	4
	Pues qué le falta á un Rey tan poderoso	4
170	Si he tomado, Señor, el incensario.....	4

Así se disculpaba al cura un sacristán porque le imputaba este hurto.

1.203	En víspera de Pascua el carnicero.....	1
172	Que dandole los pies, tomó la mano...	6

Así se han de cantar, pese á tal, en *instrumentos* graves *las empresas de capitanes ilustres*, como Vm. dice, que lo demás es gastar ripio. ¿Pues qué fuera si entrásemos en los argumentos y sentencias?

145	Jesús, dice Guevara y Brandalino.....	6
202	Jesús, dice una vez y otra María.....	5

Atrévase alguno á hablar mal de estos versos.

212	Se acabó de cubrir y fuése á pique.....	2
169	Solícita también como era Marta.....	1
113	Mata, desintestina, descuartiza.....	4
221	Rey de Jerusalén era Amasías.....	
	Santo y bueno.....	3

Tal sea mi vida y salud. También es valentísimo lo siguiente:

452	Que el alma por el uno y otro lado....	1
229	Con tal furor por uno y otro lado.....	1

¿Quién sabrá encarecer el buen aire de aquellos modos tan peregrinos para decir variamente una misma cosa, y siempre con nueva elegancia?

237	Mas por meter el trigo (heroica hazaña)	1
236	Llegué, diles socorro, tienen trigo.....	2
231	Como el maestre si le toma el trigo ...	4
288	Gastada la salada, carne y trigo.....	
	La fruta seca y la hortaliza verde.....	4
247	Me holgaría que á entender le dieses..	
	Si es tan bravo el león como le pintan..	1
	Lo que va de lo vivo á lo pintado.....	2
248	Comenzaron también á andar en puntos	2
193	Mas él á puros tajos y reveses.....	6

Hasta los reveses y tajos son puros en esta epopeya.

270	Me consumía yo porque no vía.....	5
268	Pues si yo me declaro y lisamente.....	1

¡Y cómo que se declara Vm. lisamente, y no como otros!

200	Mujeres hartas quedan con más queja..	4
272	Que no pienses que hablo de malicia ..	6
272	Que lo que yo te digo te dijera	1
275	Que se atreviese á entrar por casamiento	6
280	Por sólo hacer al Saladino tiro.....	2
281	Cabeza abajo se estrelló dorebo.....	3
291	Doraba la madera de la cama.....	4
300	Con blanco tonelete y calzas blancas...	

Yo conozco al de las calzas blancas. Por señas que se llama Juan y espanta á los niños, á que alude Vm. en aquel verso:

300 Dos niños, uno grande, otro pequeño
Un día me comió.

Sólo faltó decir: ¡Guarda el coco ó el bú!

312	Con un sayo de rojo tamenete.....	5
114	Juran estar no solos tres, mas treinta..	6
333	Cual busca el alabarda y no la topa....	2

Para ingeniosa mezcla de grandeza y honestidad, diré algún verso en la lucha de Ismenia con su amante.

320	Ya se abrazan los dos, ya se desasen, Ya se ponen mejor.....	4
155	Ni es bien que tanto al enemigo pope .	2
345	Y la nariz del hierro de una lanza.....	1
348	Pues cuando más al enemigo pope.....	2
352	Pienso pedir á Dios piedra me torne...	2
357	El Lopo donde braman los demonios..	

Aquí enmiendan los doctos una sola letra, y leen así:

El Lope donde braman los demonios.

Aplícanlo al tiempo presente, diciendo que fué un vaticinio en que Vm., como poeta, dijo en profecía lo que hoy le sucede, y para confirmarlo más, alegan también otro verso del libro onceno, en que dice Vm.:

272 Pensé morir de invidia desta hazaña.

Mas vuelvo al propósito de la gran elocuencia.

370 Le dió sobre los cascos y en los sesos
Se los dejó de una puñada impresos... 5
371 Esto merezco, dijo con la lengua..... 5

Fué mucho no decirlo con la nariz.

387 Baxola un poco y asentose en ella..... 4
426 Sacad los nombres que la invidia mete. 2
437 Cien camellos que van de ocho en ocho
Con dátiles, cecina, agua y bizcocho... 6

Maravillosos rodeos halla Vm. para decir con bizarría lo ordinario; y para ponderar esto, querría que me leyesen ingenios muy poéticos y heroicos.

463 Porque sepan andar y estarse quedos .. 3
479 Por mi culpa se van los que se fueron.. 5
498 Ó estrella y de las almas escudero..... 1

No ha cabido mucho en dos pliegos, y porque se acaban, lo dejaré sabrosamente con aquella insigne elocuencia en muerte del otro Príncipe:

507 Que en un tejado, como más ligero,
Le alcanzase de pájaros un nido,
Cayó una teja, y de su golpe fiero
Murió en Tariego..... 4

Por eso se dijo, señor maestro Lisarte de la Llana:

Y al cabo vine á alcanzar
Cernícalos de un tejado,
¡Ay! ¡ay! ¡ay!

En efecto: Vm. es el verdadero *sisthema*, como dice, de las voces ilustres castellanas; no hay más sisthema que Vm., y si alguno aspirare á segundo sisthema, se perderá, porque es dificultosísimo, sin grandes fundamentos, arribar los hombres á consumados *sisthemas;* y si Vm. usa esta palabra, no siendo tan perfecta castellana como otras, es porque la tiene ya traducida en una Canción á San Isidro, en cuya cartel escribió por ley inviolable: *quien no escribiere en lengua puramente castellana, no se admite.*

Pues como el que establece la ley debe ser el primero á guardarla, vemos que luego al quinto verso de su canción dijo:

En cuya iluminada theophonía.

Esta voz *theophonia* es traducción de *sisthema*, y sisthema y theophonia y theopohonia y sisthema, vienen á ser una misma cosa, con poca ó ninguna diferencia en sentido común de nuestra lengua castellana materna.

Esto sí me digan que es hablar un discípulo con textos expresos y convencer con evidencias palpables, y no como algún bárbaro ciego, que contra lo mismo que se vee y se toca, dice desacuerdos á bulto, sin otra razón ni probanza, pues á la luz descubierta del sol llama tinieblas, y á la que es superior y singular idea

la hace compañera de Ginebra y de las fenices de Angola, con otros desacuerdos remotos de toda proporción. Y lo que más afea su malicia es que, sin fundamento alguno de ofensa ni queja, antes deudor á beneficios y honras, se arroja á licencias bestiales, firmadas é impresas, y á quien le hubiese clavado el alma con sátiras fieras se le rendiría como á Apolo.

Mas vuelvo al propósito y digo, finalmente, que siendo Vm. el obligado de los versos abasto, de que tiene llenas las plazas, puede muy bien querellarse cuando alguno introduzca de fuera alimento de precio. Vm. apellide *¡Castilla!* á todos sones, que aquí le ayudaremos á encastillarse, y cuando padezca cercado á manos de poesía que le oprima, será su martirio clarísimo, arrastrando hierros castellanos, ya que no *Anteportam latinam.*

VII

CARTA DE UN AMIGO

DE

DON LUIS DE GÓNGORA

Y RESPUESTA DE ÉSTE

(Siglo XVII.—B. N.—M. 3.811.*)*

CARTA

de un amigo de D. Luis de Góngora que le escribió acerca de sus «SOLEDADES».

Un cuaderno de versos desiguales y consonancias erráticas ha aparecido en esta corte con nombre de *Soledades*, compuesto por Vm.; y Andrés de Mendoza se ha señalado en esparcir versos de ellas, y no sé si por pretendiente de escribir gracioso, ó por otro secreto influjo, se intitula hijo de Vm., haciéndose tan señor de su correspondencia y de la publicacion desta poesía, que por esto, y por ser ella de tal calidad, justamente estan dudosos algunos amigos de Vm. de que sea suyo, y yo, que por tantas obligaciones lo soy en extremo, se lo he querido preguntar, más por desarraigar este error que entre ignorantes y émulos (que los tiene Vm.) va cundiendo, que por ser necesario á los sabios y que conocen el estilo apacible en que Vm. suele escribir pensamientos superiores

más celebrados; causa bastante á que los bien intencionados se lastimen de que Mendoza y algunos cómplices suyos acumulen á Vm. semejantes *Soledades*, pues es cierto que si las quisiera escribir en nuestra lengua vulgar, igualan pocos á Vm.; si en la latina, se aventaja á muchos, y si en la griega, no se trabaja tanto para entenderla que en lo que Vm. ha estudiado nos pudiera escribir seguro de censura y cierto de aplauso. Y como ni en estas ni en las demás lenguas del Calepino no están escritos los tales Soliloquios, y se cree que Vm. no ha participado de la gracia de Pentecostés, muchos se han persuadido que le alcanzó algún ramalazo de la desdicha de Babel, aunque otros entienden ha inventado esta jerigonza para rematar el seso de Mendoza, pues si hubiera otro fin, no le hiciera tan dueño destas *Soledades*, teniendo tantos amigos doctos y cuerdos de quien pudiera Vm. quedar advertido y ellas enmendadas ó declaradas, y que de todo ello hay tanta necesidad.

Haga Vm. lo posible por recoger estos papeles, como lo van haciendo sus aficionados, tanto por remediar la opinion de Vm., como compadecidos del juicio de Mendoza, y sobre todo encargo á Vm. la conciencia, pues pareciéndole que sirve á Vm. y que él adquiere famoso renombre, hace lo posible por persuadir que entiende lo que Vm., si los escribió fué

para que se desvaneciese, y lo va estando tanto, que ha escrito y porfiado en ello muy copiosos corolarios de su canora y esforzada prosa, diciendo que él disculpa y explica á Vm..... Mire en qué parará quien trae esto en la cabeza y un ayuno cuotidiano en el estómago. Y si esto no, muévanle á Vm. dos cosas que sus amigos habemos sentido mucho; una, que este su comentador no le llame *el Señor Don Luis*, pues por lo poeta, no se juzga este título autorizado; la segunda, por corregir el vicio que se introduciría entre muchos que procuran imitar el lenguaje destos versos, entendiendo que Vm. habla de veras en ellos. Y caso (no lo permita Dios) que Vm., por mostrar su agudeza, quiera defender que merece alabanza por inventor de dificultar la construccion del romance, no se dexe caer Vm. en esta tentacion, ya que tiene tantos ejemplos de mil ingenios altivos que se han despeñado por no reconocer su primer disparate, y pues las invenciones en tanto son buenas en cuanto tienen de útil, honroso y deleitable, lo que basta para quedar constituídas en razón de bien, dígame Vm. si hay algo desto en esta su novedad, para que yo convoque amigos que lo publiquen y lo defiendan; que no será pequeño servicio, pues las más importantes siempre en sus principios tienen necesidad de valedores.

Dios guarde á Vm., Madrid y Sept., etc.

CARTA

de D. Luis de Góngora en respuesta de la que le escribieron.

He tenido opinion que nadie hasta hoy me ha quedado á deber nada, y ansí me es fuerza el responder sin saber á quién; mas esta mi respuesta, como antes mis versos, hecho sin rebeldía, Andrés de Mendoza, á quien le toca parte, notificará esta por estrados en el patio de Palacio, Puerta de Guadalaxara, corrales de comedias, lonjas de bachillería, donde le depara á Vm. el perjuicio que hubiere lugar de derecho. Y si fué conclusion de la filosofía que el atrevimiento era una accion inconsiderada expuesta al peligro, tengo á Vm. por tan audax, aunque desfavorecido de la fortuna en esta parte, que tendrá ánimo de llegar á las ruedas donde se notificará á oir su bien ó su mal. Y agradezca que, por venir su carta con la capa de aviso y amistad, no corto la pluma en estilo satírico, que yo le escarmentara semejantes osadías, y creo que en él fuera tan claro como le he parecido obscuro en el lírico.

Sin duda creyó Vm. haberse acabado el caudal de mis letras con esa Soledad, que suele ser la última partida de los que quiebran; pues

crea que á letra vista se pagan en Parnaso, donde tengo razonable crédito.

Y no sé en qué fuerzas fiado me escribe una carta, más que ingeniosa atrevida, pues queriendo acumular mil fragmentos de disparates (como de diferentes dueños, de donde infiero los tiene el papel), no supo organizarlos, pues están más faltos de artículos y conjunciones copulativas que cartas de vizcaínos; de donde se ve tener buen resto de ignorancia, pues tanta se traslada del corazon al papel, y hallo ser cierto: *Nemo dat plus quam habet.* Y si uno de los defectos que su carta de Vm. pone en mis *Soledades*, que no articulo ni construyo bien el romance, siendo su mismo lenguaje, hemos de dar, una de dos, ó que él es bueno, ó que Vm. habló acaso y á quien *tre* bien entendamos á letras (1), y no he querido sea á coplas, porque pienso que con ir esto tan lacónico y rodado, no lo ha de entender Vm.

Dize por [último]? en la suya me sirva de renunciar este modo porque no le imiten los mochachos, entendiendo hablo de veras. Caso que fuera error, me holgara de haber dado principio á algo, pues es mayor gloria en empezar una accion que consumarla. Y si me pide reconozca mi primero disparate para que no me despeñe, reconozca Vm. el que ha hecho

(1) *Sic.*

en darme consejo sin pedírsele, pues está condenado por la cordura, y no se precipitará dándolo segunda vez, que entonces me será fuerza haberme de valer de pluma más aguda y menos cuerda.

Para quedar una accion constituída en bien, su carta de Vm. dice que ha de tener útil, honroso y deleitable. Pregunto yo: — ¿Han sido útiles al mundo las poesías y aun las profecías? (que *vates* se llama al profeta como al poeta.) Sería error negarlo, pues dejando mil ejemplares aparte, la primer utilidad es en ellas la educacion de cualesquier estudiante de estos tiempos, y la obscuridad y estilo intrincado de Ovidio (que en lo de *Ponto* y en lo de *Tristibus* fué tan claro como se ve, y tan obscuro en las *Transformaciones*), da causa á que vacilando el entendimiento en fuerza de discurso, trabajándole (pues crece con cualquier acto de valor) alcance lo que así en la lectura superficial de sus versos no pudo entender. Luego hase de confesar que tiene utilidad avivar el ingenio, y eso nació de la obscuridad del poeta. Eso mismo hallará Vm. en mis *Soledades*, si tiene capacidad para quitar la corteza y descubrir la misterioso que encubren. De honroso, en dos maneras considero me ha sido honrosa esta poesía; si entendida para los doctos, causarme há autoridad, siendo lance forzoso venerar que nuestra lengua á costa de

mi trabajo haya llegado á la perfeccion y alteza de la latina, á quien no he quitado los artículos, como le parece á Vm. y á esos señores, sino excusándolos donde no necesarios, y así gustara me dijese en dónde faltan ó qué razon de ella no está corriente en lenguaje heroico (que ha de ser diferente de la prosa) y digno de personas capaces de entendelle, que holgaré construírsela, aunque niego no poder ligar el romance á esas declinaciones. Y no doy aquí la razon cómo, porque es para convencer la pregunta que en esto Vm. me hiciere. De más que honra me ha causado hacerme obscuro á los ignorantes, que esa es la distincion de los hombres doctos, hablar de manera que á ellos les parezca griego, pues no se han de dar las piedras preciosas á animales de cerda.

Y bien dije griego, locucion exquisita que viene de *Poeses*, verbo de aquella lengua madre de las ciencias, como Andrés de Mendoza en el segundo punto de su corolario (que así le llama Vm.) trató tan corta como agudamente.

Deleitable tiene lo que en los dos puntos de arriba queda explicado, pues si deleitar el entendimiento es darle razones que le concluyan y se midan con su contento, descubierto lo que está debajo de esos tropos, por fuerza el entendimiento ha de quedar convencido, y convencido, satisfecho. Demás que como el fin del

entendimiento es hacer presa en verdades, que por eso no le satisface nada sino es la primera verdad, conforme á aquella sentencia de San Agustín: *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*, en tanto quedará más deleitado cuanto, obligándole á la especulacion por la obscuridad de la obra, fuera hallando debajo de las sombras de la obscuridad asimilaciones á su concepto.

Pienso queda medianamente respondido á lo que constituye una accion en razon de bien.

Al ramalazo de la desdicha de Babel, aunque el símil es humilde, quiero descubrir un secreto no entendido de Vm. al escribirme. No les confundió Dios á ellos con darles un lenguaje confuso, sino en el mismo suyo ellos se confundieron tomando piedra por agua y agua por piedra; que esa fué la grandeza de la sabiduría del que confundió aquel soberbio intento. Yo no envío confusas las *Soledades*, sino las malicias de las voluntades que en su mismo lenguaje hallan confusion por parte del sujeto inficionado con ellas.

A la gracia de Pentecostés querría obviar el responder, que no quiero á Vm. tan aficionado á las cosas del *Testamento nuevo*, y á mí me corren muchas obligaciones de saber poco de él por naturaleza y por oficio, y ansí sólo digo que, si no le parece á Vm. lo contrario y á esos discípulos ocultos como Nicodemus, no

van en más que una lengua las *Soledades*, aunque pudiera, quedándome el brazo sano, hacer una miscelánea de griego, latín y toscano, con mi lengua natural, y creo no fuera condenable, que el mundo está satisfecho, que los años de estudio que he gastado en varias lenguas han aprovechado algo á mi corto talento. Y porque la alabanza propia siempre fué aborrecible, corto el hilo en esta parte.

Préciome muy de amigo de los míos, y ansí quisiera responder á Vm. por Andrés de Mendoza, porque demás de haberme siempre confesado por padre (que ese nombre tienen los maestros en las divinas y humanas letras) le he conocido con agudo ingenio. Y porque creo de él se sabrá defender en cualesquiera conversaciones, teniéndole de aquí adelante en mayor estima, sólo digo á Vm. que ya mi edad más está para veras que para burlas. Procuraré ser amigo de quien lo quiera ser mío, y quien no, Córdoba, y tres mil ducados de renta en mi patinejo, mis fuentes, mi breviario, mi barbero y mi mula, harán contrapeso á los émulos que tengo granjeados, más de entender sus obras y corregirlas que de no entender las mías ellos.

De Córdoba y Septiembre, etc.

VIII

VEJAMEN

DE

DON FRANCISCO DE ROJAS

(Siglo XVII.—Biblioteca Nacional.—Mss.)

VEJAMEN

DE

D. FRANCISCO DE ROJAS

POR una línea paralela, que así dijo que se nombraba D. Vicente Mucio Armengol, astrólogo, fondo en poeta de cal por encima, por no errar la vereda, y de canto por abajo para asegurarla, requirió la plaza un aventurero que en desmesuradas voces dijo:—¡Guarda! ¡Guarda!—Á la confusión se añadió la duda; pero en los órganos de la voz que podrá celebrar la víspera de la festividad, averiguamos ser el Sr. D. Francisco Calero, que había trazado la senda de la mitad de su apelativo. Rara cosa es, dijo un maldiciente, que no se contenta este ayuda de S. M. con guardar su dinero tanto, sino que aconseja á todos que le guarden. ¿No oye Vm. cómo entra aconsejando con el Guarda! Guarda?—¿Tan miserable es? dije yo.—Tanto, respondió él,

que hasta la senda por donde viene es símbolo de su miseria, porque es miserable de cal y canto, y siendo ayuda, no es de cámara, porque no come.

Era su vestidura de conchas; calzábase papales de bronce; picaba el rocinante lo más distante que él podía de la vena del arca en una lanza giralda, tanto por lo larga como por lo fuerte. Llevaba una faldriquera de pellejo de Matusalén; cerrábase con un candado de letras sobre Domingo Viteli (por ser los más seguros); era la divisa indivisable, una cosa que no se sabía si era real ó maravedí. Llegó cerca; acicalamos la vista y conocimos ser real por la letra que entró con harta sangre. Hicímosla ver, más preciado de ver la fortificación que el Sr. Marqués de Aytona, pues el uno hizo una fortificación en el Pardo, y estotro dos en el plateado. Era, pues (otra vez digo), la letra lo que se sigue, escrita en campo estéril en favor de su real:

Este real inmortal
Vencer presume á la muerte
En mi poder que por fuerte
Es el más fuerte real.

En éstas andaba el regocijo, cuando en esotras pisó la plazuelilla de retazos, apadrinado del Sr. Conde de Montalbo, el prodigioso Juan Mexía. Solicitaba el Corregidor que diese una lanzada para hacer este día célebre á las eda-

des de Zapatilla. Obstinábase al ruego el alanceador Mexía, diciendo que él había sido todos los días de su vida regidor de lanzadas; que le pidiese otra de sus gracias, que ésta se le había olvidado de puro no usada.—Calle Vm., dijo el Corregidor, que yo le tengo prevenidos dos toros de nucas, donde es imposible dejar de salir con ella bien; y cuando Vm. yerre una lanzada, otros yerran dos y caen, sino es que yo la acierte (dijo Mexía) procurándola errar, doila por errada.—Es posible, dijo el cuadrillero de la villa, que no sea segura, con ser los toros de nucas.—Á lo que Mexía respondió, sin saber que hablaba en verso, y dijo así:

MEX. Que he de errarlos, voy temblando
Con ser de nucas.
CORREG. ¿Por que?
MEX. Yo me conozco, y daré
En los toros de Guisando.

Los aventureros pasaron por tener malas cartas, y envidó su resto en esta primera de fiestas un carro de mojiganga colmado de aquellos que en Madrid llaman *ingenios de la corte*, y en Palacio *vulgares de la villa*. Venían, pues, ensayando cada cual en el carro lo que en su casa representa. En el lado siniestro dél estaba Luis Vélez leyendo á una turbamulta de representantes la comedia de *Las tres edades en una* que había escrito. Alegaba en favor de

ella que no había poeta nacido ni por nacer que pudiese escribir esta comedia con tanta verdad como él, por haber sido testigo de vista en todas las tres edades, pues en la primera se halló con Adán, en la segunda con Noé y en la tercera ya le ven.

Decían todos los representantes á gritos:—De Grimaldo? Gran comedia! tan á escuras por no entenderla, que parecía andaban por la cara de Carbonel.

En el diestro se apareció segunda vez el prodigioso Juan Mexía, leyendo á Antonio de Prado, el autor, la comedia que escribió intitulada: *Desde el Prado á Foncarral.* Y á cada escena que leía, se oyó una caterva de gatos pronunciando todos: *¡Mío! ¡Mío! ¡Mío!* Presumieron los más que rabiaban de hambre, que se ocasionó de tan malas escenas, y el *mío*, *mío*, *mío*, que se coligió ser de gatos, era de poetas, que á cada paso que leía, decía el uno: —*¡Mío es este paso!*—Aquél:—*¡Mío estotro paso!*—Y el otro:—*¡Mío es todo ese episodio!* y él los tapaba la boca con bocados de Cortizos.

Venía D. Pedro Calderón en medio de él probándose la cabellera de D. Francisco de Rojas; pero viendo que no le asentaba, dijo apodándola de esta suerte:

No me la quiero poner,
Que á mi desgracia recelo
Que no la ha de cubrir pelo.

Hizo parar el carro Andrés de Borgoña con un papel del Sr. Protonotario en que le pedía á D. Pedro Calderón le hiciese una comedia de capa y espada para el servicio de S. M., y que le encargaba tuviera grandes pasos, á cuya demanda respondió D. Pedro Calderón esta redondilla:

Si pasos de más primores
Queréis para tales casos,
Yo escribiré vuestros pasos,
Que no pueden ser mayores.

Querían cenar una olla podrida que había guisado D. Antonio de Solís una runfla de poetas, y con tener hambre poetina, no la pudieron tragar; mas como su hambre era tal y la olla cual, ya que no entraron en ella, salieron de él comiéndole á bocados, y uno de ellos (1) dijo así:

No saben que he presumido
De esta comedia ó bambolla?
Que ella viene á ser la olla
Y el auditorio el podrido.

En lo más alto del carro se descubrió don Vicente Mucio Armengol, poeta astrólogo, levantando la mala figura de su glosa sobre don Jerónimo Cancer, sino que le miró de mal as-

(1) Al margen: «Este escribió la comedia de *La olla podrida de amor.*»

pecto por signo y poeta, á lo que, no poco irritado, dijo:

Mi astrologal poesía
Á todos hará creer
Aunque obscura, que hará ver
Estrellas al medio día.

Luis de Belmonte, poeta apóstol en calzones de lienzo casero, estaba pescando consonantes, y como no tenía cuerda la pluma que le servía de caña, no picaba concepto; mas advirtiendo el poco provecho y mucho gasto, cantó amargamente:

Poeta de caña
Más come que gana,
Y si la musa corre,
Más gana que come.

Juan Navarro de Espinosa, que hace tan buenos villancicos como entremeses, estaba poniendo á la solfa de su oído este villancico, acabado de levantar de su cabeza, á la Resurrección:

Que no quiero yo comer pescado,
Que bien que mal me sabe lo pringado.
Resucitó Jesucristo
Sin ser oído ni visto,
Sin comer gigote ni pisto
Y á Herodes dejó burlado;
Que no quiero yo comer pescado,
Que bien que mal me sabe lo pringado.

Dijo Pilatos á su mujer:
—Bien os dije yo antiyer,
Que este hombre había de ser
Del linaje sublimado;
Que no quiero yo comer pescado,
Que bien que mal me sabe lo pringado.

Don Juan Coello, poeta segundo de su casa, pedía por asunto al señor certamenero unos cuentecillos de ciego, y respondióle:—Vm. traiga escrito el asunto que le dan, que cualesquiera coplas que traiga serán de ciego.

Ya dije que este carro era de ingenios; luego, según legítima consecuencia, era legítima consecuencia que fuese en él el señor Conde de Lodosa, el cual, viendo pasar por la plazuela á Olmedo, el autor, le llamó y dijo que luego que se acabase la mojiganga del baratillo había menester dos docenas de particulares de comedias, entre las diez y las doce de la noche. A lo que Olmedo respondió:— Vm. no debe de saber lo que son particulares.—Y, muy picado, dijo el Conde así:

—¿Han visto á lo que se atreve?
Ande noramala, ande,
Yo tengo una sala grande
Que caben cuarenta y nueve.

Alfonso de Batres estaba sitiado de un *mare magnum* de poetas, como secretario de esta Academia. Unos le llamaban señor Batres;

otros, por lisonjearle, señor Don Alonso; pero viendo él que por añadirle el Don le quitaban el de la efe, que no le consiguió *el de la mano horadada*, asaz irritado, desenvainó esta redondilla:

¿Á mí Don, seor mequetrefe?
Alfonso es mi adulación,
Tómese él allá su Don
Y déjeme con mi efe.

Iba en este carro el mayor ingenio del mundo, D. Antonio de Huerta, que esto lo dice su merced, y basta; iba, digo, estorbando todo el carro de la mojiganga, sin permitir se hablase en él cosa que no fuese de la comedia que hizo, intitulada: *La Virgen de Valbanera*. Si uno allí se transformaba en la amenidad del Retiro, decía: — Parece en lo ameno una selva que se puso en el teatro de mi comedia.—Si otro alababa los vestidos de la mojiganga: — Para vestidos, replicaba, los que Velasco sacó cuando rodó por las intrincadas asperezas de mi comedia.—Si otro después alababa los milagros de la Virgen de Atocha, decía:—Para milagros los que hizo en mi comedia la Virgen de Valbanera.—Y en verdad que no fué menor que se acabase. En fin, en fin, su comedia era el qué quieres boca de todas las conversaciones, y todas las conversaciones sehacían lenguas de su comedia.

Rodaba el licenciado Luis de Benavente huyendo de un enjambre de beatas que por los escalones del carro iban diciendo: —¡Unto tenemos! ¡Unto tenemos! — Y él decía: —Hipocritonas, mentís, que yo no le tengo y soy más beata que vosotras. — Y lo probaba por doce redondillas que le dieron por asunto.

Don Alonso de Lugo y D. Francisco Cabreros, viendo que en el carro venían todos los ingenios de la musa y ellos no, se preguntaron cada cual á sí mismo: —¿Pues yo no soy ingenio? — Y como puede tanto la pasión propia, creyeron fácilmente ser ingenios, y alegaron los dos, por la voz de uno, que don Francisco Cabreros había hecho en la comedia de *Josué* parar un sol que no dió fuego, y don Alonso de Lugo, en la de *Los Osorios*, caer una chimenea que no dió lumbre, y que de derecho se les debía el ascendimiento que pedían de esta manera:

—Subamos adonde están,—
Lugo y Cabreros decían.—
Y los de allá respondían:
—Lugo, lugo subirán.

Pasó el carro, y sucedió el estafermo para dar fin á la fiesta, que quiso imitar á la Real con las lanzas, y por golosina quiso probar dellas D. Gaspar del Arco, y no hubo menester ponerse á caballo, porque ya venía en el

que suele muy bien sentado. Salíale del arzón delantero de la silla este rótulo:

Sobre la silla acomodarme quiero,
Que para eso me cuesta mi dinero.

Díjole un amigo suyo que se abrigase bien de pies, y él respondió:

Es necedad singular
Que darme consejo intentes.
Si tengo los pies calientes,
¿Por qué los he de abrigar?

Los talones iban por el cielo, y viéndole todos picar mal, dijeron: —¡Mal pica! ¡Mal pica!—Él, pues, que se oyó nombrar así, revistióse de Marqués, bajó los talones, abrigó las puntas, engargantóse de nuevo, picó al caballo, y como no tenía lanza, tomó en la diestra á Calero, que es una muy linda lanza, y lo que dijo el Rey á los suyos; corrió el estafermo, no le dió, y echó la culpa á la lanza, porque la de Calero no da. Corrió, cayó y levantóse, y muy consolado dijo:

Que caiga no es cosa extraña
Quando acabo de correr,
Que me ha enseñado á correr
La princesa de Bretaña.

Apenas, pues, se volvió á descansar á su silla, que en ella tiene más comodidades que se hallan en la de D. Juan de Espina, cuando

último aventurero se descubrió D. José de Salas Pellicer, coronista de Castilla y de León, según él dice. Venía en un caballo de color obscuro, y sobre la crin un rótulo que decía:

YO LE COMENTARÉ.

Traía al *Polifemo* de D. Luis de Góngora debajo del siniestro brazo; apuntábale con el dedo segundo de la diestra mano, con una letra que decía:

ÉL SE ENTIENDE.

Llevaba en la espalda siete lenguas pintadas; pero no hablaba ninguna, porque se las debieron de poner por maza. Luego, luego le tuvimos por Calepino; después, después por Sábado, y de allí á rato por secretario de lenguas; pero la letra y divisa nos desengañaron presto. Traía un Fénix pintado en cenizas, y una letra sobre él, que decía:

No he de volver á nacer,
Á fe de Fénix honrado,
Hasta que me hayan sacado
Del libro de Pellicer.

Con este regocijo iban á correr las lanzas, cuando á un balcón de la plazuelilla salió el señor Marqués de Malpica, que es mayordomo de todas las semanas, diciendo que S. M. no podía ver esta mojiganga. Aquí sí que fué la desatinación de todos los alborozados,

unos á querer salir de mojigangos, y otros á saber qué es mojigangarse. Sonaron instrumentos de alegría; oyéronse agradables músicas, aunque no hubo tono que agradase al señor Príncipe de Esquilache. Echóse D. Gaspar del Arco á descansar en su silla; Luis Vélez sobre su comedia; acogióse D. Antonio Coello á su sotana, que llovía panillas, y viéndome á escuras, porque los poetas lacayos se llevaron las hachas, apelé á la luz de las lámparas de mi sotana. Don Pedro Rosete buscaba su apellido; las damas se comieron el árbol de Cortizos; guardaba Covarrubias su panza, y Alfonso de Batres su efe; D. Antonio de Solís daba su olla á perros; las beatas decían:—Adiós, Benavente!— el poeta astrólogo buscaba su Cáncer; D. José Pellicer no se entendía; Mejía estaba tan confuso, que se parecía á todos, y todos quedamos tan fríos, que nos parecíamos á Mejía.

Esta fué la mojiganga que S. Mag.d no vió; ésta la que encargamos á la pluma; ésta la que trasladamos á la lengua. Ahora falta que la Católica Mag.d de Felipe el Grande tome á su cargo las honras de los vejados y las vidas de los vejadores, porque los unos queden honrados con su Real patrocinio, y nosotros reconocidos al premio de sus favores.

Dixi.

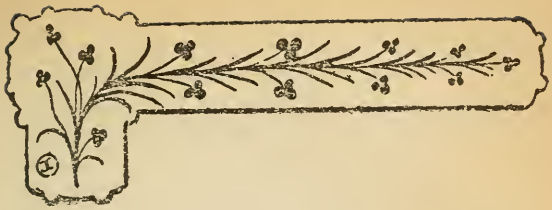
IX

VEJAMEN

DE

DON ANTONIO COELLO

(1638.—*Biblioteca Nacional.—Mss.*)



PARA EL SEÑOR MARQUÉS DE LA GUARDIA.

Envióla D. Pedro Fernández Caballero, siendo su compañero D. Juan de Llerena, dedicado á D. Antonio Mesía Carrillo y Fonseca, conde de Santa Eufemia y señor de los Pedroches de Córdoba, marqués de Torrefranca, mi señor.

VEJAMEN

QUE SE DIÓ EN EL CERTAMEN DEL BUEN RETIRO, AÑO DE 1638.

DE DON ANTONIO COELLO.

Ello está de Dios que nos hemos de andar durmiendo los ministros de las Academias, y es mucho que teniendo nosotros los poetas tanta sequedad de celebro, nos deja Apolo nuestra humedad reservada

para dormirnos. Pero ya he echado de ver que esto va en que la Academia es una modorra, enfermedad que la han pegado algunos modorros de ella. Pues dicho y hecho; esta noche, estando yo en la mitad del sueño, me pareció que me hallaba en la casa del insigne y nunca bastantemente alabado D. Juan Espina, y con la eficaz aprehensión del sueño lo vi todo tan presente, y tan vivas se andaban paseando por mi celebro aquellas especies, que estoy dudando si fué verdad, ó si sueño agora que lo soñé entonces. Lleguéme á D. Juan, y abrazándome, me dijo:—Sea Vm. muy bien venido, que viene á muy buen tiempo, porque ha de saber que á ruego de la lástima de los cortesanos, aquella mi malograda pandorga que se murió de teta, de achaque de unas viruelas locas, la he resucitado para esta noche.—Pues ¿puede Vm. resucitar? repliqué yo, muy admirado.—Sí, señor, dijo D. Juan, con la lira, que con ella en la mano hago yo milagros y me atrevo á hacer crecer el trigo en un cuarto de hora. Pues hágame Vm. caridad de hacerme crecer en esta sotana 20 ó 30 hanegas que he menester.—Á lo cual respondió:—¡Ay! no fuera mucha la habilidad, que si en una Mancha sola que hay en España nace tanto trigo, ¿qué mucho será hacerle nacer en tantas manchas como tiene su sotana de Vm.?

Iba á correrme, si no me lo estorbara el ver

salir unas narices que llegaron una hora antes que el cuerpo que las traía. Apartéme, pensando que era alguna esquina de alguna calle, y riéndose D. Juan, me dijo: — ¿Qué se aparta? que estas son las narices de Mendoza, el del Marqués de Alcañizas.—¿Pues, adónde está él? dije yo.—El vendrá de aquí á un rato, sino que ellas vienen delante; y es tanto esto, que cuando se presina nunca sale de la nariz, porque tiene narices en la frente y después tiene narices en la barba.—Mucho me espanto, dije yo, que no se le caigan cuando se echa á dormir sobre la cara, que le podía hacer mucho mal ese inconveniente.

Dijo D. Juan:— Ya se previno, y le ponen un canto de noche como á las lanzas de los coches, para que no se caiga la nariz y lo mate.

Más iba á decir si no me lo impidiera un gran ruido que se oyó en un aposento, y preguntando qué era aquello, me dijo:—Estos son todos los criados del Rey y los Señores que han venido á la pandorga, y los tengo á todos juntos en este seno, y en este otro de más acá están los cortesanos. Pero entremos en éste, que se ha de holgar de verle, porque están aquí juntos los poetas y lo músicos. — Todo eso es cosa de aire, dije yo. Veamos los Señores, que es gente de más peso, que en mi concepto, pesa más un Señor que todos los poetas del mundo. —Y es mucha razón entenderlo así, dijo don

Juan;—y abriendo el aposento, vi desembocar el primero de todos un mozo, mediano de estatura, algo entrado en regordete, pero no cosa que le estorbase á la agilidad ni á la hermosura. Tenía una llave dorada en la cinta, y unas guedejas doradas en la cara. Traía un guardadamas atravesado en el corazón y toda la pretina llena de billetes, y en esto conocí que era hombre que galanteaba en Palacio, y era verdad. Pregunté á D. Juan quién era, y respondióme:—¿No le conoce? Este es D. Gaspar de Tebes, un caballero de muy lindas partes.—Ya le he oído decir, dije yo; pero me parece muy lindo para acemilero.—Es verdad, me respondió; pero también es muy acemilero para lindo.—¿No es éste el que anda en un coche azul que fué primero carretón de las Niñas de Loreto?—El mismo.—Pues cierto que le he oído alabar de muy buen cortesano.—¿Quién dijo aquí cortesano (saltó un hombre que debía de ser muy viejo á la cuenta, y no quería parecerlo), estando yo en el mundo?—¿Quién es este? pregunté.—Á que respondió D. Juan: —Este es D. Francisco Zapata, vulgarmente, Zapatilla.—¿Tan muchacho es, dije yo, que todavia le llaman Zapatilla? Pero no debe ser muy viejo, porque no le han nacido los dientes, como muchacho.—Tan viejo es, dijo don Juan, que há más de veinte años que el Conde de Sástago le tomaba el pulso por el hombro,

porque ya no se le hallaban pulsos en las muñecas. Y esto era cuando era vivo, porque ahora es difunto sobre su palabra, y vive sobre tantos en fe de un abono que le han hecho en el Purgatorio, y le sacan embalsamado á caballo como al cadáver del Cid; y ha vencido seis ó siete garitos después de muerto.—Según eso, ese hombre trae la vida jugada. Pero callemos, que parece que se enoja, que le he oído decir no sé qué entre dientes.—Harto se holgara él, dijo D. Juan. Entre encías debe de ser. —Dejámosle porque reparamos en un hombre que estaba dormido sobre una silla, diciendo entre sueños:—Mañana son los toros. ¡Aprisa! Acábense los tablados; riéguense las calles; pongan luminarias, pena de mil mrs. Vístase bien la cuadrilla de la Villa. ¡Todo está á mi cuenta y, ¡por vida del Rey! llévenle á la cárcel!

Y esto con tanto afecto y tan desaforadas voces, que parecía que se le había metido en el cuerpo una legión de Grimaldis.

—¿Quién es éste? dije yo.—Este es D. Juan de Castilla, que debe de soñar que gobierna todavía y soñaba lo que quería.—¿Pues éste no dejó ya la vara? ¿Pues por qué se desvela tanto en esto?—Sí; pero tiene tanto amor al oficio, que trae una vara pequeña de corregidor á raíz de las carnes, como escapulario, para cumplir la devoción que tiene de serlo.—Dejé-

mosle dormir, que es lástima despertar á nadie en esta vida cuando sueña lo que piensa que le está bien.—

En esto oímos salir un hombre que venía con las tripas en la mano y el corazón en la bolsa. Que me maten si no es Calero, iba yo á decir, cuando me atajó la palabra D. Juan, diciendo:—Sólo una cosa me espanta deste hombre, y es que, siendo ayuda, sea tan estriñido, y esto de manera, que trae el dinero en una bolsa de cien tafetanes, hecha á prueba de monja pedigüeña, y no hay fiesta para él como su dinero, y por eso lo guarda tanto. — Pues con eso no se come, dije yo. — Y respondió Calero: — No; pero se ahorra. —Y despidiéndose de nosotros le oímos que iba cantando esta letra, pero muy quedito, porque no se atrevía á romper la voz:

Aunque las mujeres sepan
Trepar hacia mis bolsones,
¡Manos mías, decid nones!
Y otro nudo á la bolsa mientras que trepan.

Detúvele yo entonces, y preguntéle: — Señor, pues Vm. es de su cámara, ¿en qué se entretiene su Majestad ahora? —Señor, me dijo, no hay rato del día que no le gaste, ó bien la agilidad de hombre, ó las ocupaciones de rey. Es un divino ejemplar de la diligencia y una soberana enmienda de los ociosos; y en parte,

cierto, me pesa de que gaste tan bien el tiempo. —Todo lo que es gastar, le parecerá á Vm. mal, repliqué yo; pero dejando esto aparte, consultándolo Vm. con su lealtad y su sangre, ¿fiárale Vm. esa bolsa á S. M.? Pues me parece que no le había de hurtar nada.

Á que me respondió:—Señor, lo que es una bolsa bien siento yo que la fiara, mas una sortija no se le puede fiar. —¿Por qué?—Porque se la lleva luego.—Pues miralle á las manos.—Eso hago yo hasta con mi Rey.

Y diciendo esto, se fué tan aprisa que no ponía los pies en el suelo, y debía de ser porque no se le gastasen las suelas de los zapatos.

Dejámosle, aunque no por cosa perdida, y pasando adelante, ví que estaban jugando á los naipes en un bufete (bravos desatinos piensa el caletre del sueño), ¿quién pensara? no menos que el Conde-Duque jugaba al hombre con D. Francisco Zapata; pero D. Francisco decía que no estaba para jugar al hombre, que á la setentona jugaría de mejor gana. Díjele yo á D. Juan: — No debe de saber jugar muy bien su excelencia el Conde-Duque.—¿En qué lo funda Vm.? replicó él. — En que los muy diestros no suelen jugar con Zapatilla. — Es que el Conde nunca juega de mala. — Quería ponerme á mirarlos y D. Juan me dió priesa, significando que era ya muy tarde para salir la pandorga, y que así quería ir á abrir los

otros senos. Ibamos á esto, y vimos pasar al Marqués de Malpica, que se daba tanta priesa á ser mayordomo, que parece que se lo han dado por tiempo limitado, porque yo aseguro ha sido él más mayordomo en un año, que el Conde de Castro en todos los que tiene. Quise hablarle, pero no me conoció, como era de semana, y pasó sin hacer caso, tirando á diestro y á siniestro unos bosses que debían de estar ya comidos de gusanos, porque los había sacado del sepulcro del Duque del Infantado viejo. Nosotros pasamos adelante y topamos al Duque de Híjar que se andaba cayendo á pedazos de sueño, como era tan tarde, y andaba á buscar muy solícito una cama de borrenes en que acostarse, y decía que en ella dormiría él muy fijo y muy pintado; y diciéndole D. Juan que se acostase en una suya que estaba allí, que bien podía en caso de necesidad (como los que comen carne en viernes por no tener otra cosa que comer), respondió: — No hay que tratar. No durmiera á la jineta si pensara morir de sueño.—Á lo cual respondió D. Gaspar Bonifaz, que estaba allí cerca: — Bien hace vuecencia, que yo, aunque soy caballerizo, tampoco me duermo en las pajas.

Yo no conocía á D. Gaspar de vista, y como le ví con un habitazo de Santiago en los pechos, díjele á D. Juan: — ¿Este del remiendo es pía?—No, sino espía, respondió, pues he

oído decir que es una muy buena espada.—Á que replicó D. Juan:—Á lo menos para ser buena espada tiene una cosa en su favor, que es que no tiene pelo, porque es calvo de canal hasta la punta; pero á lo menos, digan lo que dijeren, no le pueden negar que es gran hombre de plaza, aunque he oído decir que los toros no temen tanto que les ponga la mano como que les ponga el pie.—Y oyendo esto don Gaspar, se levantó de donde estaba y dijo:—Téngase Vm., y no me ponga apodos á los pies, y me vendrán chicos por grandes que sean. Y para otra vez, oiga éstos que están hechos en mi horma y me vendrán mejor.—Y diciendo y haciendo, empezó á leer estas coplas:

Mi pie es bien hecho, salvo que
Es bajo de empeine, y salvo
Que es largo, y salvo que tiene
Unos bultos á los lados.
Unos que llaman pericos
Yo pericones los llamo,
Y pendangas, pues me sirven
De juanetes y de callos.
Siempre me calzo muy justo,
Que aunque le compro muy ancho,
Siempre se halla mi pie
Como tres en un zapato.

En acabando sus coplas, se volvió á tender, y yo no acabara hasta ahora de alabar su cortesanía, si no me estorbara el haber reparado

en un montón de hombres que tenían los señorías vergonzantes y estaban metidos en un rincón. Quise llegar á conocerlos; pero no me dejó D. Juan, diciendo: —Vámonos de aquí.— ¿Pues quién son éstos?—Estos son títulos de Italia, que no pasan en Castilla sino de noche, mezclados con estotros, y los hemos dejado entrar aquí porque dicen que son hermanos de leche de los Vizcondes.—Pues no los quiero ver de mis ojos, dije yo; y saliéndonos de este aposento, íbamos á abrir otro, cuando vimos venir rodando una bola que dicen se llama Covarrubias, dando mucha priesa que caminase la fiesta, que estaba S. M. esperándola en el Buen Retiro.

—Este hombre es mujer, dije yo, porque parece que está con la barriga á la boca.—No es sino hombre, que ha engordado de manera, respondió D. Juan, que ya los navíos no se miden por toneladas, sino por Covarrubias; y el que hace 800 covarrubias es navío de mucho porte.—¿Sirve á algun señor?—No, antes sirvió al Duque de Lerma; ahora dicen que anda procurando que le tengan por muy suyo el Marqués del Carpio y su hijo.—Bien hace, porque ya para cuba no le faltan sino los aros (1).—Rogámosle que descansase un poco mientras se prevenía lo que faltaba, y entre-

(1) Alusión al apellido *Haro* de la Casa del Carpio.

tanto nos dijo que había grandes fiestas en el Retiro; que había una Máscara que hacía el Protonotario á S. Magd., y preguntando si entraba en ella el mismo Protonotario, respondió:—¿Cómo diablos ha de entrar en ella, que el otro día le pidieron que danzase un poco para ver si podía entrar en algún sarao, y en solos los cinco pasos danzó más de una legua? Y fuera de la Máscara, ¿qué más fiestas hay?—Hay toros, y son buenos.—¿Hanlos probado?—Sí, señor, respondió. El otro día probó uno de ellos Pedro Martínez, y dice que le supo mal. Debió de caer de algún caballo. —Eso es achaque viejo de los regidores, repliqué yo.—Y Covarrubias dijo:—Aun esa es la gracia, que cayó sin caer del caballo, que ya son tan frágiles, que no han menester la tentacion del caballo para caer.—¿Y si lo traen caído desde el Ayuntamiento?—Por Dios, que estando á pie, dijo D. Juan, yo no sé dónde pudo caer, si no es que cayese de su burra.— —No es eso, dijo Covarrubias, sino que le quiso el toro sin quererle él, y sin consentimiento suyo le echó á rodar, y él dice que es inválida la caída y que quiere probar la fuerza.—¿Tiene testigos de eso?—Sí, señor, unos cardenales tiene en la cara que son testigos de la fuerza que le hizo el toro.

—Dejemos á Martínez, dije yo, y dígame Vm., pues los conoce á todos, qué hombre es

Carbonel.—Carbonel, señor mío, es tan hombre, que se ha hecho ermitaño, porque al verle la cara no le tuviesen por tentación de los otros ermitaños.—Aun por eso, dije yo, me parece que le he visto pintado en el cuadro de San Antón.—¿Cómo puede ser eso, que allí siempre pintan al demonio de buena cara, con lo cual está excluído de parecerse á él?—No, otra cosa hay allí á que se parece.—¿Á quién?—Al cochino; ¡pero, vive Dios, que pasa por aquí el encierro de los toros!—Y esto fué oyendo un grandísimo ruido de silbos y cencerros. Asomámonos á las ventanas y vimos un hombre muy lánguido sobre un rocín tan flaco que parece que le sustentaba Calero; y clavados los ojos en una lanza que traía en las dos manos como los ajusticiados en el Cristo. Conocimos que era Mejía, y al quererle hablar, nos interrumpió el ruido de unos muchachos que con unos cencerros como campanillas de muñidores, venían pregonando:—¡Para hacer bien por el alma de este hombre que sacan á torear!

Aconsejámosle que tomase iglesia en un tablado; y viendo el valor con que se iba al encierro, dije yo:—Verdaderamente que este hombre es animosísimo y no debe haber visto la cara al miedo en su vida.—Sí ha visto, replicó Covarrubias; y me ha dicho á mí en secreto que el miedo tiene cara de toro.

Volvimos á verle, y cuando pensamos que se iba poniendo bien con Dios, iba cantando estas coplas, como acto de contrición:

¡Á malas lanzadas mueras!
Dijo el refrán, mas mintió;
¿Quién daba malas lanzadas
Antes que naciese yo?

En esto reparamos que era ya muy tarde y cerca de amanecer, y como las pandorgas no andan sino de las doce adelante, como las malas cosas, y en amaneciendo no pasan, se dió mucha priesa D. Juan á que fuesen subiendo en los carros, y para esto soltó los Señores, y yendo á abrir el seno de los poetas y los músicos (aquí fué ello, ¡ira de Dios!), salieron rabiando de hambre, renegando los unos de los otros, diciendo que si no les daban algo que comer primero, que no subirían al carro por cuanto hay en el mundo. Los músicos estaban que no podían echar ya el habla del cuerpo. Diéronles dos Florianes asados, que para estas ocasiones es bueno que los Florianes sean cosa de comer, y á los poetas les dieron que se royesen los zancajos unos á otros. Y yo, oyendo esto, dije muy aprisa:—Acoto los de D. Francisco de Rojas, que se calza en la horma de don Gaspar Bonifaz, aunque no será comida muy limpia.—Ya no es puerco, respondió Espina, después que anda de seglar.—Así es verdad, dije yo, que á él y á mí, cuando éramos estu-

diantes, nos echaban los aposentadores en las faldiqueras dos pescaderas de aposento, y era de manera lo puercos que solíamos ser él y don Antonio de Solís y yo, que en nuestras casas no se atrevían á echarnos por la puerta á medio día, porque no les llevasen la pena, y aguardaban siempre á las once de la noche. Y en casa de D. Francisco se asomaba una criada en lo alto y decía:—*¡Rojas va!* como *¡agua va!*, y le echaba por el canalón.

Estando en esto, nos aguijó D. Juan; subieron los demás en los carros, y Rojas, Solís y yo en los chirriones, y yendo en el camino, empezó á darle á la pandorga un desconcierto de almireces, de que se empezaron á ir todos con tan espantoso ruido, estruendo y gritería que desperté del susto, y hallándome en mi cama, me hallé muy contento de que hubiese sido burla y sueño todo lo que he dicho.

Y así, señores vejados, adviertan que lo que uno sueña no está en su mano, sino en su cabeza, y protesto que en todo cuanto he dicho he hablado por sueño de ganso. Si alguno se hubiera enojado, sueñe que me descalabra, pues yo soñé que burlaba con él, y yo le daré firmado de treinta capitanes que cumple con esto, y que la venganza ha de ser de la manera que fué el agravio.

Dixi.

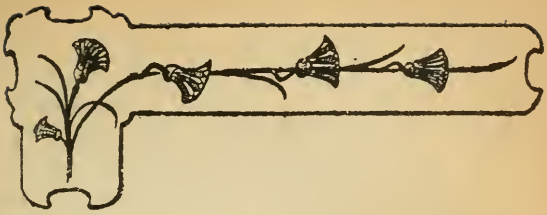
X

VEJAMEN

DE

DON JUAN DE OROZCO

(Siglo XVII.—Biblioteca Nacional.—Mss.)



VEJAMEN

QUE DIÓ D. JUAN OROZCO EN CASA DEL CONTADOR AGUSTÍN DE GALARZA

SEÑORES MÍOS: El contador Agustín de Galarza (que es un hombre tan enfadoso que á todos nos tiene hasta aquí), me ha mandado hacer este Vejamen. Sabe Dios que á mí me pesa más de una libra; pero á Vms. les pesará más de una arroba. Quise dormirme para darle como se acostumbra; mas me pareció que quien ha de hablar mal no ha de tener sueño, sino soltura; y así, empiezo con mucho temor, porque todos son contadores y letrados, y si se enojan, unos dirán leyes y otros darán cuenta de mí.

Habrá, pues, ocho días que á las nueve de la mañana llegó D. Fernando de la Rúa á mi casa. Guiáronle á un cuarto bajísimo que tengo, donde me halló sentado en el poyo de una ventana que, aunque no se me parecía, me

daba mucho aire. Quitóme el sombrero y me hizo mucha lástima, que los calvos no habían de ser corteses, y después de habernos saludado (sin gastar un soplo), me dijo así: — Sabrá Vm. que el contador Agustín de Galarza se muere.— Asustóme la mala nueva, y preguntando cómo, me respondió: — Porque se llega su día cierto. — Repliqué yo que si eso fuera verdad, merecía que le colgaran. Mas ¿cómo puede ser si há muy poco que yo le vi en una mula, que anda más aprisa que habla Francisco García Hazañón, y iba más tieso que D. Gabriel Bocángel? — No me ha entendido Vm., volvió á decir D. Fernando. Es que cumple años, aunque morirse y hacerse viejo todo es uno. Preguntéle yo:—¿Y cuántos cumple? Respondió D. Fernando: — En eso hay mucho que decir; pero es preguntarme cuántos años tiene, y no se puede averiguar, que en acordándose de su edad, lo siente de modo que se desbautiza. Y es porque no la saquen por la fe del bautismo. Aunque no deben de ser muchos, pues quiere celebrarlos con una Academia, y hace bien, porque no hay tal arbitrio como una junta de poetas para que le vengan los años locos. Vengo, pues, con una petición, y es de que Vm. escriba un vejamen para aquella noche.—

Así como yo oí que un letrado me hablaba con peticiones, me imaginé *muy poderoso Se-*

ñor; prosiguió nombrándome las personas á quien se había de dar, entre las cuales había muchas que yo no conocía; halléme más embarazado que cuando he comido mucho (que es pocas veces), y queriendo excusarme de ser ingrato, porque ellos eran desconocidos, me convenció, sacando un alambre de recetas del Parnaso, y diciendo: — Yo voy ahora á repartir estos asuntos á todos los que han de escribir en la Academia, y iremos los dos juntos para que Vm. tome la medida á los sujetos, pues los ha de cortar de vestir.—Siendo forzoso obedecerle, me pareció aquel el mejor remedio, y ansí salimos con intento de ir en casa de D. Gabriel Bocángel, un hombre que antes dará á torcer su brazo que su cabeza. Preguntéle en el camino á D. Fernando:—¿En qué anda agora su suegro de Vm.? Y me respondió: — En una mula, y ha hecho tanta costumbre, que en subiéndose en ella se hace palabra dificultosa, porque no hay quien le pueda apear. Ha ido á comisiones, y da tan mala cuenta de ellas, que le han puesto en cuatro caminos. Es orín del tabaco de polvo, porque le toma con tal extremo, que trae zelosías dél en las ventanas de las narices, y quejándose ellas del vicio, les respondió que de allí adelante se moderaría de modo que le tomaría por onzas. Ha dado en imaginar que es calvo, y no hay quien se lo quite de la cabeza,

aunque á él no le pesa de serlo, porque como el tiempo á puros jabones le va poniendo más blanco que la nieve, se consuela con esto:

No me da pena maldita
La calva, antes me consuela,
Porque, al fin, aunque me pela,
Más de mil canas me quita.

—Cierto, dije yo, que Vm. murmura tan bien de su suegro, que me espanto de que le contentase para yerno; mas bien pudiera haber echado su cabeza en remojo, pues ha estado viendo pelar la de su vecino.

Enfadóse, que en hablándole de la calva se amohina, y sin causa, porque no le tocan en un pelo, y pagándome el pique que le di con un capote que me puso, me dijo:—Pues no siento yo tanto esa falta como la de los ojos. —Y con razón, respondí yo, porque ese es defecto que está más á la vista, y los antojos le remedian, pero no le disimulan. He sabido que Vm. cegó de estudiar, y no hay que tener lástima á quien quiso más las hojas que los ojos, pues se da malos días para quedarse á buenas noches, y no que ha estudiado para tener luz de las cosas, y ahora hablamos á ciegas, que antes guarde la poca vista que tiene, ó tome este consejo:

Si has de cegar trabajando,
No estudies informaciones,

Ciega aprendiendo oraciones
Para rezar en cegando.

Dijo luego: — ¿Pues cómo Vm. se atreve á mis ojos? Y respondí: — Porque yo no he de tener respeto á los que no tienen miramiento. Aquí se acabó de cegar de cólera, diciendo: — ¿Qué es un poetilla lego y no abonado, que no hace versos sino á caerse la cosa, como lo dirá un soneto que hizo á la de la calle del Espejo, que era muy santa, aunque no edificaba, un hombre que está seguro de que le hurten el sentido, pues ningún ladrón, por sutil que sea, se le podrá limpiar, sino que traiga una escobilla en cada uña, y al fin, quien es manchego en el adorno, vizcaíno en el discurso y romano en la nariz, me hable á mí con tanto atrevimiento? Trate de acepillarse los pies y de añadirse las piernas, que bien podrá haber escarmentado con estas coplas que le hice por menos disgusto:

Tu pierna es tan chica y flaca
Y tu pie tan gordo y largo,
Que traes juanetes arriba
Y pantorrillas abajo.
De manera que podrás,
Para andar mejor calzado,
Ponerte en los pies las medias
Y en las piernas los zapatos.

Esto dijo en tan altos pregones, que me acabó de rematar. Embestí á él á tiempo que en-

trábamos en casa de D. Gabriel Bocángel, y con media docena de mojicones que le pegué de puño, le hice salir con las manos en la cabeza, de que se holgó mucho por taparse la calva, y él con otros tantos me hizo las narices, de que no me pesó, por ver si me salían mejores. Oimos en esto á D. Gabriel Bocángel que á grandes voces decía:—Mozo, ven á desatarme, que se matan aquí fuera dos hombres. Estas palabras nos pusieron en paz, y entrando más adentro á ver lo que sería, le hallamos atado á un poste con tantas sogas, como si le hubieran dado por penitencia que se aspara. Pidió á D. Fernando que le desatase, el cual, después de haberlo hecho, le preguntó: — ¿Pues qué novedad le tiene á Vm. de este modo? A que respondió: — Esta no es novedad, que si yo no me quedara así todas las noches, ¿cómo hubiera de andar tan tieso todos los días?—La verdad es, dije yo, que á quien hace eso es mucha razón que le aten. Replicó él: — ¿Pues cómo Vm. se me sube á las barbas? Y respondí: — Porque soy muy amigo de miel y traigo comisión de las moscas.— Metióse de por medio D. Fernando, dándole cuenta de la Academia, y de que sus oraciones habían podido tanto, que le habían hecho presidente de ella. Quiso excusarse con la conversión que ha hecho de poeta en contador (que justamente se puede llamar conversión por haber

caído en la cuenta), si yo no le obligara á tomar el oficio, advirtiéndole que le tratábamos como á convertido, pues le pedíamos que hiciese oración. Prometió hacella, pero que había de ser en un soneto. No sé yo si estará en sus catorce. Despedímonos, y mirándole muy atento, no hallaba de que dalle vejamen, porque es tan galán que en todo el cuerpo tiene mucho aire, particularmente en la cabeza, y él se lo conoce, pues se hizo esta copla:

¿Por qué pensáis que me han hecho
Contador y biblioteca?
Porque palabras y plumas
Siempre el viento se las lleva.

Salimos con intento de ir en casa de D. Antonio de Solís, y en el camino vimos pasar á D. Melchor Galarza, que es muy buen hijo, si su padre no dijera lo contrario; quise llamarle, y D. Fernando me lo estorbó, diciendo:—No impida Vm. á D. Melchor que va á la Contaduría, y aun es ya tan lindo oficial, que si es menester traellos de donde están, alcanza á los mismos libros de cuentas. Tiene la futura del oficio de su padre, y ha menester saber más para saberse cortar las uñas con todos, que lo mejor que puede tener un contador es saberse cortar las uñas. Ha crecido mucho, pero aun no ha salido de madre, que le quiere tanto, que no le deja ir á la Contaduría porque no

trabaje, y su padre riñe cada día con él porque no va, y entrambos le tratan de una manera porque su padre le da plumas y su madre le da alas. Tiene tanto deseo de ser marido, que se casa con cualquiera que ve, y si sus amigos le amonestan que no se case, les responde:

Estos amigos me abrasan,
Me enojan y me molestan,
Que mil veces me amonestan
Y ninguna vez me casan.

—Harta lástima, dije yo, se puede tener á quien desea casarse, aunque más atención será guardársela para cuando esté casado. A fe que no será tan bobo el licenciado D. Juan Pacheco, que se retira al sagrado de su loba; pero él de razón no puede andar de estudiante, que quien es tan corto, ¿cómo puede traer hábitos largos? Tiene su poquito de vena para sangrías, que no para versos, y desea tanto verse con bigotes, que se los quiere sacar á pellizcos, dando tanta mano á sus dedos, que cada instante se le suben á las barbas, que siempre se las está tirando, como si le hubiera sucedido alguna desdicha, y como ve que por mucho que le cuestan no le acaban de salir á la cara, suele decir esto:

Toda la paciencia junta
En este bigote miro,
Porque yo siempre le tiro
Y él solamente me apunta.

Dijo D. Fernando:—No se quejará de eso D. Melchor de Valdés, que le han crecido de manera los bigotes que, como si los hubiera escupido al cielo, le dan en los ojos; pero como de esas cosas tiene buenas, puede apostar á no ser limpio con el que lo inventó (que fué don José de Salinas). Trujo mucha hacienda de las Indias, y echando boca arriba pintas y damas, la perdió toda, sólo porque vinieron debajo, y ahora se ve tan rico de puro pobre, que no sabe lo que se tiene, y siendo antes de buena condición, se ha hecho ya seco, porque no llueve Dios sobre cosa suya. Mas á él se puede echar la culpa, pues se dejó engañar de tal suerte que cegó de metelle los dedos por los ojos, aunque ya lo paga, que, como el hijo pródigo, come ahora las bellotas que á él mismo le sobraron, porque no falte nada de la historia. Y ya que ha venido á propósito, he de referir una copla que hice á este asunto:

Toda tu hacienda perdiste,
Gran jubileo ganaste,
Don Melchor, porque quedaste
Como el día que naciste.

Con esta conversación llegamos á casa de D. Antonio de Solís, y, preguntando por él, nos dijeron que estaba encerrado en su aposento escribiendo una comedia para Su Majestad, porque le había hecho su poetier. Llama-

mos á la puerta, á tiempo que, llevado del afecto cómico, representaba un paso que había acabado de escribir, de un galán y una dama que, recelosa de que viniese su padre, le pedía que se fuese, y estaba tan revestido de aquella imaginación, que, oyendo llamar, se escondió pensando que éramos nosotros el padre de la dama de su comedia, tanto que, aunque llamamos más recio que si nos hubieran de oir los sordos, no nos respondía, hasta que buscamos una llave maestra, y entrando allá dentro, le hallamos metido debajo de la cama. Corrióse, y confesó su pecado, en cuya penitencia le dimos que escribiese algo para esta noche. Excusóse con la ocupación que tenía, con lo cual nos vinimos y le dejamos solo, para que escribiese únicamente. Preguntéle yo á D. Fernando sobre qué le daría yo el vejamen, y me respondió:—Sobre su palabra, si no tuviera prendas, ó pidiendo á los antojos que le fíen, que son hombres que le sirven de rodillas, pues jamás les ha llegado á pedir vidrieras que no se las hayan hecho de ojos; y así trae siempre unos antojos que son para ver, y como son instrumentos de su vista, se los pone con cuerdas de guitarra, haciendo clavijas de las orejas. Un poquito de corcova que tiene no le deja andar á derechas, que para tener más reparo cuando le pegasen á traición, no se contentó con una espalda, sino pidió á la naturaleza que

le cargase de ellas, aunque él convence con esta redondilla á quien le llama corcovado:

Miente el que sin más ni más
Corcovado me llamó,
Que se engaña, porque yo
Soy corcovado hacia atrás.

Fuimos de allí en casa de D. Manuel de Vargas, y dándole cuenta D. Fernando de la Academia en razones muy claras, dijo:—¿Qué es lo que dice Vm., que no le entiendo?—Enfadóse D. Fernando y respondió: — ¿Hablo yo en griego?—Si hablara en griego, respondió don Manuel, yo le entendiera, que yo sé tan bien la lengua griega, que tengo discípulos griegos, y la quiero tanto, que no escribo letra que no sea con tinta fina del griego. No me pongo calzones, sino gregüescos, ni quisiera llamarme Manuel, sino Gregorio.—Y metió una greguería que él sólo la pudiera entender. Aplaquéle yo, diciéndole:—Vm. no se mate ni se aflija, que á lo que venimos es á que escriba un romance griego. Con esto acetó de muy buena gana, y yo me holgué mucho, porque es muy docto y está escribiendo ahora un libro de la mujer de Luzbel, que es Luzbella, que ha de aturdir al mundo, aunque yo pienso que le tiene aturdido. Dijo D. Fernando:—Pues él no se tiene por tan docto como Vm. le hace en esta copla:

Misa digo, y me parece
Que tengo mala conciencia,
Que aunque siempre estudio, nunca
Sé de la misa la media.

Pasamos en casa de D. Juan de Valdés á buscar á D. José de Salinas, que ha dado en estudiar como un perro; pero guárdense de él porque rabia siempre que estudia. Arrepintióse dejando la poesía, que ha sido un pecador en ella, y no hará ya un verso por un ojo de la cara, que no se puede encarecer más, porque nada había menester tanto, pues por la cortedad de la vista, yerra tan á menudo, que nunca vé lo que hace, y trae unas *oes* de vidrio que no las puede ver, y las quiere como á sus ojos. Entramos adentro, y estaba escribiendo una petición, gastando tanta tinta en letras y borrones, que no se le quedaba nada en el tintero. Dímosle su asunto, y para leelle se le acercó hasta que topó con la nariz, aunque bien podía topalle en la nariz y tenelle muy lejos, y diciendo yo que no veía un palmo de tierra, me replicó D. Fernando esta redondilla:

Tu mala intención se yerra,
Porque si ve sus narices,
Don José, ¿para qué dices
Que no ve un palmo de tierra?

Llegó en esto D. Juan Cortés, y yo quise es-

conderme, porque está conmigo á matar, que hasta en esto es hijo de su padre, y sabida la causa, es porque en otro vejamen le dí una zurra candeal, y se enmendó tan bien, que habiéndole yo reprendido en él de comedor, me quería comer porque se lo dije, y fué harto que ofensas de pan no se las tragase, que es tan su aficionado, que para él la mayor necesidad es no tener un pan que comer, que él inventó el adagio de *Los duelos con pan son menos.* Hablóle D. Fernando en la Academia, y respondió que no podía hacer versos porque estaba en opinión de gran letrado, y no quería que los consejeros le entendiesen la musa. Repliqué yo entonces: — Pues no sé cómo Vm. se excusa, que solía escribir como un rayo.—Y ahora también escribo como un rayo, volvió á decir, porque si he de escribir algún verso, porque nadie lo sepa, me meto siete estados debajo de tierra.—Aun por eso, respondí yo, es todo cuanto Vm. hace como salido de la cueva. Mas no piense escaparse, que tendrá muchos pleitos, aunque esto para un letrado no es amenaza, sino promesa.

Dió palabra de que traería papel, y así nos salimos D. Fernando y yo, admirados de lo que ha crecido; pero como tiene piernas de Cambray en lo delgadas, no es mucho por esta razón.

La admiración nos atajas,
De ver que á todos nos pases,
Que no es mucho que espigases
Si tus piernas son dos pajas.

Encontramos luego á Ignacio Rosicler, un estudiante que es muy amigo de curatos, con ser el mayor que tienen, pues no há mucho que fué á Toledo á oponerse, queriendo, sin ser muy doctor, sanar una parroquia que no tenía cura, y al leer se metió en tan grandes honduras, que no pudiera salir dellas si no le dieran unas calabazas; aunque otros dicen que le nacieron de la pepita con que habló. Convidóle D. Fernando para la Academia, y á mí me pesó mucho, porque no es razón que entre en juntas de católicos y fieles cristianos un hombre que cada día se está oponiendo á la Iglesia de Dios, y más siendo tan mal poeta que no puede ser cómico, porque el verso es malo y la traza peor, pues tiene un pie tan largo, que le han pronosticado que ha de morir como un apóstol, y él mismo se hizo esta copla:

Dióme la naturaleza
Pies y cabeza tan ruda,
Que fuera mejor sin duda
No tener pies ni cabeza.

Pasamos en casa de D. Juan Hurtado, un hombrecito que, como la poesía es pies, se ha hecho poeta de andar entre ellos, tan pequeño,

que á mí me llega á la cintura y al corazón; tan bajo, que tiene deseos de morirse por salir de la tierra, y lo conseguirá, que, de puro chico, es tan enfermo que há muchos días que no se levanta de una calentura sin crecimiento. Preguntamos por él á una criada, y nos respondió que estaba durmiendo, y era verdad, que nosotros oímos el ruido de la cuna. Salió de allí á un rato y, sin bajarse nada, nos hizo una cortesía hasta el suelo, y después de haberle convidado, llegó á buscalle D. Diego Mojica, que todas las mañanas se ven para consolarse el uno con el otro. Convidámosle también, y daba saltos de contento, no sé yo si por estar alegre ó por verse más alto.

Venímonos nosotros, y ellos se quedaron, que son muy amigos, aunque dudo que puedan tener grande amistad dos hombres que son como el dedo, sino es de esta manera:

Por vernos chicos, podían
Juzgarnos amigos grandes,
Que si somos como el dedo,
Fuerza es seamos uña y carne.

Fuimos luego en casa de Juan Moreno de Alarcón, hombre que no ata ni desata, sino es el pelo. Dejóme admirado, por ser el primer moreno que he visto rubio, y reparando que también era chico, que yo reparo en pocas cosas, le dije á D. Fernando:—Bien puede vuesa-

merced nombrar un tutor para esta Academia, porque toda está llena de menores y más ha de parecer escuela. Oyólo Juan Moreno, y me advirtió que hablase bien, que él no era amigo de historias, y aunque podía desmentirle, que sé que todas las noches se queda atado á ellas, como D. Gabriel Bocángel á los postes, sólo le respondí que ya sabía que los contadores no eran amigos de historias, sino de fábulas. Replicóme que á él no se le había de hablar de aquella manera, y mudé la voz para hablarle de otra. Conoció D. Fernando que nos picábamos, y porque no nos hiciéramos jigote, metió el montante con pedille unos versos para San Agustín. Él respondió que norabuena, como fuesen latinos. Venimos en ello; pero yo apostaré que le cogimos en algún mal latín, porque ¿cómo ha de saber cosa de importancia un hombre que estudió y creció tan poco que se quedó en mínimos? Mas él es tan preciado y amigo de esta lengua, que dice:

Es lengua tan peregrina
La latina, que es mi intento,
Porque á este nombre se inclina,
Mandar en mi testamento
Mi hacienda al hospital de la Latina.

Pasamos á buscar al rector D. Diego de Contreras, y nos dijeron que ya había salido, que, como le estaban tomando las cuentas de

la recetoría, nunca está en casa porque no le den un alcance; que ha sido siempre rico, y sentiría mucho verse alcanzado. Suele amohinarse con los contadores, diciéndoles: —Vuesas mercedes me dejen y no me persigan, que si yo hubiera procedido mal, á Dios daré la cuenta; sin advertir que un rector no sólo ha de dar la cuenta á Dios, sino á la contaduría, que es el diablo.

Dejámosle un asunto en muy linda letra, y al querernos ir se nos apareció tan impensadamente, que yo quedé con mala sospecha de que trae algún familiar en aquella sortija; y pienso que es verdad, porque es endemoniada, aunque él la estima de manera que no se la fiara á ningún diablo, por muy familiar que sea; que una noche, queriéndole llevar la sortija unos ladrones que eran muy lindas lanzas, tiernamente les dijo:

Señores, nadie me aflija
Con tan riguroso miedo,
Llévenme ustedes el dedo
Y déjenme la sortija.

Avisámosle de que su criado le tenía un asunto, y nos despedimos para ir en casa de Francisco García Hazañón, un contador entretenido, porque le entretienen con decirle que lo será. Por señas que le pregunté á quien me lo dijo:—¿Ese caballero asiste en contaduría ó en

colmena? Es un hombre tan presto, que si le consultan en algo, aunque tarde dos horas en responder, da muy apriesa su razón y cae muy bien todo lo que dice, pero á lo mejor tropieza; que en nada se echa de ver que es zángano, sino en hablar de modo que parece que le pican avispas. Encontrámosle en su zaguán registrando cuanto le pasaba por la puerta de la calle, y pensé que le habíamos hecho algún mal, porque nos miró un poco torcido. Intimámosle nuestra comisión, y respondió que andaba tan ocupado en el bateo de un hijo suyo, que no sabía si se había de poder venir.

¿Parido ha su mujer de Vm.?, dijo D. Fernando. Según eso, gran contador es, porque muy bien sabe medio partir y multiplicar; pero no deje de ir, que lo sentiremos todos mucho. Y no será razón que por bautizar á uno desbautice á tantos.—Prometió hacer todo cuanto pudiera; mas yo he presumido que el excusarse fué por no pagar el taburete de vacío, creyendo que hoy había de haber comedia nueva, que las dije todas y por eso ha salido tan buen oficial de relaciones, aunque D. Fernando dijo que no, sino por alguna ocupación de la tesorería del Conde de Oñate. Y así como yo ví llamarle tesorero, me acordé de que era zángano, y dije esta redondilla:

Si haces sus oficios fiel
Milagro será, por Dios,

Porque en entrambos á dos
Anda siempre entre la miel.

Fuimos luego junto á San Pedro á buscar tres poetas lunáticos, D. Juan Vélez, D. Jerónimo Cancer y D. Bernardino de Montenegro, que hacen un árbol de locura, porque cada uno tiene su ramo. Son todos valientes, porque Vélez es un alfanje corvo, Montenegro echa bernardinas y Cancer se come las gentes. Preguntamos por ellos y nos dijeron que no estaban en casa. Fué mentira, porque discurriendo nosotros dónde habrían ido, así como nos vieron hacer juicios, salieron á pedirnos tres como de limosna. Convidólos D. Fernando para la Academia con mucho temor de que se excusasen, porque sabía que D. Juan Vélez ha dado al traste con la poesía, pues no escribe ya sino letras para guitarra; que D. Bernardino de Montenegro tiene alquilada musa para hacer una jornada de la Madalena, y que D. Jerónimo Cancer á cualquiera que le pide una copla se la jura, porque dice que se la ha de pagar. Sucedióle mejor que imaginaba, pues le prometieron venir, y si ellos lo cumplen, será famosa la Academia, porque habrá muy lindos papeles.

Despedímonos considerando la diferencia que hay entre los tres. Don Juan Vélez es tan grande que le decimos que no crezca, y sin oíllo se pasa de largo. Don Jerónimo Cancer

es tan pequeño, que parece que le han hurtado el cuerpo, y D. Bernardino se asusta de modo con lo que crece, que se le ponen los cabellos tan altos. Al fin sus estaturas hacen un pie anapesto, porque la una es breve y las dos son largas.

Y pues han venido á propósito, he de referir tres coplas que ellos mismos hicieron. La de D. Juan Vélez, acordándose de que fué paje más de catorce años, dice así:

De dos maneras me alarga
Aqueste penoso cargo:
Primero fuí paje largo
Y agora soy paja larga.

La de D. Jerónimo Cancer:

Como la Naturaleza
Fué conmigo tan ingrata,
Echó á perder mi nobleza,
Pues cualquiera que me trata
Me coge en una bajeza.

La de D. Bernardino de Montenegro:

Mucho siento y mucho lloro
El haber crecido tanto,
Y si crezco otra migaja
He de tomar el cielo con las manos.

Esta fué la postrera estación que hicimos, andando de puerta en puerta y de casa en casa

como postas, que es lo mismo que como pobres, con lo cual se apartó D. Fernando de mí diciéndome:—Ya Vm. ha visto los sujetos; no hay sino tratar de hacerse albarda para dalles en las mataduras.—Pero advirtiendo yo que lo que pasó entre los dos bastaba para vejamen, y á costa de muchas palmadas que me dí en la frente (que es la puerta por donde llamamos á la memoria) lo escribí para referírselo á Vms., á quien pido perdón, no de lo que he dicho, sino de lo que he errado, que esto es de veras y aquello de burlas; fuera de que Vms. no se pueden quejar, que yo no les he echado las faltas en la calle, sino en la sala.

XI

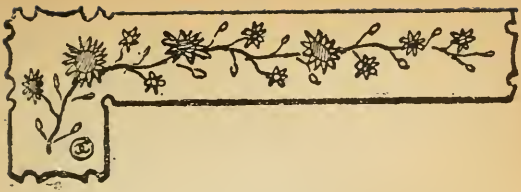
MÁSCARA

EN EL

CONVENTO DE TRINITARIAS

DE MADRID

(1692)



MÁSCARA

que se corrió en el patio del Buen Retiro de las Trinitarias descalzas de esta Corte á la recuperada salud de nuestro Católico Rey, que Dios guarde.

Celebróse en 18 *de Mayo del año de* 1692.

SIENDO mandato de nuestras Constituciones que después de los ejercicios y mortificaciones de la Cuaresma se les dé á las religiosas un día de recreación, y habiéndolo cumplido así el fervoroso celo cuanto maternal cariño de nuestra Madre Ministra, parecióme discurrir alguna celebridad para el día, y ninguna más propia que dar la enhorabuena á nuestra Serenísima Segoviana, la hermana María de San Bernardo, cuyas precedentes lágrimas, tan particulares entre las que en común vertimos todas, pedían alguna diversión, para lo cual dije á algunas de las más mocitas se llegasen con alguna prevención á nuestra celda. No lo hube bien pronunciado,

cuando estaba llena que no cabíamos, y con bastante ruido para espantar mi musa, que estaba escribiendo romance y motes; á que me dijeron no harían más ruido que el que ocasionase gran multitud de cascabeles; y convencida de que éste no podía estorbar mi testa, por la gran semejanza, proseguí, y concluido, me adelanté á prevenir á nuestra Segoviana; y con aquellas cortesías y venias, ejecutadas con el garbo que se deja considerar de los que supieren mi buen arte, dije:

Señora Seren.ma: nuestro afecto ha dispuesto una corta muestra de él, y suplica á V. R. Seren.ma se sirva admitirle, tomando lugar inmediato al de nuestra Madre.

Oídas estas palabras, lo ejecutó con gran docilidad, y sentadas ambas Altezas, Ministral y Segoviana, en dos ruedos de riquísimo esparto, dió glorioso principio á la fiesta el Peruleta de nuestra capilla, Sor Mariana de Jesús, con el romance siguiente, poblando el aire (que no le hacía) de suavidades, de admiraciones al oído, y de emulación á los gorriones cuya estación son nuestros cipreses:

Recibe, monica virgen,
admite, Real plañidera,
la máscara que mi amor
hoy al tuyo corre muestra.
Cesen tus serenos ojos,
aunque sin gota serena,

ardientes suspiros lanzas
de más austriacas finezas.
La salud de nuestro Rey
tantas lágrimas te cuesta,
que el título de canales
ya tus mejillas esperan.
O de gozo ó de pesar
liquidan la plata y perlas
mejor que todo su ingenio
tus ojos, fina moneda.
Clamando por los aciertos,
por la sucesión anhelas,
caducas con los infantes
como si gorjear los vieras.
Quién duda que sus mantillas (1)
ha de haber tiempo en que vengan
á ser Reales cenogiles
de tan santa mongiabuela?
Con su padre acabe ya
y con Carlitos empieza
mi amor, que al padre es razón
sea el hijo quien hereda.
Y tú misma nos has dicho:
no se espanten que le quiera,
que me ha costado dolores
que no han padecido ellas.
Toda Segovia blasone
que á tus lealtades se deba
el ser de los buenos hombres
los privilegios que sella,
O lo que España te debe
que, fiel castellana vieja,
das á Dios lo que es de Dios,
y al César lo que es del César.

---

(1) Trae unas mantillitas que llama cenogiles.—(*Nota marginal.*)

De esta celda franciscana
á tu majestad ó alteza,
en este mes y este año
la más pupila baxeza.

Acabado el romance, repitió el concurso todo en altas voces:—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva nuestro Rey! arrojando los sombreros, que eran unos cestillos de finísimo mimbre, y se dió principio á la máscara en seis parejas, vestidos de disfraces del arca de los trajes, que conserva la antigüedad para estas ocasiones, con pelucas de estopa, otras de hilo teñido, cuyo subido color pudiera poner como un papel á la olla de los domingos, llevando Sor Mariana de Jesús y Sor María Teresa de la Asunción, como padrinos de la Máscara, las dos más preciosas ropillas que, según tradición de Madres á hijas, fueron de los bisabuelos paternos de nuestras fundadoras; diferentes adornos y jaeces de papel de colores que parece haber contribuído Segovia con aquel su celebrado molino. Iban en velocísimos caballos de á pie, con herraduras de preciosísimo cáñamo, y faltando hachas, acudió la liberalidad de nuestra Sacristana mayor, la madre Jerónima del Espíritu Santo, con doce cabos de vela, con vuelta después de la función, encargándonos mucho no los hiciéramos llorar, que eran chiquitos.

Corrieron los dos padrinos, y fueron los motes:

Esta máscara se corre
por esta honrada gavilla
delante su Real guardilla.
Pues el amor de la patria
tanto mueve sus lealtades,
recibe las voluntades.

Siguiéronse Sor Clara de Santa Rosa y Sor Jerónima de Jesús María, las cuales llevaban un coche del Nacimiento y los motes siguientes en las bandas:

Perdóneme vuestra Alteza,
que no he hallado más primores
para sus Reales amores.
Pues mentalmente á Palacio
dice que va día y noche,
yo la presento este coche.

Sor Juana Baptista y Sor Eugenia de la Concepción, por ser provisoras, llevaba la una la cuchilla y otra un pellejo de vino vacío por silla del caballo, y fueron los motes:

Consuélate, Segoviana,
que he de guardar este aliño
para cuando nazca un niño.
Aunque no visto amarillo,
y me ves de capa parda,
de la cuchilla soy guarda.

Sor Mariana de San Ignacio y Sor Damiana de la Natividad, por ser algo gorditas y de es-

tremada pausa, corrieron tan veloces, que pareció haber aprendido ligerezas del plomo. Llevaban un relox y los motes:

Aunque á Carlos tanto amas,
á Phelipe cuarto lloras
todos los días y horas.
Este relox destemplado
le gobiernan de lo alto
á la subcesión del cuarto.

Sor Nicolasa de la Encarnación y Sor Manuela de San Félix, novicias, ...y para declaración de los motes, digo que la serenísima Segoviana quiere mucho á D. Juan Godo y al doctor D. Pedro de Astorga, al primero, porque cuida de darle cera para Nuestra Señora del Milagro, y al segundo, porque la curó una enfermedad de que estuvo desahuciada, habiendo quedado de suerte, que si la poderosa mano de Dios no la detiene, camina á eterna, tanto, que dijo habrá ocho días: —No sé lo que ha cargado sobre mí, pues hoy me parece me amenaza un dolorcillo sordo de muelas.—Y habiéndola dicho que ya no había de tener diente ni muela, respondió: —¿Pues acaso tengo más que setenta y siete años?

Los motes:

Son de aquesta trinitaria
la Trinidad de este modo,
el Rey, Astorga y un Godo.

Si su feliz dentadura
hace de fuerte blasones,
no masca las oraciones.

Dieron fin á las parejas la Sor Manuela de la Concepción y Francisca de Santa Teresa, y esta rematada Francisca remató la función, llevando todas carátulas, menos ella, por tenerla nativa. Y como la madre Aldonza de la Natividad, religiosa de la Baronesa, cuida de socorrer á la Segoviana con chocolate, y éste, pesado á medias oncitas, cada media en su papelito, no le prueba nadie sino en sus Reales necesidades, y alguna vez yo, por singular honra, y por ser su chucera, decían los motes:

Si la salud de su Rey
tanto á la vieja alboroza,
de chocolate de Aldonza
Echa por esa ventana
para aquestas pobrecitas
todas las medias oncitas.

Concluída la fiesta, nos mandaron dar vuelta por el patio, el cual estaba en caracoi de luces, habiendo puesto los candiles de las celdas encendidos, cuyas ventanicas están al rededor de dicho patio, y no excusando lo mismo en las guardillas, no obstante que no cabía por una, habiéndome estrechado al tiempo de crecer cuanto pude, y más de lo que quise, nos

dieron muchos vítores, y Su Reverencia Serenísima, dijo: — Hanme agradado mucho, y gustaré de volverlas á ver. No tengo ahora dulcecicos de Aldonza, ni chocolate, mas quedo con cuidado. Con esto encaminamos á la celda de nuestra Madre Agustina de San Bernardo, de quien, aunque no pudimos ser bien vistas, sí muy celebradas de su religiosa urbanidad, quedando mortificado su generoso natural de no tener allí con qué regalarnos, á que consoló nuestra Madre ofreciendo refresco el día siguiente por su Reverencia, por cuya causa me mandaron escribirlo en esta forma para leérselo.

Había enviado la Providencia dos garrafones de sorbete de la fiesta de la villa, y después de varios pareceres, si se podría dar aquella tarde por haber sido la merienda vaca fiambre, estando para sentenciarlos á trasnochar, yo dí mi golosísimo dictamen, de que pues para darnos de colación pepinos, tomates ó peritos picados y agua fría no precedían juntas ni concilios, dejasen que bebiésemos á todo riesgo nuestra casual bebida. Hízose así. ¡Oh milagro de las carreras! Se avinieron tan bien dichas contrariedades, que no habiendo tenido un sí ni un no, jamás amanecieron tan buenos los estómagos de los caballeros, sin complicación ni flato, sino es algún extraviado relincho que apenas fué oído ni visto. No sucedió azar

ninguno; sólo dió una caída en dos voltetas el bullicio de Manuelica de San Félix, que con correr otro poco, no fué cosa de cuidado, hallándose en buena disposición para otra mojiganga que ofrezco en la primera ocasión.

XII

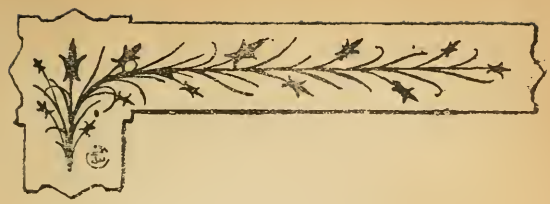
MEMORIAL

AL

PRESIDENTE DE CASTILLA

(1717)

(Bibl. Nac.—Pp.-224.)



MEMORIAL

dado al Sr. D. Luis de Miraval, Presidente de Castilla, en Marzo de 1717.

SEÑOR Presidente y Gobernador: María Ordóñez de Aguirre dice: Que ha tratado con Juancho Aguirre, de edad estudiante, de buen parecer, y sus razones á mí han agradado tanto, que yo enamorado y él á mis razones han agradado que yo dar recado y de casar conmigo. Amor puedes mucho, y yo querer, y fiado en palabra, yo dando cuanto tienes, y dejado á tripas sin flor.

Y ahora Juancho, que haber de su parte comido mejor recado que yo tienes escondido y él topado, niegas palabra, y que no deber nada, mientes, remedio necesita Juancho.

Señor, tu mandar meter en cárcel, que mujer honrada volver tienes por su reputación hasta que mueras; mira con piedad esta pobre,

triste y sola, sin flor en tripas. Ampara ejecutorias sucedido lo que en otras, hombre Juancho castigar tienes, palabras falsos, y no ir yo á Fuente-rabía sin flor en tripas perdido.

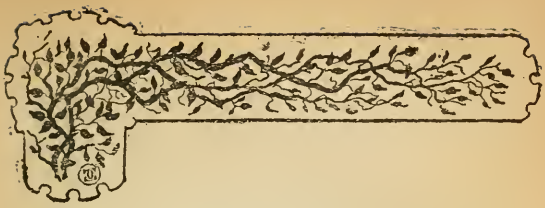
XIII

DESCRIPCIÓN DEL ESCORIAL

(1727?)

(Papeles de D. Juan Vélez de León.)

(Bibl. Nac.—Mss.)



DESCRIPCIÓN

del Real Sitio de San Lorenzo del Escorial.

(1727?)

No puedo atribuir sino á la mala influencia que hay en ese pueblo y sitio el que Vm., siendo hijo del mismo comedimiento, padre de la cortesía y hermano mayor de la gracia, quiera de mí una cosa tan ajena de todo esto como es pedir muchas cartas y no responder á ninguna. ¡Cuerpo de tal con el mundo! ¿Tengo yo tanto contento, estoy siempre tan templado, y Vm. tan sin gusto y tan ocupado, que haya yo siempre de escribir y Vm. nunca responder? Cosa es de que se agraviaría el criado con el amo, el vasallo con el Rey, el siervo con el Señor y el hijo con el padre.

Sí, que yo también soy de carne y hueso para estar triste no teniendo blanca, mohino cuando negocio, melancólico estando indispuesto y, finalmente, descontento sabiendo

que nunca Dios llueve sobre cosa mía, como dijo aquel pobre Profeta.

De todo esto tiene la culpa esa tierra descortés, ese pueblo (iba á decir maldito) del Escorial; pueblo sin comedimiento, montaña desgraciada, sitio sin afabilidad, adonde, sacando el edificio y las cosas santas y sagradas de aquel Monasterio, todo lo demás es horrible, todo aborrecible, todo abominable.

Allí la tierra no tiene tierra, sino peñascos; el cielo no tiene horizonte, pues por todo el Septentrión y Levante y parte del Mediodía la altura de las sierras no sólo encubre gran parte del hemisferio, pero también impide los mejores y más saludables vientos; porque ansí como en el verano el calor con la suavidad del céfiro ni con el fresco del cierzo se templa el ardor del sitio, así nieva cuando no ha de nevar, llueve cuando no ha de llover, contra toda orden de naturaleza. De aquí se sigue que cuantos allí se detienen algún tiempo, todos caen malos y escapan pocos, que aun la misma salud, si allí estuviese un verano, caería enferma.

Es tierra que, con estar en valle, es tan estéril de yerba, que una poca que nace entre los árboles está cerrada la puerta por que no se pise. Allí los cercados no producen nada, sino que, por apariencia, unas piedras están cercadas con otras piedras.

En ese triste Escorial ni se da vino ni se coge pan. Las plantas no medran, los árboles no crecen, las frutas se hielan, los frutos se apedrean, y lo que de la niebla, hielo y granizo escapa, es comido de venados.

Las aguas son crudas, los vientos penetrantes, el frío insufrible, el calor intolerable, las carnes flacas, los pescados podridos, las frutas desabridas, la verdura talluda, las flores sin olor, las mujeres sin color, sin gracia, sin donaire; los hombres desaliñados, groseros, rústicos, que aun el mismo Rey, por la fatal constelación de la tierra, como olvidado de su grandeza, duerme allí encima de paño pardo; el Príncipe se viste de mezcla y no aprende allí bien su gramática; la señora Infanta y las damas pierden allí su hermosura, haciéndoseles la tez áspera como á pastoras. Los de la Cámara y personajes diversos andan en hábito de monteros; los cortesanos, como vaqueros; los pretendientes parecen estudiantes del Seminario; los frailes viven aburridos; los negociantes desesperados; los criados de Palacio más querrían los cohombros de este Egipto de Madrid que el maná de la comida que Su Majestad les da en aquel desierto.

Allí, entre la continua ambición y trazas, vive la perpetua desorden y desconcierto, porque el pobre, en lugar de criarse entre las gentes, anda como chivato por los montes; las da-

mas, que habían de vestirse las galas, hacer los recamos, labrar cadenetas, componer perfumes, allí se ocupan, una, en refinar pólvora; otra en secar polvorín; otra, en limpiar la rueda de la escopeta; aquélla, en fundir balas y perdigones; cuál, en pulir gafas y emplumar saetas, y para quitarlas la memoria de casarse, las llevan á la brama de los ciervos.

Los monjes, cuya profesión es vivir solitarios, andan mahullando, como gatos en desvanes, oyendo las tiernas voces de las damas y teniendo la Corte á las espaldas del dormitorio.

En la iglesia, tanto es como haber entredicho perpetuo, pues para entrar en ella no vale la Bula de la Santa Cruzada. Los santos se conocen por relación, porque están tan lejos y altos, que apenas se alcanzan de vista. Los famosos pintores han allí olvidado su arte, perdido el dibujo y el movimiento, y los que acá daban cuasi vida á sus figuras, allí recibieron la muerte en sus personas. ¿Qué puedo más decir de los hombres, si aun los mismos libros allí se hacen salvajes, escondiéndose de la vista de los hombres doctos por aquellos encantados cajones de la invisible librería?

Las aguas del Escorial son la verdadera fuente de Diana con que fué Antheón convertido en ciervo; porque, mientras muchos casados andan los veranos por aquellos estan-

ques, pensando refrescarse en el agua de sus privanzas y pretensiones, suelen sus mujeres, en Madrid ó en otra parte, hacerles nacer la luna nueva en la frente.

¡Oh, qué apropósito era aquesta tierra para acatar y observar agüeros, si hubiese ahí todo género de aves, como solamente hay mochuelos, cuclillos ó cigüeñas! Es, cierto, de notar, que, como del lago del Averno, así huyen los buenos pájaros del Escorial; pero en descuento de esto, á cada paso, debajo de cada piedra, entre cualquier yerba ó tras cada espina, hay grandes lagartos, muchas víboras, infinitas culebras y todo género de serpientes ponzoñosas.

Si quieren estar en casa, todo es calor, todo suciedad, todo es asco, todo es abominación; porque allí no habitan sino pulgas que os coman, mosquitos que os piquen, chinches que os chupen la sangre, arpías que os quiten la comida, furias que os hagan tornar loco.

Si quieren salir fuera para hacer ejercicio, los llanos están cercados; las cuestas son tan ásperas, que á la subida es menester asirse con las manos, y á la bajada servirse de las nalgas.

¡Oh, qué lástima es ver á un pobre negociante bajar del Sitio sudando por aquella cuesta, renegando de la paciencia porque no le despachan, y cuando llega á la posada, hállala por barrer, la olla por cocer, el agua ca-

liente, el vino vinagre, la mesa coja, los manteles sucios, los platos quebrados, la ropa barnizada con grasa, y lo uno y lo otro hirviendo de moscas; y cuando se va á dormir, le asaltean de improviso tantas pulgas y chinches, que nunca fué tanto el ejército de Jerjes!

No lo pasan mucho mejor los que quedan en el Sitio, porque donde quiera, hay tres leguas de mal camino. Todo anda revuelto, todo mezclado, todo confuso. Á una misma sazón se oye bramar el ciervo, gemir la dama, ahullar los lobos, suspirar al fraile, rebuznar el asno, murmurar el pretendiente, gruñir el puerco, quejarse el negociante, renegar el soldado, graznar el ánsar, regoldar el privado. En un mismo tiempo se oye al castellano su *Pesia* y al catalán su *capicul*, al vizcaíno su *arangol putea*, al portugués su *Consagro Deus*, al tudesco *Tasticote;* de manera que en la Arca de Noé no hubo tanta confusión de diversos sonidos y voces cuanto hay en aquel pueblo, en aquel sitio, en aquellos patios.

¡Qué maravilla que en tal tierra se les hagan unos ingenios agrestes, unos pensamientos irregulares, unos ánimos incultos, todo con la influencia de aquel cielo!

Andan como reloj desconcertado, que cuando ha de dar doce da dos, y cuando una, diez. Están como puerta fuera de quicio; hablan lo que no saben, piensan lo que no osan, dicen

lo que no entienden, oyen lo que no quieren y juzgan lo que no alcanzan.

Ora, si los sitios de las tierras infunden las complexiones, como piensa Galeno, y de ellas se forman las costumbres, piense cada uno qué hombres pueden ser los que viven y están casi todo el año en el Escorial.

Por conclusión de todo esto, baste decir que están en la tierra del Escorial, que quiere decir una tierra fuera del mundo, por ser propio del Escorial no haber en él sino escoria; porque así como en la labor de las minas, después de sacado el oro, plata y los otros metales, se hace escoria, ni más ni menos en aquel pueblo y sitio, después de la fundición cendrada que se hace en las posadas á los mismos negociantes, todo el oro y la plata, y aun el cobre que llevan, se quedan hechos escoria que apenas vale sino para echarle en el muladar.

En esos montes y valles y en esas cuestas creo que está condenado Sísipho á volver la piedra; Ixión á estar enrodado; Ticio á que le coman las entrañas los buitres, y Tántalo á morir de hambre y sed.

Dios guarde á Vm., etc.

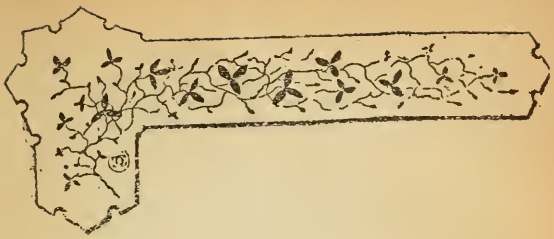
XIV

POESÍA MACARRÓNICA

DIRIGIDA

Á BALDO

(Siglo XVI.—Bibl. Nac.—Mss.)



AD DOMINUM BALDUM

Caxconinacium Macarronicæ artis peritissimum in insulis Caliphornis cognominatum Zingar, suus capellanus ac picapedrerus in responsione cujusdam epigrammatis nuper ad se missi a predicto circunspecto Domino.

Altissimas dubdas dudum tua musa tocauit
Totque tibi, Balde, dictarunt carmina muse
Quo cedent vates, cedet Coraius et ipse
Helicon obstupeat, Citheron, Parnasus, Apolo,
Et callet cecus ceco qui stamine tramant
Tantas mentiras Aquiles, Ulixes, Eneæ;
Se metat in culum linguam latinus Homerus,
In demandis enim non te prestantior alter:
Attamen in cosis istis quas, Balde, preguntas
Soluere vix poterunt tibi modo negociantes;
Sed tamen, ut potero, nostris orando culatis
Atque barrizo groso grosaque Minerva,
Enodavo nodos, quamvis cortare fuisset
Satius ut quondam multis impexa capistris
Magnus Alexander juga secavit et inde

Hisabela suis plantavit pariter armis;
Attamen, ad cursum bolvamus unde digressi.
  Quod confussa tibi parescit curia Regis
Diverseque artis diversaque cuncta videntur,
Pensionis unus, miraris forte, procurat
Obispatos alter, alter in rebus egenis
Presidentem sperat; renegat perpensius alter;
Hic sine gualdrapis atque ille in anquis agenis.
Miraris contentum nullum, nullumque pagatum,
Maxime magnates regni Grandesque señores.
Hæc diversa tuam disturbant valde cabeçam.
O Mamarron, Mamarron, lac tibi becibus inest,
Non musam sed testam sapis et parvulus infans
Parlas ut hermanus qui vix mamare reliquit,
Quivis mantillas vix faxas, vixque papellas
Vixque pañoletos teneris mutavit ab anquis
Et taitam mamam blesis dat verba labellis
Quamvis in incontris Diablazus sepe parescit
Utque matihuelas dicunt habere priapum.
Quod dicam hunc mamolum nil dicas deprecor ipse,
Namque mea multis creparent brachia pallis
Et fortasse nostras faceret saltare budellas.
Ad rem volvamus burlas trocando pro veris.
Omnia que cernis merito jureque passamus
Hispanis qum fas est dare frena superbis,
Namque sumus lochi, phanpharrones atque maligni,
Susurrones alii pendent a Regis oreja.
Hic culpat multos, multos exculpat et idem
Et dum se excusat istum incusat et illum,
Inque vicem iste se excusat culpat et illum,
Alter in alterius jactantes mille desonrras
Famam et in nostris factis contare busias,
O utinam et factis! Cæsaris jam rumpere testam
Mille capitaneos, soldatos mille videbis
Qui non camiseas, non calças insuper habent,
Nec agujeta potest cabis attare jubonem:
Hic cum barbaza capronis more vetusti

In dumetis stantis teneras cum rumperet herbas,
¡O Cæsar, clamat, quantum michi, Carole, debes!
(Celum ore mirat tif taf eborante busias)
Tu testis Pluton, Acheron tu Cerberus ingens,
Esse potes quotiens animam pro Cæsare vovi;
Eripui e manibus vestris invitoque Jove
In Ocaña primus nullique in Sisla secundus,
Atque in Romerali primus, fui primus ubique.
O quotiens membra hecho stili sanguine lavi
Atque Comunerum tellus cruore manavit,
Et Rex et regnum sine me priorque periret!
Si modo non pagas, de te quexabor ubique
Omnibus in modis quesitus duple pagatus
Semper eram; victor patriam volvebam ad oras
Napoles et Roma millanum Jenova marcus.
Magnus Capitaneus, rex Francus sepe rogabant
Me sibi soldatum; nunc nunc de fame perimus
Finibus in nostris, si dignum credere fas est.

O miseram Españam! gridans iam sidera rumpit
Alter et humiliter ducatos mille demandat
Jactans ut et junctam ruperit ipsumque Padillam
Consilio dictisque suis suisque ducatis.
Forsan et hic solus tramavit Comunitates,
Et quia non credunt, gritos ad nubila mandat,
Blasfemat Regem, flamingos renegat omnes.

Alter suis spensis dicit pagasse soldatos
Regis in servitio pugnans noctesque diesque;
Et hic borrachus jacens resupinus in antro
Assechabat callans posset si capere villas,
Fortalezas sive sibi garduñare levantans
Aliquot achaquiqum semper de capa caita
Ut gatus solet miserum spiare ratonem,
Defixis oculis pedibus vultuque demisso,
Ad terram immobilis saxum velut firmiter instat;
Sed si misellus forato fallit ab illo

Heu quantas furias, quot saltus quasve carreras,
Scanbientos quantos donec sgarrafet ipsum!
Talis stans iste finem spectabat utrumque;
Sed si non illam perdisses Juncta batallam,
O quot señores pro servis Juncta teneres!
Hic attent pirros, clamat fingendo latinum (1).

---

(1) Al margen: Así está en el original; parece dijo antes *latino*, y después enmendó el autor *latinum*.

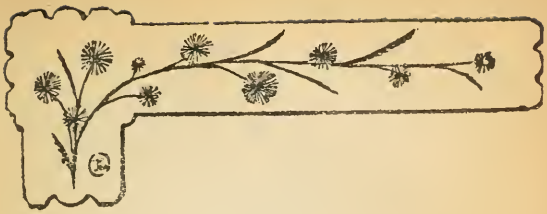
XV

POEMA MACARRÓNICO DE MERLÍN

Á LA ENTRADA DEL

ALMIRANTE EN CÁDIZ

(Siglo XVIII.)



MERLINI

Macarronicorvm principis poema macarronicvm Magni Almirantis Castellæ festivum ingressum in Civitatem Gades describens.

Hvic mihi (cui quondam tot macarronica versus
Musa retumbantes, ambas sufflauit in aures)
Ecce reflat, trompam veluti si clangere vellet,
Hancque mogigangam dictat zumbatica lindam.
Incipiam ergo, virumque canam, quem littora nostra
Suscepere Deum veluti terræque, marisque.
Omne, licet breviter, narrabo sub ordine cuentum;
Quæ mihi Musa refert arrectis auribus audi.
Tempus erat quo Phæbus adhuc asacanus Olimpi
Cælestes pisces iam iam pillabat ad vngues.
Cum tam speratæ entradæ Almirantis in Vrbem
Tandem designata dies illuxit vfana.
Turba coronabat muros: non irruit atris
Nubibus hyberno Phæbo violentior imber
Quam circumfusus currit populachus ad oras,
Vtque in barrili ficus struxantur vbique.
Primo Aljamelorum Equitum sese obtulit agmen,
Cum bandis roxis in rozinantibus asnis,
Quisque alio quovis cogitans farfantior esse.
Inde Gubernator magna comitante caterva

Magnatum populi se ostendit Erilus.
Omnibus apparet tandem Marimanta Ducorum
Almirans ingens, Ducibus comitatus vtrinque.
Dextrum Ossuna locum tenet, Alburquerque sinistrum,
Alternat Priego, & quadruplex sic Gratia facta est,
Quæ fuerat triplex quondam celebrata poesi.
Vix in conspectu stat magnificentia tanta,
Bellica cum resonant subito tormenta furore.
Caxa sonat, pifanusque chiflat, sed vocitat arma.
Musquetique parent, respondent mænia circum,
Disparant, rursus disparant, vndique tumb! tumb!
Disparant etiam naves, quas portus abrigat,
Atque ornat bandera in puppi, grimpola in alto
Navis tope, & gallardete per aera pendens.
Disparant, inquam, exceptis quas Gallia mandat
Gens Almiranti nollens devota videri.
Sed fortuna fuit. Terram, pontemque Suazi
Hercules ingreditur longis traiectus ab oris
Pelle & porra, birliquibirloque per artem.
Audiuit strepitum, rogitat:—¿Quis zangamalangus,
Columnis spretis, audax invaserit Vrbem?
Estne, inquit, Brito? Nondum obliviscitur ille
Vina bibisse meo olim cultivata sudore?
An ne venit Gallus cantans victricibus armis
Gesta suæ gentis tam cacareata per Orbem?
Qui Brito? Qui Gallus? Ait Capatazius agri,
Atque illi totam gallofam chismat ad aures.
Talibus auditis, rabidas commotus in iras
Hercules exarsit dicens:—¿Quæ tanta diablos
Indomiti ciues vestros insana caletres
Phantasia capit? Festarum tempora sunt hæc?
Non miratis & istud, & illud, quæque relinquo
In digitis alijs? Ibo subvertere totam
Vrbem, nec lapidem supra lapidem dexabo. Requiram
Stultitiæ pœnas, vadam, & faciam: quid agendum
Threspiadum genitor? Sese offert obvia dicens
Pulchra Venus:—Nescis quod in Almirantis honorem

Obsequiosa fiat festa? Illius inclyta fama
Nonne ad te venit? Nomen venerabile tanti
Numinis audisti vnquam? Quo ergo, barbarus, ire
Pro lana cogitas, si trasquilatus abibis?
Trasquilatus ego? ille ait, inon me Africa vidit
Ingentem manibus desquixarare Leonem?
Ferro, & face Hydræ centum castrare cabezas?
Mænalus Æripedem cursu cazare ligeram
Non vidit, frontemque eius sine cornibus auri?
Non Erimanthus aprum vidit me vincere fortem?
Busiridem Ægiptus victum, Anthæumque gigantem
Libya suffocatum non videre? Quid audes,
Nata maris tenera spuma, te ponere mecum?
¿Non ego Stymphalides..... Tace, fanfarrone superbe,
Illa interrumpens ait, an nescimus & ista,
Pluraque quæ vates de te fabulantur, & aiunt
Gesta fuisse, aliorum esse? Embocare volebas
Has pataratas! Ille loqui, vox gutture mansit
Pegata ob rabidam furiam; sed ad astra manoplam
Elevat, vt si illam sub terris hundere posset.
Rapta timore Venus patitur soponcia mortis,
Desmaiata cadit: Fluidis Neptunus ab vndis
Cæruleis barbis, his visis, insilit altus,
In medium ponens dextram, sævumque tridentem.
Interea Almirans cumplimentatur in Vrbe.
Nullus erat, quorum petram tenet Ezija rollo,
Qui gatatumbam non faciat, nec qualque regali
Deffecere in gratum signum ingentis amoris.
Vndique farsa pluit, repetitaque musica rodat.
Iam vero Almirans ganas ascendere navim
Ostendit, quà magnu apparatu Anglicus Eylmer
Brindibus assiduis, tiris, dapibusque sabrosis
Cortesanus eum tractat, comitesque regalat.
Dumque illi læti in navi solasantur, ad extra
Ecce supernatant humidis Neræides vndis,
Gallardam gentem quoque festejare volentes,
Et villancicos quosdam cecinere sonoros.

Vix dulcis sonitus venit quo riña Deorum
Manserat indemnis, cum cessant Herculis ira,
Deliquium Veneris, Neptuni cura; sed atrox
Hercules aspiciens pulchra espectacula visu
Iam veluti butyrum æstivo tempore blandus,
Sic Veneri fatur plorans:—Pastophores alma,
Parce mihi, vacuum fateor me habuisse meollum;
Daca manum, veniaque data, comitemur amabo
Iam socium nobis Numen. Sic tropa Deorum,
Nimpharumque chorus se coniunxere sodales
Ciuibus, & postquam sese convertit in Vrbem
Almirans, gratoque tulit sermone, valete,
Se iam despidens, omnes in littore ovantes
Vocibus vnisonis cantarunt ¡Io triumphe!

FINIS

XVI

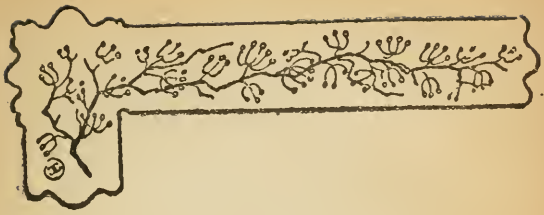
PEPINADA.

POESÍA MACARRÓNICA

DE

SÁNCHEZ BARBERO

(1812-19)



PEPINADA

ab uno Conciso, discipulo Merlini macarronico, poetaliter facta.

Dî, Pepe, certatim, Dî te, Pepe, quatuor unâ
Mercurius, Bacchus, Dis, Cytherea regunt.

Currite Matritum, versilia, currite pronte,
Et Pepo de parte mea facitote mamolam;
Non stetis remolona; metum dexate chiquillis,
Namque ego protesto quod «*non horrentia gestat*
Bella supercilio, ferro cataphractus atroci.....»
(Musa latina, tace; fuge me tentare, Marone.)
Pepinus, locura foret pensare, nec armas
Tomavit puñis (1), nec despedire pedruscum
In vita supuit: sabet at manejare barajam,
Ut Rinconetus numquam gariterior esset.
Fat! Sine ego sentire, suum mea Musa loorem
Ingeniosa facit. Sopla, Merline, sigamus.
Quas travesuras ludis manualibus ille
Præsentat! Callet Mancus (2); sua fama morivit.

---

(1) Variantes de una copia del Sr. Usoz: *dedis.*
(2) Famosus titereterus in Matrito.

Et cubiletes! Eat! Quando cubiletes (1) agarrat
Dedi sunt ventus (2), metitus et andat in illis
Demon (per signum!) negrus Cojuelus. Oliva,
Pièrides, nostram, properate, ceñire cabezam.
Fonte caballuno vestrum chapuzate poetam,
Nam quas cantavi laudes, sunt niña tetarum,
Ut toti possunt juzgare in parte segunda.
En *Casa de Campo* petulans lascivia regnat:
Audio sopranos (3), tañitores audio, miro
Per viridem campum bellas retozare muchachas.
Quæ pernæ! Qui garbus! Amor sua membra regentat
Saltantes oculi, mollissima bracchia, mammæ
Turgidulæ..... *jocus ecce, lepos et anhela voluptas*
Sub, super, in, circum (4), *citraque volantes*
(Musa latina, tace; fuge me tentare, Propertî.)
Tenditur in largum Pepon, rodeatus abunde
Vasibus et jarris, anchis super omne botellis;
Octo destapat; neque vistum, linditer octo
Apurat, nomenque datur sibi *Pepe-botellas.*
Multo gracejo mozabus vina repartit,
Guiñadas faciens; ridet picaronus, et istæ
Parlat ad orejam; pellizcat blanditer otræ
Et totas jaleat, totas Manichæus apañat.
Quid magis? Inmenso jam respingatus amore
Dicit: Mochachæ, volitis faciamus aquellum?
Et se levantat; currunt; volat, instat, atrapat,
Atque atrapatis, iam iam loteria cadivit.
Postea ludorum facitur suspensio; tempus
Parlandi, clamat Pepon, venivit (5): acudunt,

---

(1) Vel *cubiletas*, quia descendit a Græci-Theutoni-latini-castellano, et per istud mismum est brevis ultima syllaba, sicut *crateras*, *ahenos* vel *crateres.*

(2) *Ventus sunt dedi.* (Usoz.)

(3) *Audio jam musicam*, *sopranos audio*, *miro.* (Usoz.)

(4) ..... *citraque ultraque volantes.* (Usoz.)

(5) *Iam venit.* (Usoz.)

Et Philosophiæ (1) præcepta profunda revelat
Juxta Epicurei ventremque bastamque rebañi: (2)
«Vos amo, comienzat; laus est in amore morire:
Si pecco, peccare volo, peccare, pichonæ,
Vobiscum: veniant peccata sabrosa, puellæ:
Cumplibo ad letram quod in Arte Nebrija docebat (3).
«*Fæmineis iunges quæ fæmina sola reposat.*»
Gocemus!, gozare docet natura maestra (4):
Gocemus!; servique humiles podriantur in urbe:
Gocemus!; vivens morit ambitiosus honorum:
Scribit otrus, famam buscando: charlat inepte (5).
In summa quid ait libris quod legimus omnes?
Quot, Picarde (6) tomat (7) *brillandi* nigra *mania*,
Ut bobos pasmare logrent, bolsamque levare,
Narisque larguchis criticæ ministrent!
Ah pobretonciti autores! andate, superbi!
Nam cras de terra quæ vos nunc fama levantat
Ad terram veniet. Meritas publicavit honores
Posteritas, replicant..... Machi! Pensabitis unde
De vobis quod posteritas curiosa (8) preguntet?
Qui mayorazgus, quæ canongia seguibit?
Vivitis hambrones semper, llenique fatiguis,
Ut vestrum nomen traspaset tempora clarum

---

(1) O, i, alargantur per licentiam poético-macarrónicalem.

(2) Non secundum Epicurum; quia iste seguivit doctrinam multum diversam, ut potetur videre in Feijoo et otris muchis.

(3) Si Nebrija non, erit otrus.

(4) *magistra*. (Usoz.)

(5) *abunde*. (Usoz.)

(6) Comedia Picardi (vel quomodo llametur): *Manie de briller*.

(7) *cogit*. (Usoz.)

(8) *cuidosa*. (Usoz.)

Post mortem, nomen nunquam sentibile vobis.
Hæc quia desprecio miseras requemantia cholas,
Regis et augustam sabius depongo figuram,
«*Fœmineum, mea cura, regens ego fœmina regnum* (1)
(Musa latina, tace, fuge me tentare Secunde) (2)
Et vinum, danzasque, bromasque, chicasque (3) repido,
Sum philo (*suple* (4) sophus); sum denique vestrus amator.»
Dicit, et enormem porronem bacchicus heros
Embocans sedientus, apurat ad astra mirando,
Non sine mozarum, ut semper succedit, asombro.
«Vina cadunt, interque sonant spumantia dentes»,
(Musa latina, tace, fuge me tentare, Tibulle)
Per pechos intrant, saliunt per punta zapatûm (5);
Chalecus, calzonque nadat, pradumque regatur;
Chola titubeat; plantæ arrastrando llevantur,
Et se multiplicant (quæ carambolæ!) piniti.
Tris, tras; oh (6) quantas describit et XX, et SS!
Cum panza ad solem mostrencus quedat echatus.
Ad punctum mozæ accudunt: jam, jam risotadas
Coniunctim sueltant. Diablus mismesimus ipse
Non faceret..... Quid! Si sunt enseñare capaces
Infernum totum. Travesuras orbis aprendat.
Cum moris untant rostrum, barbæque dedadas
Mofletisque tirant (7), varios imitando caprichos:
Alargant illi lodo reciente narices,
Sic sic ut palmum: pegant in fronte botellas;
Quomodo? non capio; sed pegant, dico, botellas,

---

(1) Españæ et Indiarum suarum.

(2) Joannes secundus, poeta Hayæ (quæ non est arbor).

(3) *niñasque.* (Usoz.)

(4) Verbum terceræ conjugationis.

(5) Sincopa, pro *zapatorum.*

(6) *et.* (Usoz.)

(7) *frenti accomodant.* (Usoz.)

Cornua taurorum remedantes. Certa relato,
Credite, posteritas. Vino, soñoque gravatus,
Ojillos abrit Pepus, et se estirat alegrus,
Mochachas mirat, mirat sua cornua..... Tontæ!
Quis pielago lymphas, leños quis montibus affert?
Cornua vos Pepo! Pepo vos cornua! Pepo!
Cum centum fabricas cornorum ponere possit!
Arengante chivo, ridet picolinica tropa (1);
Ridet: Surge! gritant:—De me disponite vestro (2)
Tauro-Maiestas. Intra! Rex-taureus intrat.
Quam bene sorteiant et banderilia clavant!
Ille bufat, bramat, plantis escarbat arenam,
Botellupetit, et mantillas izat, hocicat;
Iam bultum pescat, terra iam tumbat, et arre—m
angat. Quid video? Totus satiatur in illis! (3).
Ad latus istius taurum plantate Xaramæ
Qui sit toradæ rectorque, paterque maestrus (4),
Qui brutos bravitate ganet (5), testude, pezuñis.....
Quis magis est taurus? Nostro dictamine, Pepus.
Vivat Tauro-Pepon! Cum risis festa acabatur.
Expirat tardis, postremaque functio faltat;
Ista botellarum procesio magna llamatur;
Ad sapere: in forquis cuelgant mira arte botellas
Mille coronatas cum borrachalibus hojis.
Alzat quisque (6) suam: bandis garulla duabus
Dividitur: medio marchat (7) Pepinus; acordes
Perque choros cantant (llevat Sultana capillam)
Ad Bacchum et Venerem: per Pontem-Verde (8) caminant

(1) *tropa picolinarum.* (Usoz.)
(2) *quid quæritis, hola!* (Usoz.)
(3) Non mataverunt illum quia non erat taurus mortis.
(4) *q. s. t. proto-rex, potro-sive-maestrus.* (Usoz.)
(5) *qui totos superet bruto*, t. p.
(6) Vel quæque.
(7) *vadit.* (Usoz.)
(8) Non habet pluralem, et declinatur solum prima.

Et sic cantando lechum Pepale saludant.
Brindat et empinat Pepus: nudatur ab ipsis,
Zampatur cama.—Noctem pasate serenam!
Quam tocat quedare? Bonam venietis ad horam
Mane; entendistis? Salerosæ, andate, queridæ....!
. . . . . .
Currite Matritum versilia, currite pronte,
Et Pepo de parte mea facitote mamolam.

PROSODIA MACARRONICA

1. Ut in latino sermone.

Exceptiones:

1.ª I inter duas vocales x, *i*, z, in macarronico sonant ut litteræ simplices.

2.ª Syllabæ omnes non ligatæ certis regulis sumptis e latino sunt indifferentis in macarronico juxta versum:

Macarron variat, nec certa lege cogitur (1).
Plura usus ingeniumque poetæ abunde enseñabunt.

Impresa en Cádiz, año de 1812.
Revisa ab auctore in Africa. 1819 (2).

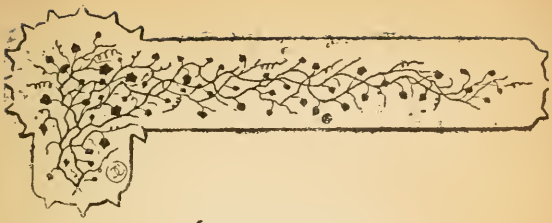
---

pars sic: Pons-verde, pontis-verde, ponti-verde, &.ª, sicut rata-fia, rate-fia, ratam-fia, &.ª

(Usoz). *Sicut*: *Pater familias*, *patris familias*, *patri familia*.

(1) Quartæ conjugationis.

(2) Cádiz, imprenta de D. Manuel Jiménez Carreño. Año 1812. (Usoz.)



ÍNDICE

	Páginas
INTRODUCCIÓN	VII
I.—Diálogo de Villalobos	1
II.—Cuentos de Garibay	35
III.—Carta de las setenta y dos necedades	69
IV.—Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo	91
V.—Cartas inéditas de Eugenio de Salazar	211
VI.—Carta del licenciado Claros de la Plaza al maestro Lisarte de la Llana	277
VII.—Carta de un amigo de D. Luis de Góngora y Respuesta de éste	297
VIII.—Vejamen de D. Francisco Rojas	309
IX.—Vejamen de D. Antonio Coello	323
X.—Vejamen de D. Juan de Orozco	339
XI.—Máscara en el convento de Trinitarias de Madrid	363
XII.—Memorial al Presidente de Castilla	375
XIII.—Descripción del Escorial	379
XIV.—Poesía macarrónica á Baldo	389
XV.—Poema macarrónico de Merlín á la entrada del Almirante en Cádiz	395
XVI.—Pepinada: Poesía macarrónica de Sánchez Barbero	401

Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»,
el dia 24 de Junio
de 1902.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU, Boston

Author Paz y Méliá, Antonio [ed.]
Title Salas españolas. Vol. 2

83575

LS.C.
P3487s